



**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES SEDE ACADÉMICA
MÉXICO**

**MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES
XVI PROMOCIÓN
2006 – 2008**

Habitar es narrativizar:

El proceso de construcción de la identidad en los jóvenes vallechalquenses

**Tesis que para obtener el grado de Maestra en Ciencias Sociales
Presenta:**

Janneth Trejo Quintana

Director de tesis: Mtro. José Antonio Pérez-Islas

Lector: Dr. José Antonio Paoli Bolio

Lectora: Dra. Úrsula Zurita

Seminario de tesis

Discurso, subjetividad e identidades políticas

México, D. F. 5 de septiembre de 2008.

Esta tesis fue realizada gracias al apoyo de CONACYT

Resumen

Esta investigación problematiza al territorio como elemento constitutivo del proceso de construcción de la identidad en los jóvenes. Desde los conceptos de territorialidad y sentido de pertenencia socioterritorial se argumenta en torno al nivel de incidencia que tiene el espacio en la conformación de la propia biografía.

El objeto de estudio específico de esta investigación se delimitó a un municipio que forma parte de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, Valle de Chalco Solidaridad. Se eligió este municipio dada su reciente creación, su conformación como lugar de asentamiento de migración interna y sus condiciones precarias.

Sobre todo, en esta investigación, se problematizan y analizan las categorías que intervienen en el proceso de configuración identitario. El objetivo es ampliar y complejizar la discusión de la categoría identidad enmarcada en los jóvenes, pues la condición social de éstos les permite y les obliga a configurar su propia historia en términos de dimensiones que se entrecruzan y complementan unas a otras, pero que, sin duda, no se muestran de la misma manera en todos los sujetos, pues este proceso está influido por condiciones estructurales y subjetivas que se combinan y determinan diferenciadamente en cada sujeto.

Abstract

On this research the concept of territory is understood as a constitutive element on the construction of young identity. From the categories of territoriality and their socio-territorial sense of belonging, the argument is about the level of determination that the space has on the configuration of their own biography.

The main objective was delimited on *Valle del Chalco Solidaridad*, a municipality on the metropolitan zone of Mexico City. This locality was chosen because (i) its recent creation, (ii) its characteristic as a place with a population from internal migration (ii) and its precarious conditions.

On this research we attempt to broad and complexes the discussion about young identities. The proper conditions of this population allow them to construct their own history in terms of diverse and singular dimensions that interlaces and complements between each other. This process is influenced by structural circumstances and subjective differences that characterize each subject.

Índice general

P A R T E I

Introducción	1
I. Modernidad: la complejidad del nuevo contexto social.....	12
1.1 El sujeto en la complejidad social contemporánea.....	16
1.2 ¿América Latina en la modernidad?.....	21
1.2.1 El sujeto de la modernidad en el contexto latinoamericano.....	26
1.3 ¿Globalidad vs. localidad?.....	27
1.3.1 Binomio Territorio-Identidad.....	30
II. La relevancia explicativa de la categoría identidad	39
2.1 Identidad ¿cualidad de idéntico o capacidad de distinción?.....	43
2.2 La identidad como proceso.....	46
2.3 Propiedades de la categoría identidad.....	47
2.4 El contexto social en el proceso de construcción identitario.....	48
2.5 La noción de competencia interactiva de Habermas como herramienta de análisis de la identidad individual.....	49
III. Los jóvenes como objeto de estudio en el contexto de la construcción de la identidad.....	53
3.1 Juventud: una categoría joven.....	56
3.2 La juventud más allá de la perspectiva biologicista.....	58
3.3 El binomio identidad-juventud en la modernidad.....	64
3.4 la juventud mexicana en el marco de la reflexividad moderna.....	67

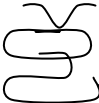
P A R T E II

IV. Metodología y objeto de estudio.....	75
4.1 Relatos de vida, técnica para la investigación.....	76
4.2 Contexto de Valle de Chalco Solidaridad.....	82

4.3	Contexto de los informantes.....	91
4.4	Categorías para el análisis empírico del proceso de construcción de la identidad en los jóvenes vallechalquenses.....	97
	4.5.1 Sentido de continuidad.....	99
	4.5.2 Interacción.....	103
	4.5.3 Horizonte normativo.....	106
	4.5.4 Mundo de la vida.....	110
	4.5.5 Proyecto de vida.....	111
	4.5.6 Reflexividad.....	113
	4.5.7 Territorio.....	116
	4.5.8 Desterritorialidad.....	119
	4.5.9 Sentido de pertenencia socioterritorial.....	120
4.6	La subjetividad, componente indispensable para pensar el proceso de la construcción de identitario.....	122
V.	Análisis del proceso de construcción de la identidad en los jóvenes de Valle de Chalco Solidaridad	132
	5.1 La reflexividad como categoría transversal en proceso de construcción de la identidad en los jóvenes vallechalquenses.....	133
	5.2 El sentido de continuidad: coherencia en la biografía.....	141
	5.3 Interacción el “otro significativo”	150
	5.4 Horizonte normativo en el proceso de construcción de la identidad.....	157
	5.5 Mundo de la vida: papel en el proceso de construcción de la identidad.....	162
	5.6 Proyecto de vida: entre lo deseable y lo posible.....	168
	5.7 Vivir la juventud en Valle de Chalco Solidaridad.....	173
	5.8 Territorialidad, Valle de Chalco Solidaridad como espacio de significación.....	179
	Conclusiones.....	198
	Bibliografía.....	211

Índice de cuadros

Cuadro I.	Situación de la juventud según el grado de desarrollo social.....	70
Cuadro II.	Informantes que conforman el cuerpo empírico.....	80
Cuadro III.	Duración de las entrevistas según cada informante.....	81
Cuadro IV.	Población de Valle de Chalco Solidaridad.....	87
Cuadro V.	Viviendas particulares según la clase de vivienda.....	88
Cuadro VI.	Cobertura de servicios públicos.....	88
Cuadro VII.	Población de 5 y más años según su asistencia escolar y sexo.....	90
Cuadro VIII	La educación en el municipio Valle de Chalco Solidaridad.....	90
Cuadro IX	Inversión pública ejercida según el sector.....	91
Cuadro X	categorías, subcategorías y dimensiones para el análisis empírico.....	97



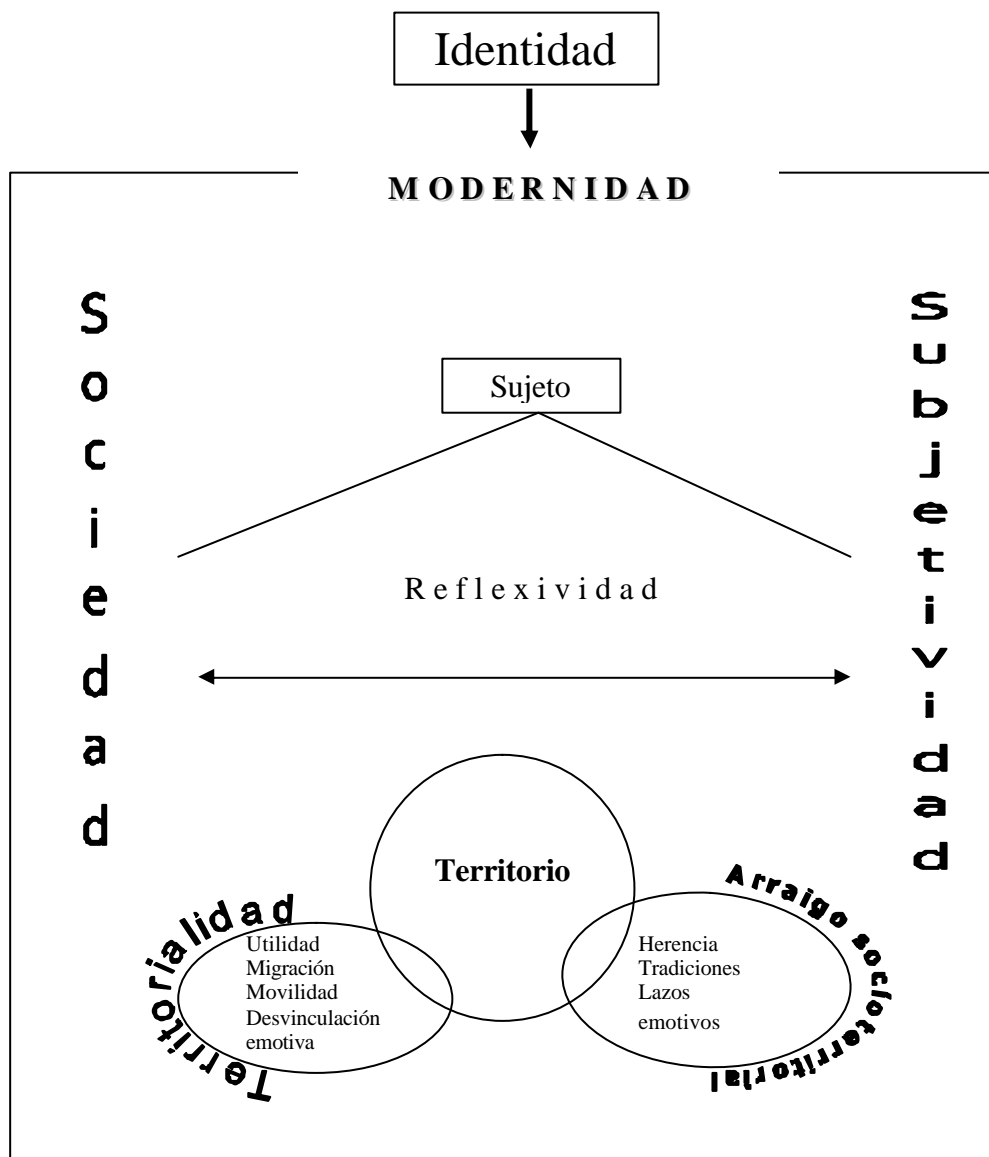
A Victoria



Introducción

INTRODUCCIÓN

La presente investigación nació bajo la hipótesis que sustenta que el territorio es un elemento que incide de manera importante en el proceso de construcción de la identidad en los jóvenes vallechalquenses. Sin embargo, según los resultados de este trabajo dicha hipótesis es falsa, valga decir que, no obstante ello, ésta ayudó a complejizar el tema, a construir y distinguir entre la noción *territorialidad* y *sentido de pertenencia*. Con la hipótesis falseada se hizo necesario observar otros componentes que participan en la configuración de la identidad. A continuación se muestra un diagrama que resume a grandes rasgos la estructura y el contenido del presente trabajo.



¿Por qué es importante ocuparnos de la modernidad en esta investigación sobre la construcción de la identidad de los jóvenes de Valle de Chalco Solidaridad? No sólo porque es el contexto histórico socio-cultural en el que tiene lugar diferentes fenómenos sociales importantes en términos del proceso de construcción de la identidad, sino además porque es el punto de inicio en el reconocimiento del sujeto; es decir, del ser humano como libertad y como creación, responsable de sí mismo y de la sociedad. En este sentido, la seguridad ontológica tradicional se desvanece y en su lugar se apela a la cultura democrática de un individualismo universal, donde la libertad es un valor eje de estas sociedades complejas. En suma, en el capítulo I se analiza brevemente esta etapa bajo la idea de que el proceso de construcción de la identidad de los jóvenes vallechalquenses se realiza en un marco histórico donde no hay un orden preestablecido ni una única moral ni una estructura determinista sino un conjunto de procesos de construcción del *sí-mismo* mediante la confrontación y la reflexividad.

Éste último término es medular porque constituye un elemento analítico transversal a esta investigación, el cual se refiere a la situación cognitiva en la que se encuentran los sujetos y que se expresa en la amplitud del rango de posibles elecciones y en el alto número de variables que deben tomar en cuenta en sus intentos por resolver problemas de conocimiento, adaptación y organización de su propia biografía. La identidad necesariamente requiere, como elemento constitutivo, de la reflexividad del sujeto. Esto es, la conciencia del sujeto respecto a su lugar en mundo, sobre la existencia del sí mismo y su historia de vida producto de una serie de acontecimientos y decisiones concientes. La conciencia se refiere a la capacidad de reconocerse en sus atributos y en las modificaciones que se experimenta en el sí mismo, no necesariamente racional en el sentido de encontrar los fines últimos.

De tal forma que al definir el contexto histórico es preciso hacerlo también con respecto al sujeto que actúa en éste. Por ello, guiados por Touraine, si se le define como individuo “se aceptan los llamados del mercado o la pertenencia a una comunidad; en cambio, la subjetivación, que es voluntad de individuación, actúa a partir de la rearticulación de la instrumentalidad y la identidad, cuando el individuo se define de nuevo por lo que hace, por lo que valora y por la relaciones sociales en que se encuentra comprometido” (Touraine, 1994: 68).

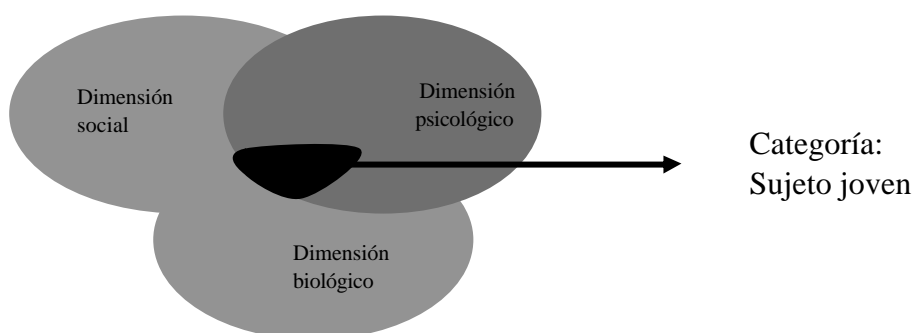
Pero ¿por qué los jóvenes vallechalquenses como objeto de estudio? Definitivamente el tema de la juventud adquiere relevancia científica, por lo pronto, en las sociedades occidentales contemporáneas. Ello es así porque la juventud es una condición socialmente construida y, por tanto, atiende a una multiplicidad de consideraciones, según la sociedad de la que se trate. En los últimos años los estudios sobre juventud han abordado diversas dimensiones de este objeto, los temas más recurrentes son los que vinculan las identificaciones y las pertenencias de los jóvenes, pues gran parte de los investigadores han enfocado sus esfuerzos en las filiaciones y las identificaciones que llevan a los jóvenes a participar de grupos, modas, tribus, clubes o cualquier tipo de organización social.

Sin duda, estas investigaciones son muy importantes en la medida en que es posible identificar y comprender los procesos de filiación y configuración de *comunidades* en diferentes espacios donde se desarrollan los sujetos jóvenes. No obstante, hace falta ahondar en el estudio del proceso de construcción de la identidad individual en los jóvenes. Pues este tipo de estudios incorpora al panorama académico y sociológico una beta interesante de explorar. Dado que antes que cualquier tipo de pertenencia hacia una comunidad o grupo social, el sujeto se construye en su mismidad. Es decir, el estudio de la conformación de *tribus* juveniles es de suma importancia, pero la identificación o la participación en modas, grupos, clubes, tribus no define al joven en su totalidad, es sólo una parte de la compleja construcción de su propia biografía.

Antes bien, el joven es mucho más que un rol social o una identificación concreta en cualquier ámbito de su vida. De ahí que el proceso de construcción de la identidad y, evidentemente su análisis, sea altamente complejo. Las pertenencias e identificaciones son insumos en la construcción de la identidad individual de los jóvenes contemporáneos. De esta forma, el análisis de la juventud en términos de su construcción identitaria, y más aún, enmarcada en un espacio físico concreto, requiere de un esfuerzo de reflexión importante. El objetivo es superar los pre-juicios y lograr una mayor comprensión y aprehensión de los fenómenos sociales, dado el proceso de construcción identitario como un diálogo permanente entre las estructuras sociales y la mismidad.

Bajo el supuesto de que la categoría joven es altamente compleja en la medida en que reconozcamos que confluyen tres dimensiones (social, psicológica y biológica) en la conformación de ésta, y que como categoría analítica es posible

conceptualizarla brevemente como una condición social, se eligió a los jóvenes de Valle de Chalco porque lo que se buscaba era observar cómo y en qué nivel influía el espacio socioterritorial en el proceso de construcción identitario. De tal manera que al ser Valle de Chalco un caso paradigmático, en términos de pobreza, periferia, asentamiento de migrantes internos y cuna de uno de los más importantes programas sociales implementado en los últimos años en el país, resulta un caso altamente interesante para observar cómo los rasgos particulares del territorio inciden en la segunda generación que habita este municipio.



En este sentido, el proceso de construcción de la identidad vista a través de los jóvenes en Valle de Chalco Solidaridad permite explorar los niveles de análisis con respecto a la incidencia del territorio en el proceso de construcción identitario. Lo cual también ayuda a mirar las implicaciones del espacio, las condiciones estructurales y los elementos subjetivos en dicho proceso.

De lo que se trató la presente investigación fue de hacer una intervención analítica, reflexiva y comprensiva de aquello que los jóvenes dicen acerca de su propia biografía y los maneras como narrativizan su historia en el marco de un territorio complejo. La atención se centra en las formas y los elementos que forman parte del proceso identitario, donde se explora enfáticamente la capacidad de reflexividad de los sujetos jóvenes a lo largo de su proceso de autoconstrucción. Por tal razón, es pertinente reflexionar en torno a las propuestas teóricas y los fenómenos que se presentan en la realidad empírica. El objetivo fue un ir y venir de la teoría a la realidad y de la realidad a la teoría.

Ahora bien, regresemos al esquema presentado en la primera página y la pregunta que salta a la vista es ¿por qué interesarnos en el estudio de la identidad? La categoría identidad tiene virtudes que permiten concederle una importancia mayor a la de una categoría residual. En primer lugar, como afirma Gilberto Giménez, es una

categoría con amplia aceptación por su carácter estratégico y su poder condensador. Es decir, permite conceptualizar una multiplicidad de dimensiones y procesos en una sola palabra. Incluso es posible retomar esta categoría para problematizar una preocupación central de las ciencias sociales: ¿cómo es posible el orden y la cohesión social? Esta es la segunda virtud que le encuentro a esta categoría. Una tercera razón por la cual estudiar la categoría identidad, y no es precisamente una virtud, es que pese a que es ampliamente referida está escasamente conceptualizada en términos científicos, la mayor parte de sus usos se elaboran desde el sentido común.

Tras la idea de que la identidad no es algo dado sino una construcción existen varios supuestos que es necesario atender, ya que la identidad es un término socio-histórico que designa la conformación de las características de los individuos. De tal manera que, desde ya, en esta investigación se reconoce al actor como un individuo que ocupa varias posiciones en la estructura social, se relaciona e interactúa, comporta una imagen de sí mismo en relación con otros, define objetivos y medios para alcanzar éstos en su vida cotidiana. Además, se encuentra inmerso en un constante proceso de socialización y, por lo tanto, la construcción de su identidad está en permanente cambio, definición, desarrollo y estabilización.

Ahora bien, la identidad del sujeto sólo puede construirse por la complementariedad de tres fuerzas: el deseo personal de salvaguardar la unidad de la personalidad, en permanente tensión entre el mundo instrumental y el mundo comunitario; la lucha colectiva y personal contra los poderes que transforman la cultura en comunidad y las lógicas del mercado; y el reconocimiento, interpersonal pero también institucional, del *otro* como sujeto. Pues evidentemente el sujeto no sólo se construye en la relación inmediata de uno como uno mismo, en la experiencia más individual, el placer personal o el éxito social.

El proceso de construcción de la identidad, sobre todo en el marco de la modernidad, es un proceso caleidoscópico. Es decir, no sólo es producto de las superestructuras (sociales, económicas o culturales) sino incluye también el conjunto de operaciones creativas que el sujeto realiza para construir su propio universo y referirse subjetivamente a las entidades de su existencia.

Así pues, la categoría identidad, sociológicamente hablando, permite su distinción como un dispositivo útil para observar la dinámica individual y social. Pese a su carácter polisémico, esta categoría puede ayudar a establecer especificidades, características particulares, formas de estructuración individual,

configuración de pertenencias sociales y los respectivos atributos de estos procesos. La confrontación con la realidad empírica potencia la posibilidad de inaugurar miradas sobre la realidad que describe e interpreta este concepto. Mirar el ámbito de lo micro puede dar pautas interesantes para analizar al sujeto y a la sociedad.

De esta forma, la noción de identidad como categoría *relacional* tiene importantes implicaciones en los procesos que se vinculan con la configuración de la propia biografía. Por esta razón se hace necesario observar otras categorías con las que se relaciona, entrelaza y complementa. Es de destacar que ello genera la complejización del término tanto a nivel teórico-conceptual como de análisis empírico. Desde este punto de vista en la presente investigación se construyó una matriz de categorías, subcategorías y dimensiones observables que sirvieron para ampliar la discusión del tema, pero también para dar cuenta de la complejidad del proceso de construcción de la identidad. Cabe mencionar que no se trató de agotar la discusión, sino de ampliar el nivel de análisis tanto en el aspecto teórico como en el empírico.

La parte medular del presente trabajo se concentra en el apartado de metodología y el análisis, ya que en el primero se construyó una matriz que contiene once categorías y cada una de éstas tiene algunas subcategorías que a su vez tienen dimensiones que son directamente observables en el análisis de los datos empíricos. La construcción de esta matriz corresponde a la necesidad de ampliar la discusión en torno a los componentes del proceso identitario. Por ello resultó un esfuerzo importante el incorporar gran parte de los elementos necesarios para observar su imbricación y el nivel de incidencia en la identidad de los jóvenes.

Esta matriz no sólo sirve para mirar el proceso de construcción de los jóvenes vallechalquenses, sino que se puede ser utilizada para analizar a otros jóvenes en distintos contextos socioculturales si se desea. Evidentemente cada una de las categorías construidas tiene diferentes niveles de incidencia y juegan un papel diferenciado en dicho proceso. De hecho, la matriz se construyó bajo este supuesto, pues se sabe que efectivamente pueden haber múltiples dimensiones que participan en el proceso de autoconstitución, pero no está claro hasta qué punto. La matriz, en este sentido, ayuda a organizar el análisis y documentar para cada caso los elementos y niveles más visibles e importantes.

Esta matriz analítica está constituida en la lógica de los dos grandes ámbitos que se mezclan para configurar las identidades: el *sociocultural* y el *subjetivo* o de

mismidad. En el primero se apela a las condiciones estructurales y a las categorías y subcategorías que plantean la incorporación, aprendizaje y reproducción de los esquemas sociales y culturales. El segundo ámbito se refiere a los componentes donde la autoconciencia del sujeto, su capacidad de reflexividad y de dislocación le permiten tener un margen de acción con respecto a los constreñimientos sociales y culturales. Bajo esta lógica el análisis contempla la identidad como un entrecruce de ambos ámbitos sin los cuales no es posible su existencia.

Dentro del ámbito sociocultural las categorías que se contemplan en la matriz son: i) *el sentido de continuidad*, ii) *la interacción*, iii) *el horizonte normativo*, iv) *el mundo de la vida*, v) *el proyecto de vida*, vi) *la territorialidad* y, vii) *la desterritorialidad*. Mientras que en el ámbito que se refiere a la mismidad, las categorías construidas son: viii) *capacidad de reflexividad*, ix) *subjetividad*, x) *concepción de juventud* y, xi) *sentido de pertenencia*.

Para la primera categoría fue necesario pensar en subcategorías que permitieran hacer una observación más amplia, así que, por ejemplo, dado que el sentido de continuidad se refiere a aquellos mecanismos que ayudan a integrar la historia de los sujetos y que ésta parezca que tiene una lógica de continuidad espacial y temporal hubo que construir subcategorías como: *centros organizadores*, *cronología*, *noción espacio-temporal* y *dinamismo en la biografía*. En lo que se refiere a la *interacción* sólo hay una subcategoría: el *otro significativo*. La cual a su vez tiene dos dimensiones, una, *referentes y referencias* y, dos, *identificación y pertenencia*. La categoría *horizonte normativo* se refiere a las estructuras de pensamiento que han permeado en el sujeto para constituir sus parámetros *valorativos*, *jerárquicos*, *morales* y de *autoridad*.

En su caso, la categoría *mundo de la vida* sólo tiene como subcategoría *complejo simbólico-cultural* que puede ser observable mediante la dimensión *roles sociales*. La quinta categoría, *proyecto de vida*, tiene como *subcategorías* *vida cotidiana* y *proyección al futuro*, pues esta categoría tiene relevancia en la construcción de la identidad dado que cada sujeto se plantea ciertas expectativas de vida y constituye su ideal de futuro mediado por las condiciones presentes de su existencia. Del mismo modo, la *territorialidad* representa un componente indispensable al conceptualizar la identidad. Las subcategorías de ésta son: *espacio concreto* y *espacio simbólico*, la primera tiene como dimensiones, el *cuerpo* y el *territorio local* (que en este caso se trata del municipio Valle de Chalco Solidaridad,

pero como se mencionó anteriormente puede ser utilizado para analizar otros contextos), la segunda subcategoría tiene como dimensiones el *espacio privado* y el *territorio externo*. En la *desterritorialidad* las subcategorías son la *deslocalización* y el *arraigo dinámico*.

Ahora bien, en lo que respecta al ámbito de la mismidad, las subcategorías que corresponden a la *reflexividad* son la *conciencia potencial y necesidad cognitiva, práctica y existencial*. Estas se proponen como elementos transversales para el análisis en la presente investigación. Ya que aunque la reflexividad forma parte este ámbito de la mismidad puede ser un elemento importante para mirar las categorías en el otro ámbito, el cual corresponde a los sistemas que ordenan y estructuran la identidad “desde afuera” de los sujetos. De esta forma es posible observar el nivel de reflexividad del sujeto cuando se enfrenta a los condicionamientos sociales y culturales.

En lo que respecta a la categoría *subjetividad*, la *construcción del enunciador* es su única subcategoría y, las dimensiones de ésta son el *ego* y *necesidad de sentido*. En conjunto con sus dimensiones, esta categoría es fundamental en el ámbito de la mismidad, pues para la conceptualización del término identidad que sustenta este trabajo, es superficial tratar el proceso de constitución de la identidad sin observar el grado incidencia de la subjetividad en dicho proceso.

Otra categoría del ámbito de la mismidad es la que se refiere a la noción que tienen los sujetos sobre la *juventud*. En ésta las subcategorías son la *definición* que ellos mismos formulan de la categoría en abstracto y su *propia experiencia* de ser joven. Tales dimensiones tienen el objetivo de hacer una contrastación entre el concepto que tienen de juventud y su forma particular de vivirla. Y las dimensiones observables en este caso son *estilos de vida, esparcimiento y tiempo libre*.

La última categoría de este ámbito es la que se refiere *al sentido de pertenencia* y sus respectivas subcategorías son la *apropiación espacial, confianza y lazo emotivo*. Esta categoría es constitutiva en este análisis dado el objetivo planteado en el inicio de esta investigación, por ello se dispuso que formara parte del ámbito de la mismidad, pues el sentido de pertenencia apela a las construcciones emocionales que permiten que el sujeto se reconozca en el espacio y contribuya a hacer comunidad.

Así pues, con esta matriz el análisis es un ejercicio complejo y de gran riqueza en información, la cual contribuye a reforzar la idea de que los jóvenes no

son receptores pasivos del cúmulo de información que proviene de la familia, la escuela, los amigos y los medios de comunicación. En cambio, pese a las acotaciones estructurales y culturales, los sujetos jóvenes son potencialmente capaces de concientizar y reformular las estructuras simbólicas sociales. Lo cual da lugar a una noción más amplia y compleja de la categoría juventud y del proceso de construcción de su identidad.

Finalmente, para terminar con la lectura del diagrama presentado en la primera página es necesario referir a que el reconocimiento, la apropiación, y la configuración de espacios físicos responden a distintos tipos de relaciones que el sujeto puede entablar con el territorio en el marco de la configuración de su propia biografía. Cabe mencionar que el tipo de relación que el sujeto establece con el territorio no necesariamente debe ser positiva. De esta forma, la relación sujeto-territorio convoca a pensar en una serie de mecanismos que se generan en la interacción de la persona con el espacio. En términos de Espinoza “estando al servicio de la identidad, el territorio se convierte en un texto cultural donde está contenida su particular visión del mundo con sus propios objetos, su propio espacio y su propio tiempo” (Espinoza, 1999: 236).

Aunque, el modelo actual de conurbación plantea así la paradójica existencia de un organismo colectivo que funciona físicamente sin que los individuos que lo componen conozcan ni se interesen por su funcionamiento global y, en consecuencia, sin que tal engendro colectivo posea órganos sociales capaces de ejercer un control responsable sobre el mismo. “Reconstruir estos órganos resulta una condición necesaria para modificar el comportamiento físico y territorial de las conurbaciones con vistas a paliar su insostenibilidad global, y en ocasiones local” (Naredo, 2003:27). De tal manera que la identidad se construye en un proceso donde se interrelacionan el mundo social, la subjetividad y el universo simbólico presente.¹

Guía para visitar esta investigación

Esta investigación está dividida en dos partes. La primera de ellas se centra en los lineamientos teóricos y conceptuales que conducen este estudio. La segunda parte está dedicada a la discusión de las categorías y el análisis de los datos empíricos.

¹ El “presente” entendido como la condensación del pasado vista desde el “ahora” y proyectado en el futuro.

En concreto, la primera parte se divide en tres capítulos. El capítulo I, “modernidad: la complejidad del nuevo contexto social”, se encuentra constituido por la contextualización de esta etapa histórica como marco de esta investigación, donde también se aborda el tema del sujeto en la modernidad. Del mismo modo, el primer capítulo considera las importantes diferencias y particularidades de la modernidad en América Latina y el sujeto latinoamericano. Unida a esta discusión, otro tema que abarca este primer capítulo es el de la globalización *versus* la localidad. Este primer capítulo de la investigación tiene como objetivo enmarcar el estudio de la construcción identitaria de los jóvenes de Valle de Chalco Solidaridad en la nueva complejidad social que presenta la modernidad.

El segundo capítulo se concreta a la discusión teórica de la noción identidad: “la relevancia explicativa de la categoría identidad”. En este capítulo se hace un recorrido por esta categoría central para la presente investigación, se discute sus cualidades, capacidades explicativas así como las características con las que es posible definirla. Del mismo modo que en el capítulo anterior, en este capítulo II se busca enmarcar teóricamente el tema de la identidad, delinear los conceptos centrales de esta categoría y sus implicaciones en la realidad empírica.

El capítulo III, “los jóvenes como objeto de estudio en el contexto de la construcción de la identidad”, es también teórico y se dedica a la discusión de la categoría juventud. Ésta se vincula con la identidad para centrar la problemática que ocupa la presente investigación. Hacia el final de este tercer capítulo se aborda la juventud mexicana en el marco de la reflexividad moderna con el propósito de establecer las bases conceptuales que soportarán el análisis empírico.

El cuarto capítulo corresponde a la segunda parte de esta investigación, el cual lleva por título “metodología y objeto de estudio”. Como el mismo nombre lo indica este capítulo se trata sobre la definición del objeto de estudio que ocupa a esta investigación y la metodología utilizada para la realización del análisis. Por ello se esboza brevemente el contexto del municipio Valle de Chalco Solidaridad y el de los informantes. Este capítulo IV incluye la propuesta de análisis y el desglose de las categorías utilizadas para dicho análisis. El objeto de este capítulo es explicitar las categorías, subcategorías y dimensiones con las que se realizó el análisis empírico. La función de este capítulo es establecer las categorías analíticas, así como sus respectivas definiciones, con las cuales se apunta a la articulación de la teoría con los datos empíricos.

El quinto y último capítulo de esta investigación, “análisis del proceso de construcción de la identidad en los jóvenes de Valle de Chalco Solidaridad”, trata concretamente el análisis. En el cual se exploran los datos, se analizan y se vinculan los planteamientos teóricos en términos de la información que se extrajo de los relatos de los jóvenes vallechalquenses entrevistados. Evidentemente este capítulo V tiene por objeto explorar el proceso de construcción de la identidad de los jóvenes que habitan en este municipio. El análisis etnográfico que se realizó en este capítulo permite reconstruir la información obtenida en las entrevistas y tamizarla con las categorías analíticas plateadas en el capítulo anterior en términos de construcción de observaciones reflexivas acerca de este fenómeno social.



**Modernidad:
la complejidad del nuevo contexto social**

P A R T E I

I. MODERNIDAD: LA COMPLEJIDAD DEL NUEVO CONTEXTO SOCIAL

La suspensión de la familiaridad, y por ende el estado de desarraigo, como una experiencia existencial de angustia, es constitutiva y no provisional. En otras palabras, si bien el mundo es el sitio de todos los posibles significados y actividades significantes como tal no remite a nada. Estrictamente hablando, el mundo es 'insignificante'

Arditi, 2000

La modernidad es una ruptura entre dos tiempos. El siglo XVIII presencia el nacimiento de nuevos modos de vida y organización social. Ferenc Feher y Agnes Heller, citados por José Joaquín Bruner, entienden por modernidad "el período y la región en el cual capitalismo, industrialización y democracia aparecen simultáneamente, reaccionando uno al otro, reforzándose, complementándose y restringiéndose mutuamente" (Feher y Heller en: Bruner, 1992: 8). Así pues, la modernidad es resultado de largos procesos que se vinculan y complementan. Y cuyos efectos se sintieron en todos los ámbitos, primero, de la Europa Occidental y, después, en casi todo el globo terráqueo.

La Reforma Religiosa a principios del siglo XVI, la Ilustración y la Revolución Francesa en el siglo XVIII fueron el piso sobre el cual se levantaron el capitalismo, la industrialización y la democracia como paradigmas de las nuevas sociedades occidentales. La modernidad es resultado de procesos históricos que han complejizado enormemente la existencia humana. Es obvio decir que este nuevo orden social no adquiere las mismas características en todos los contextos geográficos. Sin embargo, es importante establecer sus rasgos generales; por ello, en el presente capítulo, se enuncian brevemente las circunstancias actuales en términos de las interacciones sociales, y en particular, del proceso de construcción de la identidad en los sujetos jóvenes. De esta manera resulta pertinente mirar con detenimiento los centros en los que tuvieron lugar los antecedentes de esta etapa histórica. En principio, concentrar la atención en los elementos que definen a la modernidad desde el epicentro de este complejo proceso de conformación de nuevos órdenes. Y posteriormente, caracterizar tal proceso en el contexto latinoamericano, a fin de establecer los matices pertinentes en el análisis de nuestra realidad inmediata.

Según observa Bruner, la modernidad se constituye por cuatro núcleos. El primero, la escuela como institución organizadora de procesos de socialización, habilitamiento para la convivencia social cotidiana y la transmisión y uso de conocimientos. La empresa industrial, es el segundo núcleo organizador de la modernidad, ya que es el agente que coordina los procesos de producción, basados en una división crecientemente compleja del trabajo, reúne y moviliza los factores de producción al disponer de la actividad humana, el capital, las tecnologías y las materias primas. El tercer núcleo es el mercado, ya que éste opera como procesador de información, asignador de recursos, señalizador de precios y coordinador de la actividad de las empresas y de los individuos en el incesante intercambio que, en adelante, constituye la trama de la vida social. Y el cuarto núcleo organizador de la modernidad, apunta Bruner, son las hegemonías, es decir, la organización e imposición del control social que va desde el uso de la violencia hasta la conformación de las instancias reconocidas de autoridad y disciplinamiento. Donde el Estado-Nación tiene un papel fundamental en esta nueva conformación del poder (Bruner, 1992: 11-12).

En este nuevo orden social, que se está configurando desde el Renacimiento, la llamada modernidad adquiere rasgos que la distinguen de las sociedades tradicionales. Las nuevas instituciones constitutivas de esta etapa tienen importantes implicaciones en la configuración de las interacciones sociales y en la generación de nuevos universos simbólicos. Durante mucho tiempo, la modernidad fue definida, principalmente, por la eficacia de la racionalidad instrumental, por la dominación del mundo mediante la ciencia y la técnica. Sin embargo, Alain Touraine asegura que ésta no ofrece una idea lo suficientemente completa de dicha etapa. Para Touraine, esta perspectiva mantiene oculta una parte fundamental para entender la modernidad: el surgimiento del sujeto humano como libertad y como creación. En términos de este autor “no hay modernización sin racionalización, pero tampoco sin formación de un sujeto-en-el-mundo que se sienta responsable de sí mismo y de la sociedad. No confundamos la modernidad con el modo puramente capitalista de modernización” (Touraine, 1994: 203).

Para entender y explicar la modernidad es necesario admitir la existencia de múltiples fenómenos paralelos y entremezclados que complejizan el establecimiento

de pautas y configuraciones tanto sociales como individuales.² De esta forma aparatos, sistemas y disposiciones sociales no son develadas como “autoevidentes” dado que, como asegura Bauman, “hay demasiadas, chocan entre sí y sus mandatos se contradicen, de manera que cada una de esas pautas y configuraciones han sido despojadas de su poder coercitivo o estimulante” (Bauman; 2002: 13), o por lo menos, han cambiado de forma y se afrontan con cierta flexibilidad disponible socialmente. En este sentido, la seguridad ontológica tradicional se desvanece y en su lugar se apela a la cultura democrática de un individualismo universal. Donde, sin duda, la libertad es un valor eje de las sociedades complejas.³

Así pues, entre las metas de la modernidad están la democracia y el estado de derecho que garantiza libertad. Bajo estas circunstancias, el individuo se enfrenta a elegir. Ejercer esta libertad es complejo, dada la fragmentación del universo simbólico y la convivencia con las distintas subjetividades. De ahí la pertinencia de apuntar que los individuos deciden, eligen y actúan en convivencia con otros individuos, con los cuales no necesariamente comparten vínculos culturales. Pero gracias a la tolerancia, que se ha desplegado como valor necesario para la convivencia social, es posible la coexistencia de varias identidades colectivas e individuales.

Varios autores han dedicado sus esfuerzos a analizar esta etapa. Ya se mencionaba la postura de Alain Touraine al respecto. En la cual la racionalidad y la creatividad del individuo son elementos que explican la modernidad y al individuo de la modernidad. Bauman, por su parte, diría que en esta etapa las pautas y configuraciones ya no están “determinadas” y que de ningún modo se develan como “autoevidentes”, pues *todo lo sólido se desvanece en el aire*. En tanto que para Giddens la reflexividad es el elemento central de la modernidad. Al hacer referencia a esta noción, es indispensable pensar no sólo en el término como tal, sino en su condición intrínseca, la autoconfrontación de la modernidad consigo misma. Es

² Puesto que los significados no sólo se generan por los sujetos en interacción sino que dentro de ciertos límites espaciales y temporales se vinculan con significados acumulados socialmente que los actores no escogen (Habermas, 1988).

³ Lo cual resulta en un fenómeno mucho más complejo de lo que parece, pues “con el exceso de oportunidades, crecen las amenazas de desestructuración, fragmentación y desarticulación” (Bauman: 2000: 97).

decir, el cuestionamiento de todo lo que conforma lo social, lo político, lo moral, lo institucional, lo cultural.

Con sus matices, los tres autores apelan a la posibilidad de poner en tela de juicio todo lo que rodea al ser humano como parte de su capacidad creativa. Estas miradas teóricas ofrecen un marco ontológico desde el cual se pueden aprehender los fenómenos sociales. Lo relevante de esta idea de Giddens es la afirmación sobre la existencia de una sociedad donde no hay un orden preestablecido ni una única moral ni una estructura determinista sino un conjunto de procesos de construcción del *sí-mismo* mediante la confrontación y la reflexividad.⁴ Ante este panorama es imposible soslayar la complejidad como principal característica de las sociedades contemporáneas. La cual se puede definir, en términos de Gleizer, como:

[...] una específica configuración de las relaciones sociales en las modernas sociedades postindustriales tal y como son percibidas por los propios agentes, sean éstos individuos o grupos. La complejidad en este plano, por lo tanto, se refiere a la situación cognitiva en la cual se encuentran los agentes, que se expresa en la amplitud del rango de posibles elecciones y en el alto número de variables que los agentes deben tomar en cuenta en sus intentos por resolver problemas de conocimiento, adaptación y organización (Gleizer, 1997: 20).

Entonces, la libertad como eje rector de las nuevas sociedades potencia las capacidades de elección de los sujetos aunque, al mismo tiempo, encuentra en ésta una sensación de incertidumbre por la relatividad que puede adquirir la palabra “libertad”. Melosik y Szhudlarek, citados por Bauman, aseguran que “vivir entre opciones aparentemente infinitas (o al menos en medio de más opciones de las que uno podría elegir) permite la grata sensación de ‘ser libre de convertirse [en] alguien’” (Bauman; 2000: 68). Hasta este punto, el resultado de tal proceso debe ser una sociedad más libre, por lo tanto, individuos más libres. Y sin embargo, en la medida en que el actor es más reflexivo está expuesto a mayor riesgo e inseguridad.⁵ En términos de Gleizer en la modernidad:

⁴ Porque como asegura Touraine “la paradoja central de nuestra sociedad: en el momento en el que la economía se mundializa y es transformada de manera acelerada por las nuevas tecnologías, la personalidad deja de proyectarse hacia el futuro y se apoya, al contrario, en el pasado o en un deseo ahistórico. El sistema y el actor ya no se encuentran en reciprocidad de perspectivas sino en oposición directa” (Touraine, 1999: 48).

⁵ La inseguridad es percibida como una amenaza constante en la vida cotidiana de los individuos. “El estado de incompletud e indeterminación implica riesgo y ansiedad, pero su opuesto tampoco produce placer, ya que cierra todo aquello que la libertad exigente que permanezca abierto” (Bauman; 2000: 68).

[...] en lugar de una sociedad afirmada sobre principios universales fijos, hay un pluralismo de espacios sociales regulados por criterios flexibles y contingentes. Al diluirse las limitaciones de la tradición, la estratificación y la localización se extiende un politeísmo moral y un agnostismo sobre las “cuestiones finales” que toma el lugar de las creencias colectivas institucionalizadas (Gleizer, 1997: 21).

De esta forma, la complejidad de las sociedades actuales tiene como una más de sus características el relativismo cultural, es decir, el reconocimiento de la existencia de múltiples morales en las sociedades modernas. En la cual se inserta otro problema inherente a esta etapa, ante la potencialidad de libertad de elección de los sujetos ha sido necesario asegurar la legitimación de otras formas de vida y aceptar la coexistencia de múltiples universos simbólicos.⁶ De ahí la idea de que en la sociedad moderna el consenso normativo está fragmentado. Es interpretado así porque las nuevas configuraciones sociales albergan múltiples formas de relaciones e interacciones entre los sujetos contemporáneos. Bajo el contexto de la modernidad, las relaciones individuales han adquirido ciertos matices e importantes diferencias con respecto a las formas de interacción individual anteriores a esta etapa. El resultado ha sido un pluralismo de valores dado que los fines últimos son producidos por cada uno. En consecuencia, no han faltado quienes en este contexto señalen un derrumbe de valores. Sin embargo, me parece más pertinente hablar, como Beck, no de un “derrumbe” sino de un “conflicto de valores”. De tal suerte que el conflicto está en que nos enfrentamos a conceptos diferentes de sociedad, de distinta naturaleza, estilo y contenido; a decir, la sociedad de la política y la de democracia.

1.1 *El sujeto en la complejidad social contemporánea*

En este nuevo contexto social el sujeto adquiere responsabilidad sobre sí mismo y sobre las dinámicas sociales en la que participa. En las sociedades tradicionales la acción individual está mediada por agentes exógenos al sujeto. El problema de la acción individual es evidentemente epistemológico, esto es ¿bajo qué condiciones interpretamos la motivación de la acción? En teoría social existen, de manera general, dos grandes perspectivas que dan cuenta de ello: la determinista y la racional. Cabe destacar que para fines de esta investigación tal división se planeta a

⁶ “...el universo simbólico de las sociedades modernas contemporáneas no puede verse como un cuerpo firmemente cristalizado o lógicamente coherente de definiciones de la realidad. Está estructurado de modo impreciso y dista bastante de ser una constelación estable de la realidad” (Gleizer, 1997: 33).

grandes rasgos, pues sólo se quiere dar cuenta, de manera general, de los paradigmas desde los cuales se ha mirado al sujeto. Valga señalar que entre estas dos perspectivas analíticas hay diferencias e importantes matices en las propuestas teóricas que se orientan hacia una u otra perspectiva.

La primera de ellas, la orientación determinista, o no racional como la llama también Jeffrey Alexander (1994), considera que la acción de un individuo puede ser simbólicamente orientada, interpretativa, normativa, emocional o dramaturgia. La acción, bajo esta perspectiva, no está motivada para alcanzar fines por medio de estrategias. En cambio, en la orientación racionalista el individuo evalúa las acciones que lo llevarán a lograr sus fines, es decir, urde una estrategia para alcanzar una meta.

Tras esta síntesis de posturas y supuestos teóricos existe una larga tradición sociológica que, desde diferentes perspectivas, han aportado explicaciones acerca de la emergencia de la acción individual. Dichas explicaciones dan lugar a debates sobre las posturas existentes con respecto a este tema fundamental, el individuo y la acción social. Las cuales resultan en los marcos teóricos que sustentan las investigaciones empíricas en las ciencias sociales. Bajo el contexto de la modernidad, el sujeto es analizado a partir de la idea de autonomía y responsabilidad que tiene éste sobre sus acciones. Como asegura Giddens, en la modernidad el individuo adquiere relevancia como nunca antes.⁷

Articular una caracterización del sujeto contemporáneo no es tarea menor. Para responder mínimamente a esta necesidad cognitiva y comprensiva es obligación científica dar cuenta de algunos rasgos que fundamentan al sujeto en la complejidad social contemporánea. Michel Bassand y François Hainard (1985) con la intención de distinguir los principales parámetros que definen al actor social en el contexto de la modernidad proponen seis elementos a considerar:⁸

- a) El actor social ocupa siempre una o varias posiciones en la estructura social
- b) No se lo concibe sino en interacción permanente con otros actores sociales
- c) Está dotado de alguna forma de poder

⁷ En palabras de Durkheim “en cierto sentido el ‘individuo’ no existe en las culturas tradicionales, donde no se elogiaba la individualidad. Sólo con la aparición de las sociedades modernas y, más en concreto, con la diferenciación de la división del trabajo, el individuo concreto se convirtió en foco de atención” (Touraine, 1994: 99).

⁸ Cfr. en *Materiales para una Teoría de las Identidades Sociales* de Gilberto Giménez.

- d) Comporta siempre una identidad o imagen de sí mismo en relación con otros
- e) Por lo general posee un proyecto (de vida cotidiana o de sociedad) en el cual fija objetivos y define los medios para lograrlo
- f) Se encuentra en permanente proceso de socialización.

Estos parámetros son, sin duda, elementos suficientes para definir al sujeto como un actor con capacidad de ubicación e interacción en la compleja realidad actual. Sin embargo, es fundamental no pasar por alto, quizá, la principal característica que define al sujeto de la modernidad: la reflexividad. Puesto que la reflexividad dota al sujeto de capacidad de apropiación del mundo. La reflexividad del sujeto se refiere al potencial y la aptitud para pensar sobre sí mismo y sobre todo aquello que le rodea, la capacidad y sus propias posibilidades para cuestionar o decidir no cuestionar lo ya dado por descontado en la sociedad. Ser consciente de sí mismo y reconocerse como protagonista de la propia biografía es un rasgo fundamental que distingue al sujeto moderno.

Si asumimos que la reflexividad es una característica constitutiva de la segunda modernidad, como afirma Anthony Giddens, hay que decir que el rasgo distintivo de la modernización reflexiva es la progresiva y consciente autorregulación, la cual se hace evidente mediante la generación de instituciones. A partir de esta idea, el orden social en la modernidad puede comprenderse como un permanente ejercicio de autorregulación, inmanente a la capacidad de reflexividad que tienen los sujetos. Bajo este planteamiento, el problema del individualismo se ha tornado aún más complejo porque han aumentado los elementos y las circunstancias a considerar en los análisis.

La noción de Sujeto se introdujo no para defender el mundo vivido contra la acción estratégica, sino para luchar contra la degradación de la vida social como mercado y, paralelamente contra el reemplazo del mundo vivido por una comunidad cerrada sobre sí misma. El sujeto se niega a reducir la organización social al mercado y la identidad a la comunidad. Construí la idea de Sujeto, que a su vez hace posible la de actor social, porque es imposible aceptar la disociación completa del mercado y las comunidades (Touraine, 1994: 88).

Así pues, el sujeto libre siempre propenso a externalidades, lleva consigo el riesgo de elecciones erradas o actos fallidos. “Los sistemas modernos están organizados de manera que los individuos *deben elegir* y frecuentemente deben dar razones acerca de sus decisiones en términos de motivos del *self*: esto es válido tanto para elecciones

educativas como laborales y familiares. Incluso el amor debe ser presentado como una cuestión de elección” (Gleizer, 1997: 132).

En ese entendido, el sujeto no es inconsciente a la hora de tomar decisiones sino que está condicionado y presionado por factores externos. Más aún, ser conciente de su capacidad de elección no excluye la posibilidad de un mal cálculo o decisiones erradas. Obvio es decir que en este panorama el sujeto también se enfrenta a la relativización de las concepciones de vida que se intersectan en la sociedad.

Ahora bien, es cierto que la modernidad aumenta la complejidad en la vida cotidiana de los sujetos, por la emergencia de múltiples y paralelos procesos globales, pero también es cierto que no podemos ver al individuo como un ser que va a la deriva, como víctima irremediable del caos o con la eterna amenaza de perderse a sí mismo. Con ello, no niego el riesgo y la incertidumbre inherentes a la modernidad. Sino más bien, resulta pertinente reconocer al individuo como un sujeto con voluntad y capacidad de creación. En términos de Touraine “el sujeto no es otra cosa que la resistencia, la voluntad y la felicidad del individuo que defiende y afirma su individualidad contra las leyes del mercado y las de la comunidad. Es abajo y ya no arriba, en la individuación y ya no en la identificación, donde actúa y se manifiesta” (Touraine, 1994: 86). Aunque por otra parte, el sujeto tiene la capacidad de decidir conscientemente identificarse e incorporar su individualidad a la sociedad de masas. Es decir, el sujeto tiene las herramientas para reproducir, construir y reconstruir continuamente su propia ética ligada o no a las orientaciones sociales disponibles.

Desde esta perspectiva, la configuración e innovación del sujeto depende de sí mismo y de las disposiciones con las que cuenta para generar espacios de autonomía y reflexión dentro de la estructura social. No obstante, en palabras de Touraine, el “Sujeto no puede existir si no es afirmación de la libertad de un ser situado en unas relaciones sociales, unas relaciones de dominación, un entorno cultural y técnico” (Touraine, 1994: 87). El sujeto no es un ser que encarna la libertad total y absoluta, que actúa de acuerdo a sus humores y es elector de sus placeres. Es indispensable tomar en cuenta la parte complementaria, la exclusión social, las restricciones morales. Así, la idea de Sujeto debe atender a la acción colectiva, la relación con los otros, la existencia de las leyes y los sistemas de organización. Bajo esta perspectiva, se piensa en un Sujeto que se esfuerza por

construir unidad entre reflexividad individual y cultura,⁹ en convivencia y en confrontación de las presiones del mercado y las comunidades. Por ello esta investigación asume la propuesta de Touraine, “la idea misma de Sujeto indica con claridad la prioridad atribuida en estos análisis al individuo, no abstraído de sus pertenencias, sus situaciones y las influencias que sufre, sino definido como actor, capaz de modificar su medio. El actor-sujeto debe tener la última palabra contra todas las formas de garante metasocial del orden social” (Touraine, 1994: 8).

Por su parte, Anthony Giddens, mediante la reconciliación y el reconocimiento de la tradición teórica que le precede, construye la idea de sujeto como un agente activo, capaz de producir y modificar los constreñimientos. Bajo esta perspectiva, la conducta humana tiene un carácter activo y reflexivo. Así mismo, el lenguaje, las facultades cognitivas y la cotidianidad son elementos constitutivos en la configuración del sujeto y, por ende, de la sociedad.¹⁰ De ahí que la principal característica de la metodología de Giddens sea la co-existencia del individualismo y del colectivismo. Entonces, desde esta mirada “la identidad del *yo* constituye (...) una trayectoria a través de los diferentes marcos institucionales de la modernidad a lo largo de la duración de lo que se suele llamar “ciclo de vida”, expresión que se ajusta con mucha mayor precisión a los contextos no modernos (Giddens, 1997: 26).

Desde esta noción, “el sujeto no es un ‘alma’ presente en el cuerpo o el espíritu de los individuos, sino la búsqueda, emprendida por el individuo mismo, de las condiciones que le permitan ser actor de su propia historia” (Touraine, 1994: 65). La idea fundamental es resaltar que, de entrada, el individuo es un ser con posibilidad de actuar libremente, lo que no excluye la existencia de diversos factores que median dicha libertad. “El individuo, si sólo se define como tal, acepta los llamados del mercado o la pertenencia a una comunidad; en cambio, la subjetivación, que es voluntad de individuación, actúa a partir de la rearticulación de la instrumentalidad y la identidad, cuando el individuo se define de nuevo por lo que hace, por lo que valora y por las relaciones sociales en que se encuentra comprometido de tal modo” (Touraine, 1994: 68).

⁹ La cultura es un ordenador y estabilizador de la contingencia. Lo cual no excluye en lo absoluto la crisis o el conflicto. Pero sí contribuye a contener el alto grado de complejidad social que da incertidumbre.

¹⁰ Para Giddens toda experiencia humana es una experiencia medida por la socialización y, en especial, por la adquisición del lenguaje. Dado que “el lenguaje y la memoria están intrínsecamente relacionados tanto en la rememoración individual como en la institucionalización de la experiencia colectiva” (Giddens, 1997: 37).

2.1 ¿América Latina en la modernidad?

Los planteamientos teóricos de sociólogos como Touraine, Giddens y Habermas argumentan en torno a sociedades constituidas en procesos concretos ocurridos en Europa, por lo tanto, sus construcciones teóricas no necesariamente responden a las realidades latinoamericanas. En esa medida es pertinente asumir las diferencias y las restricciones explicativas de las teorías que son concebidas dentro de sociedades y realidades, evidentemente, diferentes en relación a otras regiones del mundo. Para efectos de esta investigación tal aspecto es sumamente importante porque el enmarcamiento del problema de la identidad tiene que ver con las formas de organización social y los universos simbólicos que existen en cada contexto. Sin la contextualización en el tiempo y el espacio se edifican análisis falaces.

En las páginas anteriores se enmarca el surgimiento, los núcleos y los rasgos que definen a la modernidad y al sujeto que se desarrolla en ella. Sin embargo, aún falta por circunscribir los rasgos particulares de la realidad latinoamericana. La cual, evidentemente dista mucho de las realidades europeas o estadounidenses. La pregunta clave es ¿se puede hablar de modernidad en el contexto de la región latinoamericana? El escritor mexicano Octavio Paz plantea al respecto de las grandes diferencias entre la Europa occidental y los países latinoamericanos, que en la región no tuvimos siglo XVIII. En sus propios términos Paz asegura que: "la gran diferencia entre Francia e Inglaterra por un lado, y España e Hispanoamérica, por el otro, es que nosotros no tuvimos siglo XVIII. No tuvimos ningún Kant, Voltaire, Diderot, Hume" (Paz, 1979: 34-35).

Para Paz el siglo XVIII es parteaguas en la época moderna, pues significó grandes aperturas en la crítica científica y política en Francia e Inglaterra. En tanto que España se amuralló en torno a la monarquía católica y la Contrareforma. Situación que incidió directamente en los pueblos hispánicos. Ya que al carecer de lo que Paz llama "edad crítica", Latinoamérica no logró realmente participar de la modernidad. En este tenor, Paz reflexiona en torno a la existencia de la modernidad en los contextos latinoamericanos, particularmente señala la situación mexicana:

La revolución liberal, iniciada en la Independencia, no resultó en la implantación de una verdadera democracia ni el nacimiento de un capitalismo nacional, sino en una dictadura militar y en un régimen económico caracterizado por el latifundio y las concesiones a empresas y consorcios extranjeros, especialmente norteamericanos. El liberalismo fue infecundo y no produjo nada comparable a las creaciones precolombinas o a las de la Nueva España: ni pirámides ni conventos, ni mitos

cosmogónicos ni poemas de Sor Juana Inés de la Cruz [...] Los viejos valores se derrumbaron, no las viejas realidades. Pronto las recubrieron los nuevos valores progresistas y liberales. Realidades enmascaradas: comienzo de la inautenticidad y la mentira, males endémicos de los países latinoamericanos. A principios del siglo XX estábamos ya instalados en plena pseudomodernidad: ferrocarriles y latifundismo, constitución democrática y un caudillo dentro de la mejor tradición hispanoárabe, filósofos positivistas y caciques precolombinos, poesía simbolista y analfabetismo (Paz, 1979: 63-64).

De esta serie de agudas observaciones de Octavio Paz nace una noción que es resultado de la complejidad que adoptan las sociedades latinoamericanas: la pseudomodernidad. La cual se refiere a procesos modernos y premodernos que convergen a un mismo tiempo y espacio. El resultado de dichos procesos no puede ser llamado modernidad, pero tampoco premodernidad, porque elementos y características de ambas etapas históricas conviven al mismo tiempo.

Ahora bien, para posicionarnos frente a esta perspectiva resulta fundamental hacer un balance de la situación que se vive en los países latinoamericanos a partir de la idea de modernidad que se construyó en Europa occidental. Al inicio de este capítulo quedaron planteados los núcleos de la modernidad en Occidente. De acuerdo con José Joaquín Bruner, para valorar la situación en la que se encuentra América Latina, con respecto a la modernidad, es pertinente observar la existencia y el funcionamiento de estos núcleos en la región. De esta manera los referentes que definen y caracterizan la modernidad europea serán contrastados con el contexto latinoamericano. De entrada hay que decir que los núcleos institucionales en América Latina se configuran desde la periferia. Lo cual resulta en procesos complejos y diferenciados de la construcción del entramado institucional en la modernidad, de ningún modo ello significa una recepción meramente refleja.

Las peculiares condiciones de las sociedades latinoamericanas, las tradiciones particulares de cada país de la región, las formas de organización social, las relaciones de poder y los universos simbólicos distintivos contribuyen a complejizar el análisis de la recepción de la modernidad en nuestro entorno. Estos rasgos constitutivos de la región sumados a la ausencia de un siglo XVIII (la tradición crítica y los procesos que generaron y consolidaron la nueva configuración social tales como: la Reforma, la Revolución Francesa y el sistema capitalista) provocan conclusiones tajantes de algunos intelectuales, como Paz, al asegurar que vivimos en una pseudomodernidad latinoamericana.

Veamos brevemente el contexto de la región en términos de la recepción y concreción de la modernidad. Siguiendo a Bruner, la escuela, en términos de la difusión de ciertos bienes culturales y su implicación en la producción masiva del imaginario social, es uno de los núcleos que integran la sociedad moderna de Europa occidental. Aunque en grados diferentes, en las sociedades latinoamericanas la escuela se ha universalizado “hasta el punto de alcanzar proporciones variables de masificación incluso a nivel superior” (Bruner, 1992: 19). La institución escolar en la medida en que masifica el consumo simbólico, el uso de conocimientos e información vincula los contextos locales con los procesos de comunicación externos. De ahí que sea posible distinguir la presencia de uno de los núcleos de la modernidad en la región. Esto es, el impulso de la globalización de los mercados culturales, económicos y políticos han constituido los rasgos característicos de la sociedad de masas, elemento definitorio de la modernidad. Además, en términos de la potencialización de las capacidades que sea posible desarrollar en la institución educativa Bruner sugiere que en Latinoamérica “... podría decirse que en estos momentos la propia reflexividad del campo cultural -así como sus debates y análisis- asumen progresivamente que nos encontramos en una coyuntura de modernidad, incluso cuando (o, mejor, sobre todo cuando) ella asume su potencial crítico respecto a la propia estructura cultural de la modernidad en América Latina” (Bruner, 1992: 19).

Así pues, la escuela, como ente productor masivo del imaginario social, no es lo único (quizá tampoco lo más importante) que demuestra la existencia de la modernidad en América Latina, lo fundamental de esta institución es que permite potenciar la capacidad de reflexividad y crítica de los sujetos hacia la estructura social y cultural en la cual participan, permite que haya una sociedad que se analiza a sí misma; a decir, una sociedad moderna. Evidentemente existen variaciones en dichas capacidades pues dependen, en gran medida, aunque no exclusivamente, de las condiciones estructurales de cada país.

La modernidad occidental supone, según observa Bruner, sociedades que estructuran hegemoníamente las distribuciones del poder, lo cual se observa mediante la internación de los controles, el disciplinamiento en la vida cotidiana, los mecanismos del mercado y la capacidad de los grupos dirigentes para generar y negociar consensos en la época actual. De esta forma, la ciudadanía, en términos

modernos, reconoce derechos, obligaciones y asimetrías sociales. Las cuales, bajo la perspectiva de Bruner, son otro núcleo que define a la modernidad; a decir, la caracterización del ejercicio y distribución del poder, de los derechos y la ciudadanía.

En este sentido, en América Latina el sistema de clases no se ha separado de la esfera política. Al mismo tiempo, la política regional no ha logrado organizar los mecanismos “espontáneos” de consenso y disciplinamiento insertos en los mecanismos de representación y competencia en la democracia (Bruner, 1992: 20-22). El resultado es que los países latinoamericanos han sido incapaces de imponer un orden sobre el uso de los medios de violencia. Por tanto, de acuerdo con Gramsci, no existe “hegemonía acorazada de coerción”. Sino más bien, en Latinoamérica se hacen evidentes hegemonías parciales que constantemente transitan entre la represión o la guerra. Por ello, para Bruner:

[...] más que un fenómeno de violencia premoderna lo que existe, por tanto, es un fenómeno de modernidad bloqueada en uno de sus polos de conformación institucional (el del control expresado hegemoníicamente), en ausencia del cual el sistema de poderes fácticamente establecido en la sociedad se expresa ocasionalmente sin intermediación reguladora de ninguna especie. Tanto así, que nadie discute el carácter propiamente moderno -incluso a veces "modernizante", según algunos- de las diversas formas que adopta ese ejercicio "desordenado" de la violencia, sea bajo la forma de regímenes militar-burocráticos, de narcoviolentismo, la guerrilla, el terrorismo de Estado u otras formas similares (Bruner, 1992: 21).

Por otra parte, la pluralidad y la heterogeneidad cultural de la región complejiza la absorción de los procesos de modernización. Si bien es cierto que la región latinoamericana se encuentra inserta en la dinámica de los mercados internacionales, cuya cultura de masas se articula mediante la escuela, las instituciones de conocimiento y los medios de comunicación, también es cierto que el capitalismo del que participamos es un capitalismo periférico. A razón de que en América Latina existe un amalgamiento de tradiciones, culturas y una larga historia de dominaciones y dependencias bajo las cuales estructura su forma de producción capitalista. Es decir, Latinoamérica participa de una modernidad peculiar y con múltiples insuficiencias evidenciadas en la pobreza masiva, exclusión social, pero, si nos atenemos a los conceptos esbozados al inicio de este capítulo, tampoco se la puede considerar en una situación de sociedad tradicional o premoderna.

Como cuarto núcleo de la modernidad, Bruner plantea la participación de América Latina en torno a una situación económica y tecnológica precaria. El porcentaje de población que representa esta región en relación con su participación en la producción mundial es marginal, asegura este autor. La razón que ofrece Bruner

para explicar esta situación es que América Latina no cumple con las exigencias de incorporación de progreso técnico.¹¹ En suma, la modernidad existente en la región es periférica, a decir, dependiente de los centros dinámicos (los llamados países desarrollados), con productividad precaria, excluyente y con dificultad para integrar la heterogeneidad cultural, así como falta de capacidad para estabilizar las condiciones sociales y lograr una vida social pacífica.

Las distinciones profundas entre las sociedades actuales son el resultado de múltiples fenómenos que se incorporan y producen diferencialmente. Ello también provoca disímiles experiencias de vida. América Latina, dada su composición cultural heterogénea y su constitución como periferia, se inserta en la modernidad con ciertas restricciones e incompetencias por la falta de condiciones estructurales. Los medios de comunicación en este proceso de expansión de la sociedad occidental, en los términos de la modernidad, juegan un importante papel. Pues aunque Latinoamérica se entiende como periferia, ello no obsta para que los medios de comunicación pongan en contacto lo local con lo global. De esta forma el vínculo con los principales centros dinámicos modernos se realiza a partir del mercado. La adaptación o imitación de los procesos de industrialización y modernización, en general, han significado progresos en distintos órdenes (médicos, educativos, de vivienda, de transporte).

Como es obvio, la adaptación o la imitación de estos procesos no son incorporados y asimilados a nuestras sociedades de la misma forma que en los países desarrollados. Lo cual ha provocado, entre otras cosas, la estructuración de sociedades desiguales y con gran pobreza. Así como exclusión, violencia e inconsistencia de los discursos políticos que poco tienen que ver con la realidad.

Sin embargo, pese al atraso tecnológico y las deficiencias estructurales y de organización política en los países latinoamericanos existen signos que rebelan ámbitos que reaccionan ante los contextos precarios de la región. Y si bien es cierto que la potencialidad de la autoconciencia y la crítica a la sociedad está acotada por la preocupación imperante de sobrevivir día con día, también es cierto que no estamos hablando de sociedades premodernas en América Latina. Pues con todo y las

¹¹ Según Bruner, en 1992 América Latina contribuía “con un 6% del producto interno bruto mundial, con 6% del producto manufacturero, con 3.2% de la producción de bienes de capital, con 2.5% de los ingenieros y científicos que trabajan en I&D, con 1.8% de la exportación de manufacturas, con un 1.3% de los recursos gastados en actividades de I&D, y con 1.3% de los autores científicos que publican en las revistas científicas llamadas de ‘corriente principal’ (*main stream science*)” (Bruner, 1992: 22).

deficiencias existentes, los múltiples signos de exclusión, pobreza, violencia y enfermedad son todos estos efectos negativos que ha traído consigo el intento de adaptación de la modernidad bajo una pobre base estructural y política de este territorio. Es decir, la noción de la falsa modernidad o pseudomodernidad, a la que refiere Octavio Paz, es resultado del desencanto que existe en Latinoamérica en torno a la modernidad. Y por ende, la falta de la total interiorización objetiva del mundo occidental tiene consecuencias directas en las interacciones locales. El sujeto latinoamericano se conduce con horizontes normativos diferentes a los sujetos europeos occidentales. Así, a nivel estructural y a nivel simbólico-significativo la modernidad es experimentada con grandes diferencias e importante matices entre las situaciones que supuestamente comparten estas dos regiones del mundo.

1.2.1 El sujeto de la modernidad en el contexto latinoamericano. Como se discutió en el apartado anterior, sería una falacia pretender conceptualizar a los sujetos latinoamericanos en los mismos términos que los teóricos europeos o estadounidenses conceptualizan a los sujetos de sus entornos inmediatos. Los contextos y sus implicaciones en los universos simbólicos ofrecen diferencias significativas en uno y otro lugar. De ahí que sea trascendental contextualizar al sujeto que estamos tratando.

En concreto, la reflexividad, noción propuesta por Giddens, o el sujeto creativo, de Touraine, no necesariamente responden a la configuración de los sujetos en América Latina. La pobreza y las contradicciones políticas, económicas y sociales que son una constante en los países de la región son restricciones para los sujetos, en términos de conciencia de sí mismo y creatividad reflexiva en su propia biografía.

Las necesidades materiales y estructurales son restrictivas, en muchos sentidos, para el desarrollo de la autoconciencia y la autocrítica. Sin embargo, también sería falso desconocer que hay niveles de inteligibilidad de la propia vivencia y del contexto social. Si bien es cierto que los latinoamericanos, dadas las condiciones precarias en las que se desarrollan adquieren menor responsabilidad y conciencia de sí mismos, también es cierto que pese a esas precarias condiciones de vida son sujetos con potenciales capacidades de apropiación, negociación, discriminación, crítica y discernimiento de las situaciones que se le presentan en la cotidianidad.

La capacidad de reflexividad y creatividad es una potencialidad en todos los sujetos insertos en la modernidad. No obstante, las disposiciones para llevarlas a cabo es lo que restringe la creatividad, la innovación y la reflexividad. La generación de espacios de autonomía y reflexión no sólo pueden ser voluntarios sino que hay un alto grado de contingencia que se relaciona de manera importante con las condiciones estructurales. Así pues, si al referirnos al sujeto, en términos de Touraine o Giddens, es necesario atender la idea de la acción colectiva y la orientación sociocultural de los contextos concretos, con más razón no hay que perder de vista que las restricciones y la complejidad social y cultural en América Latina reviste de diferencias altamente significativas con respecto a los contextos que enmarcan los estudios de estos autores.

En el marco de las sociedades modernas, la gente ya no posee una representación unificada de lo que es, sino más bien una diversificación de las dimensiones de su identidad, incluso a veces contradictorias o no resueltas. De ahí surgen las preocupaciones en torno a los rasgos que nos definen como latinoamericanos, en un primer momento y, más adelante, frente a las definiciones nacionales, étnicas, grupales y estamentales.

1.3 ¿Globalidad vs. localidad?

En el contexto de las sociedades complejas es recurrente preguntarse ¿la globalización nos unifica, nos iguala, democratiza el mundo? Pues bien, la globalización es un nuevo fenómeno histórico que se caracteriza por el auge de las nuevas tecnologías de comunicación e información y, por ende, transforma las sociedades. Para autores como Manuel Castells la importancia de este fenómeno radica en que el núcleo básico de la economía "tiene la capacidad de funcionar cotidianamente como una unidad en un ámbito planetario, a través de sistemas de información telecomunicados y de redes de transporte informatizadas" (Castells, 1997: 9). De esta forma la idea de un mundo globalizado impacta en un enorme conjunto de ámbitos: tecnológicos, económicos, culturales y políticos; los cuales frecuentemente están ligados a las sociedades occidentales.

Como es obvio, en países con tradiciones culturales no occidentalizadas y en los llamados "tercermundistas" no se viven de la misma manera estos procesos de globalización. Ya que "la globalización afecta a todo el planeta" pero no todo el

planeta está incluido en el sistema global. Sólo se globaliza "aquello a lo que se da valor" y se deja de lado lo que no interesa. En términos de Castells (1997) es una "desconexión selectiva".

En este sentido, los llamados “lugares invisibles” o “periféricos” experimentan una realidad diferente a las sociedades occidentales, que aunque frecuentemente no desconocen el mundo tecnologizado y moderno no pueden acceder a él. Sin embargo, cualquiera que sea su nivel tecnológico y de modernización es posible observar que estos macroprocesos influyen en la configuración de las sociedades y de los individuos. Por tal razón, el grado de modernización no es un elemento al que se le pueda restar importancia, sino todo lo contrario, pues el análisis de los fenómenos sociales contemporáneos se inscriben en contextos modernos aunque ello no signifique que la *noción* de modernidad sea vívida en todos los lugares. En palabras de García Canclini, “la globalización no afecta a todos por igual”.

Instalados en la dinámica de la globalización lo local se redimensiona y se resignifica. Incluso la relación entre lo ‘global’ y lo ‘local’ es más fuerte que nunca, pero además, más compleja que nunca. La interacción entre lo global y lo local constituye el nuevo marco histórico cultural en el que se observan los fenómenos sociales y la vida cotidiana de los sujetos contemporáneos. La complejidad se manifiesta en la cotidianidad de la vida local. Esto es, al enfrentarnos a los fenómenos universalizantes se hace posible reconocernos en las múltiples expresiones de lo local y además le asignamos un valor fundamental en la constitución y continuidad de la propia biografía.

El diálogo entre lo global y lo local genera una suerte de “revaloración” de los legados culturales locales. La validación de la cultura local desde las más sencillas expresiones inmersas en lo cotidiano puede ser un medio eficaz para acercarse a lo significativo y, analíticamente es posible acceder al autorreconocimiento como agente portador y constructor de ese universo cultural y trascender a compromisos identificativos cada vez más cercanos a la esencia común de lo humano.

Así pues, en pleno proceso de universalización, lo local adquiere una relevancia singular en la configuración de los universos simbólicos de los sujetos. Pues las modas y las tecnologías que acercan a sujetos de muy lejanos lugares

representan una parte trascendental en la configuración personal. Paralelamente, el espacio local contribuye a esta misma configuración. De tal manera que lo global y lo local se fusionan para generar sentidos particulares. Ello, evidentemente, implica tensión, porque las dinámicas locales se trastocan, transforman y resignifican en este nuevo contexto de lo global.

Desde la perspectiva de que los objetos que configuran nuestro mundo son considerados como tales cuando el ser humano es capaz de dotarlos de significado, el lugar es un producto socialmente elaborado en la interacción simbólica, configurado a través de los significados y la interpretación de la experiencia. Saberse y decirse conformador de un lugar da relevancia al conjunto de elementos que se construyen en torno a un espacio determinado. Aunque en la vida cotidiana pueden parecer invisibles son fundamentales en el desarrollo de los marcos de referencia de los sujetos. Sin la apropiación de un lugar, un entorno físico, una comunidad concreta el sujeto se vería a sí mismo aislado.

En parte lo que hace la apropiación es otorgar asideros para desarrollarse en su vida cotidiana, porque aunque en la cotidianidad, la mayor parte de las veces, se diluye la trascendencia de sentirse identificado y reconocer la pertenencia a algo, el entorno geográfico es producto social fruto de la interacción simbólica que se da entre las personas que comparten dicho entorno. En ese sentido, obvio es decir que los significados están socialmente contruidos y compartidos.

Más allá de las ideas sobre la sociedad fragmentada y globalizada, el territorio tiene un papel constitutivo en la conformación de las identidades. De ninguna manera es posible negar la segregación de las sociedades contemporáneas; sin embargo, es importante puntualizar que la territorialidad otorga a los sujetos sentido de pertenencia y arraigo al lugar. Obvio es decir que depende del contexto el nivel de arraigo existente. Pues el nivel y la complejidad del sentido de pertenencia tienen varias consideraciones. Pese a que la localización es definitiva para la seguridad ontológica de los sujetos, ésta requiere de la confluencia de múltiples factores. Los cuales dependen de las condiciones concretas del lugar pero también de la articulación y la significación que los sujetos le otorgan, porque a pesar de que la territorialidad aparece vinculada casi siempre a identidades étnicas, y a conceptos como nación, nacionalismo, y Estado, fundamentalmente, también es referente en la construcción de identidades individuales.

Ya que si bien es cierto que el territorio hace referencia al espacio terrestre comúnmente identificado con la nación, también es cierto que en él se plasma la actuación de las personas y todo cuando rodea a éstas. Por ello la posesión y la identificación con un territorio constituyen prerequisites para la satisfacción de necesidades básicas de convivencia de los sujetos, tales como la seguridad, estímulo e identidad.

1.3.1 El binomio Territorio-Identidad. El espacio lo configuramos y nos configura en un proceso simultáneo. Aún en el contexto global y fragmentado, el territorio adquiere una importancia determinante en la vida cotidiana de los sujetos contemporáneos. El territorio físico es un espacio de referencia necesaria para el proceso de construcción de la identidad. De tal manera que la modernidad, con todas sus implicaciones, no elimina la trascendencia del espacio físico como núcleo de arraigo: donde el sentido de pertenencia constituye y articula los procesos de construcción de la cosmogonía y cosmología de los sujetos en la modernidad. Entonces, la globalización y los procesos de modernización no eliminan la importancia de lo local en la configuración de subjetividades. Más aún, en este contexto el territorio constituye un elemento de referencia simbólica y cultural imposible de soslayar.

Con la movilidad se ha generado la resignificación y revaloración de lo territorial y del espacio. De ninguna manera estos elementos quedan fuera de las formas de aprehensión del mundo por parte de los sujetos; pues el hombre vive en permanente diálogo con el espacio, en tanto lo produce simbólicamente y se reconoce o desconoce con respecto a él.

Con la expansión e indeterminación de las fronteras, o por lo menos con la permeabilidad que éstas han adquirido en los últimos tiempos, se piensa que la migración es, al mismo tiempo, origen y resultado de desarraigo y desvinculación con lo local. Sin embargo, habría que matizar tales aseveraciones, pues lo que ha pasado al incrementarse la migración es que las fronteras efectivamente se desdibujan y, por ende, se entienden menos como líneas que separan, y más bien, se las ve como lugares donde se interpenetran espacios y se reformulan identidades. De ahí que el fenómeno del arraigo territorial y su vínculo con el proceso de

construcción de la identidad se presente con una mayor complejidad, pues, en el mundo actual se vive en oscilación entre la pertenencia y el extrañamiento.

El resultado de tal oscilación es la hibridación de lo global en lo local. Parece ser que la época además de traer consigo discursos sobre la fragmentación y la globalidad política y económica también ha traído la idea de que hay un quiebre en el apego al terruño y desensibilización con el ambiente local. Sin embargo, de acuerdo con Gilberto Giménez “[...] la pretendida contraposición entre localismo tradicional y cosmopolitismo moderno o posmoderno debe ser sustituida por esta otra: la que se da entre localismos y neo-localismos modernos que coexisten, sin contradicción alguna, con las orientaciones cosmopolitas de tipo urbano” (Giménez: 1996, 24).

Ahora bien, resulta evidente que el vínculo social se ve afectado por los fenómenos migratorios. Los mayores cambios ocurren en el entorno, los cuales ponen a prueba la estabilidad psíquica y emocional de los sujetos. Al incorporarse a otro espacio el sujeto tiene que reorganizar su identificación con un nuevo entorno. Hasta conseguir apropiarse del lugar y sentirse el mismo a pesar de los cambios y las remodelaciones territoriales. El apropiarse de un lugar proporciona seguridad asociada al sentimiento de posesión, de conocimiento y de control. Así pues, en la complejidad social que representa la modernidad, frecuentemente, se pierde de vista que la territorialidad y el sentido de pertenencia son constitutivos de los procesos cognitivos del sujeto. Esta situación es grave, pues la apropiación y el reconocimiento con el territorio local son fundamentales. Porque el territorio no sólo es el espacio físico sino también es el cúmulo de referentes simbólicos que el sujeto aprehende, reproduce y reconstruye en la vida diaria. Apropiarse e identificarse con un territorio, físico- significativo, representa para las colectividades y los sujetos individuales el sentido de pertenencia a un “lugar en el mundo”. Pues “lo que se observa es más bien la interacción y la compenetración parcial entre la cultura de masas y las culturas locales tradicionales, muchas de las cuales conservan una asombrosa vitalidad” (Giménez: 1996, 19).

Según García Canclini “la antropología considera ahora a las ciudades no sólo como un fenómeno físico, un modo de ocupar el espacio, sino también como lugares donde ocurren fenómenos expresivos que entran en tensión con la racionalización o con las pretensiones de racionalizar la vida social” (García Canclini, 2005:18). Sin duda, en la modernidad el sujeto no tiene un arraigo

permanente, absoluto e inamovible. Más bien, dadas las condiciones de las sociedades actuales, el sujeto al transitar por múltiples espacios construye un “arraigo dinámico”. Esto es, a partir de la movilidad inherente a la época, el sujeto se apropia de los diferentes espacios donde se desarrolla con el objetivo de reconocerse y, de esa manera, no sentirse como extranjero permanentemente. Por ello, la apropiación de los espacios es fundamental en la vida cotidiana de los sujetos. Ya que sin esta apropiación estaría sin referencias que le permitieran desenvolverse en los lugares donde transita diariamente.

Las características del medio, geográficamente hablando, (el sistema conformado por el área geográfica, su configuración, su situación estructural, el clima, la flora, la fauna y cualquier elemento antropogénico o del paisaje cultural) establecen una relación directa con el sujeto. En ese sentido, Rossana Reguillo propone una caracterización de la categoría territorio que resulta pertinente pues la considera “un espacio que construyen los actores, a través de la interacción, de las marcas, de la construcción de puntos mnemónicos (la tienda, la esquina, el parque, etc.) que tiene como fin garantizar al grupo la continuidad, la reproducción y principalmente devolverse la idea de quién es. El espacio es, entonces, una extensión del propio sujeto, un escenario que ofrece testimonio de la continuidad” (Reguillo, 1995: 234). En ese entendido, el lugar por sí sólo no implica nada. El territorio se llena de sentido cuando es revestido simbólicamente por el sujeto. El territorio se convierte en un espacio con significado sólo en la medida en que el sujeto lo dota de tal. De esta manera concuerdo con la idea de Gilberto Giménez cuando dice:

[...] el territorio sólo existe en cuanto ya valorizado de múltiples maneras: como zona de refugio, como medio de subsistencia, como fuente de productos y de recursos económicos, como área geopolíticamente estratégica, como circunscripción político-administrativa, como ‘belleza natural’, como objeto de apego afectivo, como tierra natal, como espacio de inscripción de un pasado histórico o de una memoria colectiva, como símbolo de identidad socio-territorial (Giménez, 1996: 11).

Decía Heidegger (1986) que habitar es una condición esencial del ser humano. Desde esta perspectiva, el vínculo con el territorio se concreta en el arraigo, es decir, el sentido de pertenencia respecto a un territorio. Considerar la territorialidad desde la propuesta del humanismo geográfico supone abordarla desde el punto de vista del sujeto y de su experiencia con el espacio. Para Alicia Lindón “la territorialidad es el

conjunto de relaciones tejidas por el individuo en tanto miembro de una sociedad, con su entorno” (Lindón, 2006: 14).

Entonces ¿la territorialidad se refiere a la relación material o utilitaria de los sujetos con su entorno o también apela al vínculo de tipo emocional entre los individuos y su espacio? El territorio constituye un asidero en el que los sujetos pueden reconocerse a sí mismos y pueden reconocer a los ‘otros’. Con ello aseguran una relación por diferencia, por oposición o por semejanza que los identifica y los constituye, ya sea como colectividad o como individuos.¹²

Por supuesto es necesario pensar en lo local y lo vecinal no sólo desde adentro sino como parte de los procesos sociales más amplios. Ciertamente, lo vecinal remite al problema de territorialización de los procesos sociales y culturales. No obstante, se tiene que asumir al territorio no como algo dado, estático, ahistórico, sino como una configuración espacial compleja donde se articulan los distintos niveles de la realidad y donde interactúan diferentes actores implicados en la delimitación y apropiación del territorio con intereses e intenciones no sólo distintos sino también, contradictorias y en tensión. Así que, en términos de esta investigación la categoría pertenencia socioterritorial se refiere a su sentido simbólico y cultural, y no sólo en su sentido objetivo-concreto de un espacio físico.

Vale mencionar que la territorialidad en los sujetos se proyecta como una forma de identificación espacial, como sentido de pertenencia y como medio de interacción con los otros. Lo cual implica distinción en los modos de comportamiento en relación con el entorno y los congéneres. De ahí que habitar un espacio tiene implicaciones relevantes en la dinámica cotidiana de los sujetos, pues el lugar no sólo se habita sino que se construye. El proceso de conformación de un lugar es “una construcción histórica-biográfica en cuya constitución intervienen ‘los actores y sus interpretaciones, el tiempo, los usos del espacio, sus narrativas y una terminología particular que los denomina, cuyo valor precisamente recae en que le asignan ese carácter diferencial (Esquivel, 2006: 37). Entonces, el territorio es parte del horizonte simbólico del sujeto y es, al mismo tiempo, una construcción de éste. En otras palabras, el territorio no sólo es construido y significado simbólicamente por

¹² En este mismo sentido “la pertenencia socioterritorial se distingue de la pertenencia social genéricamente considerada por el hecho de que en su caso el *territorio* desempeña un papel *simbólico relevante* en el contexto de la acción y de la relación humanas, y no simplemente un papel de ‘condicionamiento’ o de ‘recurso instrumental’” (Giménez: 1994, 171).

el sujeto sino que éste construye y significa al sujeto que lo habita. De ahí la importancia del estudio de la relación entre el sujeto y el territorio.

Recuperando la necesidad de contextualización histórica de todo fenómeno social, la historia de una comunidad y su relación con el entorno es un elemento fundamental que se halla en la base de la identidad social. Pero que también influye en la identidad individual. Los procesos por los cuales un determinado grupo llega a identificarse con su entorno dependen en gran medida de la evolución histórica del grupo y del propio entorno, generándose así un sentimiento de continuidad temporal básico para la definición de la identidad social.

En la medida en que un grupo se sienta históricamente ligado a un determinado entorno será capaz de definirse en base a esta historia común y diferenciarse de otros grupos que no comparten el mismo *pasado ambiental* o *memoria colectiva*. De tal manera que el espacio y el tiempo son indisolubles del estudio de la construcción de la identidad de los sujetos. Estos elementos son necesarios como referencias para la vida diaria. Son indispensables para enmarcar cada acción. Puesto que contienen información para la configuración de un ámbito de acción. El espacio y el tiempo son contenedores de la acción del sujeto. Así que la relación con el espacio en un tiempo determinado sugiere una relación localizada geográfica y simbólicamente. Así pues, la territorialidad se construye por contacto directo con el medio y, obvio, con los demás sujetos que habitan ese medio.

[...] mediante el proceso de socialización primaria el individuo interioriza gradualmente una variedad de elementos simbólicos hasta adquirir, incluso subjetivamente y desde el punto de vista de su autoconciencia, el estatus de pertenencia socioregional, atribuyendo significación a la propia localización territorial y a la propia participación en redes de relaciones ecológicas. De ahí la importancia de variables como el grado de homogeneidad de valores y costumbres, la intensidad de los vínculos familiares, amicales y asociativos, y el grado de integración y de solidaridad de la *Gemeinschaft*, a propósito de la pertenencia socioterritorial” (Giménez: 1994, 172).

En esta misma línea argumentativa, la apropiación del territorio, entendida como filiación a un entorno concreto significativo, apela a la identificación del sujeto con el espacio físico. El cual consiste en un conjunto de cogniciones referentes a lugares o espacios donde el sujeto desarrolla su vida cotidiana y en función de los cuales puede establecer vínculos emocionales y de pertenencia a determinados entornos. Ya que como dice Maffesoli “el ‘sitio’ es la cristalización del espacio y tiempo y, dicha cristalización es causa y efecto de una comunidad particular y, por tanto, la interacción espacio social-espacio físico y la producción del (o los) ‘nosotros’ que les

es correlativa” (Maffesoli: 39-41). Luego entonces, sería inútil pensar al sujeto sin pensar en el vínculo espacial en términos de construcción simbólica y de formas de habitar el espacio. Pues los escenarios físicos en los que el individuo desarrolla su vida cotidiana juegan un importante papel en la configuración de la identidad del *yo* a través de la identificación-construcción del lugar.¹³

Si se le concede pertinencia a la idea de que el hombre es un ser territorial es necesario precisar que lo es en términos de interpretación y significación de la cotidianidad. Pues apelar a lo cotidiano como referencia en los análisis tiende los puentes necesarios para la resignificación contextualizada de los contenidos culturales, ayuda a establecer una línea ininterrumpida entre lo propio construido y lo propio recreado; entre los valores aportados por el devenir histórico-social como herencia cultural, y aquellos otros que se construyen y recrean en el curso de las interacciones del vivir diario. De tal manera que las orientaciones temporales de los grupos sociales juegan un importante papel en las relaciones que se establecen entre individuos y sus entornos. Las cuales implican diversas modalidades de relación simbólica con el espacio. Entre las que podemos observar relaciones estrictamente funcionales, inversiones hacia el futuro, preservación de la historia o la coordinación presente-pasado-futuro de la identidad social de un grupo en relación al entorno donde se sitúa.

La filiación de los sujetos a un espacio geográfico debe ofrecerle la posibilidad de reconocimiento del sí mismo, perteneciente e identificado con dicho espacio, pero también una diferenciación suficientemente significativa para distinguirse de los otros. Porque el reconocimiento de la otredad es parte constitutiva de la construcción de la imagen propia, en términos grupales e individuales. El sentido de pertenencia, según la CEPAL es un “componente subjetivo compuesto por percepciones, valoraciones y disposiciones de quienes integran la sociedad” (CEPAL, 2007: 22). El sentido de pertenencia alude, pues, a una serie de factores que se inscriben en lo subjetivo de cada persona y que refiere al nivel de valores y normas compartidas, convivencia y solidaridad, confianza en las instituciones y el los

¹³ En términos de Lezama “el espacio, además de influir en las conductas humanas y prácticas sociales, es resultado de la acción de habitar, de la vida cotidiana y sus propias iniciativas los que dan lugar al espacio y al orden urbano; por ello la práctica urbana es la verdadera creadora, tato de las instituciones sociales, como de la estructura urbana” (Lezama, 1998: 253)

vecinos o próximos, participación en la comunidad, respeto y consideración a la diferencia.

De la misma forma, el arraigo es un sentimiento formado en la persona por el reconocimiento de los valores que encuentra en el entorno, de los beneficios recibidos y del deseo de seguirse beneficiando con esos estímulos. Para propiciar el sentido de pertenencia se ha de lograr que el ambiente sea acogedor. Lo opuesto a este sentido es el desarraigo, es no tener cimiento. El desarraigado se genera por falta de interacción ya sea con el medio localizado o con los otros que habitan dicho espacio. Las manifestaciones de desarraigo son variadas. De ahí que la relación con el territorio se presenta en forma situacional, es decir, “es una relación que se replantea en las distintas experiencias prácticas, siempre situadas en un espacio, en un tiempo y en una trama social” (Lindón, 2006: 15).

Ahora bien, el sentido de pertenencia o arraigo socioterritorial tiene que ver con una suerte de compromiso y fidelidad del sujeto al lugar. Por ello, aún cuando cesa la relación activa con el territorio puede mantenerse su identificación con los valores representativos de aquel lugar. En esa medida la duración del lazo emotivo es indeterminada. Aunque los valores antiguos al participar de nuevos contextos se transforman y se re-construyen. Por ello, además de lo ya mencionado, el arraigo a un territorio es parte de la integración e identificación con una comunidad. Esto es significativo porque la identificación con un grupo de personas en un espacio determinado dota de elementos al sujeto en su proceso de construcción de identidad personal. Por tanto, el sentido de pertenencia es un elemento primario de arraigo e identificación personal y colectiva. Es expresión concreta de adhesión a rasgos específicos y característicos de la cultura que sintetiza perfiles particularmente sentidos de identidad cultural; por lo que resulta importante en la construcción de significación del medio donde se actúa y del sí mismo.

La identidad individual y la identidad social son, ambas, fruto de la interacción simbólica entre los sujetos; por tanto, incluso las categorías más personales tienen una base social. Esto es, los sujetos se refirieren en dos dimensiones que es posible condensar en: “mi espacio” y “nuestro espacio”. Si consideramos que una de las categorizaciones que configura la identidad social de un individuo o de un grupo es la que se deriva del sentido de pertenencia a un entorno, parece correcto pensar que los mecanismos de apropiación del espacio aparecen

como fundamentales en este proceso de identificación. Sea a través de la acción-transformación o bien de la identificación simbólica el espacio se convierte en lugar, es decir, se vuelve significativo.

El mecanismo de apropiación facilita el diálogo entre los individuos y su entorno en una relación dinámica de interacción, ya que se fundamenta en un doble proceso: el individuo se apropia del espacio transformándolo física o simbólicamente y, al mismo tiempo, incorpora a su *self* determinadas cogniciones, afectos, sentimientos o actitudes relacionadas con el espacio que resultan parte fundamental de su propia definición como individuo, de su identidad del *yo*.

Entonces, el espacio geográfico, el territorio, representa a nivel simbólico un conjunto de características que definen a sus habitantes como pertenecientes a una determinada categoría local, en un determinado nivel de abstracción, y los diferencia de otros sujetos en base a los contenidos o dimensiones relevantes de esta categoría, en el mismo nivel de abstracción. Así pues, desde este punto de vista, los entornos geográficos pueden también ser analizados como categorías sociales. Puesto que sentirse y definirse como residente de un determinado pueblo, barrio o ciudad implica demarcarse en contraste con el resto de la gente que no vive allí. Los mecanismos que se encuentran en la base de la territorialidad son los de categorización y comparación sociales propios del sentido de pertenencia. Además, también cumplen con otra función fundamental: permiten internalizar las características especiales del territorio basadas en un conjunto de atributos que configuran una determinada imagen de éste. Sentirse residente de un lugar confiere un número de cualidades casi psicológicas a las personas asociadas a él y de un sentimiento subjetivo de continuidad temporal que permite la conexión con el entorno. Esto no significa la sumisión absoluta a lo simbólico del territorio, pues también reconozco la discrepancia con el repertorio simbólico que se materializa en el territorio. Es más, tal discrepancia es necesaria para reconocerse a sí mismo y a los otros. Pero sobre todo para dar vitalidad y dinamismo a la existencia. Pues la discrepancia es un elemento fundamental para adquirir independencia a través del disenso en la praxis o en la re-elaboración de los significantes.

Para ilustrar este tema traigo a cuenta a Giménez, quien elabora una serie de puntos importantes para el estudio que ocupa al presente trabajo. Este autor se basó en una investigación realizada en Italia a cargo de varias universidades, el cual se

ocupó de la importancia de la territorialidad y el sentido de pertenencia en el marco de la llamada posmodernidad. Los cuáles han de ser retomados más adelante en el análisis empírico guardando las debidas proporciones¹⁴

- La pertenencia socio-territorial no ha desaparecido ni tiende a perder relevancia en virtud de los procesos de modernización; sólo ha cambiado su estructura simbólica y su configuración empírica.
- Por lo que toca a su estructura simbólica, el sentido de pertenencia socio-territorial tiende a definirse cada vez más en términos simbólico-expresivos y emocionales, y no ya en términos integrativos (modelo de valores) y normativos, como en las comunidades tradicionales de las que son casos emblemáticos la comunidad aldeana y la ‘patria chica’ rural.
- En cuanto a su configuración empírica, la pertenencia socio-territorial persiste, pero ha perdido su carácter totalizante y tiende a combinarse en un mismo individuo con múltiples formas de pertenencia a colectividades sociales de carácter no necesariamente territorial (grupos religiosos, movimientos colectivos, asociaciones voluntarias, organizaciones ocupacionales, etc.)
- Pueden documentarse nuevas tendencias neo-localistas que revalorizan y recuperan la dimensión territorial de la convivencia social. Síntomas de esta revalorización y recuperación son la emergencia de los temas llamados ‘ecológicos’ o de ‘calidad de vida’ ordinariamente referidos a la dimensión territorial local, es decir, la más próxima a la localización residencial de las personas.
- La relación entre la edad y el vínculo territorial no es la prevista por las teorías de la modernización. Pues según el estudio referido, entre los 18 y 25 años los jóvenes manifiestan una fuerte vinculación territorial: aspiran a una mayor estabilidad residencial; restringen el ámbito territorial de selección matrimonial; resaltan la autoctonía como motivo de pertenencia territorial; y registran mayor congruencias entre lugar de habitación, de trabajo y de pertenencia. Todo lo cual refuerza la hipótesis de que en la cultura contemporánea se van consolidando nuevas formas de localismo.

¹⁴ Este estudio es referido más ampliamente por Giménez en su artículo *Territorio y cultura*, publicado en la Revista: Estudios sobre culturas contemporáneas. De la Universidad de Colima.



**La relevancia
explicativa de la categoría identidad**

II. LA RELEVANCIA EXPLICATIVA DE LA CATEGORÍA IDENTIDAD

Todo hombre tiene algo en común con todos los demás hombres.
Todo hombre tiene algo en común con algún otro hombre.
Todo hombre tiene algo único, no compartido por ningún otro hombre.

Kluckhohn, Murray & Schneider, 1965

Es central el estudio de la construcción de la *identidad* del *yo* para explicar las relaciones individuales y, por tanto, las relaciones sociales en el marco de la modernidad. Ya que en la medida en que podamos comprender los mecanismos que posibilitan la configuración identitaria individual podremos explicarnos aquellos procesos que hacen posible la sociedad.

¿Cómo fundamentar la noción de procesos micro generadores de la sociedad? ¿En qué y cómo cambian las relaciones individuales al producirse importantes cambios en lo macro? A través de la historia de la humanidad, los grandes procesos sociales (el capitalismo, la globalización, la modernidad) no sólo han impactado en los ámbitos de la política y la economía, sino también en la vida particular de los individuos. Desde la perspectiva de Bauman, “el poder de licuefacción se ha desplazado del ‘sistema’ a la ‘sociedad’, de la ‘política’ a las ‘políticas de la vida’ (...) o ha descendido del ‘macronivel’ al ‘micronivel’ de la cohabitación social” (Bauman, 2002: 13).

Por ello, si bien es cierto que la modernidad trajo consigo fenómenos de discontinuidad, pluralismo cultural, multiplicidad de experiencias y movilidad; también es cierto que el sujeto trata permanentemente de conseguir “seguridad”. En este sentido, *identidad* es una categoría que va más allá de rasgos fuertes, permanentes e infranqueables. Porque está constituida mediante procesos de múltiples fases y dimensiones. En ello radica su complejidad para ser aprehendida y explicada.

Si ‘fragmentación’ significa simplemente pluralización de las pertenencias, entonces los diferentes círculos de pertenencia; y la multiplicación de estos círculos o el carácter más efímero de algunos de ellos no alteran de una manera fundamental su estructura sociológica, propiamente hablando -y lógicamente hablando- no pueden existir ni ‘doble identidad’ ni mucho menos ‘múltiples identidades’ en un mismo individuo, sino *una sola identidad multidimensional* que el individuo en cuestión – quien nunca es un sujeto pasivo- se esfuerza por mantener más o menos integrada y unificada frente a las presiones centrífugas de su entorno (Giraud en Giménez, 1987: 39).

La categoría identidad, como asegura Gilberto Giménez, tiene una amplia aceptación por su carácter estratégico y su poder condensador. Estratégico porque es empleada para explicar, por medio de las identificaciones y pertenencias, la cohesión social. El poder condensador se refiere a que es una categoría con múltiples dimensiones que se entretajan entre sí. Así pues, la identidad es una categoría de suyo compleja dado que denota un proceso multidimensional y siempre inacabado.

Aunque a primera instancia parece sencillo definir la identidad, no lo es. Este término implica una serie de conceptualizaciones dinámicas, amplias, abiertas. La noción de identidad no se construye a partir de un solo tipo de elementos o referentes sociales. Es un proceso complejo que tiene que ver con una amplia gama de disposiciones, hábitos, tendencias, actitudes y capacidades, a los que se añade lo relativo a la imagen del propio cuerpo, como diría Lipiansky.

El sentido común suele poner como sinónimo de identidad la idea de “estilos de vida”. En realidad no sólo es una forma de vivir sino incluso una forma de “no vivir”. Esto es, aquello que elegimos no elegir como forma de actuar y de experimentar la realidad. Definirse a partir de lo que se quiere ser y de lo que no se quiere ser.

En la lógica del individualismo de la modernidad la categoría identidad ha significado una noción que no pretende la separación de las dos esferas sociales. Más bien, esta categoría se fundamenta en la relación entre la sociedad y el sujeto. De ahí su relevancia, pues la identidad es una noción compleja que da cuenta de los procesos mediante los cuales cada sujeto se identifica y se diferencia con relación a la otredad. La construcción de la categoría identidad ha resultado en una buena variedad de posturas respecto de los procesos o mecanismos que permiten al sujeto formar sociedad y constituirse a sí mismo en el marco de las sociedades complejas.

La noción identidad responde a una construcción social mediante la cual los sujetos objetivizan su propia capacidad de autoconciencia y autoreferencia. Como categoría multidimensional, la identidad se fundamenta en la generación de sentido de continuidad, constancia y sensación de igualdad personal, a pesar de la movilidad espacio-temporal que implican las experiencias en las sociedades modernas.

En la misma medida en que el sentido de continuidad otorga certidumbre a los sujetos de las sociedades complejas, las dinámicas del conflicto y contradicción, ambas inherentes a estos nuevos contextos sociales, logran la sensación de movilidad

en el sujeto. Quizá sea difícil pensar en el proceso de construcción identitario que entrelaza dimensiones aparentemente opuestas, tales como el sentido de continuidad y el conflicto, pero bajo las condiciones actuales se complementan y se explican mutuamente.

El proceso de construcción de la identidad individual sólo es posible en el marco de lo social. Lo macro se interna en lo micro donde una serie de estructuras sociales propician que el sujeto experimente un sentimiento de lealtad, lo cual se observa en la asunción de algún rol dentro de las colectividades y que se explica a partir de la apropiación e interiorización del complejo simbólico-cultural existente en la sociedad, el cual funciona como “representaciones sociales”.¹⁵ De esta manera, el “otro” es significativo porque sirve de referencia, ya sea, en una suerte de “espejo” donde el sujeto se puede identificar, o bien, para diferenciarse, para distinguirse de los otros. La separación entre lo que “se es” y lo que “no se es” permite constituir horizontes morales y normativos, de sentido y proyecciones a futuro. Es decir, la identidad ayuda a la configuración de límites, fronteras y valoraciones que constituyen la subjetividad de cada persona. De ahí que la categoría identidad se entiende a partir de la imbricación entre la dimensión social-estructural y la dimensión subjetiva. De ninguna manera existe una separación entre estas dos dimensiones, ya que están mezcladas indisolublemente.

El efecto del nivel macro en la construcción de la identidad se hace evidente en la producción de respuestas, puesto que éstas son mediadas por valores y, por ende, el sujeto es portador y transmisor de la cultura.¹⁶ Mientras que en el nivel micro, el sujeto es actor y autor de sí mismo. La idea central es que en el proceso de configuración de la identidad la relación macro-micro se enmarca en un contexto histórico como principio de diferenciación-identificación y siempre en relación con otros sujetos o grupos culturalmente definidos. En ese sentido concuerdo con García y Baeza cuando afirma que:

¹⁵ “Pertener a un grupo o a una comunidad implica compartir -al menos parcialmente- el núcleo de representaciones sociales que los caracteriza y define. La pertenencia social es uno de los criterios básicos de “distinguilidad” de las personas: en el sentido de que a través de ella los individuos internalizan en forma idiosincrásica e individualizada las representaciones sociales propias de sus grupos de pertenencia o de referencia” (Giménez, 1997: 8).

¹⁶ Entiéndase a la cultura como las condiciones que permiten valorizar las acciones. Así pues, el sistema cultural es un sistema simbólico, entendido éste como un conjunto de referencias significativas y significantes que son compartidas por los individuos de una sociedad. Por ello, para garantizar la cohesión social es necesaria la existencia de valores culturales generales que definan la membresía y produzcan lealtad (Giménez, 1997: 37).

[...] el sujeto de identidad, visto como el sujeto de la cultura en su comunicación con otras culturas, no es un hombre –resumen de muchos hombres- que puede ser generalizado, conceptualizado e hipostasiado para definir *una* única identidad andante, sino un espacio de intersección psico-social creado en los procesos de comunicación cultural entre él y un(os) otro(s) que interactúan en determinado momento o tiempo histórico bien definido (García y Baeza, 1996: 37).

Entonces, la identidad no es más que el lado subjetivo de la cultura, considerada bajo el ángulo de su función distintiva, diría Giménez. Por lo tanto, la narrativa social, grupal e individual que se produce a partir del “mundo de vida”, a decir, el mundo conocido en común y dado por descontado, es el repertorio cultural del que el sujeto dispone para crearse a sí mismo. Valga mencionar que cuando refiero al repertorio disponible no olvido la discrepancia y confrontación como elemento contingente. Pues son elementos constitutivos de la interacción social y, por tanto, del proceso de construcción identitaria. Bajo esta perspectiva no es de soslayar la importancia del mecanismo de la “interpretación”, pues es fundamental en el intercambio entre sujetos, del nivel de simbolización cultural depende el gradiente en la vinculación entre ellos.

La sociedad no es posible sin el sujeto que transforma, regenera, reproduce y cuestiona pero, el sujeto tampoco se puede pensar sin el marco simbólico-cultural que le otorga la interacción social. De esta manera, la categoría identidad adquiere sentido en el horizonte del mundo moral individual; es decir, el sujeto al identificarse se sitúa en un campo social determinado. De manera que los sujetos se identifican a menudo por sus relaciones de grupo, por su constante referencialidad a la otredad.

Prácticamente todos los estudiosos de la identidad concluyen que ésta es una noción relacional. Pues además de ser un proceso que tiene lugar en distintos niveles relacionados unos con otros; sobre todo, es un proceso que se construye sólo en interacción con el *otro significativo*. Desde esta perspectiva, la identidad no se entiende sin la noción de cambio, esto es, la identidad no es permanente o estable como producto terminado de un proceso previo. Por ello para conceptualizarla es pertinente distinguir entre *identificación* y *diferenciación* como procesos opuestos que, de alguna manera, convergen en la formación y consolidación del *yo* en cada persona. Esta conceptualización de la identidad necesariamente debe pensarse en términos dialécticos entre lo macro y lo micro, de tal manera que sea posible reivindicar lo sincrónico en lo diacrónico.

En otras palabras, la identidad es la capacidad que tiene el sujeto para contarse y proyectar su propia vida. La identidad puede concebirse como un puente que une lo social-simbólicamente estructurado y lo individual concientemente reflexionado. Desde el punto de vista de los sujetos individuales, la identidad es de acuerdo con Giménez: “un proceso subjetivo (y frecuentemente auto-reflexivo) por el que los sujetos definen su diferencia de otros sujetos (y de su entorno social) mediante la auto-asignación de un repertorio de atributos culturales frecuentemente valorizados y relativamente estables en el tiempo” (Giménez, 1997: 23). En este sentido, el contexto tiene un papel fundamental en el proceso de construcción identitaria, pues las fronteras son relativas, cambiantes, históricas y socialmente construidas.

Por ello, la identidad nunca es cuestión final o algo para siempre. Más aún, ésta es una experiencia de autoconocimiento conciente, donde existe conciencia de mismidad. Es decir, la identidad es una necesidad cognitiva, práctica y existencial. La cual permite, por una parte, definirse a sí mismo en el presente y como producto histórico y, por otra, construir un proyecto a futuro.

Por lo anterior, si tomamos como objeto de análisis el proceso de construcción identitaria, encontramos diversos grados de estructuración, donde es posible observar la presencia simultánea de elementos racionales e irracionales: los primeros susceptibles de explicaciones formales, los segundos resistiéndose a ellas.

Dado el nivel de abstracción de la categoría identidad se puede caer o bien en la ambigüedad, o bien, en la banalidad. Por ello es fundamental analizar este fenómeno acotando su sentido. Su estudio debe comprender la complejidad que le es propia. Aunque las rutas de investigación y las miradas a los problemas son diferentes en cada disciplina existe un objetivo en común al apelar a esta categoría: comprender y aprehender la emergencia del sujeto en sociedad y los procesos sociales. El presente apartado subraya brevemente algunos apuntes que se han generado en el campo de la teoría social sobre esta categoría, pero no se intenta abarcar todo lo que la teoría social y las investigaciones en esta disciplina han aportado. Se trata más bien de hacer presente aquellas ideas que ofrecen conocimiento fundamental para estudiar y mirar el proceso de constitución de la identidad individual. En ese sentido, dado el objetivo que persigue esta investigación,

es oportuno subrayar aquellas corrientes sociológicas que otorgan especial importancia a la estructuración del sujeto en la vida cotidiana.

2.1 *Identidad ¿cualidad de idéntico o capacidad de distinción?*

Si buscamos la palabra identidad en el Diccionario de la Real Academia Española encontramos que la primera acepción es “calidad de idéntico”. Bajo este significado la identidad designa comparativamente igualdad entre objetos o sujetos. En la segunda acepción, identidad significa un “conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracteriza frente a los demás”. Es decir, en esta acepción el atributo destacable es la diferenciación, ya sea entre individuos o colectividades. Se reconoce en cada quien características y rasgos que particularizan al sujeto con respecto a los otros. Mientras que la tercera acepción del Diccionario de la Real Academia Española apela, como la anterior, a la diferencia como propiedad principal de este concepto, pero lo relevante es que agrega que identidad es la “conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás”. Es de destacar que en esta tercera acepción del término identidad la idea de “conciencia” de la persona es básica para reconocerse a sí misma como diferente.

Entonces, formalmente la palabra identidad puede remitir a calidad de idéntico o a rasgos propios y distintivos de los sujetos. Resulta interesante cómo estas dos ideas parecerían contradictorias. Aunque no lo es del todo, porque mientras que por un lado, lo idéntico niega la cualidad de distinción-diferenciación. Por el otro lado, la diferencia se establece desde los rasgos que se mantienen en común. Esto lleva a considerar que la identidad como categoría de análisis, en principio, debe ser entendida dialógicamente. Esto en términos de una construcción dinámica donde el sujeto social cumple con roles establecidos y participa de un amplio repertorio de símbolos culturales que mantienen rasgos de identificación entre sujetos, pero al mismo tiempo, son constantemente re-construidos por la subjetividad de cada cual. De tal manera que la identidad como calidad de idéntico podría entenderse en el sentido de los rasgos que el sujeto comparte con un grupo de sujetos o comunidades. Mientras, identidad como rasgos propios que distinguen a cada sujeto podría señalar, más bien, una identidad subjetiva y subjetivizada.

Pensar la identidad como sustancia o como esencia podría considerarse un debate superado. Sin embargo, no lo está del todo. Con el término identidad es posible apelar a varias acepciones. Por su parte la antropóloga Madeline Cocco observa que la identidad “es una estrategia relacional, comparable al término latín *persona*, que se refiere a las diferentes máscaras que usaba el actor, pero, en su ‘uso social’, la identidad no se concibe como una construcción, se inscribe como un conocimiento ‘natural’, ‘dado’, ‘que siempre ha sido’, y solo ‘es’ de una manera” (Cocco, 2003: 22). Este argumento está muy lejos de lo que hasta ahora he enunciado. Pues si algo no es la identidad es “algo dado”, ni en lo individual ni en lo social.

De la misma forma, el psicólogo Erik Erikson considera que la identidad es aquello que otorga un sentido de continuidad e igualdad personal. Bajo la consideración de que el sujeto se construye sin ser conciente de sí mismo. Pues surge como unificación de aquello dado en forma irreversible (factores psíquicos y biológicos que aseguran un sentido coherente de mismidad vital del organismo).¹⁷ A decir, del propio Erikson se refiere a un sujeto circunscrito a pautas culturales, históricas, biológicas y psicológicas. Por ende, bajo la mirada de Erikson la identidad está dada en forma irreversible.

La discusión sobre la categoría identidad en la presente investigación no se centra en ponderar sus acepciones y circunscribirla como definición de “lo idéntico” o de “la diferencia”. Dado que ambas son constitutivas de esta categoría. Problematizar este fenómeno ha implicado grandes esfuerzos por comprender a la identidad como proceso y, como tal, en éste se observan un sin número de dimensiones que complejizan su aprehensión.

Desde el punto de vista externo, la identidad personal es aquello que nos distingue a unos de otros. Desde el punto de vista interno, la identidad además de diferenciar a cada uno ayuda a adherir y entrelazar los hechos sociales en la propia biografía. Pues la identidad individual desempeña un rol estructurado, rutinario y

¹⁷ “la identidad del *yo* es en parte consciente y en considerable medida inconsciente. Es un proceso psicológico que refleja procesos sociales; pero con sentido psicológico, podemos concebirlo como un proceso social que refleja procesos psicológicos; alcanza el punto de crisis en la adolescencia, pero se ha desarrollado durante toda la niñez y continúa reapareciendo en las crisis de años posteriores. Por lo tanto, su significado fundamental es la creación de un sentido de identidad, una unidad de la personalidad que ahora se siente el individuo y reconocen los demás como algo consistente en el tiempo, por así decirlo, como un hecho histórico irreversible” (Erikson, 1969: 47).

estandarizado en la organización social. Con una revisión exhaustiva de bibliografía, Carolina De la Torre hace una diferenciación entre identidad individual e identidad colectiva. Bajo mi perspectiva, tal diferenciación no debe entenderse como elementos independientes o separados. Pues, como ya he aclarado antes, en la construcción del proceso identitario las dimensiones social e individual están entrelazadas. No se entiende la sociedad sin sujeto ni sujeto sin sociedad. Por tanto, la construcción de la identidad es un proceso que requiere de ambas dimensiones para su construcción.

Una aproximación a los fenómenos de lo identitario –que constituye un proceso complicado y heterogéneo- puede y debe lograrse no sólo desentrañando los espacios subjetivos engendrados en la comunicación, sino también estudiando cada aspecto de la actividad material y espiritual que produce respuestas y objetos de identidad y buscando en los objetos y respuestas identitarios los signos y códigos que los definen como tales en cada circunstancia (García y Baeza, 1996: 37).

2.2 *La identidad como proceso.*

La identidad se construye en el tiempo donde tiene lugar una diversidad de fenómenos que convergen en el sujeto. La identidad es un proceso histórico-contextual, la conciencia individual y la conciencia colectiva se intersectan para configurar una imagen del sujeto. Así pues, la identidad como noción y como categoría tiene relevancia para las ciencias sociales porque es un proceso de construcción de sentido de la existencia y del sí mismo. La identidad es una necesidad cognitiva, práctica y existencial en lo relacionado con la interpretación, conocimiento y construcción del mundo que nos rodea.

Si consideramos que la subjetividad se caracteriza porque está culturalmente mediada, se desarrolla sociohistóricamente y surge de la actividad práctica, es posible entender la formación de la identidad personal como un proceso más complejo que si bien transcurre mediante interacciones humanas, no puede desestimar las acciones colaborativas y los más amplios contextos culturales en que ocurre la comunicación, así como el hecho de que los propios contextos culturales son producidos, reproducidos y transformados por la acción humana (De la Torre, 2001: 116).

En estos términos, el individuo no está estructuralmente determinado. Entonces, la identidad es un proceso que se gesta con la intervención tanto del complejo social simbólico como de la subjetivación y la interpretación de dicho complejo. En este sentido, para autores como Habermas, el lenguaje es el medio que permite la encarnación de las simbolizaciones sociales, pero también da pauta para la

reconfiguración de dichas simbolizaciones. La relevancia del lenguaje está no sólo en que sirve para comunicar, para intercambiar puntos de vista, pues también mediante el lenguaje es posible inaugurar nuevos sentidos.

Giddens refiere a “la identidad del yo” como “una trayectoria a través de los diferentes marcos institucionales de modernidad a lo largo de la duración de lo que se suele llamar ‘ciclo de vida’, expresión que se ajusta con mucha mayor precisión a los contextos no modernos” (Giddens, 1997: 26). Es decir, en el entendido de que la identidad no es algo dado, sino una construcción, este término atiende a un proceso socio-histórico.

2.3 *Propiedades de la categoría identidad.*

Ya ha quedado establecido en el apartado anterior que la identidad es una construcción y no una sustancia. Esta construcción tiene dos dimensiones que se mezclan, se complementan y se confrontan constantemente, la dimensión sociocultural y la dimensión creativo-individual. Ahora hay que establecer algunas propiedades que ayudan a conceptualizar la compleja categoría identidad. Gleizer apoyándose en Berger, Berger y Keller propone una serie de atributos que identifica como constitutivos de la identidad contemporánea (Gleizer, 1997: 38-39). Bajo su visión la identidad en la época contemporánea es una construcción que se distingue por los siguientes rasgos:

Abierta: la identidad como proyecto hace que el individuo tenga no sólo gran capacidad objetiva para posteriores transformaciones de su identidad, sino que es subjetivamente consciente e incluso está predispuesto a dichas transformaciones. De este modo la biografía se percibe como una migración entre diferentes mundos sociales y a la vez como la realización sucesiva de una serie de posibles identidades, lo que otorga a la identidad contemporánea un carácter altamente indeterminado.

Diferenciada: como consecuencia del desplazamiento del acento de realidad a la subjetividad individual, la identidad se hace cada vez más diferenciada, más compleja y más interesante en cada individuo.

Reflexiva: una vez más, las sociedades complejas ponen ante los individuos un repertorio siempre de experiencias y significados sociales. Los cuales enfrenta con tantas posibilidades de elección, que los obliga a tomar decisiones y reflexionar. La conciencia contemporánea es, por tanto, particularmente despierta, tensa y *racionalizadora*. Esta reflexividad no atañe sólo al mundo exterior, sino también a la subjetividad del individuo, especialmente a su identidad. No sólo el mundo sino también el *yo* se convierte en objeto de atención.

Individuada: el individuo, portador de identidad como principio que lo arraiga a la realidad, alcanza lógicamente un lugar muy alto en la jerarquía de valores. La libertad y autonomía individual se dan por supuestos y el derecho a planificar y forjar la propia vida con la mayor libertad posible se vuelve fundamental.

Estos rasgos permiten observar con mayor claridad lo que quiere decirse cuando se utiliza la categoría identidad. Como es obvio, la complejidad de las sociedades actuales tiene efectos en el proceso de construcción del propio *yo*. De esta manera su estudio y análisis requiere de mayores precisiones cuando se apela a esta categoría para aprehender la realidad social.

2.4 *El contexto social en el proceso de construcción identitario.*

El tiempo y el espacio son elementos que se conjugan en la construcción identitaria.. De ahí la importancia de analizar el contexto pasado del sujeto y la forma en que éste reconstruye en el tiempo presente dicho pasado, pues las personas no son únicamente recolectoras de su pasado, sino más bien son narradoras que moldean y reconstruyen constantemente su pasado, aunque también lo integran al presente y lo proyectan al futuro. De esta idea nace el sentido de continuidad, de mismidad y de pertenencia social.¹⁸ Es así como el contexto social y la interacción con el otro significativo tienen una importancia definitiva en la constitución de la identidad individual.

El contexto social y la interacción con el otro significativo hacen una suerte de marco configurador de los procesos de construcción del *yo* en la intrincada realidad social contemporánea. Así pues, la interacción social en contextos discursivos y

¹⁸ Cfr. En De la Torre, 2001

culturales particulares, las experiencias prácticas y vivencias de los sujetos, además de las influencias de la historia y del poder, resultan todos elementos trascendentales e inseparables para la construcción de la identidad del sujeto.

Aunque a lo largo de la vida y en condiciones sociales diferentes, el papel de unos y otros factores puedan variar de nivel de significación. Es indiscutible el papel del pasado y el papel de la memoria como soportes de la identidad, nuestra conciencia de mismidad es mucho más que el resultado presente de nuestro pasado. Pues posibilita que el sujeto se proyecte en el presente intencionalmente hacia el futuro. Por ello, más allá del sentido común, la identidad como artificio, y no como hecho subjetivo-objetivo dado, confronta al individuo contemporáneo con la falta de referencias unívocas sin que por ello borre la posibilidad del futuro.

En todo caso la falta de asideros externos universalmente válidos lleva al sujeto a cuestionar su propia existencia y también a todo aquello que le rodea. Con ello no hay que entender al sujeto como víctima del contexto, pues más bien el sujeto lo es en tanto intenta proponer dicho contexto, entenderlo, construirlo, cuestionarlo, despejarlo, transcurrir en el activamente.

2.5 *La noción de competencia interactiva de Habermas como herramienta de análisis de la identidad individual*

El filósofo y sociólogo alemán Jürgen Habermas propone una noción interesante para mirar el proceso de construcción de la identidad en el sujeto contemporáneo: *la competencia interactiva*. Con este concepto Habermas refiere a que las “capacidades del sujeto que actúan socialmente pueden investigarse desde el punto de vista de una competencia universal, es decir, independientemente de ésta o aquélla cultura, al igual que sucede con las competencias de lenguaje y conocimiento cuando se desarrollan con normalidad” (Habermas, 2001: 161). A diferencia de lo que plantea Parsons, para Habermas las calificaciones básicas de los sujetos no están determinadas por la participación en sistemas de interacción específicos, ni a su aprendizaje en el ámbito comunicativamente accesible de una realidad simbólicamente preestructurada. Esto es, el aprehendizaje de la cultura no deriva

necesariamente en estructuras universalizantes ni universalistas que el individuo interioriza sin más.¹⁹

Específicamente, en cuanto a la noción de identidad Habermas argumenta que el desarrollo del *yo* o el desarrollo de la identidad no pueden conceptualizarse, como una dimensión evolutiva analíticamente independiente que ocupe un lugar junto a las dimensiones: conocimiento, lenguaje y acción. Porque para él, la identidad no está en la naturaleza interna del sujeto, como sí lo están el lenguaje, el conocimiento y la acción. Pues éstas dimensiones son estructuras universales que se internalizan desde el organismo recién nacido.²⁰ La idea que sustenta este argumento es que la universalidad de las estructuras asegura al *yo* la universalidad abstracta de un *yo* en general. Es decir, el sujeto se sabe uno, se reconoce, con todos los demás sujetos. No obstante, es la contingencia del sustrato orgánico, al principio del proceso de formación, la que asegura al *yo* encarnado su particularidad, la cual al final lo separa de todos los demás sujetos física y abstractamente.

De esta manera, para Habermas “el *yo* se constituye de un *sistema de deslindes*, en el que la subjetividad de la naturaleza externa se deslinda frente a la objetividad de una naturaleza externa perceptible, frente a la normatividad de la sociedad y frente a la intersubjetividad del lenguaje” (Habermas, 2001: 167). Al hacerse cargo del tema de la identidad del *yo*, Habermas desarrolla un análisis donde reconoce cuatro etapas en este proceso:

- a) La simbiótica: se refiere a las primeras fases de la vida del sujeto. Durante este periodo todavía no percibe unívocamente su cuerpo como cuerpo vivo, como un sistema que mantiene sus límites. Para Habermas la simbiosis entre niño, persona de referencia y entorno físico es todavía tan estrecha que en esta etapa sólo con reservas cabe hablar de un deslinde de la subjetividad.
- b) La egocéntrica: durante esta etapa el niño llega a una diferenciación del *yo* y el entorno. El individuo aprende a percibir objetos permanentes de su entorno

¹⁹ El sujeto de Habermas es capaz de conocimiento, lenguaje y acción. De tal manera que “la distinción entre estructuras profundas y estructuras superficiales puede servir hoy para establecer una separación, incluso en el propio planteamiento teórico, entre códigos lingüísticos y sistemas de valores concretos, que varían en el espacio y en el tiempo, por un lado, y el núcleo universal de las situaciones de entendimiento posible y de las estructuras de la acción posible, por otro” (Habermas, 2001: 162).

²⁰ Cfr. En *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos* de Habermas.

sin diferenciar el entorno en ámbitos físicos y sociales. No puede percibir, entender y enjuiciar situaciones con independencia de su propio punto de vista: piensa y actúa desde las perspectivas ligadas al cuerpo.

- c) La sociocéntrica-objetivista: aquí inician las operaciones concretas. Diferencia entre cosas y sucesos perceptibles y manipulables, por un lado, y sujetos de acción junto con sus emisiones o manifestaciones susceptibles de comprensión, por otro. Ya no confunde los signos lingüísticos con el referente y con el significado del símbolo. Deslinda su subjetividad frente a la naturaleza externa y a la sociedad. Al final de esta fase, la evolución cognitiva ha conducido a una objetivación de la naturaleza externa, la evolución lingüística al dominio de actos de habla modalmente diferenciados y la evolución interactiva al dominio de relaciones de complementariedad a la hora de poner en conexión expectativas generalizadas de comportamiento.
- d) La universalista: a partir de la adolescencia el sujeto consigue liberarse progresivamente del dogmatismo de la fase evolutiva precedente. Adquiere capacidad de participar en discursos y de pensar en términos hipotéticos. El sistema deslindes del *yo* se torna reflexivo. Deja de aceptar las pretensiones de validez contenidas en las afirmaciones y normas y, por tanto, aprende progresivamente a trascender el objetivismo de la naturaleza dada y a explicar lo dado a partir de condiciones marginales contingentes. De tal manera que puede romper el sociocéntrismo del orden recibido y considerar las normas como convenciones e incluso criticarlas.

Así pues, la mirada que ofrece Habermas acerca de la constitución del *yo*, que por mi parte asimilo con la noción de construcción de la identidad, es mucho más compleja que las teorías que suponen una interiorización de normas y valores sociales. Tal como parece que Parsons lo hace, pues este autor renuncia a diferenciar las distintas dimensiones de la competencia interactiva del sujeto y las distintas dimensiones evolutivas orgánicas. Además, en palabras del mismo Habermas, “Parsons pretende (...) reducir la integración que se efectúa mediante la comunicación lingüística a *mecanismos de intercambio que burlan las estructuras de la intersubjetividad*”

lingüística, y borrar así de forma definitiva la distinción entre sistemas sociales y subsistemas” (Habermas, 1989: 366). Ya que la sociedad no sólo es el fragmento de realidad simbólicamente pre-estructurada sino que el sujeto adulto puede conocer en actitud objetivante, es decir, actuando comunicativamente su propia realidad.

La competencia interactiva, de Habermas, y la reflexividad, de Giddens, son elementos transversales en el análisis planteado en esta investigación. En el entendido de que cada una de las dimensiones a estudiar en la construcción de la identidad en los jóvenes vallechalquenses serán confrontadas constantemente con estos planteamientos teóricos. Pues éstas son dos nociones que despejan al sujeto de determinismos o sujeciones estructurales, ya que apelan a la potencial capacidad del sujeto para pensar en términos hipotéticos, para reflexionar en torno al mundo de la vida, para trascender el “objetivismo de la naturaleza dada” y considerar la contingencia como elemento constitutivo de la vida social.



**Los jóvenes
como objeto de estudio en
el contexto de la construcción de la identidad**

III. LOS JÓVENES COMO OBJETO DE ESTUDIO EN EL CONTEXTO DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD

[...] No, la dificultad viene del hecho de que cada vez que voy a dirigirles un reproche o una crítica o una exhortación o un consejo, pienso que también yo de joven provocaba reproches, críticas, exhortaciones, consejos del mismo tipo, y no los escuchaba. Los tiempos eran distintos y el resultado eran muchas diferencias de comportamiento, de lenguaje, de costumbres, pero mis mecanismos mentales de entonces no eran muy diferentes a los de ellos hoy. Por tanto no tengo ninguna autoridad para hablar.

Italo Calvino. Palomar

El presente capítulo tiene el objetivo de caracterizar a los jóvenes como objeto de investigación. Así como dirigir especial atención a la construcción del proceso identitario en este sector de la población. Pero ¿por qué estudiar el proceso de construcción de la identidad en los jóvenes? La primera y más obvia respuesta es que ello es necesario porque los recortes empíricos y conceptuales son valiosos en las investigaciones dado que permiten profundizar en los análisis. Además de ser parte del protocolo que debe seguir el investigador. Más allá de eso, la elección del objeto de estudio responde a múltiples razones tanto personales como académicas y científicas. En concreto, el interés de esta investigación en torno al tema de los jóvenes viene de la preocupación por dar luz a las temáticas de este sector de la población, pero sobre todo porque el estudio de la construcción de la identidad reviste una importancia particular cuando se enfoca a este objeto de estudio.

A los jóvenes se los ha estudiado y caracterizado desde diversas perspectivas. Las conclusiones saltan a la vista como hechos evidentes: se tiene que hablar de juventudes y no de juventud, de procesos de construcción de identidad en los jóvenes y no de la identidad de los jóvenes, ser joven no es sólo una etapa biológica. Antes bien, la categoría joven también es una categoría analítica porque con ella es posible caracterizar grupos de personas, aunque hay que tener cuidado al hacerlo ya que no permite generalizaciones. No parece fácil aprehender y comprender este objeto de estudio dado su carácter polisémico. Más aún cuando se propone realizar un estudio con miras a problematizarlo con otra noción igualmente compleja, en este caso la categoría identidad. Pues aunque la identidad, como ya enuncié en el capítulo anterior, es un proceso permanente y siempre inacabado, en la etapa de la juventud el sujeto adquiere en las sociedades occidentales, por necesidad y por obligación social,

la responsabilidad de conformarse a sí mismo. Socialmente, en la modernidad, la juventud es una etapa en la cual se espera la asunción de ciertas decisiones de acuerdo con la construcción social del rol que le corresponde en determinado tipo de sociedad.

En términos sociales, la juventud es un concepto que reviste muchas formas, casi tantas como personas habemos. Sin embargo, entre las pocas coincidencias está el hecho de que los jóvenes contemporáneos están en la búsqueda constante de sí mismos. *Yo* diría más bien, en la construcción de sí mismos. En esa medida el proceso de construcción identitaria es un tema fundamental en la etapa de la juventud porque aunque vislumbremos una gran variedad de concepciones y formas de “ser joven”, los jóvenes en su vida cotidiana están, incluso no concientemente, construyéndose a sí mismos. Cada día en sus gustos y aversiones, obligaciones y pasatiempos, en conjunto o solitarios, de acuerdo a su clase social, género, lugar de residencia los jóvenes están empezando a construir su propia biografía, su espacio en el mundo y su concepción de todo aquello que les rodea y de lo que son parte.

Más allá de pretender una absoluta sumisión ante la diversidad de subjetividades que serán directamente interpeladas en entrevistas a profundidad, este trabajo propone una intervención analítica, reflexiva y comprensiva de aquello que los jóvenes dicen de sí mismos. Eso quiere decir que, el esfuerzo del investigador, en el presente estudio empírico, no se limitará sólo escuchar las voces de los jóvenes sino plantea problematizar sociológicamente el proceso de construcción de las identidades en el marco de su arraigo territorial. Es verdad que con el estudio de pocos casos no es viable hacer generalizaciones. Empero, lo que se busca no son generalizaciones universalistas y avasalladoras sino generar pautas que permitan reflexionar y continuar con la problematización de las realidades juveniles en nuestras sociedades.

La categoría juventud es una construcción que alude a un proceso histórico-cultural. Este concepto no necesariamente está definido en torno a la edad, pues su sentido lo otorgan los significados y las implicaciones sociales. Por ello la juventud es una construcción simbólica, cambiante y dinámica. Sin duda, la categoría juventud tiene que ver con las formas en las que el sujeto se asume, se reconoce, se expresa, pero también en cómo es reconocido por los otros. En esa medida, las formas de hacerse cargo y reconocerse a sí mismo, tanto individual como socialmente, tiene

una estrecha relación con su contexto específico, aunque ello no necesariamente implica la incorporación de pautas normativas, según el planteamiento de la competencia interactiva de Habermas y la reflexividad de Giddens.

Entonces, la juventud es una categoría construida que alude a una multiplicidad de realidades. No existe una sola y única definición de juventud puesto que está construida socialmente; no obstante, la subjetividad es otra parte fundamental para su definición. En esa medida, el sujeto es activo y selectivo, pues la condición simbólica de la juventud está referida no sólo a nivel social sino también a nivel individual. Sin duda, ser joven es una clasificación social pero también un autoreconocimiento de esa clasificación. Por ello, esta investigación se hace cargo de la idea de que la noción joven refiere al sujeto con capacidad de apropiación del mundo, capacidad para reflexionar sobre sí mismo y sobre lo externo. De tal forma que el sujeto para hacer suyo el mundo requiere de creatividad y de situarse relacionamente.

Al respecto es pertinente traer a cuenta un extracto de la entrevista que se realizó a María como parte del trabajo de campo donde ella misma a pesar de tener 17 años de edad considera que no es joven. Tal afirmación la hace desde su condición de madre, pues desde los 16 años tiene que cumplir con un rol social y familiar diferente a la de una joven; incluso cuando por la edad podría catalogarse aún como parte de este segmento de la población:

[...] pus siento que [...] tengo una gran responsabilidad y pus la juventud nunca la gocé [...]. Juventud era cuando tuve novio ¿no? Que sí podía salir a cualquier lado pero namás fueron por unos dos o tres años. Namás eso fue la juventud para mí, ahorita ya no. Ya pus cuando tienes hijos ya eres una señora ¿no? Me imagino que ya es [...] ya debes de respetar a tu marido, a tu hija más que nada para que le des el ejemplo a ella. Pero sí, la juventud casi no, no fue para mi [...] en la juventud normalmente salen a la discos, se van a echar cotorreo donde quieren, se van a las fiestas, estudian, eso es una juventud, yo creo que es ¿no? (María, 17 años, ama de casa)

Así pues, este extracto de la entrevista de María ejemplifica que no sólo es la edad lo que puede definir a los jóvenes como tales. Específicamente, lo que se busca en este trabajo es dar cuenta del proceso de construcción cotidiana que los jóvenes hacen de sí mismos en su comunidad concreta. El punto central en la caracterización de este objeto de estudio está en que la condición de ser joven hace referencia a una concepción y construcción personal y social, ya que éstas se edifican en el espacio de

acción individual y, evidentemente, también en el espacio de interacción colectiva, obvio es decir que la subjetivación y la personalidad nunca son absolutamente individuales. En este trabajo, particularmente en el presente capítulo, lo fundamental es reconocer a los jóvenes como sujetos con competencias para referirse en actitud objetivante a las entidades del mundo, reconocerlos como sujetos con capacidad de apropiación, de renovación e integración de los objetos sociales y simbólicos a los que tienen acceso. Situados, obviamente, en un entorno y situación específica. La cual participa de los referentes particulares con los que aprehenden y organizar su mundo y su interacción con los otros.

3.1 Juventud: una categoría joven

Existen importantes diferencias de sentido en la palabra juventud. Ya que cada contexto histórico, político, social, cultural y económico le otorga significados particulares. De ahí que gran parte de la literatura que se acerca al tema de juventud coincide y es reiterativa sobre la dificultad de conceptualizar lo “joven”. Por ello es pertinente hacer un poco de historia sobre el surgimiento de la juventud como categoría y posteriormente circunscribirla a un contexto particular.

Como objeto de estudio, la categoría juventud elude, según palabras de Alfredo Gutiérrez, a “sujetos-experimentando de la sociedad adulta, para probar si sobreviven al peligro; pero son también, al mismo tiempo –porque traen su propio impulso y curiosidad imprudente–, emisarios de la sociedad marginal y vanguardia de una sociedad que todavía no se acaba de dibujar, ni alcanza aún su propio nombre, entre las muchas que podrían realizar” (Gutiérrez, 1998: 21). Esta como otras definiciones de juventud atiende a un largo recorrido histórico que experimentó la categoría para ser reconocida como tal. Berenice Neugarten y Nancy Datan afirman que la niñez, en tanto fase distinta de la vida con características y necesidades específicas, surgió en los siglos XVII y XVIII, mientras que el concepto de adolescencia apareció recién en el siglo XX; la juventud y la madurez, en tanto etapas distintivas de la vida adulta, tienen apenas unas cuantas décadas de existencia (Neugarten y Datan en Gleizer, 1997: 128).

Sven Mørch al respecto considera que la conceptualización de la categoría juventud pasa necesariamente por su consideración histórica, y sólo cuando la

demanda social de calificación se relaciona con el papel social de la burguesía aparece el periodo juvenil. Para Morch “la categoría de juventud es producto de las relaciones sociales; es un hecho histórico que surge como resultado de los cambios ocurridos con el desarrollo de las fuerzas relacionadas con la producción, que generan el surgimiento de demandas de calificación que requería la burguesía naciente en los albores del siglo XVIII para reproducirse” (Morch en Brito, 2002: 57).

En el mismo sentido, Rossana Reguillo considera que la noción de juventud ha cambiado con el paso del tiempo. Pues Reguillo asegura que la juventud como hoy la conocemos es una invención de la posguerra. “En el sentido del surgimiento de un nuevo orden internacional que conformaba una geografía política en la que los vencedores accedían a inéditos estándares de vida e imponían sus estilos y valores. La sociedad reivindicó la existencia de los niños y los jóvenes, como sujetos de derechos y, especialmente, en el caso de los jóvenes, como sujetos de consumo” (Reguillo, 2000: 23). Es interesante observar el proceso de construcción de la noción de juventud en la sociedad ya que el reconocimiento de esta etapa de la vida de los seres humanos no es mera casualidad. Ni siquiera es producto de una exigencia de reconocimiento por parte de este sector sino que responde a dinámicas productivas y económicas de las nuevas configuraciones sociales.

Por su parte, Ramiro Navarro Kuri abunda en este tema y argumenta que la juventud como actor social y como problema de estudio apareció en la segunda mitad del siglo XX. Con lo cual “a partir de ese momento deja de ser un simple adjetivo para devenir en un ‘modo de ser’. Lo joven, de calificativo genérico, pasa al estatuto de sujeto que como tal, demanda legitimidad y participación en las decisiones sociales, políticas, culturales y morales” (Navarro, 2000: 74). Así pues, la categoría juventud alude necesariamente a un proceso histórico-cultural. Porque, como ya se mostró, conceptualizar el “ser joven” no se circunscribe a la edad sino a su sentido e implicaciones sociales. Detrás de esta categoría analítica hay una gran construcción simbólica, cambiante y dinámica. Por un lado, hay que dar cuenta de las características y roles que desempeñan las juventudes según las sociedades donde se desarrollan y, por el otro lado, las formas de asumir su condición, así como de sus propias formas de reconocimiento y expresión.

La juventud, como asegura Reguillo, no es más que una palabra o una categoría construida, pero hay que decir que las categorías no son neutras, ni aluden a esencias, sino que, en términos de esta autora, “son productivas, hacen cosas, dan cuenta de la manera en que diversas sociedades perciben y valoran el mundo y, con ello, a ciertos actores sociales. Las categorías como sistemas de clasificación social son [...] productos del acuerdo social y productoras del mundo” (Reguillo; 2000: 29). La utilización de esta categoría responde a una necesidad de conceptualizar un estrato de población que tiene dinámicas y formas de vivir muy particulares. Pues como asegura Javier Hermo “la creación de la juventud como concepto moderno significa el desarrollo de estructuras de actividad específicas en las que los individuos deben ubicarse, las cuales han sido organizadas para dar respuestas a las necesidades del desarrollo y autodeterminación como personas” (Herme, 1998:122).

Como se puede ver, la noción juventud es una construcción reciente en la aceptación, consideración a nivel social y en su constitución como “objeto de estudio”. A lo largo del tiempo esta categoría ha cambiado sus sentidos y, más aún, sus implicaciones sociales. Y no sólo los sentidos de esta categoría han sido generados históricamente, sino también los contextos particulares han aportado significados a ésta. El término juventud como categoría analítica es una construcción que da cuenta de cierta condición que no sólo se refiere a una cuestión biológica sino a una serie atributos, que en lo general, comparten algunas personas.²¹

3.2 *La juventud más allá de la perspectiva biologicista*

Es posible reconocer dos supuestos bajo los cuales frecuentemente se estructuran las diferentes definiciones de juventud: la concepción biologicista y la definición culturalista. La primera, propone definir a la juventud bajo el supuesto de que la edad es la característica primaria para fundamentarla. Mientras que, por otra parte, la definición culturalista apunta hacia una concepción construida mediante la

²¹La categoría juventud es construida, situada, histórica y relacionalmente. En este sentido hay que agregar la reflexión de Urresti en torno a este tema, pues destaca que “como toda categoría socialmente constituida, que alude a fenómenos existentes, tiene una dimensión simbólica, pero no se agota en ella, también debe ser analizada desde otras dimensiones: se debe atender a los aspectos fácticos, materiales, históricos y políticos en que toda producción social se desenvuelve” (Urresti, 2000: 47).

interacción simbólica. De lo que se trata aquí al traer a cuenta estas dos posturas respecto de la forma de asumir la categoría juventud es de no confundir la situación demográfica (referida a la edad) con el fenómeno sociológico (referida a la concepción social de juventud).

En la actualidad cuando se habla de jóvenes o de juventud se tiende a hacer generalizaciones que oscurecen la realidad de este sector. Es frecuente que las concepciones de sentido común sobre juventud se concentren en calificativos negativos y con poca información. No cabe duda que la noción sobre el ser joven cambia según el espacio y el tiempo que enmarca la discusión. En esa medida se han ido superando las preconcepciones acerca de esta categoría. En algún sentido, para las ciencias sociales, hay debates superados en torno a este tema. Quizá el más importante: la edad no es lo que define a la categoría juventud. Aunque ésta no deja de ser un componente fundamental para caracterizarla. También ha quedado fuera de las discusiones académicas la idea de concebir una sola juventud, pues se reconoce que existen múltiples formas de ser joven. El ser joven refiere a un sector de la población que se define mediante un gran número de características derivadas de la moda, de la cultura, de la religión, de las prácticas y de una pluralidad de sentidos de pertenencia que los constituye en un tiempo-espacio determinado.

Al sector juvenil se le suele representar mediante muchas imágenes en las distintas sociedades. Para algunos, la juventud es desenfrenada, hostil y violenta; para otros más, la promesa de la reivindicación del mundo entero; también hay quienes ven a los jóvenes como entes apáticos, insensibles y manipulables por las modas y los medios de comunicación. En esta investigación no interesa sustentar ninguna de estas posturas, sino más bien conocer y re-conocer a los jóvenes en su vida cotidiana sin, de antemano, condenarlos a alguna clasificación. Pues parece más conveniente mirar a la juventud como “una categoría de desarrollo de competencias y calificaciones, al mismo tiempo que es una categoría de desarrollo y autodeterminación como personas” (Hermo, 1998:122). Es decir, la categoría social jóvenes se refiere a la capacidad de reflexión sobre sí mismos, su entorno, sus relaciones, su proyecto y su trayectoria de vida. Por ello es preciso escuchar y observar cómo se autodenominan, desde qué lugar construyen su visión del mundo, cuáles son sus perspectivas sobre el medio que les rodea, qué formas utilizan para

expresarse y hacerse de un espacio, cómo interactúan con sus congéneres y en general con la *otredad*.

Según lo referido arriba no es suficiente decir que los jóvenes son aquellos que cumplen con ciertas características objetivas como la edad, el estado civil, la ocupación y la dependencia económica, entre otras. En cambio, es pertinente tomar en cuenta la enorme diversidad de los actores y las prácticas juveniles para asumir un carácter creativo al mirar este objeto de estudio.²² Este juicio presupone que los jóvenes no pueden ser considerados como sujetos sociales porque para ello es necesario pasar la prueba de la juventud. Es decir, el reconocimiento como sujeto social vendrá después, “la juventud es una enfermedad que se cura con el tiempo”. Evidentemente, bajo esta percepción se reduce considerablemente la complejidad de la interacción entre diferentes tipos de sujetos que participan en la sociedad. Disminuye, en mucho, las expectativas de la ciencia social para reflexionar en torno a ciertos segmentos sociales, que sólo son vistos como entes en proceso de producción de sujetos reconocidos socialmente.

En etapas anteriores a la presente, la cronología temporal fue punto medular para la realización de actividades, de responsabilidades y de cursos de vida. Ahora se observa que esa cronología está desdibujándose, los límites de edad no son obsesivamente estrictos. No hay guías unívocas estructuralmente dadas que sirvan de criterio para organizar la experiencia temporal. En cada decisión se pone en juego una pluralidad de valores. Dado que el sujeto es la voluntad de un individuo de obrar y de ser reconocido como actor está en la búsqueda permanente de un lugar.

Ahora bien, el componente “edad” para definir a la juventud sólo se comprende cabalmente en relación con las otras edades. De ahí que no es posible soslayar la importancia de la edad como criterio para la asignación de roles en una sociedad, pues finalmente este criterio está íntimamente ligado a las diversas estructuras que fundamentan la organización y la orientación cultural de una sociedad determinada.

En este sentido, Eisenstadt argumenta que “en todas las sociedades, la edad es básica para definir cultural y socialmente a los seres humanos, para el establecimiento de algunas de sus relaciones y actividades comunes, y para la

²² En ese sentido, me sirvo de las palabras de Gutiérrez para apuntar que “la sociedad juvenil –como cualquier sociedad que se precie de serlo-, es un *continuum* sin horas de salida y sin vacaciones; por eso ha de ser humilde y nada pretencioso el saber qué quiere lograrse” (Gutiérrez, 1998: 26).

asignación diferencial de los roles sociales” (Eisenstadt, 1969: 69). Sin embargo, este elemento no es suficiente para tratar el tema de la juventud; porque si bien es cierto que la etapa biológica es constitutiva para construir una categoría como ésta, también es cierto que no es definitiva ni única. Precisamente esta discusión sobre la cuestión biologicista del concepto ha generado una categoría de mayor complejidad y amplitud teórica.²³

Los estudios deben alejarse de la idea de que la juventud es simplemente un proceso biopsíquico que responde al ciclo de vida natural de los seres humanos. Nadie niega la importancia de este elemento para el estudio del sector juvenil, sin embargo el peso de esta noción está dado por la construcción social que de ella se ha hecho. En términos de fabricación y generación de sentidos y significados temporal y espacialmente.²⁴

Desde la perspectiva culturalista las definiciones de juventud adquieren otros sentidos. En el entendido de que para integrar categorías, con las que se expliquen los fenómenos sociales, debe existir una relación coordinada entre las ideas ontológicas que estructura la ciencia y los sujetos o fenómenos de la realidad, la perspectiva culturalista propone estudiar la categoría juventud a partir de significados sociales. Los jóvenes como objeto de estudio han de analizarse contextualizando su participación en los diferentes ámbitos y el entorno sociocultural en el que se desarrollan.²⁵

²³ Es necesario reconocer que el componente edad simplifica en gran medida la complejidad propia de esta categoría, ello explica, de alguna manera que, las instancias públicas y algunas organizaciones de atención a la juventud determinan, mediante el rango de edad, el segmento de la población a la que se dirigen. Por ejemplo, el Instituto Mexicano de la Juventud considera como “jóvenes” a hombres y mujeres entre 12 y 29 años de edad. Ya que, bajo sus propios términos, es en este rango en donde se produce la mayoría de los cambios que conducen hacia la frontera última del ser joven: la independencia económica, la auto-administración de los recursos disponibles, la autonomía personal y la constitución del hogar propio.

²⁴ Panfichi y Valcárcel argumentan al respecto, “la moratoria social –como se ha bautizado a este fenómeno– es la forma de decir a los jóvenes que existe un tiempo donde hay ciertas licencias y mayores márgenes de prueba y equivocación, una suerte de mayor permisividad o vacaciones sociales, donde se espera que el joven se equivoque, pero que obtenga paulatinamente los medios y capacidades para el mañana. Al final se trata de construir caminos individuales que gratifiquen las expectativas de los mayores, y las propias de los jóvenes (según el diccionario, moratoria es el plazo que se da para solventar una deuda vencida. En realidad no hay tal deuda, es un préstamo que la sociedad adulta hace a los jóvenes para la reproducción total de la sociedad) (Panfichi y Valcárcel, 1999: 13).

²⁵ En este sentido, Eisenstadt destaca que “la definición cultural de juventud contiene todos los elementos fundamentales de cualquier definición de edad, casi siempre de manera especialmente articulada. Es una etapa durante la cual la personalidad del individuo adquiere el mecanismo psicológico básico de autorregulación y autocontrol, o sea cuando cristaliza la identidad de su yo” (Eisenstadt, 1969: 73).

La juventud es una condición de facticidad, un modo de encontrarse arrojado en el mundo, que articula la moratoria vital, la historicidad de la generación en la que se es socializado y la experiencia de las duraciones y de la temporalidad. Ser joven entonces, es una forma de la experiencia histórica atravesada por la clase y el género, pero que no depende exclusivamente de ellos, sino que adquiere modalidades diferenciales en ellos. De este modo, la juventud es una condición que se articula social y culturalmente en función de la edad (como crédito energético y moratoria vital, o como distancia frente a la muerte), con la generación a la que se pertenece (en tanto que memoria social incorporada, experiencia de vida diferencial), con la clase social de origen (según las urgencias temporales que pesen en general sobre varón o la mujer) (Urresti, 2000: 55-56).

Sin duda, la juventud es fundamentalmente una clasificación social. En esa medida la complejidad de un sistema de diferencias le es inherente. De hecho, son las diferencias las que permiten caracterizaciones, contenidos, sentidos y límites a la noción de “ser joven”. Con ello queda claro que detrás de esta categoría analítica existe una construcción simbólica dinámica. En ese sentido, el sociólogo Alberto Melucci advierte la importancia de no ver a la juventud en términos biológicos y más bien definirla en términos culturales.

Ser joven en la sociedad contemporánea deja de ser una condición biológica y pasa a ser una progresivamente definida en términos culturales. Los jóvenes lo son no por tener una edad determinada, sino, principalmente, porque participan de una cultura o de un estilo de vida específico; porque viven en un estadio en el que no son efectivos las obligaciones, horarios y normas de la vida adulta. La juventud como condición simbólica, adelanta la posibilidad y el derecho a la redefinición, a la variedad, a la reversibilidad de las opciones de la vida. Se trata de un problema que no es sólo de los jóvenes, sino de la sociedad en su conjunto. Para los sistemas que hacen del cambio la condición de su existencia, la previsibilidad es un requisito esencial. Así el sistema promete e induce la transformación pero al mismo tiempo lucha por mediarla y, por lo tanto, por controlarla. Debido al hecho de que viven en mundo al margen de las limitaciones de la vida social, en el limbo simbólico que la sociedad les asigna, los jóvenes se oponen a esta lógica en aras de una diversidad que se manifiesta como reversibilidad de las opciones, en un llamado que se presenta como ausencia de planificación, experiencia del presente y derecho a pertenecer por elección, no por asignación. La juventud –la edad por excelencia de la indeterminación, de la actitud abierta y de la discontinuidad– se convierte en metáfora de un derecho al cambio y a la autodeterminación que desafía las reglas de la sociedad que exigen continuidad, conformidad y predecibilidad. Al intentar apropiarse del presente y del derecho a poder cambiar algunas cosas, los jóvenes encarnan una extendida necesidad cultural y cuestionan los fundamentos de la racionalidad instrumental (Melucci; 1994: 119-120).

Cuando se habla de jóvenes y de problemáticas juveniles es indispensable atender la idea de la apropiación del mundo, pues en la juventud es precisamente donde se comienza la búsqueda de un lugar en la sociedad, del reconocimiento de la personalidad por parte de los otros y la complejización de las características propias de cada sujeto. Así pues, la cultura es constitutiva de las formas de apropiación del mundo para los diferentes sujetos. Es decir, los jóvenes se integran a la sociedad, la

cuestionan y la reconfiguran a partir de su interacción reflexiva con la cultura. Los niveles de reflexividad de estos sujetos permiten distinción entre las maneras de apropiación del mundo. De tal forma que la cultura, en tanto pautas que dotan de sentido a las estructuras simbólicas y objetivas de la realidad particular de cada comunidad, es constitutiva de las formas de aprehender y tomar para sí el mundo que les rodea. Para redondear esta idea aprovecho las palabras Eisenstadt al respecto.

La definición cultural del lapso correspondiente a cada edad es siempre una amplia definición de las posibilidades, limitaciones y obligaciones humanas de una etapa dada de la vida. Desde el punto de vista de estas definiciones, las personas delinean los amplios contornos de la vida, sus propias expectativas y posibilidades, y se sitúan y sitúan a sus semejantes en posiciones sociales y culturales, atribuyendo a cada uno un lugar dado dentro de ese marco (Eisenstadt, 1969: 70).

Ahora bien, hay que traer a cuenta la noción de competencia interactiva, la cual está desarrollada en el capítulo anterior, para subrayar que si bien es cierto que la categoría juventud, vista desde la perspectiva culturalista, tiene como supuesto principal que el entorno cultural y simbólico es lo que otorga sentidos particulares a esta categoría, también es cierto que si nos atenemos a la propuesta habermasiana, los jóvenes pueden incorporar la cultura a la que pertenecen para referirse al mundo; lo cual no excluye su potencial capacidad de salir de ese entorno y no responder a los estímulos culturales como se esperaría. Es decir, en términos de construcción de la categoría juventud, la perspectiva culturalista supone que la cultura es el rasgo definitorio para conceptualizarla. Mientras que la realidad empírica permite considerar a la juventud como agente de renovación, resignificación y crítica de este concepto significado socialmente.

Entonces, se concluye en este apartado que la categoría juventud como construcción social puede responder a tres diferentes tipos de construcción: la del sentido común, la de las instituciones jurídico políticas y las de los científicos sociales. Donde, el primer tipo refiere a las representaciones sociales, en el sentido de Gilberto Giménez.²⁶

El segundo tipo de construcción de la categoría juventud se realiza bajo la perspectiva histórica en términos de roles, derechos y responsabilidades que deben cumplir los sujetos jóvenes dentro de una estructura social. La emergencia de este

²⁶ Para este autor las representaciones sociales son el conjunto de informaciones, creencias, opiniones y actitudes a propósito de un objeto determinado. Es decir, los valores y las actitudes son el contenido de las representaciones sociales, y no conceptos diferentes del de éstas últimas.

concepto –como quedó asentado arriba– es un acontecimiento relativamente reciente y depende de un determinado contexto de mutaciones económicas, políticas y administrativas. El concepto supondría, por consiguiente, todo un sistema de roles, deberes, obligaciones y responsabilidades socialmente sancionadas.

Y el tercer tipo de construcción de la categoría de juventud en la sociología responde a que las ciencias sociales han comenzado a interesarse en los jóvenes como “actores sociales”. Esto a raíz de la creciente visibilidad de la “condición juvenil” en el escenario político no sólo nacional sino también internacional. Pero abordar a los jóvenes como actores sociales supone automáticamente situarlos en contextos histórico-sociales específicos según criterios, no sólo de edad, sino también de clase, de etnicidad, de género y hasta de asentamiento o movilidad territorial. Por ello ya no se puede hablar de la “juventud”, sino de “juventudes”, jóvenes burgueses y jóvenes de las capas populares; jóvenes obreros; jóvenes indígenas; movimientos estudiantiles; grupos juveniles urbanos o suburbanos (chavos banda, punks, emos, etc.).

Sin embargo, concuerdo con Julia Flores cuando asegura que “en México el concepto de joven se ha delimitado a partir de las actitudes y el comportamiento de los sectores medios y de los estudiantes. El joven de los sectores populares pasa directamente de ser niño a ser un adulto, la adolescencia y la juventud son periodos prácticamente desconocidos entre los indígenas y los campesinos, que no caben en este estereotipo” (Flores, 2002: 83). Puesto que las dinámicas sociales tradicionales que generalmente se hacen presente en estos sectores de la población no permiten que los sujetos experimenten la juventud como etapa exploratoria y formativa que representa en las ciudades.

3.3 *El binomio identidad-juventud en la modernidad*

La construcción del proceso identitario en los jóvenes tiene que ver con una amplia gama de elementos que son fuente de su configuración. Las reglas sociales e institucionales condicionan o restringen la adquisición de las características individuales de los jóvenes. Tras este proceso se encuentra el tema del conflicto. En el sentido de que el conflicto es un artificio mediante el cual la conciencia se moviliza. Bajo esta perspectiva los márgenes y los límites son espacios de acción que

los jóvenes construyen y re-construyen durante su trayectoria cotidiana. Para objetivar los espacios de acción y la significación del mundo, el sujeto joven echa mano de diversos medios en constante redefinición. Las dinámicas de las sociedades actuales configuran nuevas dificultades para desempeñar el rol de joven, al respecto Michael Brater apunta que:

Ser joven en la actualidad no se ha vuelto precisamente más sencillo, antes bien, en esta época de la vida, todos los riesgos y sobreexigencias del proceso de individualización se anudan como a través de un vidrio ustorio. Pero existe, al mismo tiempo, una presión extrema de decisión, en la medida en que aquella identidad del *yo* no está aún presente, sino que debe ser formada en una etapa de la vida (Brater, 1997:140).

La configuración del *yo*, el encuentro del sí mismo, es la tarea central de la edad juvenil bajo las condiciones de individualización contemporánea. Lo cual está lejos de la idea de internalización flexible de normas, porque más bien se trata de la formación del propio *yo* vinculada a las nociones de acción, reflexividad, orientación, individualidad, creación, subjetividad, elección. Según José Manuel Valenzuela “los jóvenes definen sus identidades por sus *propias experiencias cotidianas, por sus acciones grupales y las distancias existentes entre su realidad cotidiana y los satisfactores posibles*” (Valenzuela en Brito, 2002: 55). Lo cual resulta en un sujeto que se reconoce con rasgos particulares y diferenciados, al mismo tiempo que se identifica y se incorpora a grupos. En el contexto actual, la constitución de la identidad del *yo* en los sujetos es el resultado de una variedad de procesos paralelos, contrapuestos y relacionados, donde cada quien toma posición respecto a un estilo de vida y tiene la oportunidad de elección de acuerdo a los recursos sociales, culturales, económicos y políticos de los cuales dispone para tal efecto.

En este sentido, el mismo Valenzuela destaca que las identidades son históricas, situacionales, representadas, de adscripción simbólica, relacionales, cambiantes, construidas dentro de relaciones de poder y transitorias. Al final, la apuesta es dar a la propia vida una configuración personal e inconfundible.²⁷ De esta manera es pertinente tomar precauciones al etiquetar a los jóvenes por estilos. Pues

²⁷ En términos de Michael Brater “cada joven tienen que construir su propia e inconfundible biografía; ya no como postulado idealista, sino como exigencia cotidiana y social bajo el signo de la individualización epocal. Es necesario que aprenda a configurar su propia vida como un proceso abierto” (Brater; 1997:148).

aunque éstos marcan aspectos culturales e históricos que rebasan las segmentaciones por clase, de ninguna manera definen absolutamente a los sujetos jóvenes.

Cabe mencionar que los estilos de los jóvenes expresan mucho de su forma de ver el mundo, seguido de las redes de relaciones como elemento fundamental de demarcación. Pero no son lo único que se puede decir de ellos. El ejemplo es que, según Valenzuela, los jóvenes en la construcción de su identidad encuentren dos puntos, en apariencia dicotomizados, de referencia en la realidad. El primero es la moda o las modas. Las cuales, siguiendo a este autor, “corresponden a estilos y expresiones derivadas de la industria cultural y carentes de demandas propias”. Las segundas, los movimientos. Estos se “manifiestan en forma de diversas demandas emanadas de la especificidad de las condiciones de la vida de aquellos que, reconociéndose como jóvenes, reaccionan frente a su situación” (Valenzuela, 1991: 197). Pero ni las modas ni los movimientos son elementos unívocos en la configuración de la identidad. Ahí es donde opera la subjetividad y la readaptación ya sea de las modas, de movimientos o cualquier componente externo.

Pueden jóvenes de un mismo movimiento o “tribu”, en términos de Maffesoli, organizar su vida desde muy diferentes centros de significación y, por ende, construir su propia biografía desde distintos puntos. Lo cual es señal de que la pertenencia a un ámbito no es definitiva para la definición del sí mismo.

¿Qué es exactamente la identidad del yo? Dado que el yo es un fenómeno un tanto informe, la identidad del yo no puede referirse meramente a su persistencia a lo largo del tiempo, en el sentido que darían los filósofos a la ‘identidad’ de los objetos o las cosas. La identidad del yo, a diferencia del yo en cuanto fenómeno genérico, supone conciencia refleja (...) La identidad del yo no es un rasgo distintivo, ni siquiera una colección de rasgos poseídos por el individuo. Es el yo entendido reflexivamente por la persona en función de su biografía (Giddens, 1997: 75).

En la modernidad, la edad juvenil ya no es sólo “recuperar” el mundo en lo consciente, sino, al mismo tiempo, la creación y significación individual de realidad social y creatividad para generar la propia biografía. En la sociedad moderna se han multiplicado las concepciones de lo “joven”, de la “juventud” y de los “jóvenes”. En las circunstancias de la sociedad contemporánea, “la edad juvenil se convierte en un proceso abierto desde el punto de vista evolutivo” (Brater; 1997:138). Según Sichter mann:

[...] los hijos de la libertad se ven confrontados a un mundo que ya no se divide en dos campos, sino que ostenta una cantidad inabarcable de líneas de ruptura, de saltos y de abismos, entre los cuales nadie sabe ya muy bien cómo orientarse. El futuro se ha vuelto pluridimensional, los modelos explicativos de los mayores ya no se

sostienen (...) Existen muchos más enigmas que soluciones y, si nos fijamos bien, las propias soluciones se revelan como costales repletos de enigmas (Sichtermann en: Beck, 1997:16).

Más allá de las posturas apocalípticas, es necesario reconocer que si bien es cierto que la realidad en las sociedades actuales implica riesgos e incertidumbre, también es cierto que podemos contar con que la identidad del *yo* en la modernidad se alimenta de libertad, se torna flexible, supone tolerancia y diversidad. La fragmentación de varios universos simbólicos que pueden orientar las identidades son irreductibles. El mundo es una colección infinita de posibilidades. Las identidades son constantes oscilaciones. En términos de Bauman “la movilidad y la flexibilidad de identificación que caracterizan a la vida del tipo ‘salir de compras’ no son vehículos de *emancipación* sino más bien instrumentos de *redistribución de libertades*” (Bauman: 2000: 97). En definitiva la identidad no es ni estable ni estabilizadora. Ante esta realidad se puede ser optimista o pesimista pero no importe por cual actitud se opte, el proceso de construcción de la identidad permite al sujeto reconocerse en su mismidad.

Ahora bien, debido a las dinámicas de las sociedades actuales y la hiperfragmentación de los grandes procesos globales, se espera que el individuo contemporáneo, particularmente el joven occidental, se encuentre en una permanente crisis de identidad. De hecho, por la confluencia de lo macro en lo micro la constitución de la identidad del *yo* resulta, sin duda, un ejercicio complejo y arduo. Pues la multiplicidad de opciones, las modas, los medios de comunicación, la influencia de la familia, amigos, pareja, religión, la educación y los recursos de los que dispone cada individuo para la configuración del *yo* complejizan la tarea. Normalmente el sujeto hace coincidir sus múltiples facetas y aspectos en su tarea de integrar la identidad de su *yo*. Lo cual es viable hasta que se hacen evidentes las contradicciones estructurales de la persona. Sin embargo, no hay mejor opción que experimentar, asumiendo de ante mano, el riesgo que implica decidir.

3.4 *La juventud mexicana en el marco de la reflexividad moderna.*

La juventud en términos de cantidad de población en los países de la región es muy significativa. Los países de América Latina, incluido México, son países de jóvenes, las cifras en números absolutos y en porcentajes de población así lo demuestran.

Algo menos de un tercio de la población del país se encuentra en la franja de edad considerada por la Organización de Naciones Unidas como joven, esto es, de los 15 a los 29 años.²⁸ Como ya se apuntó anteriormente, los datos estadísticos que generan las encuestas no comprenden la complejidad de los fenómenos sociales. De hecho parten de la idea de identificar a los jóvenes como todas aquellas personas que estén entre tal o cual rango de edad. En México se puede ejemplificar con la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ), cuya versión más reciente fue hecha en el año 2005.²⁹ Si bien estas encuestas no problematizan el concepto “juventud” sino que toman un grupo etario, es posible reconocer que su valor está en que aportan datos interesantes para poder problematizar esta categoría y sus implicaciones sociales.

Dado que la juventud es una condición social, los sujetos jóvenes se distinguen mediante cualidades específicas que se manifiestan de diferente manera según las características históricasociales que los acogen. La juventud no tiene el mismo sentido ni la misma duración temporal en el campo que en la ciudad, en las clases altas que en los sectores marginados, ni entre hombres y mujeres, y por supuesto, hay importantes diferencias entre las sociedades modernas y las tradicionales.

Como ya se dijo anteriormente, la construcción de la categoría juventud se estructura básicamente desde dos perspectivas, la primera responde al componente bio-psíquico y la segunda al componente histórico-social. Es posible decir que en las sociedades modernas el primer componente puede ser el referente común para describir a los jóvenes. Sin embargo, el segundo componente es lo que permite matizar y diferenciarlos en cada sociedad. El problema de caracterización, sociológicamente hablando, radica en puntualizar cómo la historia y las fuerzas

²⁸ Para el año 2000 el porcentaje de jóvenes se mantuvo en 29.4 % considerando a las personas entre 15 y 29 años de edad, que corresponden en números absolutos a 29.3 millones, según datos del INEGI, donde el 48.3% son hombres mientras el 51.7% son mujeres (Fernández; 2003: 31-32).

²⁹ La realización de la ENJ-2005 está enmarcada en el proyecto estratégico que se planteó el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) en el Programa Nacional de Juventud 2002-2006 (PROJUVENTUD). Según sus propias palabras, la ENJ-2005, coloca al centro de su planteamiento la pregunta por las *formas de institucionalización* en el mundo y en la condición juvenil. Se realizó una muestra probabilística, estratificada, por conglomerados, donde todos los individuos entre 12 y 29 años de edad tuvieron la oportunidad de ser seleccionados en sus viviendas.

sociales han plasmado y configurado en términos institucionales y culturales dichos elementos supuestamente invariantes.³⁰

Las formas que revisten las juventudes mexicanas se parecen en muy poco a las europeas o norteamericanas. Bajo esta lógica es pertinente hacer referencia a la situación más inmediata que viven los jóvenes objeto de estudio en la presente investigación. Pues las conceptualizaciones de los jóvenes bajo los términos de los teóricos europeos o estadounidenses no corresponden a las situaciones que viven los jóvenes en América Latina, particularmente en México. Por ello, aunque para la presente investigación los jóvenes son agentes sociales con posibilidad de manifestarse y cuestionar los discursos y valores sociales, sus potencialidades de acción, de reflexividad, movilidad e inauguración de sentidos tienen ciertas restricciones estructurales propias de un país con una modernidad periférica.

Como dice Juan Acha “en Occidente existen los valores lógicos, éticos, estéticos y utilitarios que afanosamente buscamos para repetir su letra, mas no su espíritu. Sin embargo, no son iguales entre sí ni cada valor posee una versión única. Son susceptibles de ser adecuadas a cualquier realidad e interés humanos” (Acha, 1996: 54). En América Latina somos herederos de procesos e ideologías políticas, económicas, estéticas, filosóficas, religiosas, económicas y culturales. Sin embargo, sus expresiones en la región están fuertemente tamizadas por las culturas autóctonas de cada país. De ahí que no se puede hablar genéricamente de los jóvenes, más aún, cada estudio merece un análisis específico que muestre las diferencias en los ámbitos de sentido en que tienen lugar los diversos fenómenos sociales.

Para dar cuenta de las diferencias de sentido y de prácticas que tiene la juventud en las distintas sociedades considero la tipología que construye Roberto Brito Lemus. De esta manera es posible identificar claramente las diferencias estructurales que inciden en las condiciones y los contextos de las juventudes de México y de gran parte de los países latinoamericanos.

³⁰Para Gilberto Giménez el mismo problema se plantea con respecto a las categorías de género “hombre” / “mujer”. No bastaría con afirmar que dichas categorías constan de un invariante biológico (el dimorfismo sexual) y de componentes histórico-culturales. El problema que plantean los estudios feministas consiste más bien en estudiar cómo se ha ido construyendo en el curso de la historia sobre la base de dicho dimorfismo una impresionante superestructura socio-cultural.

Cuadro I

SITUACIÓN DE LA JUVENTUD SEGÚN EL GRADO DE DESARROLLO SOCIAL

Tipo de sociedad	Condiciones de vida: grado de desarrollo social	Relaciones generacionales, situación de la juventud
Tradicional, orientada al pasado	Atrasadas, poco desarrolladas	Juventud supeditada al adulto. Espacio juvenil reducido, pocas posibilidades de cambio o movilidad. Poca o nula diferenciación generacional. Poder gerontocrático, relaciones autoritarias. Alta valoración del adulto.
Tradicional, ligada al pasado	Desarrolladas, modernas	Alta diferenciación generacional. Espacio juvenil con posibilidades de ampliación. Relaciones generacionales conflictivas. Condiciones propias para el estallido juvenil.
Moderna, orientada hacia el futuro	Atrasadas, bajo nivel de desarrollo	Espacio juvenil contrastante, madurez prematura, relevo generacional acelerado.
Moderna, orientada hacia el futuro	Avanzadas, desarrolladas, modernas	Alta valoración juvenil. Espacio juvenil amplio y diversificado. Culto a la juventud, posibilidad de entendimiento intergeneracional. La juventud como motor de cambio; juventud con expectativas de participación

Este cuadro propuesto por Brito Lemus fue dispuesto para explicar una tipología de las relaciones generacionales, pero esta investigación se sirve de éste para mostrar las diferentes situaciones de la juventud dadas las condiciones de vida expresadas en el grado de desarrollo social. Resulta útil porque muestra las diferentes situaciones de la juventud según en tipo de sociedad de la cual se esté hablando. Cabe destacar que el mismo autor acepta que cualquiera de estas situaciones “tipo” pueden trastocarse porque “de hecho es en la juventud cuando más posibilidades hay de romper la cadena de la reproducción social. La juventud es el eslabón más débil de la reproducción social” (Brito, 1998: 5).

Dado que la juventud como concepto se refiere a un tipo de conducta, una praxis diferenciada, más que a una edad determinada, las condiciones estructurales guían los tipos de conducta necesarios para la reproducción de la sociedad. Es decir, la imagen y el rol de joven que existe en Londres no es el mismo que existe en la Ciudad de México y menos aun en el municipio Valle de Chalco Solidaridad. Las condiciones estructurales reales y las mentalidades de las sociedades son las que circunscriben el espacio y la situación que los jóvenes experimentan. Ello no niega la disposición potencial para renovar.

Anteriormente, en el primer capítulo, se habló de las diferencias entre las sociedades modernas occidentales y las latinoamericanas. En nuestra región se reconoce una modernidad, pero ésta es periférica. Lo que implica menores estándares de vida para la población en general dados los rezagos que se viven en estos países. Estas condiciones estructurales inciden en su capacidad de apropiación del mundo. En este sentido, aunque la introspección a la que apela la época no elimina el anclaje en la realidad exterior, los individuos en las sociedades contemporáneas quieren evitar condenarse a sí mismos a una parálisis cognitiva y de comunicación.

Desde esta necesidad el sujeto cuestiona el aparato conceptual puesto a disposición, sin que ello signifique una práctica absolutizadora en el tiempo y en las circunstancias. Pues los marcos de referencia morales, políticos, culturales fungen como contenciones; lo cual complejiza el problema del proceso de construcción de la identidad individual. Pues el sujeto es capaz de generar su propio sentido y, evidentemente enmarcado en un contexto cultural, enfrentarse a la multiplicidad de mundos sin pensar en el nihilismo y el “sin sentido” como únicos destinos. Más aún, el sujeto es capaz de mantener su propia continuidad frente a la discontinuidad y fragmentación de la experiencia en la sociedad contemporánea.

Al respecto Marcela Gleizer asegura que “si la identidad puede ser precisada como la forma en que los individuos se definen a sí mismos, la identidad contemporánea se define como un proyecto: más que lo que se es, lo que se aspira a ser. Una construcción del individuo sobre sí mismo” (Gleizer, 1997: 37). Porque aun cuando los individuos tienen presentes la contingencia y arbitrariedad de su propio estilo de vida, sabiendo que éste podría ser diferente y que no hay razones finales para sustentarlo, éste permite, con distintos niveles de eficiencia, orientar las acciones y contener las amenazas de pérdida de sentido contenidas en el contexto de la complejidad social.

Así pues, el proceso de identidad es posible en la medida en que el sujeto social tiene la capacidad de reflexividad. A decir, el reconocimiento de construcción histórica y contextual del sí mismo en un proceso de subjetivación. “La subjetivación es lo contrario del sometimiento del individuo a valores trascendentes: antes, el hombre se proyectaba en Dios; en adelante, en el mundo moderno, es el hombre quien se convierte en el fundamento de los valores, puesto que el fin central de la

moral es la libertad, una creatividad que es su propio fin y se opone a todas las formas de dependencia” (Touraine, 1994: 209).

Contra lo que se puede pensar, la identidad no sólo se conforma a partir de las características y rasgos que nos hacen reconocibles como diferentes de los demás, como únicos. Pues la construcción identitaria se reconoce por la capacidad del sujeto de contarse su vida. Contarse su vida discursivamente con el objetivo de reconocerse a sí mismo en su proceso de autoconstitución. En palabras de García Canclini, “la identidad es una construcción que se relata”.

La reflexividad genera fragmentación social, porque implica estar en constante autoconfrontación, cuestionar lo establecido y deconstruir lo ya dado por descontado. Al mismo tiempo, la reflexividad aumenta exponencialmente la participación del sujeto en la sociedad. Esto es porque al cuestionar lo establecido, lo naturalizado, se tiene que dar a la tarea de proponer nuevas formas, nuevas instituciones y nuevos sentidos. Es decir, el sujeto en la modernidad adquiere mayor relevancia, ya que se confronta permanentemente consigo mismo, con sus propias estructuras de pensamiento y con las instituciones de la sociedad, pero a la vez tiene que inaugurar sentidos para aquello que cuestiona. Evidentemente la dinámica de la modernidad, de base reflexiva, provoca cambios en las distintas relaciones que cada persona mantiene a nivel individual: en la familia, en la pareja, con amistades incluso en las relaciones efímeras.

Sin embargo, como ya se apuntó anteriormente, en las sociedades latinoamericanas la capacidad de reflexividad tiene rasgos distintos al contexto que inspiró a Giddens en su formulación. En la mezcla entre las culturas autóctonas de los países de la región y los procesos de modernización deficientes se da la emergencia de sujetos que conviven con restricciones culturales y estructurales dentro de lo que se ha llamado modernidad reflexiva. Evidentemente la categoría de Giddens es valiosa pero hay que tomarla con las debidas reservas y circunscribirla al caso de estudio.

Sobre la base de consideraciones conceptuales y empíricas centradas en la idea de un sujeto joven con atributos adquiridos mediante su proceso de socialización y reflexión sobre el mundo y su yo, el sujeto joven mexicano es potencialmente capaz de desarrollar autoconciencia y reflexividad. No obstante, las condiciones estructurales dificultan tal desarrollo. Quizá en países como los de la región, incluido

México, esta potencialidad se ve disminuida. Aún así los jóvenes mexicanos son capaces de cierto nivel de reflexividad que les permite explorarse a sí mismos en términos de las decisiones, gustos, aversiones, moral individual y proceso de construcción de su propia biografía.

La capacidad de hacer visible lo invisible y concientizar la cotidianidad se va adquiriendo con la experiencia y depende también del nivel de instrucción de los sujetos jóvenes. Según De la Torre “las personas no sólo están percatadas de su mismidad y continuidad, también tienen, gracias precisamente a la conciencia, la capacidad de la reflexividad, que para muchos autores [es] lo que hace posible que el individuo pueda llevar una crónica particular de su vida y repensarse a sí mismo” (De la Torre, 2001: 78). Así, en términos de De la Torre las personas, mediante el pensamiento y el lenguaje, evalúan su lugar en el mundo, reconsideran sus vidas y son capaces de narrar su historia otorgándole continuidad (De la Torre, 2001: 78). De ahí que la identidad sea un proceso de construcción que no se puede pensar sin la posibilidad que tienen los sujetos de elaborar una crónica de sus vidas. Por ello, el nivel de instrucción escolar tiene un papel fundamental en la adquisición y el ejercicio de esta capacidad. Pues la escuela no sólo despeja los mitos tradicionales al confrontarlos con las narrativas científicas, sino además genera vínculos de interacción fundamentales para el desarrollo de las capacidades cognitivas, reflexivas, evocativas y discursivas.

Bajo esta perspectiva, México, como otros países en América Latina, tiene grandes atrasos en el nivel, en el acceso y en la calidad de instrucción escolar de los jóvenes. En prácticamente todos los países de la región hay una importante deserción escolar a muy temprana edad. Ya que la situación económica de los países dificulta que los jóvenes sigan asistiendo a la escuela y en vez de ello se insertan en el campo laboral.³¹

³¹ En México, según la ENJ 2005, en términos relativos la mayor proporción de los jóvenes sólo se dedica a estudiar, es decir el 43.7% del total de la población juvenil. La mayor parte la aporta el grupo de jóvenes entre 12 y 14 años de edad. Quienes sólo trabajan ascienden a 28.8% y es el grupo con mayor edad (25-29 años) los que desempeñan actividades laborales como condición preponderante. Mientras que los jóvenes que no estudian ni trabajan suman 22% y se trata fundamentalmente de mujeres entre 20 y 29 años de edad. Quienes se desempeñan en ambas esferas, el estudio y el trabajo, son sólo 5.3% de la población juvenil, y de ellos la proporción más elevada la tienen los hombres entre 20 y 24 años y las mujeres entre 15 y 19 años de edad. En cuanto al grado de escolaridad alcanzado de acuerdo a la edad tenemos que la mayoría de los entrevistados reporta haber alcanzado secundaria incompleta, y a partir de este punto la salida de la escuela es evidente. El nivel básico (primaria y secundaria) es completado en mayor medida por las mujeres que por los hombres; sin embargo, los siguientes niveles: medio superior y/o superior, tienen datos sensiblemente más elevados

Entonces, bajo el panorama que viven los mexicanos, se presenta difícil la apropiación del mundo en el proceso de construcción de la identidad en los jóvenes. Pero de ninguna manera los imposibilita para reconocerse a sí mismos. Frente a los rezagos estructurales cada cual, según su nivel de reflexividad, accederá o no al desarrollo de su competencia interactiva, en términos de Habermas. Construirse a sí mismo es hacerse en lo físico y en lo concreto. Con su forma de vestir, su manera de hablar, sus concepciones sobre lo bueno, lo malo, lo hermoso, lo feo y sobre cualquier cualidad que le imponga al mundo en el que participa. De esa manera el territorio, tanto físico como conceptual, tiene una relevancia central en la constitución del *yo* en la etapa juvenil del sujeto. Más cuando en el mundo contemporáneo el espacio es verdaderamentepreciado para los seres humanos.³² Por ello, la búsqueda de “su” lugar en el mundo y la definición de un estilo de vida representan una tarea mayúscula para el sujeto joven contemporáneo.³³

en los hombres, fundamentalmente la preparatoria y universidad completa. Tanto para hombres como para mujeres la edad que comprende entre los 15 y 17 años es crucial en la deserción educativa. Es de destacar el comportamiento femenino, ya que en este mismo rango de edad, superan a los hombres en más de 10 por ciento, y se observa una disminución considerable hacia los 18 y 20 años. En tanto que los hombres disminuyen de manera menos drástica, pero después de los 20 años duplican el porcentaje de abandono en comparación con las mujeres. Consecuentemente, los tránsitos entre un nivel y otro (secundaria-medio superior-superior), siguen marcando las trayectorias educativas (ENJ 2005).

³² Beck piensa que “en la sociedad cosmopolita de los ciudadanos el individuo tiene necesidad de un lugar” (Beck, 1997:29).

³³ No hay que olvidar que la complejidad intrínseca a la producción y adaptación de un mundo propio está mediada por experiencia humana, por la socialización. Y en especial, asegura Giddens, por la adquisición del lenguaje (Giddens, 1997: 37). Entonces, el sujeto está en un constante ir y venir entre lo colectivo y su individualidad. De tal manera que su integración o identificación grupal es, efectivamente, de suma importancia. Las identificaciones colectivas se conforman por la existencia de ciertos signos semejantes que se comparten en un grupo de personas. Ello no significa que éstas sean estables. Puesto que son, al igual que las identidades individuales, procesos en constante reconstrucción, transformación, configuración y generación.



Metodología y objeto de estudio

P A R T E II

IV. METODOLOGÍA Y OBJETO DE ESTUDIO

Un caso, un escenario, una situación,
un encuentro, un momento funciona
como una configuración puntual destinada
a ilustrar la lógica estructural

Isaac Joseph

Construir categorías es también una forma de indagar, en la medida en que el investigador caracteriza y llena de sentido dichas categorías a partir de la realidad. Ciertamente una característica de las ciencias sociales es la construcción de su objeto de estudio, del mismo modo es necesario contextualizar cualquier tipo de análisis. Observar el tiempo, el espacio, los actores, sus características, el ambiente y los elementos tanto constitutivos como periféricos. Nunca se abarca todo. Sin embargo, se busca tener disponibles los elementos que permitan aprehender el objeto de estudio. Recortar la realidad social, construir un objeto de estudio o una categoría es buscar comprender la presencia de un sujeto social.

La metodología que se utiliza en las investigaciones sociales responde a una manera de pensar y de estudiar la realidad. De ahí la importancia de explicitar los conceptos y los supuestos que sustentan la investigación y las formas en cómo se entiende el fenómeno social por analizar. En tanto que los métodos responden al conjunto de procedimientos y técnicas para recolectar y procesar los datos. En palabras de Anselm Strauss y Juliet Corbin, la metodología “proporciona un sentido de visión, de dónde quiere ir el analista con la investigación”, mientras que el método, que ellos mismos llaman las técnicas y procedimientos, “proporcionan los medios para llevar esta visión a la realidad” (Strauss y Corbin, 2002: 8-9).

La presente investigación responde a la propuesta de la Teoría Fundamentada de Anselm Strauss. Ya que esta metodología se distingue por su “capacidad, no sólo de generar teoría, sino también de fundamentarla en los datos. Tanto la teoría como el análisis de los datos exigen interpretación, pero al menos se trata de una interpretación basada en una indagación que se realiza de manera sistemática” (Strauss y Corbin, 2002: 9). Esta metodología fue construida originalmente por Strauss y Barney Glaser desde finales de la década de 1960 fuertemente

influenciados por Paul Lazarfield. Misma que responde a una necesidad especial de establecer comparaciones entre los datos para identificar, construir y relacionar conceptos.

La Teoría Fundamentada apela no a la cuantificación de los datos cualitativos, sino al proceso no matemático de interpretación, que se realiza con el propósito de descubrir conceptos y relaciones en los datos brutos, para después organizarlos en un esquema explicativo teórico (Strauss y Corbin, 2002: 12). La Teoría Fundamentada de Strauss permite la fundamentación de conceptos en los datos. Cabe destacar que para Strauss teorizar es un trabajo que implica no sólo concebir o intuir conceptos, sino también formularlos en un esquema lógico, sistemático y explicativo. De esa manera se espera generación de conocimientos y una mayor comprensión del fenómeno a estudiar. La clave de esta metodología es que el análisis es la interacción entre el investigador y los datos.

Según el planteamiento de Strauss las verdaderas propiedades emergen de los datos, pero las técnicas ayudan al analista a reconocer dichas propiedades. La codificación es el proceso analítico por el cual se fragmentan, conceptualizan e integran los datos para formar una teoría; es decir, una explicación al fenómeno estudiado o una respuesta a la pregunta que detonó la investigación. En esta lógica, lo que se plantea la presente investigación, es interpretar y organizar los datos empíricos mediante su reducción y conceptualización, la elaboración de categorías en términos de propiedades y dimensiones, para posteriormente relacionarlos mediante series de oraciones proposicionales.

4.2 *Relatos de vida: técnica para la investigación*

Las historias de vida son una técnica de investigación que se fundamenta en la narración de los sujetos. De tal forma que el relato es analizado para comprender a través del (los) momentos(s) dónde el individuo “se hace”. Las historias de vida definidas como “tiempo recompuesto” constan de dos aspectos (Gaulejac, Rodríguez y Taracena, 2005: 30):

1. Aquella que designa eso que “realmente” pasó en el curso de la existencia de un individuo (o grupo), es decir el conjunto de acontecimientos, de

elementos concretos que caracterizaron e influenciaron la vida de este individuo, de su familia y de su medio, y

2. Aquella que designa la historia que se narra sobre la vida de un individuo (o un grupo), es decir el conjunto de los relatos producidos por él mismo y/o por otros sobre su biografía.

Con esta técnica, se busca comprender cómo el sujeto “habita” esa historia en los planos afectivo, emocional, cultural, familiar y social. El supuesto que sustenta el uso de esta técnica en la recolección de los datos en una investigación es la posibilidad que cada sujeto tiene de actuar sobre sí mismo, de operar sobre lo que él es, de autoconstituirse en sujeto.

Las historias (o los relatos de vida como también se les llama) suponen la “capacidad del individuo de tomar distancia con relación a su historia, el trabajo que efectúa para modificar el sentido, para intentar convertirse en sujeto, la posibilidad de abandonar hábitos no adecuados y adquirir otros construye la función de *historicidad*” (Gaulejac, Rodríguez y Taracena, 2005: 82). Pero cabe aclarar que la historicidad no sólo se refiere al pasado, en el sentido de lo que ya ha ocurrido, sino de lo que adviene, es decir, lo que puede pasar.

Así pues, en las ciencias sociales, el relato de vida es el resultado de una forma peculiar de entrevista, la entrevista narrativa, en la que el investigador pide a los informantes, previamente seleccionados, que le cuenten toda o parte de su experiencia vivida (Bertaux, 2005). Esta técnica de recolección de datos tiene la función de mostrar cómo opera un mundo social o situación social. El propósito es describir mecanismos sociales y plantear propuestas de interpretación.

La intención de los relatos de vida, según Bertaux, es “ir de lo particular a lo general gracias a la comparación y cotejo de casos particulares, de lo que contienen datos fácticos situados en su orden diacrónico, de indicios descriptivos o explicativos propuestos por los sujetos, gracias al descubrimiento de recurrencias de un itinerario biográfico a otro y a la *elaboración de conceptos e hipótesis* a partir de esas recurrencias” (Bertaux, 2005: 26). Es decir, la función de los datos que se obtienen en los relatos de vida no es la de comprobar hipótesis establecidas de antemano, sino facilitar la construcción de un cuerpo de hipótesis.

Se eligió el relato de vida como técnica de recolección de datos porque es necesario apuntar que desde la perspectiva de Daniel Bertaux el relato de vida existe

desde el momento en que el sujeto cuenta a otra personas (no necesariamente un investigador) un episodio cualquiera de su experiencia de vida. “El verbo ‘contar’ (narrar) es aquí esencial: significa que la producción discursiva del sujeto ha adoptado una forma *narrativa*” (Bertaux, 2005: 36). Es claro que en términos de la investigación el relato de vida es un pacto entre el informante y el investigador, donde el sujeto, en principio, es invitado por el investigador a considerar sus experiencias pasadas y presentes a través de una suerte de filtro.

En este sentido, todo relato de vida es una reconstrucción subjetiva que, en definitiva, no tendría relación con la historia realmente vivida. Así que su pertinencia radica en cuanto forma discursiva e interpretativa del sujeto. Así pues, dado el objetivo de esta investigación, es pertinente utilizar la técnica de recolección de información, pues ésta busca interpelar los significados de vidas de acuerdo a las narrativas de los informantes. En la investigación cualitativa que emplea los relatos de vida los elementos clásicos de muestreo no son cerrados.

En esa medida, uno de los problemas de esta técnica consiste en la elección de los informantes. Y otro, quizá mucho más problemático, se refiere a la representatividad. Sin embargo, esta técnica de indagación permite, a través de la vida de ciertos sujetos, reflexionar sobre un tema. Más que cobijarse en la cantidad de informantes su fundamento está en la vinculación entre la construcción del discurso en torno a vida de la persona y el problema de investigación.

Ahora bien, para la elección de los informantes se distinguen tres clases: la persona grandiosa, la persona marginada y la común. Su elección depende de los objetivos planteados en la investigación. Para este caso la persona ordinaria resulta la más pertinente. Ya que ésta se refiere al informante que aparece como el más cercano para proveer recursos para la generalización de una población más amplia. Valga decir que casi todos se paran fuera de lo ordinario en alguna u otra dimensión, por lo tanto, esto es la esencia de un acercamiento ideográfico. Un relato de vida es construido con una serie de dominios sociales, que están detrás del contador.

Siendo los jóvenes el objeto de estudio de esta investigación, es de prever que recién vayan adquiriendo la capacidad para pasar de la conciencia práctica a la conciencia discursiva. De tal manera que los relatos no sólo dependen de la capacidad para estructurar y organizar los acontecimientos de su vida, sino, sobre

todo, de que su trayectoria de vida y toma de conciencia es considerablemente reciente.

Ello lleva a echar mano del repertorio de estrategias, transacciones, gestos o actitudes que permitan un equilibrio al juego de poderes establecido entre investigador e informante. La interacción verbal se entiende como un acto creativo de negociación entre dos personas, mediante el cual se forma un sistema de interacción focalizada, que en la propuesta de Goffman, implica estrategias de discurso, de movimientos y de trucos conversacionales para persuadir, defender una posición, realinearse o justificarse. Finalmente, el universo social de referencia parte de la concepción goffmaniana del actor que dramatiza un modelo de rol social, con lo que funge como “actuante” y “personaje”. En este sentido, el relato de vida entendido como entrevista narrativa, desde la perspectiva de Bertaux, ubica los discursos arquetípicos de los individuos en sus grupos de referencia y la palabra social dentro de la estructura de carácter de un individuo, es decir, busca la expresión de una individualidad socializada en relación al otro generalizado (Alonso, 1995: 237).

Fue necesario para la selección de los informantes indagar mediante entrevistas piloto. El recorte empírico debía responder, más que a un rango de edad, a una serie de elementos significativos en el contexto del municipio Valle de Chalco Solidaridad. De esta forma, el recorte empírico está basado en información obtenida de dichas entrevistas. El ejercicio piloto consistió en entrevistar a siete jóvenes entre 14 y 26 años con un cuestionario a preguntas cerradas, la selección para esta fase de la investigación se hizo por medio de la técnica “bola de nieve”.³⁴ A partir de estas entrevistas quedó previsto abordar relatos de vida como técnica de recolección de información, y como resultado de este ejercicio previo se concluyó sólo entrevistar a cuatro jóvenes vallechalquenses, dos hombres y dos mujeres, para conformar el grupo de informantes de esta investigación.

El muestreo teórico fue *intencionado* dado que es un estudio de casos reducidos. No se desconoce la crítica más frecuente a este tipo de muestreo, la cual subraya que debido a lo reducido de los casos analizados no hay posibilidad de generalización. Sin embargo, desde ya se anuncia que esa pretensión queda fuera de

³⁴ Esta técnica consiste en contactar a un informante y, este primer informante contactará al investigador con otro informante y, este segundo con un tercero y así sucesivamente hasta completar la cantidad de informantes necesarios para la obtención de los datos.

la presente investigación. El objetivo no es proponer una serie de explicaciones de largo alcance. Sino más bien analizar casos específicos que permitan reconocer y contrastar los postulados teóricos con la realidad empírica, en torno al proceso de construcción de la identidad y su relación con la pertenencia socioterritorial. Por tanto, la estrategia de muestreo intencionado permite dar cuenta del objetivo planteado, mismo que se sustenta en el método de la Teoría Fundamentada.

A continuación, se presenta un cuadro que sintetiza los datos de los informantes que integran el cuerpo de la información empírica en la presente investigación:

Cuadro II

INFORMANTES QUE CONFORMAN EL CUERPO EMPÍRICO

Mujeres

Seudónimo	Edad	Lugar de nacimiento	Años de residencia en Valle de Chalco	Escolaridad	Ocupación	Estado civil	Acceso a tecnologías de comunicación ³⁵
Carla	15	Valle de Chalco	15	Estudia preparatoria	Estudiante	Soltera	Radiograbadora Televisión DVD
Vanesa	18	Delegación Iztapalapa	18	Preparatoria concluida	Ayuda en casa	Soltera	Telefóno casa Radiograbadora Televisión Consola de videos DVD Telefóno casa Celular

Hombres

Seudónimo	Edad	Lugar de nacimiento	Años de residencia en Valle de Chalco	Escolaridad	Ocupación	Estado civil	Acceso a Tecnologías de comunicación
Mario	18	Delegación Azcapotzalco	17	Preparatoria concluida	Ayudante de albañil	Soltero	Radiograbadora Televisión DVD Computadora Conexión a Internet Telefóno casa Celular
Beto	16	Tlanepantla	15	Estudia preparatoria	Estudiante	Soltero	Radiograbadora Televisión

³⁵ Las tecnologías de la comunicación son importantes ya que forman parte de las referencias para adquirir información y representan fuentes de acceso a bienes culturales. Específicamente se les preguntó respecto a su acceso a: radiograbadora, televisión, videograbadora, televisión de paga, computadora, conexión a Internet, consolas de vídeo, teléfono celular, reproductor de DVD.

DVD
Computadora
Teléfono casa

Ahora bien, ¿quién es el objeto de estudio en términos de esta investigación? En el capítulo III se discutió ampliamente la categoría “juventud”. Entonces, sólo resta acotar que dado el planteamiento del problema, el objeto de estudio son los jóvenes que viven en el municipio Valle de Chalco Solidaridad. Como se ve en el mismo capítulo, definir a los jóvenes por edad no resulta pertinente; por ello, para la selección de los casos se tomó en consideración elementos como: que los padres de los jóvenes fueran la primera generación de su familia que habita en el municipio y, por lo tanto, que los informantes hubieran nacido o crecido desde muy pequeños en Valle de Chalco, que los informantes fueran concebidos social e individualmente como jóvenes, es decir, que su condición de juventud tuviera concordancia con su rol social. A esta selección de rasgos específicos se refiere el muestreo intencionado. Cabe mencionar que, por medio de las entrevistas piloto realizadas con antelación, fue posible observar que a los 18 años de edad los jóvenes son considerados ya aptos para construir su vida, ya que la mayoría de edad es un parteaguas en su productividad económica.

Los lugares donde se realizaron las entrevistas dependieron de las circunstancias de los informantes, pero se cuidó que fuera una conversación exclusiva entre el informante y el entrevistador. Uno de los informantes fue entrevistado en el deportivo de Valle de Chalco, los entrevistas más se realizaron en las casas de los informantes y la última se realizó en la Alameda Central de la Ciudad de México, ya que el entrevistado trabajaba los fines de semana y solicitó que fuera en éste lugar. Todas las entrevistas fueron grabadas en audio y vídeo. De las cuales se hizo una transcripción literal, donde su duración y extensión en cuartillas corresponden al siguiente cuadro:

Cuadro III
DURACIÓN DE LAS ENTREVISTAS SEGÚN CADA INFORMANTE

Seudónimo	Minutos de grabación	Cuartillas transcritas a espacio sencillo
Carla	50 minutos	12.8
Vanesa	75 minutos	12.5
Mario	47 minutos	8.2
Beto	54 minutos	10.5

La intervención de la realidad mediante estos indicadores, se realizó con ayuda del *software* para el análisis de datos cualitativos *Nvivo*. Este programa permite

organizar y sistematizar la información. Una vez sistematizada se relacionó y filtró con las categorías teóricas construidas. Entonces, es ahí donde se puso en juego el esfuerzo interpretativo del investigador. La tarea era desarticular los discursos de los informantes para dar cuenta de los tejidos simbólicos-discursivos con los que construyen su subjetividad. La labor del análisis del discurso no se limita a las narraciones de los informantes. Sino que la subjetividad apela a una serie de prácticas que pueden ser objetivadas. Ejemplo de ello son los actos concretos ante las situaciones cotidianas y extremas, la interacción entre congéneres, la construcción de su imagen corpórea, las prácticas sexuales, las prácticas afectivas, las relaciones con las instituciones, el consumo de productos culturales.

4.3 Contexto de Valle de Chalco Solidaridad

Uno de los principales supuestos que sustentan este trabajo es que “el territorio no sólo es un agente pasivo, un reflejo o un ‘contenedor’ de las relaciones sociales, sino un factor central en la constitución y la evolución de las estructuras de las sociedades avanzadas o subdesarrolladas” (Hiernaux, 1995: 9). De ahí que con el propósito de observar la relación entre el proceso de construcción de la identidad de los jóvenes y su pertenencia socioterritorial sea contextualizar brevemente el lugar del estudio. El municipio mexiquense Valle de Chalco Solidaridad.

Bajo la modernidad, el fenómeno de la migración y la movilidad se acentuaron de manera importante. Lo que a su vez produjo nuevos fenómenos sociales como los asentamientos irregulares, la autoconstrucción, la expansión desordenada de las ciudades, los cinturones de pobreza, las megalópolis, las zonas marginales, las ciudades perdidas. En América Latina el proceso de suburbanización además de ser el resultado de la expansión de dentro hacia afuera de las ciudades, se caracterizó por el fenómeno migratorio del campo a la ciudad, el cual se acentuó particularmente en el periodo que va de 1949 a 1970 (Salazar, 1999: 43). Las personas que buscaban mejores condiciones de vida en las ciudades tuvieron que situarse a las orillas de ellas.

Estas nuevas zonas fueron llamadas periferias urbanas, lugares que correspondían, en su mayoría, a terrenos sin urbanizar, obtenidos mediante la compra-venta ilegal donde construyeron viviendas inicialmente precarias, sin

infraestructura básica ni servicios. Sin embargo, con el paso del tiempo se consolidarían en un proceso lento de urbanización. En nuestro país el proceso fue muy similar: el vertiginoso crecimiento poblacional y territorial que experimentó la Ciudad de México entre 1940 y 1970 resultó en la mancha urbana que rebasa los límites político-administrativos del Distrito Federal.³⁶ De esta forma se conforma la llamada Zona Metropolitana de la Ciudad de México.³⁷

La Zona Metropolitana de la Ciudad de México se origina cuando el modelo de sustitución de importaciones desencadenó un fuerte proceso de industrialización en la Ciudad de México. Entonces se produjo una acelerada expansión de la ciudad, lo que generó la ocupación desarticulada de la periferia urbana. Grupos de población de escasos recursos que provenían mayoritariamente del interior del país se trasladan a las cercanías de la ciudad donde esperan tener mejores oportunidades de vida. Uno de los evidentes resultados de este proceso de urbanización fue la acentuación de la diferenciación social del espacio, jerarquía y segregación existentes anteriores a esta etapa.³⁸

Los municipios fronterizos del Estado de México y la Ciudad de México se extendieron y dieron paso a esta periferia semiurbana-semirural. De este modo los municipios Chalco y Valle de Chalco Solidaridad habían recibido para el año 2000 aproximadamente 147,000 personas como nuevos residentes (Graizbord y Acuña, 2006:249).

La historia de este municipio empieza a finales de la década de los setenta, cuando se inició la vertiginosa llegada de centenares de familias a asentarse a los terrenos baldíos del Valle de Chalco, provenientes principalmente de los estados del centro y sur del país. El último domicilio de la mayoría de los inmigrantes procedía del Distrito Federal y del área conurbada del Estado de México, según Hiernaux. Todos llegaron en busca de un terreno donde vivir, con la idea de formar un

³⁶ "... a finales de los setenta, los márgenes urbanos se desbordaban ya no sólo por el intenso proceso de migración campo/ciudad, sino también por la paulatina incorporación real –ya no sólo jurídica- de pueblos y barrios que antaño formaban parte de otros conglomerados cercanos a la ciudad" (Portal y Safa, 2005: 35).

³⁷ Constituida por las 16 delegaciones que componen el Distrito Federal y 27 municipios conurbados del Estado de México" (Salazar, 1999: 62).

³⁸ "sobre un eje, imaginario, norte-sur que divide la ciudad en dos grandes áreas, se observa que predominan al poniente los fraccionamientos para clases medias y altas con subdivisiones autorizadas. Al oriente prevalecen las invasiones o fraccionamientos clandestinos (colonias populares) en los que habita la población de menores recursos sobre tierras de poco valor comercial por construir una zona salitrosa e inundable dada la desecación de los largos y la desaparición de las chinanpas" (Salazar, 1999: 63).

patrimonio para sus hijos. Los colonos empezaron a levantar sus casas con muy escasos recursos, no contaban con agua potable, drenaje, alumbrado, transporte público, servicio médico, ni escuelas para sus hijos. La inmensa mayoría compró terrenos ejidales. Los pobladores del Valle iniciaron un movimiento cuya demanda central era la creación del municipio libre 122 del Estado de México. Fue entonces cuando en 1994 el gobernador, Emilio Chuayffet Chemor, envió la iniciativa de ley para la creación de un nuevo municipio a la LII Legislatura del Estado, después de su estudio y deliberación el congreso emitió el Decreto 50 publicado en la Gaceta Oficial el 9 de noviembre de 1994.

Valle de Chalco Solidaridad constituye un territorio de aproximadamente 40 kilómetros cuadrados que empezó a fraccionarse ilegalmente en la segunda mitad de los setenta. Este municipio, que hasta mediados de los ochenta era un asentamiento irregular identificable desde la autopista México-Puebla, “se ha constituido, a partir de 1988, en uno de los puntos de atención obligada para quienes estudian la Ciudad de México o diseñan nuevas políticas de atención a la pobreza” (Hiernaux, 1995: 5).

En las décadas de los ochenta y noventa recibió a medio millón de habitantes en lo que fueron tierras rurales. Casi todos los recién llegados se reconocen como autoconstructores excluidos de los mecanismos formales de acceso a la vivienda. Sin duda, la magnitud del fenómeno junto con la velocidad del proceso de expansión urbana fue decisiva para su rápida incorporación a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (Esquivel; 2006: 20).

El Municipio de Valle de Chalco Solidaridad se localiza en la parte Oriente del Estado de México; colinda con los Municipios Ixtapaluca y Los Reyes la Paz al norte, al sur y este con Chalco y al oeste con la delegación Tláhuac del Distrito Federal.

Sus habitantes son sujetos con trayectorias biográficas de alta movilidad territorial. Algunos de ellos iniciaron su desplazamiento de residencia en áreas rurales para continuar en la ciudad de México. Otros, hijos de migrantes de origen rural pero originarios de la ciudad, se han desplazado reiteradamente a la ciudad en busca de mejores condiciones de vida.³⁹ Actualmente el Municipio se encuentra

³⁹ Para Daniel Hiernaux “la expulsión de la población de bajos ingresos de zonas de urbanización más temprana para construir asentamientos recientes, se encuentra ligada a varios tipos de situaciones por una parte, la incapacidad para los núcleos familiares de reciente creación, de mantener su residencia en áreas más centrales y aun en zonas de periferia media, como Iztapalapa o Nezahualcóyolt. Lo

ocupado en su mayoría por jóvenes matrimonios que por falta de recursos se han tenido que asentar en las periferias de la ciudad, el índice de inmigraciones se ha reducido en los últimos años, no obstante, en el pasado el crecimiento poblacional llegó a tener una tasa anual del 14%. Evidentemente esta población requiere de fuentes de empleo para subsistir. Según el Plan de Desarrollo municipal de Valle de Chalco Solidaridad publicado en el 2005, el problema del empleo se solucionó mediante el comercio, pero al aumentar la población, se ha vuelto insuficiente, lo que provocó una mayor demanda de fuentes de empleo, más seguras, de mejor calidad y con los derechos que marca la ley.

Así pues, este municipio constituye no sólo un laboratorio de nuevas formas territoriales. Además se lo considera un paradigma socio-espacial resultante de las nuevas articulaciones geográficas y poblacionales de la Ciudad de México y, en general, del resto del territorio nacional (Hiernaux, 1995: 29). En lo que se refiere a las formas físicas de organización del territorio y a la emergencia de nuevas pautas de economía territorial, ya que la periferia, asegura Daniel Hiernaux, ejerce para la economía de la ciudad, un doble papel: uno, la constitución de un vasto mercado de fuerza de trabajo; y dos, la posibilidad de localización de empresas en función de la disponibilidad de esta mano de obra (Hiernaux, 1995: 48).

Daniel Hiernaux ha estudiado este municipio desde la década de los noventa, por lo que tiene un amplio conocimiento del proceso de construcción de Valle de Chalco. En esa medida este autor identifica tres fases del proceso de ocupación de Valle de Chalco (Hiernaux, 1995: 129-133):

1. La desincorporación de ejidos impulsada por los fraccionadores clandestinos. Esta fase se extendió hasta 1984 en prácticamente todo el Valle, año en el que se reprimió el fraccionamiento clandestino. Por otra parte, los fraccionadores parecen haber estado estrechamente ligados a la estructura clientelista del partido oficial, es decir, la identificación con el mismo y también la ocupación de cargos en las administraciones locales.
2. Las ventas de los lotes fueron realizadas en forma directa por los ejidatarios, lo cual significó que los ejidatarios asumieran el rol de fraccionadores, una vez que los fraccionamientos fueron apartados del proceso por el gobierno estatal.
3. La CoReTT (Comisión de Regulación de la Tenencia de la Tierra) fue el agente encargado de la regulación de la tenencia de la tierra. Este proceso

anterior se atribuye a la saturación de ciertas áreas urbanas que no tienen más capacidad para absorber población, y a la posible interacción de una mayor natalidad en zonas de menores ingresos como las anteriormente citadas” (Hiernaux, 1995: 12).

fue sumamente prolongado en el tiempo, con una fuerte complejidad en los trámites burocráticos y con escasa relación con las propuestas urbanas que fueron plasmadas en el Plan de Desarrollo Urbano Municipal, y en los Planes Parciales de Desarrollo, todos realizados por consultores privados, a través de la anterior SEDUE, hoy Secretaría de Desarrollo Social. En el año 1991 se había completado la fase de expropiación.

Cabe destacar que la mayor parte de las instalaciones que existían en Valle de Chalco hasta el año 1990, fueron el resultado de organización de la sociedad civil. “El proceso de decisión respecto de la urbanización de Valle, se ubica en la esfera federal, muy particularmente en el nivel presidencial. Parece que las autoridades federales, vieron en Valle de Chalco un laboratorio adecuado para poner a prueba nuevas políticas sociales, en el marco del nuevo concepto de ‘Solidaridad’” (Hiernaux, 1995: 161). Así este municipio fue punta de lanza para el principal programa social del ex presidente Carlos Salinas de Gortari, Programa Nacional de Solidaridad, de ahí que en 1990 fue llamado posteriormente la “cuna de la solidaridad”.⁴⁰

Valle de Chalco Solidaridad gracias a la coyuntura política tuvo un crecimiento rápido hacia la urbanización. Actualmente cerca del 91% del territorio municipal es espacio urbano y el 9% es agrícola. Si tomamos en cuenta su reciente creación y las características de su nacimiento, el desarrollo de Valle de Chalco es medianamente acelerado. Sin embargo, este programa social no fue suficiente para mejorar las condiciones de vida de los habitantes. Más aún, a este municipio es visto no como un territorio de generación de riqueza, sino de redistribución de la pobreza. La promesa del programa Solidaridad representaba para los pobladores de Valle de Chalco una esperanza para acceder a mejores condiciones de vida. No obstante, no había terminado el sexenio de Salinas de Gortari, cuando los vallechalquenses vieron caer sus esperanzas. Actualmente, como se observa en el siguiente cuadro, se invierte en ciertos sectores para el desarrollo del municipio, pero éste no es lo que en algún momento Salinas de Gortari prometió que sería.

⁴⁰ En este sentido Hiernaux asegura que “la intervención de la Federación (...) viene entonces a transformar un proceso de ‘territorialización de la pobreza’, transformándolo en un ‘territorio de la solidaridad’; sin embargo las condiciones de la pobreza siguen estando presentes en la vida cotidiana de las familias. En efecto, la pobreza no es visible o reconocible exclusivamente a través de las formas físicas: lo es también en las desesperantes condiciones de empleo, en la carencia de futuro y en términos generales, en la situación de exclusión que genera la misma pobreza” (Hiernaux, 1995: 180).

La construcción de un nuevo territorio plantea física y simbólicamente nuevos fenómenos sociales, mismos que influyen en las personas que llegan a vivir a estos nuevos asentamientos. El caso que interesa a esta investigación, “Valle de Chalco Solidaridad”, representa un tipo extremo de los nuevos asentamientos en lo que se refiere no sólo a su nacimiento como comunidad sino, principalmente, a su constitución social.

Según datos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) para el año 2005 habitaban 332, 279 personas; de las cuales, más de la mitad son mujeres. La población vallechalquense es sobretodo joven, más de la mitad de la población es menor a los 25 años; de este porcentaje el 63.28% se encuentran dentro del rango de 1 a 15 años.

Cuadro IV

POBLACIÓN DE VALLE DE CHALCO SOLIDARIDAD

Municipio	Población total			Edad mediana		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Valle de Chalco Solidaridad	332 279	163 639	168 640	22	22	23

Fuente: INEGI 2005

Valle de Chalco Solidaridad es un asentamiento receptor de un importante número de migrantes internos, lo que complejiza su constitución en términos de la co-existencia de diversas formas de “ser y habitar el espacio”. En 1995 habitaban 44 grupos étnicos originarios de las principales zonas indígenas del país, los cuales representaban el 3.79% de la población total mayor de 5 años, con 9,389 hablantes de alguna lengua indígena.⁴¹ Sin embargo, las cifras no han cambiado mucho, para 2005 en el municipio habitaban un total de 9,059 personas que hablaban alguna lengua indígena.

En el mismo año el municipio contaba con 74,801 viviendas, de las cuales 65,608 son particulares. Donde, en promedio viven 4.8 personas por vivienda. El

⁴¹ Los diez grupos más importantes por su mayor población son: mixteco (31.22%), náhuatl (19.70%), otomí (9%), zapoteco (8.45%), totonaca (4.66%), mazahua (3.44%), mixe (1.45%), chinanteco (1.04%), tlapaneco-huasteco (0.84%), los cuales en conjunto representan al 80% de la población indígena de Valle de Chalco Solidaridad.

desarrollo de la vivienda dentro del municipio se ha realizado a través de la autoconstrucción. En la mayoría de los casos, los materiales que se han utilizado son tabique gris, loza de concreto y lámina de asbesto, aunado a esto apenas se inicia su proceso de consolidación, lo que ha ocasionado que no se cuente con una imagen urbana y se vea como una ciudad gris. La cobertura de los servicios básicos está cerca del 100% en cuanto a energía eléctrica, agua potable y alumbrado público, pero en la cobertura en cuanto drenaje urbano sólo rebasa el 50% y la pavimentación de las calles sólo cubre un 15%.

Cuadro V
VIVIENDAS PARTICULARES SEGÚN CLASE DE VIVIENDA

Municipio	Total	Casa independiente	Departamento en edificio	Vivienda o cuarto en vecindad	Vivienda o cuarto de azotea	Local no construido para habitación	Vivienda móvil	No especificado
Valle de Chalco Solidaridad	74 801	65 608	1 157	6 993	40	99	6	1 874

Fuente: INEGI 2005

Cuadro VI
COBERTURA DE SERVICIOS PÚBLICOS

Municipio	Agua potable	Alumbrado público	Drenaje urbano	Recolección de basura y limpieza de vía pública	Seguridad pública	Pavimentación	Energía eléctrica
Valle de Chalco Solidaridad	96.26%	99.67%	57.87%	45%	60%	15%	99%

Fuente: INEGI 2005

El contexto histórico, geográfico, económico y social de Valle de Chalco Solidaridad complejiza en varios niveles la dinámica sociocultural de este lugar. Los vallechalquenses construyen lazos sociales e interactúan cotidianamente bajo un imbricado tejido social. Ya que por una parte, sus lugares de nacimiento, con todo lo que implica, les llama a participar de ciertas configuraciones culturales; mientras que por otra parte, la cercanía con la Ciudad de México impacta en la imagen que desean proyectar para ser reconocidos. Según estas características difícilmente se puede reconocer una idea homogénea o típica del vallechalquense.

En cuanto a empleo se refiere, la actividad primaria, al igual que en la mayor parte del territorio del Estado, ha sido paulatinamente abandonada debido a la baja remuneración. Las tierras agrícolas se han abandonado y en lugar de ellas, sumando a las presiones de crecimiento de la ciudad y la falta de uso, poco a poco el este municipio ha ido albergando asentamientos irregulares (Plan municipal de desarrollo, 2005). La actividad secundaria es casi nula, la mayor parte de la población que se dedica a la manufactura y la construcción tiene que viajar a otras zonas para poder laborar. El municipio se ha edificado principalmente mediante la auto-construcción y no existen conjuntos regionales que puedan dar empleo a la población, ni empresas manufactureras que aprovechen la mano de obra de la zona. Aunque el comercio puede ser quizá la actividad más presente en el municipio, ya que hay gran cantidad de corredores comerciales y tianguis, aunque son de uso local y están poco organizados.

Como se ve, no existen fuentes de empleo dentro del municipio, los vallechalquenses tienen que buscar fuera de éste. Bajo ningún concepto, es posible negar que condición económica sea también factor importante en el desempeño social. Diariamente gran parte de los habitantes de Valle de Chalco Solidaridad salen a la ciudad a trabajar. Después de todo, el motivo para dejar sus lugares natales y llegar a vivir a Valle de Chalco fue mejorar sus condiciones de vida. Ello resultó, como se mencionó anteriormente, en el traslado de la población desde el interior de la ciudad al cinturón de pueblos limítrofes. Evidentemente la distancias que los nuevos pobladores tienen que recorrer de su casa a los centros de trabajo han dificultado el acceso a esa mejoras de vida. Ya que tienen que pasar mínimo cuatro horas al día en transporte público. Es decir, dada la dinámica de estas regiones periféricas a la ciudad, los residentes sólo llegan a dormir, salen muy temprano cada día y sólo llegan después de un largo día de trabajo para descansar unas horas hasta que vuelva a amanecer. Estas características corresponden a las llamadas *ciudades dormitorio*.

Según datos oficiales, el municipio presenta el 1.98% de su población económicamente activa desempleada, contra el 2.02 % que mantiene el Estado, esto se traduce en 2,263 habitantes sin empleo. La población económicamente inactiva representa el 32.39% de la población total; más de la mitad de ésta, corresponde a amas de casa dedicadas al hogar (50.06%). El 31.20% está constituido por

estudiantes a nivel secundaria, bachillerato y universidad, un total de 32,663 alumnos, lo que significa el 30.07% de la población en edad de estudiar. Estas cifras son alarmantes debido a que gran cantidad de la población entre los 12 y 25 años dejan de estudiar por trabajar.

En relación a la cobertura educativa, es de destacar que un importante número de personas en edad escolar no asisten a la escuela 198,341 contra 91,757 personas que sí asisten. Cabe señalar que son las mujeres las que menos asisten. A continuación se presentan un cuadro donde se desglosan los datos de la población que asiste a la escuela.

Cuadro VII
POBLACIÓN DE 5 Y MÁS AÑOS SEGÚN SU ASISTENCIA ESCOLAR Y SEXO

Municipio	Total	Asisten a la escuela		No asisten a la escuela	
		hombres	mujeres	hombres	mujeres
Valle de Chalco Solidaridad	290 793	45 964	45 428	96 192	102 149

Fuente: INEGI 2005

El siguiente cuadro muestra los datos de los alumnos, el personal docente y las escuelas de Valle de Chalco Solidaridad desglosado por nivel escolar.

Cuadro VIII
LA EDUCACIÓN EN EL MUNICIPIO VALLE DE CHALCO SOLIDARIDAD

Nivel escolar	Alumnos inscritos	Alumnos existencias	Alumnos aprobados	Alumnos egresados	Personal docente	Escuelas
Preescolar	13 363	12 628	12 628	7 102	462	130
Primaria	48 717	46 138	44 853	7 548	1 478	106
Secundaria	18 506	17 253	13 285	4 490	904	59
bachillerato	8 844	7 255	4 738	1 898	430	17
Total	89 430	83 994	75 504	21 038	3 274	312

Fuente: INEGI 2005

Como es evidente, las condiciones de infraestructura, económicas y demográficas inciden importantemente en el sector juvenil. Dado que la educación es fundamental para el desarrollo de habilidades cognitivas y reflexivas de los sujetos jóvenes, es obvio que las condiciones del territorio donde viven son fundamentales. Recordemos lo dicho en capítulos anteriores respecto a que son los mismos jóvenes quienes estructuran su proceso de identidad, pero que ésta se enmarca en un contexto social-territorial determinado. Sus referentes y referencias deben ser construidas por ellos

mismos. En el sentido de que no tienen a su disposición las narrativas de la historia familiar ni el contacto con tíos, abuelos y demás familiares mediante los cuales puedan reconocerse y pertenecer consanguíneamente. Así la construcción del sentido de pertenencia y el arraigo socioterritorial de las personas en general y, de los jóvenes en particular, adquieren matices singulares en este lugar.

Cuadro IX
INVERSIÓN PÚBLICA EJERCIDA SEGÚN EL SECTOR (pesos)

Municipio	Total	Comunica- ciones	Gobierno	Administra- ción	Educación	Asentamientos humanos
Valle de Chalco Solidaridad	147 967.9	00	29 531.6	20 994	6 455	54 921.2

Fuente: INEGI 2005

Es evidente que los residentes actuales de Valle no forman un todo homogéneo. Pues su desplazamiento desde diversos territorios, ha significado la inserción y conjugación de distintas formas de ocupación espacial, tanto física como simbólicamente que van desde la perspectiva objetiva que remite su inserción a mercados laborales y a la construcción, reproducción y generación de formas de arraigo y reconocimiento territorial. Por lo mismo la formación de Valle de Chalco está lejos de haber concluido.

Ha cambiado paulatinamente su apariencia física, las condiciones de las viviendas, la ocupación de los espacios, la incorporación de los habitantes en actividades económicas, así como, las dinámicas de participación social. Aunque formalmente ya no es un asentamiento irregular sigue siendo un espacio de confluencia de necesidades objetivas y simbólicas que impactan en el sentimiento de pertenencia territorial de los habitantes.

4.3 *Contexto de los informantes*

En el entendido de que el contexto es el trasfondo de condiciones o la situación en la que el acontecimiento está inmerso (Strauss y Corbin, 2002: 116), resulta imprescindible contextualizar a los informantes. Ya que no son entes aislados, sino que se configuran en diálogo constante con su entorno social, tal como se señaló en capítulos anteriores. En ese sentido, para la realización del análisis empírico es

necesario tener un panorama amplio de la situación estructural-objetiva y de la situación simbólica de los informantes. Ambas confluyen en la construcción de la identidad de los entrevistados.

El primer tópico útil para contextualizar a los informantes se refiere a la subcategoría: contexto objetivo o estructural. Ésta es el espacio donde el sujeto inscribe su vida cotidiana. En el apartado anterior ya se habló de las condiciones generales en las que se encuentra el municipio donde viven, Valle de Chalco Solidaridad. Sin embargo, vale la pena ahondar en la situación particular de cada informante. Este tipo de información sirve de insumo para el análisis en las categorías que apelan más a la construcción de subjetividades. Pues las condiciones objetivas posibilitan o dificultan el acceso y oportunidad de desarrollo de las subjetividades.

El segundo tópico para contextualizar a los informantes es aquel ámbito que determina y sustenta los significados y los sentidos de la vida de los sujetos. El cual se define a partir del entorno familiar, relaciones amicales e interacciones en general. Los lazos afectivos y las interacciones fundamentan en gran medida el proceso de construcción de las identidades de los sujetos. Al conocer estos dos ámbitos que intervienen en la conformación de sentidos, entornos de acción y medio social es posible tener referencias claves para la realización del análisis del proceso de construcción de la identidad en los jóvenes vallechalquenses.

::Carla::

Carla es una joven de 15 años de edad. Nació en Valle de Chalco Solidaridad, actualmente estudia en un CONALEP ubicado en el municipio Nezahualcóyotl. Ella es, de hecho, el primer miembro de la familia que sigue su educación más allá de la secundaria. Carla vive con sus padres en una casa que tiene tres habitaciones, un baño y una cocina de lámina de cartón y piso de cemento. Ella es la menor de cuatro hermanos. Su padre es plomero y su madre ama de casa. Ambos sólo alcanzan la educación básica. En cuanto a sus hermanos, la mayor le ayuda a su madre en los quehaceres del hogar, sólo estudió hasta la secundaria y por ahora no trabaja. El segundo hermano trabaja como ayudante de carpintero y también sólo concluyó la secundaria. Y el tercer hermano vive en unión libre y tiene una hija. La familia de

éste vive en la misma casa de los padres, en un pequeño cuarto que construyeron en el mismo terreno.

Dentro del entorno familiar, Carla afirma tener buena relación con todos los miembros. Sin embargo, tienen más confianza con su hermana mayor y con su madre. Mientras que fuera de la familia Carla admite tener una relación de amistad muy cercana con una de sus vecinas, a la cual conoce desde que eran muy pequeñas. A los compañeros de la escuela sólo los considera eso, “compañeros” y no amigos. Por lo que su espacio amical se restringe a su vecina, amiga de la infancia. Carla considera que no tiene muchas más relaciones cercanas en su vida, pues con sus vecinos también lleva una relación cordial, pero a pesar de conocerlos de toda la vida no son cercanos.

Los horizontes y perspectivas de Carla a futuro están proyectados en alcanzar una carrera universitaria. Aunque sabe, de ante mano, que las condiciones económicas de su familia podrían representar un obstáculo para su proyecto académico. Además de las relaciones con la familia, amigos, compañeros de escuela y vecinos, los medios de comunicación forman parte de los referentes que ella tiene en su vida cotidiana.

El acceso a ciertos medios, no sólo muestra rasgos sociodemográficos con los cuales es posible reconocer el entorno de cada informante, pues son relevantes en tanto que acceder a medios de comunicación y a ciertas tecnologías significa el acceso a mundos simbólicos de diversas clases. En el caso de Carla, la televisión es el principal medio de información y distracción, en este rubro sólo cuenta con el acceso a televisión abierta. También disfruta de la música, en particular del *rock* y el *reggaeton*. Casi no asiste al cine, pero ve las películas que le interesan en casa. Carla no cuenta con Internet y computadora en el hogar. Sin embargo, tiene habilidades para usarlas porque en la escuela las ha adquirido. Cabe destacar que no tiene gusto por ningún tipo lectura.

::Vanesa::

La segunda informante es Vanesa de 18 años de edad. Ella llegó a vivir a Valle de Chalco Solidaridad a los pocos meses de nacida. Su padre, aconsejado por un compañero de trabajo, decidió buscar un terreno en el municipio que se estaba conformando. De esta forma Vanesa ha vivido prácticamente toda su vida en Valle

de Chalco Solidaridad con sus padres y dos hermanas mayores. El lugar de residencia anterior de su familia fue la delegación Iztapalapa, donde actualmente trabaja su padre como obrero en una fábrica de muebles de acero inoxidable. La madre de Vanesa se dedica al hogar y al cuidado de su nieto, hijo de Mónica, la hermana mayor de Vanesa, quien trabaja en la colonia centro de la ciudad de México como vendedora de ropa igual que la hermana mediana.

La casa donde vive Vanesa con su familia cuenta con una habitación y el baño de loza mientras que otra habitación y la cocina están techadas con lámina de asbesto, todos los cuartos cuentan con piso de cemento. Vanesa y sus hermanas concluyeron la preparatoria, pero sólo Vanesa tiene el proyecto de seguir estudiando. Si consigue ingresar a la universidad, ella sería la primera en su familia que accedería a ese nivel de estudios: su madre no concluyó la primaria y su padre sólo tiene la secundaria completa. Su hermana mayor trabaja para mantener a su hijo de siete años y su otra hermana trabaja para ayudar a los gastos de la casa. Vanesa ha trabajado por lapsos pequeños, igual que sus hermanas, como vendedora de ropa en el centro de la ciudad de México, pero actualmente cuida a su padre convaleciente de un accidente de trabajo y ayuda a su madre con la tareas de la casa.

En casa de Vanesa cuentan con televisión, consola de video juegos, reproductor de DVD y radiograbadora. Aunque no tiene computadora, ella sabe utilizarla y sabe navegar en Internet. De estas tecnologías, Vanesa asegura preferir la radio. Ella es más afín a escuchar música, de todo tipo, asegura. Este medio sólo lo utiliza para escuchar música, no escucha estaciones de radio “hablada” ni noticieros. Por otra parte, no tiene la costumbre de leer periódicos o revistas y reconoce no ser muy interesada por la lectura en general.

Vanesa se autodefine como “sociable”, aunque reconoce que le gusta mucho estar sola. Ella misma explica que tiene muchos conocidos y varias amigas a las que les confía sus intimidades, pero al mismo tiempo le gusta tener su espacio de soledad para pensar en sí misma. En cuanto al ámbito familiar, asegura llevar una buena relación con sus hermanas y con su madre. Mientras con su padre sólo reconoce llevar una relación cordial. Para Vanesa es importante llevar buenas relaciones con las personas en general así que ella considera que tiene relaciones cordiales con sus vecinos de la colonia.

::Mario::

Entre los hombres que integran el grupo de informantes, se encuentra Mario de 18 años de edad. Él vive en Valle de Chalco Solidaridad desde que tenía un año de nacido. Sus padres llegaron de Azcapotzalco por recomendación de familiares cercanos, quienes llegaron un poco antes que ellos en busca de un lugar donde poder independizarse de la familia paterna. Mario tiene una hermana menor por tres años. Él es hijo de padres divorciados y actualmente vive con su padre en Valle de Chalco Solidaridad. Mientras que su madre vive en Nezahualcóyotl con su hermana.

La casa de Mario está compuesta de dos plantas, donde hay tres habitaciones, sala, cocina, comedor, baño y un jardín. La madre de Mario es Ingeniero en transportes y actualmente trabaja en las obras de ampliación del Metrobús. El padre, por su parte, es Ingeniero civil y trabaja por su cuenta. Mario, recientemente empezó sus estudios en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa pero los tuvo que abandonar por problemas con su documentación de la preparatoria. Actualmente trabaja como albañil, pero tiene planes de hacer el examen de ingreso nuevamente. Su educación básica fue en escuelas públicas del municipio. Mientras que la preparatoria la realizó en Nezahualcóyotl.

En casa de Mario cuentan con tele visión, radiograbadora, reproductor DVD, computadora y conexión a Internet. Responde que le gusta ver la televisión y escuchar música, especialmente *rock*. Entre sus pasiones está la computación y las matemáticas, lee libros y diversas publicaciones que hablan sobre estos temas. No asiste mucho a cines, pero sí visita museos, bibliotecas y eventos culturales en la ciudad de México.

En cuanto a la relación con sus padres Mario asegura que con ambos se lleva bien. Sin embargo, reconoce que tiene una relación mucho más cercana con su padre. Mientras que con su madre, aunque le tiene confianza, considera que hay temas de los cuales no puede hablar con ella. Con su hermana la relación es distante porque no viven en la misma casa y porque no tienen mucho en común, como él mismo sostiene. En lo que se refiere a las amistades, para Mario son muy importantes sus primos. Éstos han conformado un lazo amical muy fuerte desde su niñez. En la escuela también tiene amigos, pero asegura no tener el mismo nivel de confianza que ha desarrollado con sus primos.

En general, Mario se ve a sí mismo como un joven con buenas relaciones sociales, aunque con los vecinos únicamente tiene una relación cordial ya que por su movilidad entre la casa de su madre y la casa de su padre no le es posible estrechar lazos en su colonia. Así que sus relaciones verdaderamente fuertes son con su padre y sus primos. Pero con otros amigos, tanto de Valle de Chalco Solidaridad y Nezahualcóyolt, sale a fiestas y lugares para tomar cervezas y pasar el tiempo.

::Beto::

En cuanto al informante Beto hay que decir que tiene 16 años de edad, sus padres llegaron a Valle de Chalco Solidaridad hace 15 años, su anterior residencia fue Tlanepantla, municipio del Estado de México. Sus padres llegaron, como la mayoría de los pobladores de Valle de Chalco, con la esperanza de tener una propiedad. Beto es el menor de tres hermanos. Los hermanos de Beto estudian ingenierías en diferentes escuelas del Instituto Politécnico Nacional (IPN). Mientras que Beto estudia en el Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos (CECYT) número siete, bachillerato incorporado al IPN. Los padres de Beto alcanzaron la educación secundaria y, dado que sus hermanos actualmente estudian en escuelas del IPN, Beto tiene fuertes expectativas de estudiar una ingeniería en sistemas computacionales. Mientras su padre trabaja en una imprenta y su madre como empleada, ambos en la ciudad de México. Por lo tanto, la mayor parte del tiempo él está solo en casa.

La casa donde vive la familia es de dos niveles, donde hay cuatro habitaciones, una sala comedor, una cocina, dos baños y un pequeño patio. Los pisos de la casa son de azulejo. Las tecnologías de información a las que tiene acceso Beto son televisor, reproductor de DVD, radiograbadora y computadora, sin embargo, no cuenta con conexión a Internet pero en la escuela es donde puede acceder a este medio. Adicionalmente la familia cuenta con automóvil.

Beto califica la relación familiar como buena. Reconoce tener mayor nivel de confianza con su madre y con su hermano mediano. En lo que se refiere a lazos de amistad, Beto señala tener pocos amigos, pues se considera un joven introvertido y tímido. Para él los compañeros de la escuela no son amigos, sabe de ante mano que no tiene estrechos lazos emocionales con ellos. En cuanto a los vecinos es todavía menos positivo, pues a pesar de que conocerlos desde que tiene memoria nunca ha alimentado relaciones más allá del saludo cordial.

Así pues, Beto es el joven, dentro de los informantes de esta investigación, con relaciones sociales menos fuertes fuera de la familia. Su personalidad y poca disposición para entablar relaciones amicales es lo que lo caracteriza como un joven solo, según cuenta él mismo. De ahí que su tiempo libre lo use para tocar la guitarra y cantar en las tardes que se encuentra completamente solo en su casa. La lectura no es algo que le interese, prefiere ver la televisión y escuchar música. Cuando no está haciendo ninguna de estas actividades, le gusta jugar en su computadora y pasar el tiempo aprendiendo sobre computación.

4.5 *Categorías para el análisis empírico del proceso de construcción de la identidad de los jóvenes vallechaquenses.*

A continuación se encuentra un cuadro donde se organizan las categorías, subcategorías y las dimensiones que se proponen para el análisis de los datos empíricos. Después del cuadro, se desarrollan cada una de éstas para que en el análisis, se traigan a cuenta.

Cuadro X

CATEGORÍAS, SUBCATEGORÍAS Y DIMENSIONES PARA EL ANÁLISIS EMPÍRICO

CATEGORÍAS	SUBCATEGORÍAS	DIMENSIONES
Sentido de continuidad	Centros organizadores	Padres
		Amigos
		Escuela
		Eventos, situaciones, contextos
	Cronología	Relación pasado-presente
	Noción espaciotemporal	Espacio
		Tiempo
	Dinamismo en la biografía	Fracturas

		Cambios
		Conflicto
Interacción	“Otro” significativo	Referentes y referencias
		Identificación o pertenencia
Horizonte normativo	Valoraciones	Situaciones, personas, contextos, lugares, etc.
	Jerarquización	Importante-no importante
		Mejor-peor
	Moral	Bueno-malo
	Autoridad	Fronteras y límites
Mundo de la vida	Complejo simbólico-cultural	Roles sociales
Proyecto de vida	Vida cotidiana	Ámbitos de sentido
	Proyección al futuro	Plan de vida
Reflexividad	Conciencia potencial	“Externalidades”
	Necesidad: cognitiva, práctica y existencial	“Mismidad”
Subjetividad	Construcción del enunciador	El ego
		Necesidad de sentido
“Ser joven”	Definición	Estilos de vida
	Experiencia	Esparcimiento
		Tiempo libre

Territorialidad	Espacio concreto	Cuerpo
		Territorio local- Valle de Chalco
	Espacio simbólico	Espacio privado
		Territorio “externo”
Desterritorialización	Deslocalización	Extrañamiento
	Arraigo dinámico	Adaptación
Sentido de pertenencia socioterritorial o arraigo socioterritorial	Apropiación espacial	Acción-transformación
	Confianza	Identificación simbólica
	Lazo sentimental o emotivo	

4.5.1 Sentido de continuidad

En el proceso de construcción de la identidad es necesario que haya autoreconocimiento consciente de la continuidad del sí mismo. Es decir, que a través del paso del tiempo el sujeto se sienta el mismo. El sentido de continuidad otorga seguridad ontológica al sujeto en la medida en que se ve, a pesar del dinamismo del tiempo y del espacio, como el mismo ser. La continuidad es necesaria para tener referentes que otorguen certezas en la vida cotidiana. Es verdad que pueden existir procesos de re-conocimiento, pero lo fundamental es que cada nuevo día no es necesario volver a conocer al padre, a la madre o a las personas inmediatas. En este sentido, la memoria es vital para verse a sí mismo y a la propia vida como en un proceso continuo, en términos de que la memoria es la facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado.

El sentido de continuidad necesita de ciertos anclajes que ayuden a construirla a lo largo de la experiencia humana. Los anclajes son principalmente personas con las que el sujeto permanentemente interactúa. Ya que las relaciones cotidianas generan continuidad en su experiencia. Por esta razón, las prácticas cotidianas son fundamentales en el proceso de construcción identitaria. De esta manera el sujeto se reconoce y reconoce su entorno bajo una serie de esquemas, situaciones y contextos que entiende y, por lo tanto, puede responder ante ellos.

- **Centros organizadores.** En la construcción de la identidad existen personas, situaciones, instituciones o contextos que influyen de manera determinante en este proceso. Y dado que la identidad tiene que ver con la capacidad del sujeto de contarse a sí mismo su propia biografía, es posible reconocer en su relato aquellas entidades centrales en el proceso de construcción. Así pues, los centros organizadores son las entidades especialmente importantes en el proceso de construcción identitario del sujeto, dado que estas representan continuidad en un proceso que de ninguna manera es estable.

Entre los centros organizadores de la biografía se encuentran los padres, las relaciones de amistad, la escuela y algunos contextos o situaciones que varían según las experiencias de cada quien. El núcleo familiar, en general, y los padres en particular son centros organizativos de la biografía del sujeto. No importa el valor que le otorgue a la familia o a los padres, el sujeto estará ligado a una serie de concepciones acerca de sus padres, hermanos, abuelos que le darán pautas para construirse a sí mismo. El reconocimiento que tiene la familia como institución social hace prácticamente imposible separarse de algún tipo de valoración hacia el propio entorno familiar. Así pues, los padres son centros organizadores de la biografía en la medida en que son el más cercano círculo de interacción y contacto personal con el sujeto. Y después, porque esta institución tiene un peso importante en la sociedad mexicana, a pesar de los discursos sobre “la pérdida de los valores familiares”.

Las relaciones que se establecen fuera del núcleo familiar son también parte de los centros que organizan la biografía del sujeto. Los amigos, compañeros de escuela o trabajo, conocidos y vecinos aportan, en diferentes niveles, elementos relevantes en la constitución del yo. En general, las interacciones que el sujeto entabla constituyen fuentes de sentidos de continuidad. Las relaciones de amistad, las cuales suponen

lazos sentimentales de gran importancia, configuran, según la experiencia particular de cada uno, pautas que organizan la propia biografía. Más aún si hablamos de sujetos jóvenes, pues éstos van iniciando su reconocimiento de sí mismos por medio de diferenciaciones o identificaciones con unos “otros” que de entrada serían sus “iguales”.

Tratándose de sujetos jóvenes la institución escolar funge como centro organizativo de la biografía. Según lo enunciado en el capítulo III, en las sociedades contemporáneas los jóvenes se distinguen socialmente por sus cualidades y funciones que desarrollan en su comunidad. De esta manera la escuela se presenta como un núcleo de socialización y aprendizaje de primer orden en el proceso de construcción identitario. En el marco de esta institución el sujeto desarrolla habilidades no sólo que tiene que ver con el conocimiento científico, sino aquel que tiene que ver con las formas de interacción, las responsabilidades sociales, el reconocimiento de las figuras de autoridad y en general los mecanismos de convivencia en sociedad.

Así pues, la familia, los padres, los amigos, las diversas relaciones fuera del núcleo familiar y la escuela forman parte de los centros organizadores de la biografía de los sujetos. Dichas relaciones son inherentes a la socialización de los sujetos y, por ende, se los considera como centros organizadores de la biografía individual. Sin embargo, cada persona experimenta situaciones y contextos particulares que también forman parte de dichos centros organizadores. Por lo que el valor y el peso en la construcción identitaria se lo otorga cada cual. En esa medida habrá entidades centrales en la construcción de la identidad que otorguen continuidad y sean valoradas de diferentes maneras por cada sujeto.

- ***Cronología.*** La cronología tiene una gran relevancia para el sentido de continuidad porque otorga referentes temporales bajo los cuales cada quien inscribe su biografía y su proceso de construcción de sí mismo. En el sentido de que el sujeto determina el orden de los sucesos. Para lo cual, este orden no necesariamente responde al “orden real” de los acontecimientos. Sino que el sujeto pondera o selecciona momentos, según su interés, capacidad de reflexividad, memoria, significancia o importancia que él mismo les otorgue.

Como es evidente, en la cronología la relación pasado-presente tiene un importante papel para conectar las experiencias de los sujetos. La función del pasado como referencia de tiempo y de acontecimientos en la vida es dar al sujeto la

perspectiva de continuidad en su propia biografía. Pero cada quién configura el sentido del pasado para las experiencias actuales, es decir, para algunos el pasado será una suerte de experiencias cognitivas y sensoriales acumulativas que le guiará en el presente, pero quizá para otros el pasado queda desconectado del presente de tal manera que no tiene que haber causalidad entre las situaciones pasadas y las que suceden en el tiempo presente.

De esta manera, la organización de los acontecimientos se los considera como fruto de la vinculación individual de las experiencias. De tal forma que el sujeto construye una suerte de “puentes” con los cuales conecta y otorga sentido al pasado y al presente.

- ***Noción espacio-temporal.*** Como es evidente esta subcategoría está muy relacionada con la anterior. Ya que el espacio está íntimamente ligado al tiempo en cuanto a las experiencias de vida se refiere. Del mismo modo como el sujeto otorga un orden y significancia al tiempo, el espacio debe ser revestido de sentido para organizar las experiencias de vida. En el mismo tenor, este proceso permite sentido de continuidad. En términos de que el sujeto reconoce y vincula los espacios con acontecimientos, situaciones y contextos concretos que le significan y, por ende, los ordena de cierta manera.

Ahora bien, en la vida moderna, asegura Antonio Paoli, “con los medios de comunicación y las redes informáticas, la conciencia ya no está referida solamente al espacio en que se vive. El tiempo privado de la comunidad ya no necesariamente es el tiempo fundamental que regula la vida” (Paoli, 2002: 170). De ahí que el espacio ahora ya no sólo sea un hecho concreto objetivizado, actualmente se presenta como una multiplicidad de referencias que el sujeto encuentra en los medios de comunicación y que en diferentes niveles integra a su propia experiencia. De esta manera, para los jóvenes la organización tanto del tiempo como del espacio tiene particularidades con respecto a las formas de organización de sus padres y abuelos.

El espacio también es la materialización del tiempo. Bajo esta perspectiva “el movimiento puede ser constitutivo de orden o desorden, pero es eminente una articulación espacio-temporal, de posiciones y sucesiones que eventualmente conforman procesos, periódicos y ciclos” (Tapia, 1997: 159).

- ***Dinamismo de la biografía.*** Por contradictorio que parezca el sentido de continuidad también es posible mediante el dinamismo de la biografía. Ya que

cuando se habla de continuidad ésta no supone estática, es decir, sentido de continuidad, como ya se vio, es sentirse la misma persona a través del paso del tiempo y, ello no necesariamente quiere decir que no haya movilidad en la biografía. Sino todo lo contrario, que a pesar de la gran movilidad de la experiencia, en el tiempo y en el espacio, el sujeto se siga sintiendo a sí mismo como la misma persona.

El dinamismo de la biografía puede darse a través de las nuevas experiencias que el sujeto tiene, los nuevos acontecimientos es lo que otorga movilidad a su biografía. Sin embargo, cada sujeto otorga cierta relevancia y valor a los cambios y, en esa medida éstos significan de distintas formas en la biografía de cada cual. Las fracturas en la continuidad de la biografía suelen ser puntos de referencia importantes en la identidad de los sujetos. Así mismo, los conflictos constituyen parte del repertorio de situaciones que inciden en el proceso de configuración del sí mismo.

De esta forma, para tener la sensación de continuidad de la biografía también son fundamentales las rupturas. Ya que éstas son referencias y puntos nodales donde se trastoca la continuidad que gran parte del tiempo pasa desapercibida para los sujetos.

4.5.2 *Interacción*

Como ya se refirió en el capítulo II, la interacción social es indispensable en el proceso de construcción de la identidad individual. Ya que no se puede pensar el sujeto sin interacción social, y la interacción social supone una serie de relaciones entre diferentes tipos de entidades que permiten al sujeto ubicarse en un tiempo y en un espacio. De acuerdo con Antonio Paoli “la relación hace posible la creación, el afecto, la memoria, las estructuras espaciales y temporales. Sin relación no hay pensamiento, ni sentir, ni recuerdo, ni límites, ni precisiones, ni ambigüedades hay siquiera” (Paoli, 2002: 129). Por ello, la interacción, es decir, la relación con unos “otros” es fundamental en el proceso de configuración de la identidad en los jóvenes.

En este sentido, las relaciones sociales permiten a los sujetos desarrollarse en un proceso intencional que Antonio Paoli fundamenta en seis premisas (Paoli, 2002: 160):

- el conocimiento de las prácticas, o bien los supuestos de cómo serán esas prácticas;
- las formas de valoración con los cuales se definen los motivos y el sentido de la acción humana;
- los ámbitos de sentido;

- los contextos de legitimidad;
- las formas simbólicas con los que los actores presuponen que será juzgada su acción, y
- los modos de indeterminación cultural entre las formas simbólicas.

Así pues, las relaciones sociales se refieren a la previsión de un proceso, donde el sujeto tiene la capacidad de estructurar y acotar el tiempo y el espacio en función de dicho proceso. Y las formas simbólicas a las que refiere Paoli son los modos para entender la experiencia de la interacción social. Aunque no sólo para entenderla, también para reflexionar en torno a ella, para juzgarla y para decidir. En el entendido de que “las formas simbólicas suponen intencionalidad implícita en cada uno de estos niveles, a fin de construir o destruir los futuros posibles” (Paoli, 2002: 166).

- **“El otro significativo”**. Si bien es cierto que las interacciones en general son parte del proceso de socialización de los sujetos, también es cierto que no todas las relaciones sociales tienen el mismo peso en los sujetos. Existen personas, y entidades en general, que son trascendentales en la definición de los rasgos particulares de los sujetos. De esa manera, la idea de un “otro significativo” apela a la idea de personas o entidades que sean fundamentales en la experiencia de vida de los sujetos jóvenes en su proceso de construcción de la identidad. En el entendido que cada cual valora de distintas maneras aquello que le rodea y que forma parte de su experiencia de vida. Entonces, el “otro” es significativo en tanto el sujeto le dota de algún tipo de valor. “El proceso de formación del sentido de comunidad es uno de encuentro que implica toma de posición frente a otros” (Tapia, 1997: 159).

Nada hay de nuevo al decir que en la modernidad, dadas sus características, los individuos se relacionan en múltiples niveles. Incluso, muchas de estas relaciones suelen ser efímeras. No obstante, cualquier nivel de relación es indispensable para la acción social, pues influyen en la conformación de la vida cotidiana e integran el historial de interacción con los “otros”. A decir, la *otredad* no sólo está representada por los más cercanos. Aunque la relación con el “otro” sea efímera igual forma parte de los múltiples referentes del sujeto. Por ello, el otro significativo en el proceso de constitución del *yo* es fundamental. El otro como referente, como referencia, completa la imagen que se refleja en el espejo. El sujeto no se reconoce exclusivamente en sí mismo, ni siquiera tiene imagen de sí mismo sino es en referencia con el otro.

El otro es significativo porque permite la distinción y la identificación al mismo tiempo. Dualidad que acompaña el proceso de construcción del sí mismo, del “estar” y “ser” en el mundo. La interacción del yo con el otro significativo se establece en una relación material y dialógica donde se descubre lo propio y lo ajeno. De ahí que sea fundamental tal interacción para poder observarse a sí mismo en las prácticas cotidianas, en las decisiones, en la construcción de relaciones, en la percepción del mundo, en la aprehensión del mundo y en la conciencia del sí mismo. En términos de De la Torre “la alteridad no es sólo una necesidad lógica sin la cual es impensable la mismidad, sino que el propio proceso de inclusión-diferenciación, conformador de identidad, no es posible fuera del mundo de las relaciones humanas” (De la Torre, 2001: 119).

En este sentido, la valoración que el sujeto hace de un “otro significativo” es posible a partir de relaciones, tal como asegura Antonio Paoli (Paoli, 2002: 127). Ya que mediante relaciones el sujeto estructura sus referencias y referentes en la vida cotidiana. La relación, según Paoli, es “una forma de asociación entre dos o más universales, que el sujeto aplica a la cosa a fin de entenderla o de recrear su entendimiento. Y lo hace con una interacción o con una intencionalidad” (Paoli, 2002: 129). Por esta razón al relacionar, en este sentido, el sujeto interpreta, organiza, define, aprueba o desaprueba.

Tener referentes es expresarse en relación a algo. Así pues, las relaciones sociales permiten adquirir referentes y referencias con las cuales el sujeto puede comunicarse e interactuar con los otros. Y para interactuar en las relaciones sociales, el sujeto tiene que interpretar: acciones, personas, instituciones, formas simbólicas. “En la medida en que el participante esté integrado a la cultura en la que se realiza la acción, entenderá todas estas formas simbólicas, personajes, instituciones y sus dinámicas indeterminantes. Entonces será capaz de comprender su interconexión en esa situación específica” (Paoli, 2002: 159). De ahí la importancia de observar cuáles formas simbólicas, personas e instituciones son significativos y referentes fundamentales en cada sujeto. Ya que el nivel de interpretación determina el panorama en las interacciones de cada persona.

Sin entidades en relación no es posible configurar rasgos particulares y determinantes en la biografía del sujeto. Del mismo modo, la identificación, como el proceso de hacer que dos cosas en realidad distintas aparezcan como similares o

iguales, es otro de los componentes que permiten la interacción. En esa medida, el sujeto se identifica con un(os) otro(s) en las relaciones sociales que entabla y, por ende, es constitutivo en el proceso de construcción identitario.

En la misma lógica argumentativa, la pertenencia a grupos, comunidades, clubes o cualquier tipo de agregado de personas forma parte de las interacciones y, por tanto, incide en el proceso de construcción de la identidad en los sujetos. De hecho la identificación con ciertos valores y rasgos sociales, culturales, morales o de cualquier otra índole permiten la agregación en grupos y con ello el sentido de pertenencia de los sujetos. Lo cual es altamente relevante en el proceso de construcción del *yo* en los jóvenes. Identificarse y sentirse parte de una entidad confiere al sujeto ciertas otras maneras de definirse y reconocerse a sí mismo, al mismo tiempo que los otros le reconocen y lo definen mediante su relación con grupos.

4.5.3 *Horizonte normativo*

Las interacciones sociales, de cualquier tipo, están definidas y configuradas bajo ciertas normas no escritas. Los individuos que entran en una relación social implícitamente están aceptando dicha normatividad. En términos de Antonio Paoli estamos hablando de “contextos de legitimidad”⁴². Donde, “cada contexto de legitimidad tiene como referencia, implícita o explícita, el ordenamiento jurídico que la sociedad avala y sostiene” (Paoli, 2002: 187). En este sentido, el horizonte normativo tiene que ver con el repertorio de normas y valores sociales que circunscriben las interacciones de los sujetos en una comunidad concreta.

Con el contexto de legitimidad se definen de antemano modos de asociación, de definición de las reglas con las que se acepta la realidad y se proyecta la acción sobre ella, una forma específica de experimentar a los sujetos que entran en interacción y a los objetos sobre los que se actúa; una forma de entender sus relaciones, de verificar y juzgar, de deliberar y decidir. También constituye un modo peculiar de vivir el tiempo (Paoli, 2002: 189).

De esta manera el sujeto encuentra límites y para expresar sus fines en la interacción es necesario actuar dentro de la normativa del contexto de legitimidad, como dice Paoli. De no ser así, el sujeto debe considerar los diferentes tipos de sanciones ante el incumplimiento de estos acuerdos sociales. De esta forma, el proceso de construcción

⁴² Antonio Paoli define el contexto de legitimidad como: un conjunto de normas y valores implícitos o explícitos, con base en los cuales se afecta, delimita o define un ámbito social de sentido específico, de acuerdo con una finalidad o conjunto de finalidades (Paoli, 2002: 187).

de la identidad se ve directamente influido por el horizonte normativo en el que el sujeto se desarrolla. Pues “las normas son modos de conocer y, probablemente, también de impedir ciertos modos de entender” (Paoli, 2002: 188). En este sentido, el horizonte normativo tiene injerencia directa en los procesos cognitivos y reflexivos del sujeto y, por lo tanto, en la construcción de la identidad.

Evidentemente el horizonte normativo no es determinante absoluto de los procesos cognitivos y reflexivos del sujeto, más bien funciona como un marco de acción y pensamiento. La trasgresión a la normatividad, suponiendo que se conocen las sanciones ante los diferentes tipos de incumplimientos, demuestra la capacidad del sujeto para deslocalizarse de la jurisdicción implícita o explícita. La referencia a valores y normas está ligada a los fines determinados de los sujetos en las relaciones sociales.

- **Valoraciones.** “Sin valoración no hay legitimidad alguna”, asegura Paoli (2002). En este sentido, las normas son producto de la necesidad de preservar o generar formas regulares en la sociedad. Las regularidades pretenden predictibilidad y apreciación de los órdenes sociales. Ya que “sin referencia a un valor, es decir, sin referencia a la apreciación de la potencialidad creadora, no se puede tener una finalidad ni sentido y la comunicación es imposible” (Paoli, 2002: 139).

Así pues, el proceso de construcción identitario es posible en el marco de las valoraciones que el sujeto realiza tanto de personas como de situaciones, lugares y contextos o ámbitos de sentido. Las valoraciones son fundamentales para referirse al mundo en todas sus dimensiones, de tal forma que la identidad no se la pueda excluir de las valoraciones del sujeto. Más aún, las valoraciones son fundamentales en el proceso de la construcción del *yo* en la medida en que el sujeto determina su escala de valores, ya sea en acuerdo o en algún grado de desacuerdo con la normatividad social.

Los valores no son totalmente distinguibles de las actitudes, estas últimas son definidas por los psicólogos como “orientaciones cognitivas y afectivas hacia objetos, personas o situaciones específicas, con base en criterios valorativos” (Moscovici: 1986). Por lo tanto, existe una estrecha interconexión entre valores, actitudes y comportamientos. En todo caso, los valores, que nunca son directamente observables, se manifiestan a través de las actitudes (como la de tolerancia religiosa,

por ejemplo), como también a través de las creencias y las opiniones, que en su conjunto orientan los comportamientos concretos.

Desde esta perspectiva, los valores son inherentes a la identidad de las personas, lo mismo que las actitudes, pero en un nivel más profundo que éstas. Por lo tanto, los valores subyacen a las actitudes y se expresan a través de éstas. Partiendo de esta idea, los sociólogos europeos definen operacionalmente los valores como motivaciones y orientaciones profundamente arraigadas que explican ciertas actitudes, normas y opiniones que a su vez orientan la acción humana totalmente o en parte (Rokeach, 1979).

Valga decir que salir completamente del contexto de legitimidad es condenarse a las sanciones y a la desaprobación social. Por lo que cualquier acto fuera de la normatividad implícita o explícita no es reconocido dentro del ámbito de sentido. Por ello, el sujeto sopesa los fines que persigue en las interacciones y las sanciones a las que puede hacerse acreedor de no circunscribirse al contexto de legitimidad. En cuyo caso es evidente que pone en juego su capacidad de reflexividad para actuar.

- ***Jerarquizaciones.*** En cuanto a las jerarquizaciones se refiere también forman parte del horizonte normativo. Jerarquizar es ordenar, es la gradación de personas, situaciones, valores o contextos que el sujeto otorga según sus fines, sentimientos, interpretaciones o grados de significación. Frecuentemente el sujeto califica a las diferentes entidades con las interactúa como “importantes” o “no importantes”, “mejores” o “peores”. Con estos calificativos lo que pretende el sujeto es ordenar su universo simbólico. De esta manera accede a referentes que le ayudan interpretar las relaciones sociales y a actuar en consecuencia.

La jerarquización es importante en el proceso de construcción de la identidad porque mediante esta ponderación, organización y calificación de las diferentes entidades el sujeto construye un repertorio de referencias y referentes que le permiten reconocerse a sí mismo en su propia construcción del *yo*. Lo cual implica necesariamente un reconocimiento de los “otros” como sujeto capaz de jerarquizar las entidades del mundo donde se desarrolla. “la organización de los objetos y las personas es ordenador de nuestra propia estructura conceptual hecha vida práctica” (Paoli, 2002: 169).

Frente a toda situación que solicite una acción o un comportamiento, los procesos de evaluación del actor social suelen movilizar no uno, sino varios valores

que pueden reforzarse recíprocamente o, por el contrario, entrar en conflicto. Si los valores de referencia del actor social están organizados en un sistema coherente, el individuo puede resolver el conflicto con base en una jerarquía de valores. De aquí se desprende que, una vez conocido el sistema valorativo de referencia del individuo, puede preverse con mayor facilidad su comportamiento. Si, en cambio, los valores de referencia no están organizados en un sistema coherente y parece un conjunto caótico, el hecho de que prevalezca uno de los valores en juego es un hecho contingente, por lo que la previsión del comportamiento resultará imposible.

- **Moral.** En el mismo sentido, la moral tiene un papel similar a la jerarquización o valoración antes mencionadas en el proceso de constitución del yo. Pues la moral concierne al fuero interno, ya sea ampliamente o mínimamente permeado por la conciencia social. De tal manera que el sujeto en las interacciones es capaz de referirse en términos de “bueno” o “malo”.

Sin duda, las concepciones morales forman parte del horizonte normativo que enmarca el proceso de construcción de la identidad. Así que este aspecto para los jóvenes es fundamental en la medida en que éstos empiezan a confrontar la moral social y los valores del contexto de legitimidad con sus propios fines o propósitos que pueden comprender otro tipo de moralidades y valores.

- **Autoridad.** En el caso de la autoridad es evidente que tiene que ver con los límites a los cuales los sujetos deben circunscribirse para actuar y reflexionar en torno a su mundo simbólico y el contexto de legitimidad. La autoridad puede revestir diferentes tipos de personas e instituciones. La autoridad en todas sus versiones tiene la facultad de ejercer el mando sobre los sujetos. Así que necesariamente estas figuras importan en el proceso de configuración del yo. Los términos en que el sujeto se refiera a la autoridad dependerá de varios factores, entre los cuales es posible mencionar: el grado de interiorización de las normas y valores sociales, la constitución de una imagen poderosa de la autoridad, el miedo a la sanción, la capacidad para dislocarse de los discursos “oficiales” o autoritarios, el cuestionamiento de la normatividad y de la autoridad, entre otras más.

Así pues, la autoridad, en cualquiera de sus versiones, es una entidad que tiene bajo su jurisdicción la imposición y la tarea de hacer respetar las fronteras y los límites necesarios para que haya acciones predecibles en las relaciones sociales.

4.5.4 *Mundo de la vida*

La noción de mundo de la vida se refiere a aquello que se da por descontado en la sociedad. El repertorio de conocimientos que sólo son y no se los cuestionan porque son parte de los componentes que otorgan seguridad ontológica al sujeto. En otras palabras, el mundo de la vida es la “naturalización” de la cultura porque constituye el complejo simbólico que no se cuestiona. Desde esta perspectiva, el mundo de la vida enmarca el proceso de construcción de la identidad pues los sujetos nacen en un contexto social determinado con estructuras culturales concretas que son desde mucho tiempo atrás y, por lo tanto, se hacen prácticamente “invisibles”.

Los presupuestos que conforman el ámbito de la comunicación y que integran el entorno inmediato de los sujetos son altamente importantes en este proceso de la configuración del *yo*. Pues éstos al estar en el fundamento prereflexivo de las experiencias y vivencias dan sentido a las diferentes personas y objetos en la interacción.

- ***Complejo simbólico-cultural.*** Para definir el complejo simbólico-cultural es pertinente traer a cuenta las palabras de Antonio Paoli cuando se refiere a la cultura.

La cultura es el contexto en el cual los sujetos, en un proceso de definición intersubjetiva, tienen la posibilidad de construir, deconstruir y reconstruir los significados y los modos de apreciación de sus relaciones. Estas operaciones se realizan mediante formas simbólicas y con base en la organización del entorno, los ritmos y las huellas históricas del sentido (Paoli, 2002: 65 y 169).

Así pues, el complejo simbólico-cultural es el repertorio de modelos sociales mediante los cuales entendemos y expresamos la realidad. Estos modelos orientan los procesos comprensivos, explicativos y reflexivos de las experiencias dentro de un determinado ámbito de sentido. Mediante este complejo el sujeto interpreta, significa y expresa las relaciones y correlaciones de las interacciones cotidianas. De esta manera, el complejo simbólico-cultural es el contexto que enmarca el orden material que el sujeto otorga a las entidades objetivas. Además de ser el conjunto de referencias significativas que generan y reconocen los valores y los sentidos en la vida social. En este sentido, las formas simbólicas tienen una importante función en el complejo simbólico-cultural. Éstas son definidas por Antonio Paoli como “modelos asociativos a partir de los cuales ordenamos nuestro modo de aplicar el conocimiento y nuestros modos de expresión” (Paoli, 2002: 158).

Bajo esta mirada, los roles sociales son ordenamientos o patrones de acción que responden a expectativas sociales. También se los puede considerar dentro de los acuerdos implícitos. Estos patrones guían los modos de acción de los sujetos y responden a los ámbitos de sentido y los contextos de legitimidad. Por esta razón, los roles sociales como formas simbólicas que se practican en la vida cotidiana tienen gran relevancia en la construcción de la identidad. Para los jóvenes que empiezan a conocer y reconocer las formas o patrones de acción es necesario considerar el margen y la flexibilidad social ante la acción fuera de las expectativas del rol.

Aquellos elementos que permiten ubicar los roles de cada actor en la sociedad logran, en alguna medida, estabilizar las formas de socialización. Desde luego los valores y las normas son constitutivos del orden social. No obstante, el proceso de diferenciación y de particularización de dichas normas y valores es lo que produce la identificación de los individuos en sectores sociales más específicos. Recordemos que es el consenso de los miembros del grupo social, acerca de la orientación de los valores relativos a su propia sociedad, lo que define la institucionalización de patrones de valores.

De este modo no se puede negar que la identidad constituye un horizonte moral que permite al sujeto situarse en el registro de lo importante. Por ello es de prever que las personas se definan en parte por lealtades morales y universales. Evidentemente en este proceso identitario igual se contempla su pertenencia histórica así como su horizonte cultural. Sin embargo, aunque como asegura el sociólogo estadounidense Talcott Parsons “a nivel social, los patrones institucionalizados de *valor* constituyen ‘representaciones colectivas’, que definen *los tipos deseables* de sistema social” (Parsons, 1982: 19). Estos tipos deseables recurrentemente se transgreden o relativizan en la modernidad. Pues es *cuasi* condición para transcurrir en ella cuestionar y poner en duda lo dado por descontado.

4.5.5 *Proyecto de vida*

En proyecto de vida es inherente a la construcción de la identidad. Éste se refiere al plan de vida que el sujeto se forma no sólo durante una etapa determinada sino durante toda la vida. Sin embargo, cuando se hacen los primeros planes a futuro en relación con un plan de vida es en la juventud. Dado que en esta etapa el sujeto ha de

proyectarse en el futuro con deseos, sueños y nociones de lo que quiere llegar a ser y cómo desearía que fuera su vida.

Sin duda las condiciones estructurales influyen mucho en el proyecto de vida. Los sujetos se proyectan hacia el futuro en relación con su vida en el presente. Aunque en la proyección de vida uno puede soñar y proyectar sus deseos, éstos generalmente guardan una relación o coherencia con el contexto que experimentan en el tiempo presente.

La idea de “destino” puede ser un factor relevante en el proyecto de vida. Ya sea en el sentido de estar predestinados o predeterminados por alguna especie de “plan universal” o ya para desautorizar tal idea de predeterminación. Y por lo tanto, cualquiera de las perspectivas que se tenga acerca del destino constituye un punto importante en el proceso de la construcción identitaria, en la medida en que enmarca una serie de decisiones y reflexiones sobre el futuro “deseable”.

- ***Vida cotidiana.*** Dado que el proyecto de vida se plantea en un contexto determinado en el presente, la cotidianidad tiene un papel fundamental en las proyecciones a futuro. Es decir, el proyecto de vida de cada persona está directamente vinculado con la realidad que experimenta en la cotidianidad. Ello no quiere decir que el presente inmediato y la cotidianidad determinen los planes a futuro, sino que más bien, la vida diaria ofrece puntos de referencia para pensar el futuro y la construcción de un plan de vida. Éste puede caracterizarse por ensanchar las posibilidades que se presentan en la vida cotidiana hacia el futuro, pero también puede sólo representar la continuación de la vida cotidiana vivida en el presente.

Sea como sea es evidente que la cotidianidad influye en las formas en cómo se percibe el futuro y en la construcción de planes a mediano y largo plazo. Lo cual, en el marco de la construcción de la identidad en los jóvenes es central, pues, como ya se enunció en el capítulo III, los jóvenes empiezan a considerar su vida futura como parte de los procesos cognitivos, culturales, sociales, políticos, económicos y religiosos en los que empiezan a desenvolverse en la sociedad.

Es importante apuntar que la cotidianidad se desarrolla en ámbitos de sentidos específicos. Y son éstos los que coadyuvan a la interpretación de la realidad y, por ende, también a su conformación. El ámbito de sentido “es una potenciación del entorno material y social” (Paoli, 2002: 176). En otras palabras, el ámbito de sentido está conformado por el “escenario” y su normatividad particular en donde el sujeto

interactúa. De esta forma, la cotidianidad se experimenta en diversos ámbitos de sentido⁴³ y, éstos orientan las acciones y las reflexiones de los sujetos. Aunque cabe destacar que la capacidad de reflexividad del sujeto puede llevarlo a aplicar e interpretar de un modo peculiar las normas y valores establecidas en los diversos ámbitos de sentido en los que participa. Esto sin perder de vista lo que Paoli apunta al respecto:

La adopción de un ámbito de sentido presupone la adopción de ritmos intencionales, de modos de apropiación psíquica del tiempo y del espacio orientados hacia formas de experimentar, entender, juzgar y decidir. Presupone también la captación de regularidades sucesivas y contrapuntos en escenarios específicos (Paoli, 2002: 177).

- **Proyección a futuro.** La proyección a futuro refiere a aquello que el sujeto evalúa como “lo deseable”. Por eso muchas veces lo expresa en términos de deseos, de sueños y de proyectos. Con los cuales configura un plan de vida. En ese sentido, la proyección a futuro implica idear una forma de vida deseable. Aunque no siempre se tiene muy claro el plan y los medios para la ejecución de ese proyecto.

En términos de la construcción de la identidad de los jóvenes es evidente que la proyección a futuro es constitutiva en este proceso. Pues la identidad, entendida como la forma de narrativizar la propia biografía, implica la capacidad del sujeto de dislocarse en el tiempo y referirse al pasado así como proyectarse en el futuro. De esta manera la identidad no sólo se entiende bajo la idea de cómo se es el presente sino cómo se quiere ser en el futuro.

El sujeto crea procesos de producción, transporte, recreación. Al proyectarse por la mente en la naturaleza y en la cultura, genera ordenamientos, ritmos intencionales a partir de los cuales se propicia la redefinición y la captación de espacios y tiempos. El sujeto que de percatarse de que con estas modificaciones también se está transformando a sí mismo (Paoli, 2002:132).

4.5.6 Reflexividad

En términos de Giddens la reflexividad es la capacidad que tiene el sujeto de pasar de la conciencia práctica a la conciencia discursiva. Es decir, construir una narración sobre sí mismo. Lo cual no significa racionalizar todo, sino incluso intuir los límites de la razón. Significa tratar permanentemente de interpelarse a uno mismo, sin que ello suponga explicar los fines últimos de la existencia del sujeto. Pasar de la

⁴³ En el problema de esta investigación los ámbitos de sentido de los jóvenes informantes serían: la casa, la escuela, la cancha de básquetbol, la iglesia, la discoteca, el billar, el baile callejero, entre otros.

conciencia práctica a la conciencia discursiva es la capacidad potencial y la posibilidad del sujeto de presentar argumentos y discursos sobre su propia existencia.

Así pues, la reflexividad es constitutiva en el proceso de construcción de la identidad, pues esta capacidad permite que el individuo se vea a sí mismo en el desarrollo de su autoproducción como sujeto social y como sujeto individual. Es claro que la reflexividad en los jóvenes está en vías de desarrollo y puede ser endeble en varios sentidos, sin embargo, tal como se ve en el capítulo III, los jóvenes van de apoco adquiriendo esta capacidad y poniéndola en práctica en su vida cotidiana.

En el mismo sentido es la reflexividad la que permite que el sujeto se “autocondicionarse, porque puede saberse a sí mismo y definir su rumbo y su estado. No es estático, puede prever sus procesos, visualizar las tendencias heurísticas de sus modos de proyectar la relación y la acción” (Paoli, 2002: 132).

La reflexividad debe ser entendida como la capacidad de comprender, anticipar y corregir y dentro de la preocupación de cómo comprenderse en el diálogo intersubjetivo y la capacidad de decisión del sujeto a pesar de las ambigüedades e incertidumbres.

- **Conciencia potencial.** Evidentemente, la estructuras sociales tienen injerencia en el desarrollo de la capacidad de reflexividad en los sujetos. No obstante, como se ve en los capítulos anteriores, la reflexividad y la conciencia pueden observarse en gradientes, pero lo cierto es que no se las puede excluir de los procesos de configuración del sí mismo. En este entendido, la capacidad debe verse como una potencialidad. Es decir, el sujeto se lo puede considerar de entrada como capaz de desarrollar la reflexividad para dirigirse al mundo, sin embargo ello no quiere decir que necesariamente el sujeto desarrolle tal capacidad. De este modo, la reflexividad está latente en los sujetos, pero hay elementos que pueden dificultad su desarrollo y su actividad.

En este sentido, las externalidades sí influyen para que el sujeto pase de la potencialidad a la actividad. Las externalidades pueden ser las condiciones estructurales económicas o políticas y las culturales o simbólicas. Por ello, está por demás decir que el concepto de identidad es un concepto relacional, esto es, el otro significativo es referente en el proceso identitario. Bien dice García que “la consideración de la importancia del ‘otro’ es lo que ha hecho posible resolver la virtual redundancia entre los conceptos cultura e identidad, y, consecuentemente,

trascender una definición ontologizante de la identidad, que abre la senda de una evolución más acabada de este concepto” (García, 2002: 52).

Ya que el sujeto de identidad selecciona, ordena e integra las diferencias entre sus propios códigos y los del “otro” significativo. Sin olvidar el contexto histórico-cultural la recodificación se realiza como parte constitutiva de este proceso donde el reconocimiento del “otro” significativo es condición para la respuesta del sujeto. Y es precisamente en las operaciones de selección, valoración, juicio, jerarquización y acción donde es posible observar el nivel de reflexividad del sujeto.

- ***Necesidad cognitiva, práctica y existencial.*** (mismidad) En el entendido de que las identidades se expresan en las personalidades es posible afirmar que el criterio de la identidad es la conciencia del sí mismo. Y la autoconciencia es componente central de la reflexividad. Según Mohanty, “la persona también es un sujeto, un ego, un yo. Sin ser un sujeto, sin tener la posibilidad del aislamiento reflexivo que es el destino de un ego, y sin disfrutar la identidad social e histórica que pertenece a un yo, una persona no sería una persona. Pero una persona es más que cualquiera de éstos” (Mohanty, 1994: 25). A decir de este mismo autor “lo que hace a una persona una persona (y no un mero ego, una subjetividad encarnada o un yo social) es que ella es aquel que no es meramente un sujeto de representaciones del mundo (cuyo objeto es el mundo), sino que actúa, sufre, espera, teme, anhela, ama y odia” (Mohanty, 1994: 33).

Bajo este argumento, la reflexividad no sólo se expone al procesar las estructuras sociales enmarcadas en los ámbitos de sentido y contextos de legitimación. Más aun, la reflexividad también opera en la “mismidad”. De tal forma que el sujeto es capaz de pensarse así mismo en términos de la autoconciencia que organiza, jerarquiza y actúa sobre sus propias decisiones y actitudes. La autocrítica sería un ejemplo de esta operación. La reflexividad es una necesidad del ser humano, necesidad en términos cognitivos, prácticos y existenciales por donde tenga la posibilidad de tamizar lo social y lo individual.

En este sentido, la sociología ha construido la noción de identidad como un término teórico que permite comprender el proceso de autopercepción, que no sólo es autoreferencial sino que va acompañado de la percepción de los “otros”. De tal manera que la identidad se refiere tanto al reconocimiento simbólico colectivo como al llamado individualismo moral. Puesto que “la identidad supone, por definición, *el*

punto de vista subjetivo de los actores sociales acerca de su unidad y sus fronteras simbólicas; respecto a su relativa persistencia en el tiempo; así como en torno de su ubicación en el mundo, es decir, en el espacio social” (Giménez, 1993: 24). De esta manera, en la noción de identidad la distinción tiene una gran importancia. Puesto que los individuos buscan preferentemente distinguirse, desmarcarse y ser autónomos con respecto a los otros individuos. Para que el individuo se haga cargo de su “voluntad de diferenciación”, Giménez plantea una doble serie de atributos (Giménez; 1987: 23):

- 1) atributos de *pertenencia social* que implican la identificación del individuo con diferentes categorías, grupos y colectivos sociales.
- 2) atributos *particularizantes* que determinan la unicidad idiosincrásica del sujeto en cuestión

Según estos atributos nuestra identidad es una “identidad de espejo”. Es decir, no sólo se refiere a cómo nos vemos a nosotros mismos sino también a cómo nos ven los demás. Para Cuche “se infiere que la identidad de los individuos resulta siempre de una especie de compromiso o negociación entre autoafirmación y asignación identitaria, entre ‘autoidentidad’ y ‘exoidentidad’” (Cuche en Giménez, 1987: 26). Por ello se puede decir que la identidad individual es, en buena medida, creación de la sociedad. Aunque no exclusivamente creación de lo social porque lo social, entendido en términos de cultura, es el marco y los recursos simbólicos que permiten delinear la identidad pero nunca determinarla. Y en este punto de “indeterminación” la reflexividad cumple un papel fundamental al dislocar los discursos absolutos.

4.5.7 Territorio

“El territorio pensado como cultura es un conjunto de acontecimientos con historia y perspectiva” (Paoli, 2002: 169). De esta manera el territorio, tal como se argumenta en el capítulo I, tiene implicaciones objetivas y simbólicas. Dado que no sólo es un espacio físico sino que está construido y dotado de sentidos por los propios sujetos que lo habitan. En términos de esta investigación, el territorio es un asunto que interviene en el proceso de construcción de la identidad en los sujetos. Es por ello que el territorio está más allá de ser un sustantivo y se convierte en una cualidad o

condición. Entonces, el territorio se transforma en territorialidad para denotar la interpretación y habitación del espacio.

Con base en la idea de que el territorio es fuente de sentido y significaciones para los sujetos y al mismo tiempo el sujeto construye los sentidos del territorio, éste es parte de los espacios que son necesario observar en el proceso de conformación de la identidad. Pues un “espacio es un mundo delimitado [...] una posición frente a otros mundos y a otros espacios (Tapia, 1997: 159).

- **Espacio concreto.** Es claro que la territorialidad se refiere a la construcción y la habitación de un espacio social. Pero también, es posible convertirlo en un espacio individualizado en la medida en que el territorio adquiere relevancia y forma parte de los centros organizadores de la biografía del sujeto. Siempre y cuando el espacio represente no sólo un lugar concreto, sino una multiplicidad de componentes mediante los cuales el joven aprehende y interpreta el mundo. En esa medida el espacio forma parte de los elementos que intervienen, en distintos niveles, en la configuración de las maneras de “habitar”.

En los jóvenes el espacio inmediato se empieza a explorar, entender y construir a medida que participa de él. Pero es evidente que si el sujeto nace en un espacio territorial con dinámicas y contextos de legitimación establecidos difícilmente podrá por sí solo renovar los sentidos y la normatividad del espacio. Sin embargo, ello no obsta para que su propia interpretación del espacio le permita re-valorarlo y re-semantizarlo. De esta manera es posible habitar el espacio y, por ende, individualizarlo en el proceso de configuración del *yo* enmarcado en un territorio concreto. Valga decir que los contextos de legitimidad inherentes a los territorios suelen ser construidos por generaciones pasadas y, por ello, pueden ser factor de seguridad ontológica para el sujeto joven. De tal suerte que en el proceso de identidad incidirán, ya sea las consideraciones de construir y llenar de sentidos al territorio o bien, la necesidad de aprender y participar de los sentidos ya establecidos en el territorio que el sujeto habita.

En el sentido de la palabra territorialidad se inscribe “el cuerpo”, entendido como un espacio de apropiación donde el sujeto manifiesta una idea de ser. Del mismo modo que en el territorio, el sujeto significa y transita su propio cuerpo con el fin de reconocerse, expresarse y darse a conocer en el primer espacio donde puede incidir directamente, el cuerpo.

Ante la movilidad el joven traslada la representación física del espacio a su propio cuerpo. Es el cuerpo el primer espacio que se apropia y la primera dimensión simbolizada; el joven lo inscribe, lo enmascara, y lo muestra como primer referente de su presencia (...) su cuerpo es su primera conquista, su primer territorio ganado. Si la territorialidad está inscrita en el cuerpo, la apropiación de los espacios externos se dará como una extensión de su propia representación corpórea (Navarro, 2000: 80).

Según este argumento, la aprehensión y la individualización y, por lo tanto, la propia representación del mundo se expresa en gran medida mediante el cuerpo. Esta idea representa un asunto interesante para explorar en la medida en que una parte del proceso de constitución del *yo* se lo expresa mediante las formas de vestir, las adscripciones a las modas, las formas de asumir la propia sexualidad, entre otras expresiones corporeizadas. Al respecto Maffesoli asegura que “empíricamente es mi individualidad la que adopta esta o aquella apariencia, la que se muestra de tal o cual manera, pero cada vez se percibe con más claridad todo cuanto debe ese “mí” empírico a su entorno (Maffesoli, 2000: 39).

Al ser el cuerpo un campo de expresión de lo subjetivo, no significa que esta sea expresión voluntaria o que el individuo esté experimentando una intención, lo que incorpora implícitamente el problema de las significaciones expresadas no conscientemente. Aunque no hay que olvidar que mediante el cuerpo el sujeto joven tiene la posibilidad de configurar una imagen de sí mismo. Por medio de la cual también interpreta y proyecta al exterior su forma de percibir la realidad. Evidentemente, el cuerpo no responde únicamente a una construcción individual, pues es claro que la imagen de las personas tiene mucho de la sociedad y de la cultura que la cobija. Sin embargo, en la construcción de la imagen, como en todos los procesos de aprehensión de la cultura, se apela a la interpretación de cada sujeto. En este sentido, la imagen es parte fundamental en la construcción del *yo* para los jóvenes, es uno de sus primeros esfuerzos por integrarse a sí mismos, para autoreconocerse y para conseguir el reconocimiento de los “otros”.

- **Espacio simbólico.** Mientras que el cuerpo es el espacio donde el sujeto expresa hacia fuera las formas particulares de interpretar y habitar el mundo y la cultura, la privacidad es el espacio particular donde el sujeto hace esta misma operación, pero no con el fin de hacerse reconocer hacia fuera. Sino más bien, para reconocer su *yo* en un espacio donde sólo el propio sujeto tiene acceso. El espacio privado es fundamental para pensarse a sí mismo. De ahí que no es de soslayar en el proceso de construcción de la identidad. En la juventud el espacio privado suele

presentarse como una de las conquistas que el sujeto debe hacer frente a la familia y frente a la sociedad en su conjunto. “La capacidad de construir un espacio íntimo, donde se reconoce lo ajeno y se transforma lo propio, no debe confundirse con la capacidad de establecer una frontera de separación con lo ajeno” (Tapia, 1997: 161).

Así pues, a la par de conquistar un espacio de privacidad, el sujeto tiene que construir lazos de vinculación y conexión con el mundo exterior. Para que este proceso esté completo es necesario que los jóvenes dimensionen y construyan el ámbito de acción tanto de su espacio privado como del espacio público. Ya que la identidad, evidentemente, se integra mediante la conexión de estos dos espacios. De esta manera, las formas que adquiere la territorialidad no sólo se refiere al lugar concreto, aunque no se le puede minimizar, porque más bien, el territorio tiene que ver con todos los espacios donde el sujeto tiene que construir, significar y hasta conquistar a lo largo de su experiencia de vida.

4.5.8 *Desterritorialización*

La desterritorialización evidentemente es lo contrario a la territorialidad. Es decir, es la dificultad para construirse un espacio particular en un espacio social. La dificultad de participar de los diversos ámbitos de sentidos y la inconformidad o el desacuerdo con los contextos de legitimación vigentes en el territorio en que habita el sujeto. Este fenómeno tiene que ver con el desarraigo que el sujeto experimenta cuando el espacio que habita no cumple con sus expectativas. El ejemplo que mejor lo ilustra es la migración. Pues, como es evidente, cambiar de territorio implica cambiar de contextos de legitimación, de sentidos y significados que se inscriben en los diferentes territorios y, por ende, el cambio se refleja en las formas de transitar y accionar en el espacio.

- ***Deslocalización.*** En este sentido, la deslocalización es el resultado obvio en la migración. Pues, como ya se enunció, habitar un territorio es participar de él, es aprehenderlo y, por ende, forma parte del horizonte cognitivo del sujeto. Al ingresar a un nuevo territorio es inminente que se produzca este desconocimiento del contexto de legitimación y de los ámbitos de sentido. Entonces, el sujeto se encuentra deslocalizado, en una suerte de extrañamiento. Que como se apunta en el primer capítulo, no debe ser permanente para que el sujeto pueda incorporarse a la comunidad. Es decir, el sujeto pretenderá, como miras a no sentirse como extranjero

permanente, adaptarse al nuevo contexto con todas sus implicaciones discursivas y simbólicas.

- **Arraigo dinámico.** Como es evidente, el proceso de adaptación puede variar en cada sujeto. Pues quizá para algunos sea más fácil entrar en los nuevos contextos, mientras que para otros puede representar más dificultades en su configuración individual. Así pues, la aprehensión y participación del territorio, así como su inverso, la desterritorialización, son componentes en la vida de los sujetos jóvenes y, por lo tanto, influyen en la construcción de la identidad.

El fenómeno más común en los casos de migración y desarraigo de los sujetos es un arraigo dinámico. El cual implica la capacidad del sujeto para entender, interpretar y actuar en diferentes espacios con distintos contextos de legitimidad y de ámbitos de sentidos. De tal forma que el sujeto pueda transitar lo más fluidamente posible en diferentes espacios y sus respectivos universos simbólicos. Es claro que esto es posible por la necesidad de seguridad ontológica y práctica en el desarrollo de la vida diaria. Así pues, las circunstancias de arraigo o desarraigo tienen importantes efectos en la configuración del *yo* para los sujetos jóvenes.

4.5.9 *Sentido de pertenencia socioterritorial*

“El sujeto se construye a partir de su autoconocimiento en los contextos que le ha tocado vivir” (Paoli, 2002: 132). Entonces, el nivel de apropiación del territorio implica diferentes concepciones y formas de experimentar el espacio habitado. Mientras que la territorialidad es la forma objetiva de transitar por el espacio, el sentido de pertenencia socioterritorial se refiere a las formas de apropiación de dicho espacio.

Así pues, el sentido de pertenencia tiene que ver con las formas en las que el sujeto hace *suyo* y deja huella en todo aquello que le es significativo. Bajo esta perspectiva, en el análisis del proceso de construcción de la identidad es fundamental observar las formas en que el joven determina sus espacios y los apropia como forma de autoreconocimiento. En este proceso tiene gran relevancia la subjetividad de cada individuo y, en esa medida, la interacción con el medio que le rodea es fundamental. Pues este proceso se genera en un marco espacial específico y, éste indefectiblemente tiene influencia en la construcción de la propia biografía.

Debe quedar claro que el sentido de pertenencia se diferencia de la territorialidad en los componentes que al sujeto le importan del territorio, es decir, de la significación que tenga el territorio en su vida. En la territorialidad se apela a la utilidad y a la finalidad objetiva que persigue el sujeto al habitar el espacio. En tanto que la pertenencia socioterritorial está más cerca de la construcción de lazos afectivos con el territorio más que de la utilidad que encuentre en éste.

- ***Apropiación espacial.*** De esta forma la apropiación del espacio está más vinculada al sentimiento de pertenencia socioterritorial. Pues en la apropiación se realiza una valoración del espacio, de las personas que habitan dicho espacio, de las tradiciones, de los universos simbólicos que coexisten y todos aquellos elementos que integran el espacio y, que son punto de referencia indispensable para la autoconcepción del sujeto.

Es por esta razón, que la apropiación del espacio está directamente relacionada con la acción-transformación del sujeto. Ya que la vinculación con cualquier entidad depende del grado de participación que se tenga en la configuración de ésta. Es decir, entre mayor participación en la construcción del territorio y de sus sentidos y significaciones mayor apropiación del territorio.

- ***Confianza.*** En el mismo orden de importancia se encuentra lo referente a la confianza. En términos de esperanza o seguridad de la capacidad del sujeto para interactuar en los contextos de legitimación en el territorio que habita. La confianza que le otorga el conocimiento y el manejo de los universos simbólicos del territorio genera mayor sentido de pertenencia socioterritorial. Así pues, la confianza se hace indispensable en el proceso de configuración del yo.

- ***Lazo sentimental-emotivo*** (identificación simbólica) el lazo sentimental-emotivo tiene que ver con el grado de apropiación del territorio. Así como también con la posibilidad de participar de la actualización de los significados que se incorporan al espacio donde participa en la vida cotidiana. Estos elementos acercan al sujeto afectivamente con el territorio y por ende, es un marco indispensable de referencia en la construcción de la identidad.

4.6 *La subjetividad, componente indispensable para pensar el proceso de construcción identitario*

En todas las categorías antes mencionadas se pone en juego constante la subjetividad del individuo. Por ello, en el proceso de construcción identitario la subjetividad es fundamental. Así pues, la subjetividad no es solamente un problema posible de distintas teorizaciones, sino, además, constituye un ángulo particular desde el cual es posible pensar la realidad social y organizar dicha realidad. En palabras de Paoli “el sujeto selecciona ciertos modos de percibir, bloquea otros. Lo que ve y siente entra dentro de un esquema prefigurado por él mismo. Los elementos que irrumpen en la conciencia vienen ya modelados por él, ya que ejerció una selección y un ordenamiento preconciente” (Paoli, 2002: 183).

Lo cual supone a un sujeto con una potencialidad realizada en términos de determinadas alternativas de sentidos. A decir, un sujeto que puede pasar de la potencialidad propia de la primera dimensión en la que se contienen múltiples posibilidades de sentido, a la concreción de una alternativa particular de sentido. Para aclarar la noción de la subjetividad es necesario conectar varias ideas que la componen. Donde resulta fundamental referirse a la relación de apropiación que el sujeto mantiene con aquello que le determina, al mundo conformado por las necesidades, al reconocimiento de opciones para satisfacer estas necesidades, con base en el desarrollo de la capacidad para construir proyectos, reconocer opciones viables o alternativas de sentido, y finalmente a la conciencia e interpretación que el sujeto tiene de su realidad.

En el entendido de que el sujeto es el deseo del individuo por ser un actor, para Touraine “*la subjetivación es el deseo de individuación*, y ese proceso sólo puede desarrollarse si existe una interfaz suficiente entre el mundo de la instrumentalidad y el de la identidad” (Touraine, 1999: 66). Así pues, la subjetividad es inherente al proceso de construcción identitaria.

Para Hugo Zemelman, la subjetividad es conectar o mediar entre presente, pasado y futuro, las relaciones con los otros sujetos y las representaciones. Zemelman considera que la subjetividad le permite al sujeto “apropiarse del tiempo histórico y asumir sus determinaciones, pero que también le proporciona un horizonte de sentido; esa conciencia le permite además actuar como sujeto individual y social” (Zemelman, 1997: 113-114). En otras palabras, la subjetividad es un

proceso de producción de significados. Cabe mencionar que la significación no agota al contenido material de la práctica sino que es una de sus dimensiones, es parte constitutiva de la misma, le da un sentido humano, que es a la vez transformación material del mundo y de la sociedad.

En la modernidad plantear la idea de sujeto apela a una noción de actor que se define por su capacidad y voluntad de actuar en relación con las ofertas del mercado o el orden del poder comunitario (Touraine, 1999). En el mismo sentido, la configuración de la subjetividad se hace a partir de distintos referentes. En la época actual los medios de comunicación tienen una relevancia importante en la constitución de la subjetividad y, por tanto, en la identidad. Como nunca antes, los medios de comunicación, Internet en particular, son “fuentes” de información y ventanas a múltiples universos simbólicos.

Los jóvenes de las nuevas generaciones se desarrollan en torno a los tradicionales centros organizadores de la biografía (familia, escuela, barrio, amigos, religión), pero también cercanos e inmersos en universos simbólicos extraídos de los medios de comunicación. El caso de Internet es paradigmático. La red de redes ofrece un importante repertorio de mundos donde los jóvenes potencialmente acceden a ellos y configuran su subjetividad. En realidad no es posible decir hasta qué punto o en qué medida Internet ha sustituido o transformado los referentes tradicionales en la conformación de la subjetividad.

Aunque no hay determinismo en cuanto a que una situación le correspondiera un solo significado por el sujeto, los significados posibles en la coyuntura se mueven en un espacio finito, con límites definidos por las estructuras transubjetivas, y las de la propia cultura y la subjetividad. De esta forma, el proceso de construcción de la identidad no sería posible sin la capacidad del sujeto para interpretar y apropiarse de la cultura donde participa, es decir, no sería posible sin la subjetividad.

En términos de la investigación cualitativa, la subjetividad de la información es la característica principal y también su limitante más importante. La función emotiva o expresiva tiende a mostrar los prejuicios, racionalizaciones y proyecciones del informante, rebasando con ello la función referencial del lenguaje y

transfiriéndole la identidad del *yo* social, es decir, la que está en función del “otro generalizado” (Alonso, 1995: 226).⁴⁴

La praxis requiere de innumerables entramados de pensamiento que se conforman mediante el contacto con abstracciones que existen en la sociedad. En la configuración de la subjetividad el individuo conjuga diversidad de “fuentes” accesibles en su vida diaria. Es una suerte de crisol de múltiples universos que proyecta en sus acciones y en sus valoraciones simbólicas. Para aprehender las subjetividades no sólo se debe apelar a su discurso como medio de acceso a ésta. El discurso proporciona datos de la subjetividad en la medida en que éste expresa significados. Evidentemente en los discursos encontramos elementos explícitos, pero una gran parte de ellos quedan implícitos en el relato. De ahí la dificultad para analizar las subjetividades humanas.

Sin embargo, en el presente análisis, lo que interesa es mirar la subjetividad como componente indispensable en la conformación de la identidad y no como proceso fisiológico ni psicológico, sino como proceso social (Piaget, 1966). Es decir, como proceso mediante el cual el sujeto incorpora los códigos acumulados socialmente en su propia mediación significativa en situaciones concretas. Claramente, la subjetividad es lo que permite al sujeto dotar de sentido al mundo externo. De esta forma, la subjetividad no es un sistema sino un proceso heterogéneo y dinámico, que mantiene relaciones causales, discontinuas, contradictorias y con posibilidad de polisemia en su expresión.

La configuración subjetiva es el arreglo específico de códigos provenientes de los campos de la cognición, valorativos, sentimentales, expresados o no discursivamente y combinados, aparentemente, de forma inferencial a través de categorías del razonamiento cotidiano. La configuración subjetiva otorga sentido a situaciones concretas, en tanto explicada, decidida y relacionada con las praxis. La formación de configuraciones subjetivas para dotar de sentido no es un proceso sistémico deductivo sino de construcción. Tal construcción puede darse a través de procesos rutinarios de formación de configuraciones, pero también de procesos que

⁴⁴ Este “yo” no es el *yo* objetivo, individualista o racional que surge de las concepciones conductistas o utilitaristas, sino el “yo narrativo” situado desde una perspectiva constructivista, dentro de una historia individual y social. De esta manera, la entrevista permite recoger información pragmática de “el decir del hacer”. Lo cual media entre el reconocimiento de la conducta y el del lenguaje, donde se visibilizan los estereotipos, entendidos como “formas construidas de marcaje y reconocimiento social que encuadran la conciencia del hablante” (Alonso, 1995: 227).

inicien una reconfiguración de los universos simbólicos.

Las capacidades de creación de configuraciones en la coyuntura no son determinantes pero tampoco son completamente voluntarias. Los significados y códigos acumulados presionan para dar determinados sentidos, las estructuras del mundo externo constriñen, en términos de espacios de posibilidades en la coyuntura concreta de construcción de configuraciones subjetivas. La premisa de que no todo puede ser pensado en cualquier coyuntura adquiere ahora una dimensión no voluntarista pero tampoco determinista. La praxis se puede volver sobre las subjetividades y las estructuras, presionando a su reconfiguración. Estas reconfiguraciones pueden implicar asimilación de nuevos códigos, emergencia de otros que estaban sumergidos, jerarquizaciones, polisemias y cambios de intensidad significativa.

Empíricamente las configuraciones y la exposición de la subjetividad en los jóvenes tienen muchos matices que atender. Entre los entrevistados es posible observar distintas operaciones y formulaciones discursivas que muestran a lo largo de todo su relato. De hecho, este elemento es transversal a la conformación de las identidades y, por tanto, en cada respuesta o enunciación de los jóvenes es posible recoger frases que muestran su configuración subjetiva. Por ello, aunque en todas las categorías de análisis se hace evidente la subjetividad de los jóvenes, este apartado da cuenta específicamente de aquellos extractos de las entrevistas que ilustran la interfaz entre el mundo instrumental y su propia identidad.

Las creencias y las valoraciones de los objetos del mundo pasan necesariamente por esta interfaz de la que habla Touraine; a partir de esta idea, la identidad se construye en un proceso de diálogo entre el mundo concreto percibido por los jóvenes y su particular manera de referirse y pensar sobre él. Por ejemplo, Beto se reconoce como creyente en dios, desde la perspectiva católica, sin embargo extiende el mundo de las creencias hacia otras fronteras. “[...] soy católico; sí creo en dios, pero también creo en otras cosas. Creo que las personas sí podrían llegar, sí podrían ser felices si saben qué es lo que quieren, sí, que hayan logrado sus objetivos”. Para Beto, la conexión entre la existencia de un ente “todo poderoso”, dios, y el alcance de estadios como la “felicidad” está mediada por el trabajo y la consecución de los objetivos.

La lógica del mercado y los “ideales” de vida expuestos socialmente y

repetidos en la cotidianidad por los medios de comunicación, estructuran gran parte de las construcciones subjetivas de los jóvenes. Para Beto “la felicidad” que señala en una parte de la conversación tiene estos referentes muy marcados. El discurso de la “vida ideal” es evidente en su enunciación, donde la familia, padres, esposa e hijos, están por encima de las posesiones materiales, pero al mismo tiempo no son suficientes si no están enmarcados en un contexto de satisfacción de los objetivos propuestos.

[...] *yo* siento que, bueno, *yo* siento que la felicidad más que las cosas materiales son, pues bueno *yo* encontraría la felicidad más en una persona, por ejemplo no sé, en mi esposa, en mis hijos o al estar con ellos o al estar con mis papás. *Yo* pienso que encontraría más la felicidad así estando, pues sí, con mis seres queridos que teniendo cosas materiales. *Yo* siento que sí [...] pues que te sientas satisfecho de haber logrado algo, de que al mismo tiempo estés con las personas que quieres y que, pues sí, con las personas que quieres, que hayas logrado lo que tú te hayas propuesto: *yo* siento que eso sería la felicidad (Beto, 16 años, estudiante CECYT del IPN).

Vanesa, igual que Beto, cree en dios y apela a la idea de éste para poder explicarse a sí misma, a aquello que le parece que la ciencia no alcanza a explicar convincentemente. Al preguntarle directamente cómo es dios, ella contestó:

[...] es como ¡wow!, ¡es un wow! De decir creo en él por lo que no puedo explicarme *yo* o lo que no me pueden explicar en la escuela o mis papás. Creo en él porque sé que hay cosas que existen aquí [en el planeta], hay cosas que hay que ¿quién lo puede describir? Según hay tantas teorías pero *yo* no creo, siento que es así como que choro de que empiezan a sacar así [...], porque es inexplicable que alguien te diga exactamente de dónde viene el agua, o sea, *yo* estoy, *yo* siempre aseguro con lo del agua, o sea no, no puede [explicarse] realmente, entonces es por lo inexplicable por eso es que *yo* creo en mi dios. Y sé que hay un dios (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Así como Beto destaca su creencia en dios y define la felicidad, Mario pone el acento en sus problemas para establecer una buena relación amorosa. Producto de los problemas que sus padres tuvieron cuando Mario era un niño, las discusiones y el ambiente áspero que se vivían entre sus padres lo hizo “frío”, asegura Mario. Lo cual ha provocado que no sea capaz de “demostrar afecto”, asegura él mismo. Según el planteamiento de este joven respecto a cómo afectaron los problemas de sus padres su vida personal tiene una relación de causa-efecto. Su propia concientización del tema ha llevado a Mario a establecer esta relación como explicación a problemáticas concretas en su vida amorosa y, quizá, en algunos otros aspectos más de su vida. Así pues, los padres como centros organizadores y referentes en la constitución de la biografía juegan un papel fundamental, por ende, en la configuración de la subjetividad.

[...] Mi experiencia ha sido pues *yo* creo que un poco lamentable [en el ámbito amoroso] por lo mismo de los problemas con mis padres *yo* pensaba que no me había dejado nada que sea serio que sería igual. La prueba es que me hicieron demasiado frío. Digamos *yo* no puedo, no sé, demostrar afecto por alguien, por lo mismo me he terminado mal las relaciones que he tenido. Este, la verdad no me ha ido muy bien en ese aspecto (Beto, 16 años, estudiante CECYT del IPN).

En lo que respecta a Vanesa, ella ha tenido experiencias en el pasado reciente que la han llevado a concluir que hay personas que pueden lastimar mucho. Para ella la etapa que está viviendo le ha permitido darse cuenta de situaciones que cuando niña no tenía muy presentes. Entonces, los cambios que ha experimentado no sólo tienen que ver con lo físico sino también con la toma de conciencia. Vanesa observa cambios importantes en su vida en estos últimos años y dice: “[...] pues sí, ahí sí ya cambió un poco más porque ya empiezas a conocer a más personas, personas que lastiman mucho sentimentalmente [...]”. Pero cuando dice esto específicamente se refiere a figuras masculinas. Su padre, en primer lugar, representa una figura de autoridad pero también productor de tristezas e inconformidades. Para Vanesa la figura paterna desde su niñez ha representado un obstáculo para conseguir el bienestar y la felicidad. Ella misma relata:

“[...] mi papá, siempre desde más pequeños siempre ha sido de un carácter muy desesperante, muy, se altera muy rápido. Es de siempre estar, digamos, *yo* así lo veo como que lastiman psicológicamente [las personas, pero pone en primer lugar a su padre], por ejemplo, siempre decía: “ay por qué no lo haces bien, por qué serás tan tonta” [...] o sea, son cosas así como que te quedas así ¡ay!” (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Para Vanesa su padre más que respeto le inspiraba miedo. Ello dificultó en su niñez una relación estrecha él. La manera que encontró para no sentirse agredida fue hacer conciente el carácter de su padre y desde ahí evadir aquello que la lastimaba “psicológicamente” como ella misma dice. “[...] llegué a tener un cierto miedo, ya no tanto un respeto sino cierto miedo hacia mi papá, pero después a veces, o sea, *yo* misma digo ‘mira tranquilízate. Así es, así siempre fue y pues va seguir siendo así. Esas palabras que dice pues ya no te las metas, o sea, no te las tomes tanto a pecho’, pero en cosas que sí, sí fueron feas para mí”. Su diálogo interno y su reflexión en cuanto al tema de su padre muestran su conciencia sobre las diferencias que tiene con su padre, pero también muestra su capacidad para “desapegarse” de las cosas que la lastiman pese a que éstas le puedan provocar tristeza en ciertos momentos.

Además, Vanesa se siente agredida y lastimada por su padre no sólo por el

trato directo con él, incluso también por la relación que el padre tiene con los demás miembros de la familia, donde el maltrato a su madre representa otra de forma de objetivizar dicho daño.

“[...] en cuanto a la relación [de mi padre] con mi mamá y cómo se refería a mis hermanas y a mi, de con groserías, faltándole el respeto a mi mamá, siempre muy alterado, haciendo cosas que nos decía que estaban mal y pues él las hacía y así. Entonces así como que te confunde, o sea, ¿está bien o está mal? O cómo ¿él sí lo puede hacer y por qué nosotras no? O sea, pero tampoco es tanto eso, si *yo* sé que está mal pues no lo hago, pero simplemente digo entonces mi papá está mal, y lo tenemos que dejar y eso es lo que digo” (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Es notable que Vanesa concientiza y evalúa la crisis que vive con a su padre, a partir de las incongruencias entre el “decir” y el “hacer” de la figura paterna construye sus propias reflexiones en torno a lo adecuado para sí misma. Estas incongruencias la hacen tomar posición en cuanto a su actuar. Sus decisiones no se circunscriben al ejemplo que el padre le podría estar dando, sino que resalta la falta de correspondencia entre lo que lo “bueno y lo malo” que el padre pide de ella y sus hermanas para demarcar su espacio de acción y concientización.

Entre las personas que la han lastimado, Vanesa pone en segundo lugar a una pareja sentimental que tuvo en meses pasados. Tal incidente detonó de alguna manera la sensación de que las “personas lastiman”. Para ella, esa experiencia amorosa contribuyó en la idea negativa que tenía de la figura masculina, construida a partir de su padre.

[...] en cuanto sentimentalmente tuve un..., se iba a dar algo con un noviecito y nos empezamos a tratar, fue un mes de tratarnos y pues, *yo* no me di cuenta que él tenía novia y él me había dicho que no y, resultó que hasta papá iba a ser, iba a tener un hijo con esa chica. Y después de todo me dice pero que no me sintiera mal que porque no sé qué, y *yo* le dije: “pues está bien igual y no te dejo de hablar porque no somos nada, simplemente en todo este tiempo se me hizo muy feo que me dijeras que te gustaba mucho y querías que se diera un noviazgo conmigo, o sea, bien, bonito, o sea, sabiendo que hasta papá ya iba a ser”. Entons fue cuando dije ¡ay no, no, no! O sea, le deje de hablar, pasó, pero sí me dolió mu cho porque *yo* estaba así como muy ilusionada y sí había tenido mis noviecillos así de ¡ay! pero de chocolate se podría decir (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

En su esquema valorativo las mentiras generan tristezas dado que las personas que le han mentido, su padre y su exnovio, la han lastimado. Desde su capacidad de concientización y jerarquización de los acontecimientos y su propia subjetividad la figura masculina representa “aquello que lastima”. En palabras de Vanesa: “[...] mintió [su exnovio]. Es muy feo. Eso sí me lastimó porque al *yo* sentirme mal entonces dices ¡ay pero por qué! No sé, muy feo, es muy feo. Pero no sé explicar

dónde estaba ese dolor realmente, simplemente en toda mi persona, así en todo y pues sí, eso fue lo que pasó, lo que te digo de lastimar por las mentiras” (Vanessa, 18 años, ayuda en casa).

Durante el relato de Vanessa, para referirse a lo negativo de los otros significativos, identificó frecuentemente a la figura masculina como quién potencialmente puede provocarle tristeza mientras que en la figura femenina lo negativo vendría a partir de los “chismes” que suelen presentarse en el ámbito de su colonia específicamente con las vecinas. Las mujeres más cercanas a Vanessa (su madre, sus dos hermanas, sus amigas) son siempre un punto de apoyo, de complicidad, de afecto y prácticamente califica como “buena” su relación con ellas en tanto no le han mentado y no la han lastimado.

En Mario hay dos situaciones que le han permitido referirse a sí mismo desde “a fuera”; es decir, ciertos eventos en la historia de su vida marcaron diferencias con respecto a las formas de aprehender el mundo. En el caso de Mario son notables dos situaciones específicas le permiten hoy en día verlas como agentes importantes para su propia biografía. Estos son: los problemas familiares que desencadenaron el posterior divorcio de sus padres y el lazo de amistad y cariño que construyó con sus primos. En lo que refiere a su relación con sus primos reconoce que forma parte de las experiencias que actualmente siguen impactando en su vida, el mismo dice:

[...] yo recuerdo una unidad muy afectiva entre nosotros porque digamos pequeños, o lo que quieras, éramos los mejores amigos en ese caso, en ese tiempo. Todos compartíamos todo, salíamos, jugábamos lo mismo. Era, este, pues se me hacía algo muy interesante, muy bueno. Algo que ahora agradezco porque formó mucho de mí, pero se me hacía algo muy bueno, muy padre, muy bonito (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Dadas las muchas formas de caracterización de la juventud resulta pertinente y necesario contrastar las nociones teóricas con la realidad. De tal manera que sean los propios jóvenes los que hablen de sí mismos y de su manera de vivir. De cómo construyen su mundo, a partir de que elementos y cuáles son sus aspiraciones. Pues un estudio como el presente necesita no sólo de teorías y discusiones académicas sino también es indispensable ensayar la teoría en la realidad. De esa manera, las subjetividades capturadas por medio de relatos de vida serán organizadas, descritas como datos y analizadas teóricamente. Lo cual es fundamental para reflexionar acerca de los temas sobre juventud.

La noción de identidad ofrece gran complejidad explicativa para los estudios que se proponen un análisis empírico. Sin embargo, la construcción teórica sobre este concepto no está clausurada. Antes bien, como cualquier objeto de estudio en las ciencias sociales, debe permanecer en continuo debate. Por esta razón, es sumamente importante analizar casos específicos, de tal manera que sea posible contrastar la realidad con la teoría. Para el análisis empírico es necesario recortar la realidad y construir el objeto de estudio. Pues, como asegura el sociólogo francés Pierre Bourdieu: “los hechos sociales están contruidos socialmente, y todo agente social, como científico, construye de mejor o peor manera, y tiende a imponer, con mayor o menor fuerza, su singular visión de la realidad, su ‘punto de vista’” (Bourdieu, 2003: 153).

Por ello, siendo coherente con la época en que vivimos, es pertinente partir de la idea de *reflexividad* no sólo como término teórico sino como una disposición constitutiva del *habitus* científico del investigador.⁴⁵ De tal manera que para llevar a acabo esta investigación se busca justificar la relevancia que tiene el tema del proceso de construcción de la identidad en lo juvenil. Entonces, “la juventud”, “los jóvenes” y “lo joven” no son conceptos generales, abarcadores y universalistas. Más bien, son construcciones teóricas y empíricas que dan cuenta de una categoría, de un fenómeno y un sujeto social. En ese sentido, la ciencia social se propone enriquecer el concepto a través del trabajo de campo y el análisis empírico.

Para los fines de esta investigación y de acuerdo con el objeto de estudio, la dimensión subjetiva es fundamental. Sin embargo, no es exclusiva, porque la dimensión objetiva no está separada del proceso de construcción de la identidad en los jóvenes. De ahí la necesidad de observar la importancia de ambas dimensiones en el recorte metodológico. Para dar cuenta de la dimensión objetiva se hace uso de indicadores sociodemográficos. El propósito es caracterizar a los informantes en su contexto estructural: condiciones económicas, sociales, educativas, culturales. De esa manera observar la relación entre la dimensión objetiva y la subjetiva. Mientras que para dar cuenta de la dimensión subjetiva apelaré a sus propios discursos. La

⁴⁵ En cuanto a la tarea del investigador el mismo Bourdieu asegura que “la ‘realidad’ que trata de cernir no se deja reducir a los datos inmediatos de la experiencia sensible en los que se revela; no se propone hacer ver, o sentir, sino construir unos sistemas de relación inteligibles capaces de dar razón de los datos sensibles” (Bourdieu; 2002: 13).

narrativa que construyen en torno a sí mismos y sus experiencias. El decir de su hacer.

Aunque la situación estructural no determina a los sujetos, valga decir que es referente incuestionable para construir el objeto de estudio. La construcción y la organización discursiva de las experiencias de vida dejan ver qué nivel de complejidad existe en la interacción estructura-creatividad individual. Sin olvidar la inscripción a un marco espacio-temporal es pertinente evaluar las competencias cognitivas y reflexivas de los sujetos. De ahí la relevancia de tener los discursos como la principal materia prima de análisis en esta investigación. Pues los discursos son construcciones y esquemas de pensamientos que evalúan las situaciones diarias en la vida de los sujetos. En ellos se verbalizan los deseos, las preocupaciones, las posibilidades, las restricciones, el horizonte normativo con el que miran el mundo. Donde se interrelacionan los discursos socialmente construidos y la creatividad puesta en marcha en la subjetividad.



**Análisis del proceso
de construcción de la identidad
en los jóvenes de Valle de Chalco Solidaridad**

V. ANÁLISIS DEL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD EN LOS JÓVENES DE VALLE DE CHALCO SOLIDARIDAD

La ciudad es la sociedad inscrita en el suelo

Henri Lefebvre

La narración que el sujeto construye en el relato de vida es su propia biografía puesta en palabras, o mejor aún, es la interpretación de su propia biografía. Para lo cual echa mano de los horizontes normativos disponibles en los universos simbólicos, en los ámbitos de sentido y en los contextos de legitimación en los que participa.⁴⁶ Ello le impide que haya reformulaciones, apreciaciones y jerarquizaciones de los elementos que constituyen tales universos.

Cada sujeto, al relatar su vida, organiza los eventos, las situaciones y los contextos de diferentes formas. Los relatos no necesariamente siguen una linealidad temporal determinada, es más, cada relato tiene su propia lógica interna, la cual dependerá tanto del acuerdo que el sujeto establece con su interlocutor como de la pertinencia de entrelazar hechos aunque no sigan una continuidad temporal. Por lo que más que una linealidad cronológica en la narración, es frecuente que los llamados centros organizadores, definidos en el capítulo anterior, sean los que otorgan forma, continuidad y pertinencia a las diferentes situaciones y eventos que componen el relato del sujeto. Desde esta perspectiva tiene sentido lo que asegura De la Torre al respecto:

Tan importante papel se otorga a la narración, como principio organizador de la acción humana, como principio que posee una función estructurante, que incluso se ha desarrollado, por Widdershoven, el concepto de 'identidad narrativa', entendida como 'la unidad de la vida de una persona tal y como es articulada y experimentada en historias que expresan esa experiencia' (De la Torre, 2001: 90).

Para Giddens, la autobiografía es una historia interpretativa sobre sí mismo producida por el individuo en cuestión, escrita o no. Los elementos de análisis en los relatos de vida son tantos que sólo se toman en cuenta aquellos que ayudan a indagar sobre el planteamiento del problema. De entrada, en los relatos de vida, los investigadores tienen acceso al lugar de enunciación que el informante asume al referirse a su vida. Dato, sin lugar a dudas, fundamental para observar cómo se refiere a sí mismo el sujeto en el momento de relatar su propia biografía, desde qué perspectiva se ve a sí mismo e intenta que su interlocutor lo ubique.

⁴⁶ Estas nociones fueron definidas en el capítulo IV

Después, la estructura del relato también ofrece pautas para observar cuáles son los centros organizadores de la vida de cada sujeto. Así como, la jerarquización de las situaciones, contextos, personas y demás elementos relacionados con su biografía. Es obvio que la organización cronológica también es fuente de información para el investigador, pues ésta así como la interpretación de los acontecimientos y situaciones revelan puntos nodales en el pensamiento y capacidad de dislocación del sujeto.

Como es evidente hay elementos en la narración de los sujetos que no se los puede catalogar, etiquetar o jerarquizar en un esquema específico. Sin embargo, con la mediación de los planteamientos teóricos que sustentan esta investigación y las categorías planteadas en el apartado metodológico se construirá el cuerpo del análisis de los datos empíricos. El propósito es dar cuenta de los componentes que intervienen en el proceso de construcción identitaria en los jóvenes habitantes del municipio Valle de Chalco Solidaridad, el espacio socioterritorial es elemento crítico al observar dicho proceso.

5.1 *La reflexividad como categoría transversal en proceso de construcción de la identidad en los jóvenes vallechalquenses*

Tal como se vio en el capítulo IV, el proceso de construcción de la subjetividad ocurre en la mediación entre las estructuras sociales y las individuales. Se pone en juego el cúmulo de significaciones sociales y la creatividad del sujeto para organizarlos y reestructurarlos en su vida cotidiana. Evidentemente, en términos sociales, ha de requerirse la capacidad y la viabilidad de las formas de estar y ser en la sociedad. Los roles sociales tienen aquí un papel importante, en la medida en que el sujeto identifica “el deber ser” en los contextos en los cuales participa.

De esa manera el sujeto puede intervenir en la valoración del tipo de prácticas que le son asignadas y de aquellas que son asignadas a los demás. Lo cual es posible en un horizonte normativo activo dentro de los universos simbólicos. Es una lógica de poder la que posibilita la vigencia de ciertas narrativas sociales y universos simbólicos. Es decir, los universos simbólicos son múltiples, inagotables, variables pero su vigencia y vitalidad está dada por su plausibilidad y oportunidad para ser apropiados y experimentados por los sujetos. Que por medio de los discursos los ponen en marcha alimentándolos, organizándolos y jerarquizándolos según las capacidades e intereses de cada sujeto.

En los escenarios o ámbitos de sentidos múltiples y diferenciados se construye la identidad. Las fronteras para este proceso se determinan no sólo estructuralmente sino a partir de la capacidad de reflexividad y la competencia interactiva del sujeto. En el apartado I quedó referida la reflexividad como aquella capacidad inherente al sujeto moderno, misma que tiene un peso fundamental a la par de la competencia interactiva en la construcción de la identidad, tal como se plantea en la misma parte, en el capítulo II. Así mismo, en el capítulo III estas dos nociones se contextualizaron en el ámbito de lo juvenil. La presencia de ambas categorías a lo largo de este documento responde a que son transversales en toda la investigación. De este modo no es de extrañar que durante el análisis se recurra a estas dos categorías para mostrar el proceso de construcción de la identidad de los jóvenes vallechalquenses en sus diversas dimensiones.

Como ya quedó claro en los capítulos anteriores, la reflexividad de los sujetos jóvenes, es decir, la capacidad de concientizar sus actos, no se traduce en asistir las razones últimas de sus acciones y pensamientos. Más aún, es la capacidad de narrativizar la propia historia, donde las motivaciones, los deseos, las aversiones, las expectativas, así como el horizonte normativo salen a relucir. De esta forma, los cuestionamientos y las elucubraciones en torno al sentido de la vida pertenecen a la capacidad de reflexividad que expresa el sujeto. Por ello la percepción de lo “natural”, de lo “obvio”, del “destino”, y evidentemente las implicaciones que tienen estas concepciones en la vida del sujeto, forman parte de los aspectos que es necesario analizar en el discurso de los informantes. Pues sin duda lo “naturalizado” tiene implicaciones en las acciones, decisiones y pensamientos del sujeto. Y por tanto, constituyen el andamiaje de su subjetividad.

De la misma forma, la capacidad de dislocación, es decir la aptitud que tiene el joven para salir o poner distancia entre él y cualquier tipo de institución o entidad, integra un elemento más para determinar su grado de reflexividad. Lo cual también es posible mirar en su aptitud de suponerse y verse a sí mismo ocupando varios lugares en las estructuras sociales y en su inmersión en el *yo*. En otros términos, dislocarse significa referirse y reconocerse a sí mismo en sus múltiples facetas en el tiempo y en el espacio. Esta capacidad ofrece al sujeto la oportunidad de construirse desde diversos puntos de vista y en referencia a distintos espacios de acción. Sin esta capacidad, el sujeto estaría “sujetado” a roles específicos prácticamente

incorporados, internalizados y asumidos indefectiblemente. Así pues, la reflexividad del sujeto ha de verse básicamente en tres momentos:

- 1) El sentido último de la vida. Refiere a la concientización y consideración de las experiencias, de las preguntas y las ansiedades que tienen relación con la naturaleza de la existencia y que enfrentan al hombre con sus propios límites: la muerte, el dolor, el nacimiento, etc.

Este momento es quizá el más difícil de acceder en los sujetos en general y, en los jóvenes en general. Pues no necesariamente tenemos respuestas ante los sentidos últimos de la existencia. Los informantes en esta investigación mostraron su capacidad de reflexividad en este sentido. No obstante, cada uno podría ubicarse en niveles distintos de reflexividad. Vanesa, por ejemplo, habló sobre el significado de la vida. Su respuesta permite observar el nivel de dislocación y abstracción con respecto a este tema específicamente. La construcción discursiva con la que explica Vanesa el significado de la vida se distribuye en varias direcciones. Primero asegura que es “vivirla”, así sin tantas pretensiones de racionalizar su sentido, más adelante dice que el sentido de la vida es el que uno mismo le otorga, el sentido de la vida es individual y es posible elegir cómo sentirse.

[...] Venimos para disfrutarla. No pues, tal vez no le encuentro un significado, sólo es vivimos [...], valga la redundancia, te iba a decir: vivimos para vivirla. Es que sí, simplemente es vivir, o sea, vivir como tú quieres, como digamos a ser como tú quieres, de que a veces uno puede optar por si quieres estar triste o quieres estar eso sí, a veces puedes tomar esa decisión (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Como se puede observar, para Vanesa es complicado dar cuenta de qué es la vida por lo que menciona que tal vez no le encuentra un significado. Es decir, no necesariamente es capaz de dar las razones últimas de la existencia del ser humano. En vez de ello se propone responder para qué vivimos. En cuya respuesta enfatiza la capacidad de cada uno de decidir cómo vivirla, bajo los propios principios. De esta manera, de su intención general de contestar qué es la vida transitó a ubicarse en su concepción y su propia experiencia que es donde cae en cuenta del sentido que ella le encuentra a la vida.

Yo por un tiempo como que quise estar no en el sufrimiento, pero estar así como que ¡ay! [...] escuchar canciones tristes, o sea, porque me gusta digamos que como que

le empiezas a dar vuelta y encuentras el sentido, hay de hecho una canción que habla mucho de la vida y expresa mucho lo del amor, que el amor ya se perdió mucho y que no sé qué, pero pues ¿si se perdió? O sea ¿por qué decir que se perdió cuando puedes andar feliz con tu familia, con tus amigos y todo? Y no sé, simplemente tal vez no le encuentro significado sólo de que vienes, dios te mandó, o sea, ya naciste y ya es para empezar a vivir como tú quieras y parte de lo que dios te va a dar, *yo* creo mucho en dios (Vanessa, 18 años, ayuda en casa).

Según las palabras de Vanessa, la familia y los amigos son factores importantes para dotar de sentido a la vida. Posteriormente, Vanessa al verse ante la dificultad de dar las razones últimas de la vida humana, es decir poner en juego su reflexividad en torno a este tema, se apoya de la idea de “dios” y de la naturaleza como expresión divina. No obstante, insiste en lo fundamental de “decidir” la forma de experimentar la vida, otorga gran importancia al hecho de conseguir el bienestar individual. Todos los elementos que Vanessa encadenó para explicar el sentido de la vida según su propia mirada tienen distintos pesos y niveles de significación en su subjetividad y, por ende, en su identidad.

[...] es a lo que *yo* me refiero como que *yo* relaciono vida con la naturaleza, por eso me gusta mucho la naturaleza ¿cómo explicas el agua y de que le haces así [trata de asir algo en el aire] y no la puedes agarrar? Eso es lo que me encanta de la naturaleza, de ver las nubes, el de ver los árboles y de ¿por qué salen de la tierra y no de las paredes? No sé, simplemente puedo decir que es muy agradable y hay que encontrarle la forma de cómo vivir o simplemente vivirla y si va a haber alegrías y sufrimientos y todo eso pues es parte de. Tal vez y no sé simplemente es vivirla como tú quieras y cómo tu te sientas bien, si tú quieres estar triste pues vas a estar triste y si quieres estar bien vas a estar bien, si quieres vivirla con tal persona pues vívela con cualquier persona y si quieres estar sola pues así está bien y, mientras simplemente mientras tú estés bien y te sientas bien pues así es (Vanessa, 18 años, ayuda en casa).

- 2) El ámbito de la vida cotidiana. Se observa en las respuestas, tanto objetivables como subjetivas, que día tras día da ante las situaciones que vive. Y las referencias al contestarse diariamente el cómo se debe vivir.

El segundo momento de la reflexividad es el que concierne a las operaciones de autoconciencia que el sujeto realiza en torno a su vida cotidiana. En este sentido, Carla al pensarse en su vida cotidiana realiza una mera enumeración de sus actividades diarias, excepto porque reconoce que la escuela no es de su interés. Y esto llama la atención porque es uno de los elementos que le otorgan reconocimiento social como joven. Así que, mediante la previa reflexividad en torno a la necesidad-obligación social de asistir e interesarse por su educación escolar desafía esta disposición social.

¡Ah! pues me paro a las cinco de la mañana, me voy a las cinco y media, este llego. En la escuela este, como dije, no me interesa mucho. Ya llegando me pongo a escuchar este música, hago mi tarea, salgo un poco a ver qué hay y este [...] y llego, me baño y me duermo. Y así es siempre (Carla, 15 años, estudiante de CONALEP)

- 3) La organización temporal de la vida. Es la forma en que el sujeto define de sus prioridades. Así como su percepción sobre cómo organizar la vida: de acuerdo a lo socialmente aceptado, en los límites de lo socialmente aceptado o fuera de ello.

Para ilustrar el tercer momento de la reflexividad de los sujetos que se refiere a la organización temporal de la vida es pertinente traer a cuenta la narración de Beto. Ya que él inicia su relato narrando los primeros años de su vida, los cuales resume en unas cuantas palabras: “Este, pues crecí con mis padres que me apoyaron mucho a mí y a mis hermanos”. Después de su nacimiento, el desarrollo de su primera infancia no tiene alguna mención específica. Pero él mismo destaca que esta etapa la vivió al lado de sus padres y hermanos. Donde los padres son un “centro organizador” de su biografía. Es decir, el papel de los padres es fundamental en su historia y en la construcción de su vida.

Sin embargo, a pesar del breve comentario que hace acerca de los primeros años de su vida, menciona que hubo un tiempo en el que estuvo triste porque “sentía” que sus padres “le ponían” más atención a sus hermanos. Cuando Beto hace referencia a este hecho utiliza el verbo “sentir”, lo que lo coloca en el nivel de las sensaciones, no necesariamente relacionadas con la capacidad de razonamiento. Al respecto continúa diciendo: “pero después, con el paso del tiempo, pues fui madurando y creyendo que, pensé, razonando mejor las ideas ¿no?”. Para Beto el haber sentido que sus padres le tenían menos atención en comparación con sus hermanos está relacionada con “ideas de la infancia”, pues menciona que con el paso del tiempo cambió esa sensación.

En el mismo sentido, Beto relaciona el paso del tiempo con la adquisición de la capacidad de explicar y racionalizar las sensaciones. El tiempo trae consigo “la maduración” del informante, madurar permite “razonar mejor”. Después de haber mencionado las sensaciones de sus primeros años y el proceso para cambiar de opinión respecto a la atención que le ponían sus padres, Beto salta al tiempo presente y considera que se siente a gusto con lo que ha logrado: “[...] ahorita estoy a gusto

con lo que he logrado ¿Con cómo se llama? Hasta el nivel [escolar] que voy porque pues sé que me ha costado, pero pues, pues quiero llegar más alto todavía, de lo que he llegado hasta ahora [...]" (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN). Para Beto el tiempo presente representa estar "a gusto con sus logros", específicamente con lo respecta a su nivel escolar. Pues actualmente cursa el segundo año de preparatoria, lo que en su contexto familiar y social es ya un gran "logro".

Parte importante de sentirse "a gusto" con ello es porque reconoce que "le ha costado". Las dificultades que ha tenido para llegar a la preparatoria le dan mayor mérito, asegura él mismo. Además, proyecta un deseo de seguir adelante y "llegar más alto todavía". Esta dislocación en el tiempo, es decir, la capacidad de verse en distintos momentos de su vida (pasado, presente y futuro), es un ejercicio que realiza fluidamente. Beto transita del pasado al presente en una suerte de "causa-efecto", donde su esfuerzo es notario dadas sus condiciones actuales. Al tiempo que se proyecta en el futuro de manera positiva.

Asegura Giddens que "la conciencia práctica es el ancla cognitiva y emotiva de los sentimientos de seguridad ontológica que caracterizan amplias parcelas de la actividad humana en todas las culturas" (Giddens, 1997: 51). Entonces, la conciencia práctica son las estructuras simbólicas que confieren sentido a las acciones humanas en un determinado contexto de legitimidad. Su importancia radica en que mediante ella el sujeto adquiere seguridad para referirse a las posibilidades de acción y de pensamiento en su vida diaria. Lo cual le otorga certezas y controla la fluidez propia de la modernidad.

El conjunto de operaciones mentales que se exige al narrativizar la propia biografía es en sí un ejercicio de reflexividad. En términos de la capacidad de dislocación del sujeto, para referirse a sí mismo en distintos momentos de su vida. La reconfiguración del tiempo y del espacio, diacrónica y sincrónicamente, requiere de la reconstrucción de las situaciones pasadas. Paralelamente, tal reconstrucción muestra operaciones de significación e interpretación de los diferentes momentos, pasado, presente y futuro. Aunque en tales procesos se pueden distinguir niveles de reflexividad, los cuales dependen de una diversidad de condiciones del ámbito de sentido donde participa cada individuo.

Un elemento interesante para destacar en las diferentes operaciones que los jóvenes hicieron durante su narración fue la reflexión sobre sus reflexiones. Tal

como es posible observar en el discurso de Mario, quien relata el proceso de dislocación que tiene que hacer cuando sabe que algo hizo mal o intenta ponerse en el lugar de otras personas. Esta doble reflexión muestra en nivel de complejidad que puede adquirir en el proceso de construcción de la identidad.

[...] generalmente cuando la riego se podría decir bueno me pongo a reflexionar de lo que hice, me pongo a pensar si estuvo bien lo que hice, por qué lo hice, si estuvo mal o tratar de ponerme, bueno, tratar de ponerme en los zapatos de la otra persona. Es lo que a veces hago después de que la riego o lo hago en otras situaciones (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Así pues, en el entendido de que la reflexividad es la capacidad del sujeto de pasar de la conciencia práctica a la conciencia discursiva, como se mencionó en el capítulo II, se le considera al sujeto capaz de construir y deconstruir discursivamente aquellas estructuras que le permiten objetivizar su cotidianidad. La reflexividad es la capacidad para dislocarse de las estructuras sociales, culturales y económicas que se han interiorizado en términos del mundo de la vida. Tal dislocación permite la resemantización, resignificación, interpretación y creación de significados. El sujeto como protagonista de su propia vida, en el contexto de la modernidad, es un ser potencialmente creativo para reconstruir los universos simbólicos a los que accede en su vida diaria.

Estos procesos de reconfiguración los realiza a partir de la concientización de las unidades de sentido vigentes en la sociedad. Es decir, no sólo la reproducción, el cumplimiento de las normas y significados sociales son el único camino para la acción individual. El disentimiento, el cuestionamiento y la renovación son parte integral del repertorio de posibilidades del sujeto en la modernidad. Aunque, como se argumentó anteriormente, las estructuras socioculturales pueden dificultar pasar de la potencialidad del sujeto a la concreción de las innovaciones.

Por lo tanto, la capacidad de reflexividad es un componente indispensable en la construcción identitaria de los sujetos jóvenes. Pues la posibilidad que tiene el sujeto para colocarse fuera de las estructuras simbólicas inmediatas, es decir, la disposición del sujeto para dislocarse del universo significativo en el que participa a diario, aumenta la potencialidad de concientizar otros mundos posibles fuera de su universo simbólico inmediato. En todo caso, el contexto de legitimidad y el ámbito de sentido donde ocurren las interacciones influyen de manera importante en la potencial capacidad de reflexividad. Sin embargo, no es absolutamente insostenible

la idea de su existencia aun en condiciones no favorables para desarrollar dicha capacidad de concientización tiene niveles y variaciones.

Uno de los principales objetivos en la presente investigación es descubrir qué influencia tiene el medio ambiente en la construcción de la identidad de los jóvenes de Valle de Chalco Solidaridad. La premisa es que existen condiciones estructurales-ambientales-culturales en el espacio inmediato que permean el proceso de configuración identitaria. Este es un punto nodal que posibilita la observación de la capacidad de reflexividad de los jóvenes. Las características particulares de Valle de Chalco en relación con las configuraciones de las identidades juveniles producen diversos niveles de concientización de los procesos de configuraciones de *yo*. Resulta importante observar cómo Beto relaciona concientemente las formas simbólicas particulares de Azcapotzalco con las formas concretas de acción de los habitantes de este lugar.

Incluso, Beto realiza una operación de “supuesto” al proyectarse hipotéticamente como habitante de Azcapotzalco, como su espacio de interacción cotidiana. Donde distingue, entre otras cosas, que el medio donde se desarrollan las personas otorgan referencias simbólicas con las cuales constituyen su universo significativo individual. Siendo el lugar de residencia y la escuela centros de socialización de sentidos, simbólica y componente trascendental en la forma de pensar de los jóvenes.

[...] *yo* creo que pensaría de esa forma [como piensan las personas que viven en Azcapotzalco] porque al ir a la escuela, al salir a la calle adoptaría como piensan, como actúa la demás gente. Entonces, pues sí, *yo* siento que sí hubiera crecido [en Azcapotzalco, hubiera] adoptado la forma de pensar que tienen allá, no sé cómo, *yo* siento que sí. Aunque también tiene que ver mucho los padres. Porque sí, *yo* siento que sí han adoptado eso. Por eso, por el medio simplemente por eso (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Así pues, el proceso cognitivo de los sujetos empieza desde su nacimiento, pero la toma de conciencia es un proceso que se va desarrollando a lo largo de la vida. La construcción de los relatos de vida apela a la memoria, pero sin duda también a las formas de concientizar los eventos pasados y su conexión con el presente. En ese sentido, la noción de reflexividad planteada por Giddens, fue recuperada en este documento para estructurar el entramado de dimensiones que configuran la identidad de los sujetos. Sin embargo, como ya se mencionó anteriormente, la reflexividad es una capacidad potencial en los sujetos. Es decir, el desarrollo de esta capacidad

depende de contextos que coadyuven a generar mecanismos de dislocación, desagregación, identificación, renovación y reestructuración en cada individualidad.

La noción de reflexividad de Giddens está enmarcada en contextos europeos, mismos que no pueden equipararse a la situación que se viven en América Latina, tal como se argumenta ampliamente en el capítulo II. Aun cuando la globalización es un fenómeno que interpela a la expansión de los contextos, no resulta adecuado considerar las mismas variables en la multiplicidad de situaciones. Deslindarse de generalizaciones es pertinente en tanto se accede a explicaciones micro que generan conocimiento valioso para entender lo macro. Para realizar el análisis en esta investigación se apela, precisamente, al ámbito de la individualidad ya que en la medida en que sea posible rastrear algunos hilos del proceso de identidad en un contexto delimitado existe la posibilidad de construir modelos explicativos aplicables a contextos sociales más amplios.

El tema de la reflexividad como elemento transversal de esta indagación cualitativa entiende la construcción identitaria de los jóvenes en Valle de Chalco en términos de un primer acercamiento a un entorno físico, lingüístico, político, social, económico y cultural complejo. De esta manera, la noción de reflexividad para argumentar en el proceso de construcción identitaria de los jóvenes vallechalquenses no se toma *tabula rasa*, sino que se propone considerar las diferencias contextuales y de capacidades con las que cada sujeto cuenta para hacerse cargo de la constitución de su propio yo.

En los casos empíricos que nutren esta investigación se puede identificar diferentes niveles de concientización y capacidad reflexiva de los jóvenes. En la vida cotidiana los sujetos potencialmente ponen en juego su capacidad de reflexividad, pero donde quizá resulta más ilustrativo es cuando se les cuestiona directamente sobre las diferentes concepciones y sentidos que tienen aspectos significativos en la vida de los seres humanos.

5.2 *El sentido de continuidad: coherencia en la biografía*

La construcción del proceso identitario requiere de elementos que le permitan al sujeto referirse en varios momentos y espacios sin la sensación de fractura o quiebre en la su propia persona. El sentido de continuidad en la narrativa propia es

fundamental para reconocerse como el mismo sujeto sin importar el lugar ni el tiempo al cual se remita o experimente. Tal como se vio en el capítulo anterior, el sentido de continuidad otorga seguridad ontológica al sujeto en la medida en que se ve, a pesar del dinamismo del tiempo y del espacio, como el mismo ser. En términos de Gleizer:

Los individuos deben dotarse de una biografía que brinde *continuidad subjetiva* a la experiencia a lo largo del tiempo, al establecer una relación significativa entre las sucesivas etapas de la vida. Las biografías personales son, así, construcciones globales por medio de las cuales los sujetos constituyen su presente dentro de un horizonte específico del pasado experimentado y de su futuro anticipado (Gleizer, 1997: 124).

El sentido de continuidad conlleva a conceptualizar el *tiempo de vida*. Es decir, los sujetos saben que la vida tiene una cierta duración, tienen conciencia de la finitud. Por ello, el tiempo de vida adquiere relevancia en la construcción de la identidad, pues en ciertas circunstancias y momentos los sujetos reconocen a este tiempo como único e irreversible. Las decisiones de ayer tienen un impacto definitivo sobre las condiciones de hoy, y las decisiones de hoy tienen consecuencias sobre el mañana. De esta forma, el sentido de continuidad refiere a una construcción “que abarca los senderos clasificados por unidad de tiempo relevante, por los cuales transitan los individuos secuencial y simultáneamente y que reflejan cómo la sociedad da sentido personal y social al tiempo biográfico” (Gleizer, 1997: 125).

Como diría Bauman, lo fluido no se fija al espacio ni se ata al tiempo. Por ello es trascendental tener anclajes en la vida cotidiana. El sentido de continuidad dota de certezas a la experiencia humana, ya que la movilidad de los fluidos se asocia a la idea de levedad y a la idea de inseguridad, resulta no sólo pertinente sino necesario el sentido de continuidad. De ahí que “la identidad del *yo* no es algo meramente dado como resultado de las continuidades del sistema de acción individual, sino algo que ha de ser creado y mantenido habitualmente en las actividades reflejas del individuo” (Giddens, 1997: 72).

Vanesa, por ejemplo, puede expresar el sentido de continuidad de su propia biografía al enmarcar temporal y espacialmente su vida en un proceso fluido. Ella relata su infancia en una suerte de hechos encadenados donde el paso del tiempo es el que le iba recordando que se había desplazado y eso le permitía reconocerse a sí misma en diferentes momentos. Dentro del este segmento de su relato, Vanesa asegura haber tomado conciencia de sí misma desde el *kinder*. Lo cual es muestra del

desencadenamiento de la capacidad de reflexividad, misma que en el tiempo presente se observa como mucho más presente al verse a sí misma como capaz de relatar los primeros años de su infancia y calificarlos, clasificarlos, compararlos entre sí y ubicarlos en términos de continuidades y cambios relevantes como la toma de conciencia.

[...] pues vivo aquí [Valle de Chalco] desde que nací. O sea, estoy aquí desde meses y pues todo empezó en mi *kinder*, desde que me acuerdo todo es desde mi *kinder*. Iba y creo que fue bien, jugaba mucho, era muy traviesa, tenía muchos amiguitos y [...], pues, creo que todo fue bien. No sé nada más de jugar, de estar contenta y correr y muchas cosas. Y en cuanto a recuerdos [de problemas en] mi familia sí los hubo, pero bueno fue de [...], bueno todo siempre fue puro juego, pura diversión y pues nada así que *yo* recuerde de cosas feas que me pasó algo feo a mí no. O sea, lo normal no, que te caes y lloras y ya. Pero pues nada más. Sí, de ahí hasta los ocho años porque era lo de la primaria, lo de la tareas, simplemente cosas de la escuela. Ya llegar hacer tarea, hacer cosas de quehacer y jugar, jugar, siempre jugar, todo fue jugar (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Dinamismo en la biografía: fracturas, cambios, conflictos. La sensación de seguir siendo *yo* mismo a través del tiempo otorga certidumbre ontológica. Lo cual es indispensable para el desarrollo en la vida cotidiana. Sin el sentido de continuidad no habría manera de referirnos concretamente a un “mi”, al “yo”. No obstante, al mismo tiempo es necesario percibir cambio y dinamismo. La sensación de cambio posibilita plantearse un plan de vida, proyectos a futuro y enmarcar momentos concretos en la propia historia. Ambos elementos, el sentido de continuidad y el dinamismo en la biografía, ayudan a configurar niveles de abstracción y referencialización del sujeto con respecto a situaciones, proyectos y personas concretas. Tal como se argumentó en el capítulo anterior, ambos componentes son constitutivos de la conformación de una trayectoria propia y de la configuración identitaria en los sujetos.

En la reconstrucción discursiva de la biografía los sujetos organizan y sistematizan los eventos. El conjunto de operaciones que realizan para conectar situaciones y contextos es múltiple. El objetivo de encadenar acontecimientos es el de otorgar cohesión en la historia. La sensación de continuidad permite verse a sí mismo como la misma persona a través del paso del tiempo y mostrar ante los otros una continuidad en el relato.

Las formas de organización y jerarquización de los acontecimientos muestran énfasis en la construcción del propio relato en función de los intereses del sujeto que relata. Es falaz pensar que los sujetos están absolutamente concientes de la organización y jerarquización de su propio relato, no todas las operaciones son

realizadas con plena conciencia, muchas de éstas emergen de los horizontes normativos incorporados, de los preceptos sociales vigentes y del mundo de la vida.

En el mismo tenor, aunque parezca contradictorio, el dinamismo en la biografía permite constituir un relato cohesionado. No sólo es necesario el sentido de continuidad sino también la percepción del dinamismo en la biografía. Estos dos componentes no existen separadamente en el proceso de construcción identitario, cada cual tiene una función distinta, pero ambos conforman un núcleo fundamental para construir la identidad individual.

La juventud es frecuentemente conceptualizada en términos de cambio y de transformaciones en la biografía. Sin embargo, es bien sabido que los cambios son permanentes a lo largo de la vida. Aunque, en la juventud estos cambios van sentando las primeras experiencias que podrán fundamentar las decisiones futuras. Desde esta perspectiva, las operaciones mentales que hacen posible el reconocimiento de cambios en la continuidad de la propia historia ayudan a configurar una imagen del sí mismo, permite referirse a uno mismo en niveles diferenciados.

Como parte de la creatividad individual en el proceso de construcción identitaria es fundamental observar los componentes que implican dinamismo en el relato biográfico de los jóvenes. Pues aparentemente en contraposición con el sentido de continuidad, el dinamismo en la experiencia vital tiene la función de otorgar la sensación de cambio en la experiencia humana. Para construir la identidad es trascendental el encadenamiento de los momentos, pero no estaría completo este proceso sin la existencia de rupturas y fracturas que obliguen al sujeto a dislocarse de la vida cotidiana y de aquellos elementos que ofrecen asideros confortables.

Centros organizadores: padres, amigos, escuela, situaciones o contextos. Recordemos lo planteado en el capítulo anterior acerca de los centros organizadores, éstos son las entidades especialmente importantes en el proceso de construcción identitario del sujeto. Dado que estas representan continuidad en un proceso que de ninguna manera es estable. Entre los centros organizadores de la biografía se encuentran los padres, las relaciones de amistad, la escuela y algunos contextos o situaciones que varían según las experiencias de cada sujeto.

Vanesa, en este sentido, se autodescribe como sociable y ello la ha conducido a tener buenas relaciones con vecinos, amigos y familia. La vida social de Vanesa ha “fluido” sin eventos que hayan impactado fuertemente esta faceta en su vida. Para ella, los cambios más notables están al interior de su familia. Destaca principalmente la mala relación de sus padres y el impacto negativo de esta situación en ella. De tal suerte que sale a la luz la figura paterna como un obstáculo para conseguir estabilidad emocional. Así es posible observar a la familia como centro organizador de su experiencia de vida dado que la situación particular de sus padres es central en la construcción del relato de Vanesa.

[...] soy muy sociable y todos me conocen creo que *yo* caigo bien y a mi me caen bien, y no hay ningún problema, nunca he tenido ningún problema con cuestiones así con vecinos o amigos. En cuanto a mi familia, sí, sí ha cambiado un poco. Pues antes era más [...], digamos con mis padres eran un poco más estrictos, había más problemas entre ellos. Ahorita ya como que están un poco mejor las cosas, aunque siempre sigue un poco la presión, siempre tienes un poco la presión porque por qué no separarse, por qué no dejar algo que saben que lastiman y ahí siguen (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Según este extracto del relato, en Vanesa hay mayor sentido de continuidad en las relaciones sociales fuera del núcleo familiar. Mientras que los cambios más significativos los ubica dentro de la familia. Sin embargo, en general Vanesa percibe cierta estabilidad en sus interacciones aunque ello no necesariamente tiene que ver con “estabilidad positiva”. Es decir, para ella los problemas de sus padres representan una constante en su vida, desde su niñez hasta el día de hoy, lo cual se hace evidente al referirse a sí misma en términos de los cambios que percibe:

[...] en cuanto a mí creo que también como que cambió en algunas cosas, siempre como que debe de ser bonito, como que así debe de ser ¿por qué no? si se hablan, si hablando la gente se entiende, como se dice ¿Por qué no hablar algún problema que hay? En cuestiones de pareja, o sea, y todo esto surgió por mi papá. Porque es por ello que digo ¡ay por qué sigue! O sea, [lo] mismo de gritos, de maltrato físico, psicológico y todo digo así mal, o sea, no hay que cambiar totalmente es por eso que *yo* en mí como que desde digamos que los 16 para acá quiero estar siempre sola, siempre digo pues todo feliz simplemente amigos, amigas, vas a fiestas, deportes y tu vida es feliz, no necesitas tener una persona a tu lado para poder ser feliz (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

En este extracto de la entrevista es visible que la relación con su padre ha provocado cuestionamientos del “deber ser”, de lo esperado por Vanesa. Al mismo tiempo ha considerado opciones alternas a lo que ha experimentado en su familia para pensar su propia vida. Vanesa plantea que quizá lo mejor para todos en su familia sería la separación de sus padres, la responsabilidad de su padre en los problemas familiares y que no hay necesidad de tener pareja para “poder ser feliz”. Estas reflexiones han

provocado cambio en su manera de percibir las relaciones amorosas, en la familia y en general el mundo de las interacciones. Pero definitivamente, los problemas de pareja de sus padres y las actitudes particulares de su padre son centros que organizan las experiencias y reflexiones de vida en Vanesa.

En la etapa de la juventud los cambios emocionales y de percepción son interpretados por el sujeto desde distintas ópticas, donde sin duda interviene directamente su nivel de reflexividad. En palabras de Vanesa, durante los años finales de su adolescencia y entrada a la juventud, en principio o de manera general no reconoce grandes cambios. Ello es, evidentemente, muestra del sentido de continuidad de la biografía, lo cual puede no ser totalmente consciente en ella, porque conecta las personas a su alrededor (amigos, vecinos, familia, institución escolar) como muestra del poco cambio que ha habido en su vida. Sin embargo, al analizar más detalladamente Vanesa observa cambios en cuanto a actividades y a gustos se refiere.

Por lo tanto, es perceptible en el relato de Vanesa que el sentido de continuidad biográfica lo otorgan las interacciones más inmediatas. Aunque no esté clara o consciente del dinamismo de su experiencia de vida éste es el anverso de la misma moneda.

[...] no cambió porque todo, o sea, como que todo iba bien. O sea, sí en cuanto que hacía otras cosas, otras actividades. Ya me gustaba más acercarme más al deporte, iba a las canchas de básquetbol y pues ahí, con las personas porque seguí tratando a las mismas personas con las que viví la infancia, mis mismos vecinos, mis mismos amigos y pues eran conforme a mi edad, entonces pues ahí va todo, íbamos al ritmo. Todo bien. Pero ya era más de ir a bailar, actividades diferentes, pero era lo mismo, la misma diversión, me sentía igual. O sea, lo mismo, siempre todo igual porque era todo igual siempre lo de la escuela que cuando estaba todavía más pequeña, la escuela, mi casa, igual salía con mis amigos, pero todos nos íbamos así como con la edad y era igual tranquilo, todo tranquilo. Podíamos ir y venir y todo bien, o sea que no iba a cambiar nada. En cuanto a mis actividades que yo hacía que empezaron a ser otras. Pero nada más. Sí. (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

En el caso de Beto los centros organizadores de su biografía son fundamentalmente dos: sus padres y la escuela, pues en su relato continuamente aparecen estas dos entidades como fundamentales tanto para sus reflexiones como para sus acciones. Los padres como su más inmediato vínculo de interacción, de aprendizaje, de socialización y de referencia representan un centro en torno al cual Beto puede explicar o justificar gran parte de sus experiencias de vida. Y sin duda, también la institución escolar resulta trascendental en la organización de su relato. Es posible

decir que para Beto la escuela es una suerte de medidor de tiempos. Es decir, al referirse al pasado la referencia que saca a cuenta es el grado escolar en el que iba. Tal como se muestra en el siguiente fragmento de la entrevista:

[...] *yo* siento, que bueno, ha habido muchos [momentos y personas trascendentales en mi vida], pero, pues, *yo* creo que cuando empecé con mis estudios, *yo* creo que eso fue también muy importante, cuando comencé en la primaria, en la secundaria, en la vocacional. Pues *yo* creo que esos han sido pues hechos que me han marcado porque nunca se olvidan. *Yo* creo que mis papás porque *yo* pensaba de una forma, *yo* no sé si estaba equivocado o bien, pero, pues me fueron dando ideas, todo eso y ya fui cambiando más de idea. A lo mejor eran equivocadas mis ideas, no sé. [También me influyó] una novia que tuve, también me hizo cambiar un poco de ideas. Porque como *yo* era muy tímido antes, este, era mi forma de pensar que no debía abrir mucho la boca, pues ella me fue inculcando para que bueno se me quitara lo tímido y empezara a hablar más con la demás gente, a socializar y todo eso. *Yo* creo que ella fue también alguien muy importante. Sí cambió mi vida porque *yo* antes pensaba así que de que no debía hablar mucho y cuando me dijo eso cambió mi forma de pensar (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

En este fragmento se hacen evidentes tres tipos de relaciones o interacciones que marcan pautas importantes en la experiencia de vida de Beto. La escuela, sus padres y una novia. A partir de las diferencias que entabla en cada tipo de ámbito de sentido, Beto es capaz de reconocer qué o quiénes lo han y lo siguen influyendo en su vida. Es decir, la capacidad de Beto para verse desde distintos roles sociales le permite reconocer entidades fundamentales en la construcción del sí mismo.

El nivel de influencia que cada centro organizador de la biografía puede variar. Para poder establecer estos niveles sería necesario ahondar en esta situación. Sin embargo, por ahora es suficiente establecer cuáles son esas entidades que importan en la construcción de la identidad de los jóvenes. Es obvio que no todos los sujetos ponderan de la misma manera sus centros organizativos, ni siquiera es factible asegurar que estos que menciona Beto son centros organizadores de la biografía en todos los jóvenes. No obstante, se hace evidente que estos tres elementos sí constituyen gran parte de las referencias que los sujetos dan en el momento de interpelarlos acerca de qué o quiénes influyen más en sus acciones y pensamientos.

Noción espaciotemporal: espacio y tiempo. En el entendido de que la identidad del *yo* es el *yo* conceptualizado y comprendido por la persona en función de su biografía, para Giddens “la identidad supone continuidad en el tiempo y en el espacio: pero la identidad del *yo* es una continuidad interpretada reflejadamente por el agente (...) ser una persona no es simplemente ser un actor reflejo sino tener un concepto de persona (en su aplicación al *yo* y a los otros)” (Giddens, 1997:72). Es decir, pensar la

identidad como fragmentación es un error, porque la identidad no es una suerte de *collage* o de *pastiche* que integra a los sujetos, sino la identidad es un entramado de dimensiones que juegan diferencialmente en su construcción, como quedó argumentado en el capítulo II.

La ruptura en el tiempo y en el espacio que se observa en la narración de los jóvenes entrevistados posibilita mirar las formas de organizar y jerarquizar las situaciones y las interacciones experimentadas a lo largo de sus vidas. Lo cual muestra, bajo sus propios términos, la importancia de ciertos componentes constitutivos en su biografía. En el caso de Beto haber cambiado de residencia a muy temprana edad cambio la trayectoria de su vida, considera él mismo. Beto nació en Azcapotzalco y al año de vida sus padres decidieron hacer su vida alejados de la familia y cambiaron su residencia al municipio Valle de Chalco Solidaridad. En este tránsito reconoce un cambio de dinámicas en las formas de apropiarse del espacio, particularmente en lo que se refiere a los juegos infantiles que tuvo en uno y otro lugar.

[...] allá [en Azcapotzalco] jugaba, bueno, *yo* jugaba, sí, me iba no sé a una barranca y me ponía a jugar con mis hermanos o algo así. Bueno a ese tipo de lugares. Ya aquí [Valle de Chalco] llegué y como ya no había eso pues compramos cosas materiales como muñecos. Entonces ya me ponía a jugar con los muñecos, a veces salía a jugar fútbol, y así era como me divertía *yo* aquí [Valle de Chalco]. Y allá [Azcapotzalco], pues sí, esa era mi forma de divertirme (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Cronología: relación presente-pasado. De acuerdo con Giddens, la identidad individual lo es en tanto el sujeto tiene la capacidad para referirse a su propia historia discursivamente. En términos de una narración estructurada a partir de centros organizadores de la experiencia, ello no significa necesariamente linealidad en el tiempo. Así, el sentido de continuidad es inherente al proceso identitario. No habría forma de referirse a uno mismo sin la existencia de encadenamientos de sentidos, situaciones y experiencias. “Una persona con un sentimiento razonablemente estable de la identidad personal tiene sensación de continuidad biográfica y es capaz de captarla reflejamente y, en mayor o menor grado, de comunicarse con los demás” (Giddens, 1997: 74).

Ahora bien, para referir a la cronología en términos de la relación que el sujeto establece entre el pasado y el presente se puede tomar parte del relato de Mario. Donde se hace muy evidente que para él la infancia tiene un peso determinante en su proceso de subjetivación. La conexión entre las situaciones

pasadas y su presente tienen que ver directamente con esta etapa de su vida. Él mismo califica de fundamental su infancia pues la considera la mejor etapa de su vida hasta el día de hoy.

[...] mi infancia ha sido la mejor etapa de su vida, bueno es que ahora con mi familia, de las dos partes [materna y paterna], hay mucho distanciamiento. En mi infancia *yo* tenía una relación muy cercana con toda la familia de mi papá y la familia de mi mamá. Eso es lo bueno, la parte que más he disfrutado de mi vida, porque estaba con las dos familias. Aprendí mucho de las dos partes de mi familia. Es lo que más he disfrutado, que más me ha gustado (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

En este extracto de la narración de Mario es posible observar la conjunción de varios elementos. Lo cuales, cada uno individualmente y todos en conjunto, juegan un papel importante en el proceso de construcción de su identidad. Primero, Mario califica y jerarquiza las etapas de su vida. Es decir, pone en marcha su capacidad para referirse al pasado y desde su presente jerarquizar y valorar los momentos de su experiencia de vida. Es por ello que Mario destaca su infancia como la mejor etapa de su vida. Segundo, al ubicarse en el presente contempla una ruptura o cambio en su trayectoria de vida. La separación de sus padres provocó el distanciamiento de las familias y eso incidió en la forma de apreciar su propia vida. Y tercero, Mario en el tiempo presente interpreta la separación de sus padres, la cual provocó malestar en un primer momento, desde una perspectiva positiva. Asegurar haber conseguido aprendizajes que ahora valora y considera como determinantes en su experiencia de vida.

La separación de los padres de Mario es interpretada por él como una ruptura en su experiencia de vida. Sin embargo, no es necesario que exista una separación concreta para que el sujeto interprete las rupturas. Es decir, pueden haber situaciones o eventos en la experiencia humana que sean vistos simbólicamente como una situación de quiebre. Tal es el caso de Vanesa, pues la mala relación de sus padres y, particularmente, las actitudes negativas del padre hacia la madre, hacia Vanesa misma y hacia sus hermanas ha trastocado fuertemente el proceso de construcción identitaria en ella. Pues hoy día piensa y actúa en relación directa con las expectativas y en sus interacciones tanto dentro como fuera del núcleo familiar.

Específicamente, Vanesa está desilusionada en cuanto a relaciones amorosas se refiere. En ese sentido, el nivel de desconfianza en sus relaciones amistosas, amorosas e incluso familiares han modificado sus expectativas. Entre la desconfianza y la violencia Vanesa conecta sus desilusiones y observa en sí misma cambios en cuanto a sentimientos y expectativas se refiere. Así pues, en un primer momento

Vanesa se refirió a continuidad y bienestar en su vida, pero prácticamente se refirió a las relaciones externas, las cuales las observó en la superficie. Pues en un segundo momento, pudo concientizar los cambios internos que ocurrieron en el marco de las referencias e interacciones externas. De tal suerte que es posible observar cómo el sujeto puede pasar de los juicios, apreciaciones e interpretaciones superficiales a la reflexión más detenida y organizada desde diferente lugar de enunciación. Capacidad que aporta importantes insumos para construir la identidad individual.

[...] Aunque pues sí se acepta ¿no? [Una pareja], dices ¡ay qué bien! A lo mejor es muy padre porque se comparten cosas, pero de pronto esa persona lastima mucho o de tantas cosas que se ven así en cuanto a lo relaciono mucho con mi familia que un poco malo no lo sé, pero digo a lo mejor así, así está bien. Y en eso sí he cambiado, que antes como que mi ilusión era más de ¡ay estaba llena de ilusiones! Pero ahora ya no. O sea digo ¡ay! es algo pasajero, igual se me va a pasar y ya. Pero pues el entorno, las personas ya no son tan sinceras como antes, bueno no como antes sino como creía yo las que conocía cuando era más pequeña, que se veían decían y sí todo era así. Y ahora pues no, estas así como con la duda ¿si te estará diciendo la verdad? Eso en cuanto a las amistades y otras personas y hasta familia. Este, por ahí se ve como que ya hay más desconfianza, más que nada. Confianza y violencia (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

5.3 *Interacción: el “otro significativo”*

Como ya se viene esbozando desde el inicio de esta investigación, la interacción no puede dejarse de lado a la hora de analizar el proceso de construcción de la identidad. Pues como ya quedó asentado en el capítulo anterior la interacción ofrece insumos para construir y consolidar las características personales de los sujetos. De ahí que se apele al planteamiento de Antonio Paoli con respecto a las relaciones sociales, donde señala que son las relaciones sociales las que hacen posible “la creación, el afecto, la memoria, las estructuras espaciales y temporales. Ya que sin relación no hay pensamiento, ni sentir, ni recuerdo, ni límites, ni precisiones, ni ambigüedades hay siquiera” (Paoli, 2002: 129).

Así pues, las relaciones sociales fundamentan la identidad individual de los sujetos. En ese sentido, las relaciones son generadoras y generadas mediante los repertorios simbólicos que existen en los distintos ámbitos de sentido. Dicha operación es necesaria para configurar una imagen del “yo” y una imagen del “otro”. De esta manera el “otro” significativo funge como referente del sujeto para conceptualizarse a sí mismo y conceptualizar a su interlocutor.

“El otro significativo”: Referentes y referencias. El “otro” significativo se enclava en las representaciones relevantes para confeccionar un relato con bordes relativos a

personas y a situaciones específicas. Así como también, representa puntos de encuentro con la interacción social, con la referencia a espacios y situaciones que enmarcan la biografía. De tal manera que el “otro” es necesario para circunscribir las experiencias de cada uno, como punto de referencia, para colocarse en relación.

Referirse a la “otredad” no sólo es posible mediante la distinción sino además adquiere mayor complejidad al organizar y jerarquizar al “otro” significativo. Pues, como se vio en el capítulo IV, la interacción con otros sujetos colocados en distintos ámbitos de sentido y contextos de legitimación diferentes es sumamente relevante, en distintos niveles, para la constitución de la biografía. Cada joven otorga distintos significados y sentidos a la red de relaciones que genera en la cotidianidad. Por tal razón, para algunos jóvenes suelen ser los padres el primer centro de referencia, mientras que para otros los amigos u otras personas fuera del círculo familiar. De tal manera que el otro significativo está estrechamente vinculado con los centros de organización de la biografía, ya que en tanto otro es importante y significativo en la vida de los jóvenes conforma parte de los centros mediante los cuales estructura el relato de sus experiencias de vida.

Según Maffesoli “en la imitación se da el deseo de ser reconocido por el otro, la búsqueda de un apoyo o de protección social y de hecho de seguir una vía común” (Maffesoli, 2000: 40). Lo cual se puede remitir a la relación entre padres e hijos. Los jóvenes ven en sus padres protección y guía. Por ello, uno de los centros de organización en la biografía de algunos de los entrevistados son los padres, pues éstos representan figuras de autoridad, pero al mismo tiempo de ayuda y de protección ante los eventuales peligros que existen en el diario vivir. Así “el otro significativo” lo integran aquellas personas que, en alguna forma, contribuyen a deconstruir los mecanismos y el funcionamiento de la sociedad.

En el caso de Vanesa es patente que sus padres conforman el primer círculo de interacción y de referencia para la construcción del sí mismo. Es de destacar que matiza la relación que lleva con cada uno. En general asegura que aunque existe comunicación con sus padres no necesariamente existe confianza. Esto permite comprender determinadas fronteras en la relación que suele establecer con sus padres. Particularmente con su madre encuentra mayor espacio para intercambiar ideas y recibir consejos. De esta forma podemos hablar de que su familia y sus padres particularmente constituyen referentes y referencias en las experiencias de

vida de Vanesa. Pero quizá, un “otro significativo” de mayor importancia en su núcleo familiar sea su madre. Pues existe un vínculo más fuerte. Por tanto, la figura materna significa positivamente mayores referencias en el proceso de construcción de su identidad.

[...] yo creo [que hay] poca comunicación [con sus padres], pero totalmente no, más que nada comunicación sí la hay pero no tanta confianza porque, o sea, con los dos hablo, siempre platico de todo, platico de mi escuela, ahorita dónde quiero estudiar y de que me siento muy bien o que voy a ir acá, y me dicen no pus sí tal permiso. O sea, mi mamá siempre fue de las que poco a poco siempre los permisos así como conforme vayas [...], pues ahorita o sea salgo y todo, pero en cuanto de contarle cosas más así, no sé o simplemente de platicar hay más confianza con mi mamá porque mi mamá se presta, es más tranquila, es más de que me escucha, me da opinión, me dice no esto. Siempre me dice no de que mi amiga esto o de que hay un chico que me gusta, de que quiero andar con esta persona y así, o sea, mi mamá siempre me da opinión no pues yo lo veo así. Pero siempre, siempre, ambos, los dos siempre me dicen “pero es tu decisión” (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

La distinción de la “otredad” en la construcción identitaria, como se apunta en el capítulo II, es fundamental, dado que la imagen de uno mismo está siempre mediada por la referencia con un “otro”. Por su parte, Beto, describe su experiencia en la secundaria, en términos de los contextos de mayor relevancia para él. En la cual destaca las formas de relacionarse con sus compañeros en la escuela. Beto distingue la necesidad de socializar con sus congéneres. Esta socialización no solamente le traería una buena relación con ellos sino que, al mismo tiempo, él se sentiría “bien” consigo mismo. Es decir, Beto observa lo importante que son las interacciones y la distinción del “otro significativo” en su propia experiencia. En esta operación de concientización Beto deja ver su nivel de reflexividad en cuanto a las relaciones sociales que establece se refiere.

[...] pues cuando entré a la secundaria pues trataba de ser sociable con las personas, trataba de convivir con todas las personas, sin importar lo que dijeran. Este, pus sí trataba de actuar para de una forma ¿cómo podría decir? Para convivir más con ellos y para, pues, al mismo tiempo para sentirme yo, obviamente, a gusto y hacer sentir a las demás personas a gusto para que así conviviéramos (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Como ya se ha argumentado a lo largo de los capítulos II y IV, la referencialidad es fundamental en el proceso de construcción identitario, los jóvenes se constituyen a partir de imágenes de “otros” que juegan un papel dentro de su historia. Sin esta referencia sería impensable la construcción de una biografía y una historia propia. Entonces, el percibir a la “otredad” es parte del distinguirse como parecido, como diferente, como opuesto o integrante de un entorno concreto. En tanto persona cada sujeto se identifica en función de los demás, en función del entorno natural y social.

[...] el campo de la alteridad no es meramente un bombardeo de imágenes, ni tampoco el conocimiento de múltiples opciones diferentes; la alteridad no es la diferencia, se conforma desde la diferencia, pero la alteridad implica una relación social de tal fuerza, que implica obligar a vernos a través de la mirada del otro; en este caso la alteridad implica relación de poder (Valenzuela, 2000: 120).

Como centro organizador del relato, se entiende a las figuras fundamentales que representan los “otros” en la vida de los jóvenes. Incluso cuando se reconoce en la relación con los padres alguna distancia, éstos no dejan de enclavarse entre las principales imágenes a partir de las cuales suelen organizar su narración. En este sentido, Beto asegura tener una buena relación con sus padres; sin embargo, sabe por su experiencia que no siempre logra comunicarse con ellos incluso ésta se circunscribe al eventual entendimiento que éstos tengan para con él.

[...] yo siento que me llevo bien con mis papás. Que me comunico con ellos, que platico con ellos, que juego con ellos, pues sí, sí tengo esa comunicación con mis papás, pero no siempre funciona porque no siempre va a ser un caso en el que va, este, ¿cómo se podría decir? de que reaccionen de la misma manera. Pues sí, sí he tenido esa comunicación pero no siempre se va dar en caso de que sea buena (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Beto explora las posibilidades de comunicación con sus padres, donde es posible observar que, según él mismo, el nivel de comunicación con ellos depende de situaciones específicas, ya que considera que habrá momentos determinados donde tal confianza no funcionara. El tipo de operaciones mentales y el nivel de conciencia que los jóvenes muestran en su relato al interpretar y calificar sus interacciones cotidianas son reflejo de su capacidad de reflexividad. Misma que se vuelve a hacer evidente a la hora de organizar estas interpretaciones y contextualizarlas en su biografía.

En la vida cotidiana los referentes y las referencias que significan para el joven dependen, en gran medida, del vínculo afectivo que se construya en torno a ellos. Por eso, los padres son, en la mayor parte de los casos, un centro organizador de la narrativa. De hecho, existen diferencias en el nivel de significancia entre ambos padres. La madre es, más que el padre, un referente explícitamente más influyente en la vida cotidiana de los jóvenes. La convivencia con otros miembros de la familia, como los hermanos, también integran la referencia a la “otredad”.

En el caso Mario hay una variación en cuanto al nivel de importancia que tiene su familia como centro organizador de su biografía. Esta situación responde a que los padres de Mario están separados y él vive solo con su padre y, aunque ve

frecuentemente a su madre y hermana, no hay convivencia cotidiana y estrecha entre los miembros de su familia. De hecho, no necesariamente se siente integrado a un círculo familiar sino que su red social inmediata está compuesta de amigos y primos que representan un lazo afectivo muy importante desde su niñez.

[...] digamos las relaciones que tengo de amistad para mí la más importante son mis primos con los que conviví toda mi infancia. Este, después de ahí siguen mis amigos que están allá en Valle y otros que no están. Los que conozco fuera son contados, son como tres o cuatro, y ya son los que conocí en el bachillerato. Se construye una relación pues, pues algo muy parecido entre todos. A todos nos gusta casi el mismo tipo de música, todos tenemos el mismo punto de vista, este, no sé, es algo muy bueno. Igual muy parecido y a veces muy distinto por los lugares donde los conocí (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

De esta forma, en la situación particular que vive Mario los otros significativos adquieren matices diferentes con respecto a los otros informantes. Es decir, los otros significativos en Mario no son necesariamente los mismos y nos guardan igual orden en relación a su nivel de importancia. Por otro lado, es importante apuntar que Mario construye sus relaciones amicales mediadas por las experiencias pasadas en su niñez. Lo cual se muestra en la importancia que le otorga a la relación con sus primos. Pero también tienen que ver el gusto por las mismas formas de diversión y esparcimiento, el compartir el gusto por el tipo de música y las valoraciones que los identifican al referirse a diferentes temas.

Para Vanesa, Carla y Mario, la familia es altamente relevante en la construcción de sus referentes a la otredad de manera cotidiana. Además, estos tres jóvenes son los menores de sus hermanos y esa situación los coloca en otro tipo de interacciones en el núcleo familiar y con sus hermanos específicamente, ya que depositan en los hermanos mayores una suerte de papel o rol de “instructor-consejero” quienes pueden advertir de las posibilidades de acción y elección ante situaciones específicas. Tal como asegura Beto: “sí me ven que estoy en una situación, no sé, algo incomoda ellos me aconsejan algo que podría hacer yo” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

En el proceso de construcción identitaria el reconocimiento de circunstancias y vivencias parecidas con los congéneres se configuran vínculos amistosos y de compañerismo. Las relaciones de amistad suelen ser importantes en la medida en que los jóvenes comparten experiencias y momentos de iniciación. Los lazos de amistad se configuran a partir de afinidades y de sentimientos de solidaridad, cariño y

comprensión que encuentran en sus pares. Fuera del círculo familiar es importante reconocerse y reconocer al “otro” en dimensiones que no son posibles en la familia.

De acuerdo a las referencias y significados simbólicos compartidos se integran pequeños grupos de jóvenes con los que entablan una relación estrecha de confianza y complicidad. Para que sea posible esta sociedad es necesaria la afinidad en universos simbólicos, gustos musicales, horizonte normativo, espacios de convivencia y prácticas cotidianas. A continuación se presenta un extracto de la entrevista de Vanesa donde expresa cómo son sus lazos amistosos y qué encuentra en las amigas para considerarlas como tal.

[...] tengo tres amigas, a las cuales estimo mucho. La mayor ya va a cumplir casi 20 años pues todas somos de la edad y, este pues, las aprecio mucho y nos llevamos tan bien porque siempre creo que sí hemos estado en [...], conozco de su vida de ellas y ellas conocen de la mía. Siempre en cuanto a diversión, en cuanto a tristeza, que pasamos esto o que vamos a hacer algo y, este, pues creo que lo que yo puedo ofrecer es simplemente, o sea, mi persona, lo que es “vanecita”, hace esto y hace lo otro y espero les agrade y, pues lo que ellas me ofrecen o sea también es mucho es tanta confianza, o sea risas, felicidad, tristezas, lagrimas, todo así es y eso hace todo [...] yo las conozco y vivo con ellas sus tristezas y que te cuentan y que les cuento. O sea, hace que se lleve un sentimiento muy fuerte y es eso que yo digo: ¡ay mis amigas! Porque conozco varias cosas de su vida de ellas y ellas de la mía. Entonces, como que vamos todo, siento que ambas todas ellas me dan todo de ellas y yo doy todo. Entonces, este, por eso que considero una buena amistad. Una amiga sabe creo que hasta más que mis hermanas y mis papás. Entonces que es por eso que hasta digo: “o sea cómo es posible que hasta mi amiga sepa más que mi [que mi] familia ¿no?”. Pero a veces es por la poca confianza que hay. Porque es muy diferente, o sea, llevarte bien con tus hermanas, nos llevamos bien, sí hay confianza y comunicación, pero no tanta. Y tiendo a sentir más hacia mis amigas que hacia mi familia. Entonces es cuando pienso que hay un sentimiento también muy fuerte hacia ellas (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Carla, por su parte, tiene una percepción diferente ante el tema de la amistad. Los lazos emotivos con la que considera su mejor amiga en la colonia donde vive no revisten la importancia que relata en su caso Vanesa. Para Carla es claro que en la escuela sólo tiene compañeras, pero ello no necesariamente la hace pensar en valorar más la amistad que tiene con Diana. Como es evidente, cada persona pondera a los otros significativos de distintas formas. De esta manera queda claro que las significancias corresponden al nivel de vínculo emotivo que existe entre el joven y sus interlocutores.

[...] por decir aquí en la colonia solamente tengo una amiga que es Diana. Y [...] sí me llevo bien con ella, pero no la siento así como una gran amiga ¿no? Y a las de la escuela, solamente, bueno no son amigas las de la escuela, solamente son compañeras, con ellas no, no siento tanto que haya amistad (Carla, 15 años, estudiante de CONALEP)

Sin embargo, en ambos casos, las amigas son un apoyo, enseñan, aconsejan, ayudan y comparten momentos. Para Vanesa la relación de amistad es algo presente en su vida, es necesaria y la disfruta. Mientras que por su parte Carla experimenta la relación de amistad de una forma más lejana, menos comprometida emotivamente.

Debe recalarse que la “otredad” no sólo la constituyen las personas más cercanas porque incluso aquellas personas con las cuales se entabla una relación esporádica o circunstancial son referentes para la acción individual. Dado el contexto social de los jóvenes en Valle de Chalco Solidaridad parece relevante observar cómo ven a los vecinos. En el entendido de que los miembros de una comunidad son parte de los bordes significativos en los cuales enmarcan sus vidas cotidianas. Al respecto, es posible observar que los jóvenes entrevistados tienen una escasa relación con los demás miembros de su comunidad.

El reconocimiento de los vecinos se circunscribe a la convivencia mínima y superficial. Lo estrictamente necesario para no tener problemas, saludar y no interactuar con éstos. Por ejemplo, Beto afirma al respecto que: “solamente para mí, pues, solamente son vecinos, les hablo, los saludo, sí siento que son buenas personas pero pues como que no me desenvuelvo mucho al hablar con ellos, porque como ya son personas más grandes, por eso. Pero siento que son buenas personas” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

En el mismo tema, Mario tiene la dificultad de que los últimos años ha repartido su estancia entre la casa de su madre, que vive en Nezahualcóyotl, y en la casa de su padre, que vive en Valle de Chalco. Lo que le representa una dificultad para vincularse afectivamente con personas de su comunidad. Sin embargo, reconoce que en el pasado hubo más cercanía con sus vecinos de Valle de Chalco pero, debido al mejoramiento económico de algunos la relación cambió. Ya que lo que los mantenía unidos era la misma situación estructural de su comunidad. La solidaridad vecinal fue posible en tanto los participantes de la comunidad compartían las mismas carencias y condiciones de pobreza muy parecidas.

[...] mi vida social ha sido algo nula. O sea sí he tenido contacto con vecinos, pero es algo muy breve y allá en Neza sí he tenido un poco más de contacto. Digo en Valle, perdón. Este, en Valle pues con los vecinos, bueno antes nos llevábamos bien por lo mismo que digamos Valle se estaba levantando todavía. Este, todos empezamos casi en el mismo punto, todos se hablaban, todos se, era algo muy entretenido, muy bueno. Pero pus ahora hay personas que ya se levantaron más, hay personas que siguen abajo y, pues uno ya no puede llevar la misma relación con ellos, porque digamos las personas que se levantaron más ya son un poco más alejadas y los que siguen, ora sí que abajo, siguen hablando bien o si tú eres uno de los alzados te

hablan un poco más cortante, como que no hay una relación como muy amena, pues no (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

5.4 *Horizonte normativo en el proceso de construcción de la identidad*

El proceso de construcción identitario se marca de la situación social de la cual participa el sujeto. Como se enuncia en el capítulo I, el contexto social provee de universos simbólicos al sujeto con los cuales configura sus horizontes valorativos y normativos ya que mediante éstos cada sujeto produce y participa de los elementos sociales significativos. Es pertinente recordar que en la modernidad, lo social tiene dos dimensiones: la global y la local. El primero se refiere a los discursos y las prácticas que le llegan a los sujetos del exterior, fuera de su espacio inmediato. Lo global se difunde, sobre todo, mediante los diversos medios de comunicación: periódico, radio, televisión, Internet. Lo global que trae consigo relatos diversos, externos, fragmentados se cohesionan con lo local. Siendo éste el espacio inmediato de interacción, donde se construyen los vínculos más cercanos entre sujetos, donde se obtienen de primera mano aquellas formulaciones del “deber ser”, donde se experimenta la vida cotidiana.

Así pues, los espacios de referencia para construir el complejo significativo de los sujetos no están separados sino que existen entremezclados. Aunque se pueden identificar de dónde provienen cada uno de ellos, se los selecciona según las necesidades de sentido que busque tener el sujeto. Asimismo, la incorporación de los referentes globales depende, en gran medida, del nivel de adecuación del sentido en el contexto local, en el cual el sujeto desarrolla su vida diaria. Pues al estar lejos o ser radicalmente diferentes al medio inmediato de interacción habrá problemas de semantización, de adaptación y reconocimiento en un contexto de la comunidad local.

Valoraciones. Como parte del contexto social, el horizonte normativo integra el repertorio de valoraciones disponibles para que el sujeto califique su entorno. Las valoraciones son evaluaciones prácticas de carácter censurable o digno de aprobación de los fenómenos influibles por nuestro actuar. Así pues, los horizontes normativos funcionan como disposiciones predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a fines particulares, sin

que ello signifique una búsqueda conciente y un dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos. De esa manera, las prácticas individuales y colectivas son históricas. En el sentido de que las percepciones y acciones están inscritas dentro de los límites que marcan las condiciones particulares en su contexto de producción.

La referencia al horizonte normativo se sobrentiende. Por ello baste con repetir que se trata de un conjunto de posibilidades o perspectivas disponibles socialmente en términos de normas y valores. Mediante este horizonte se evalúa y jerarquizan las situaciones, las elecciones y la vida social e individual tanto propia como ajena.

No obstante, valga agregar que el horizonte normativo se integra mediante las prácticas culturales. La diferencia entre cultura como sistema de normas y valores y, como acumulación de significados, radica en que normas y valores no agotan el amplio campo de los significados, no todos los significados son necesariamente normativos. Los significados pueden ser efectivamente morales, pero también estéticos, cognitivos (en el sentido interpretativo no sólo evaluativo) y las formas de razonamiento cotidiano.

Por esta razón, en términos de esta investigación, el horizonte normativo es mucho más que el sistema axiológico del sujeto. De hecho en la práctica los valores sociales, morales y estéticos pueden distar mucho de los enunciados discursivamente por la misma persona. Entre los entrevistados hay oportunidad de observar bajo qué supuestos axiológicos y valorativos construyen su percepción del mundo, qué tanto los cuestionan o los incorporan a su vida cotidiana, así como las valoraciones implícitas en sus percepciones. Tal como se puede ilustrar en un extracto de la narración de Beto al respecto del valor social que se atribuye a la institución escolar y, por ende, el reconocimiento social del cual las personas que asisten o no a la escuela se hacen acreedoras. Esta reflexión de Beto muestra cómo disocia el valor socialmente impuesto del valor de las personas más allá de la normatividad social.

[...] dicen que cuando uno tiene educación y eso, pues, vive uno mejor ¿no? pero pues yo diría que, bueno desde mi punto de vista, que sí tiene que ver mucho [la educación] pero también tiene que ver mucho la persona, por eso no..., cuando sea una persona que no tenga mucha educación, que sea una persona ignorante, si la persona es inteligente y abierta, obviamente va a ser mejor que otra persona. Por eso digo que supuestamente. Y pues creo que sí, las sociedades son muy diferentes, la sociedad (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Vanesa, por su parte, pone a consideración los valores sociales, ya que según enuncia, no cree en ellos, pues cada persona los interpreta como quiere. Para ella los valores no tienen importancia aunque sabe que hay algunos preceptos sociales que “deben” considerarse en la vida. Sin embargo, para esta joven los valores son parte de cada sujeto, como una suerte de “esencia” en cada uno. De tal manera que los valores sociales no le interesan en la medida en que ella se sabe capaz de tomar decisiones en función de su “posibilidad”. En sus propias palabras Vanesa lo expresa:

[...] pues no sé, yo creo que cada persona simplemente los toma [los valores sociales] como que a su forma o quiere como ¿cómo decir? [...] pues nada, es que como que lo tomo así “equis”, porque realmente así como que yo creo que ninguna persona realmente los toma o sí pero ya los quieren agarrar de otra forma. Por decir así de la libertad, porque la libertad es así como que ¡wow la libertad! Pues no, no, no les tomo tanta importancia. O sea, sí sé que hay valores que sí se deben de retomar, en este caso es muy importante la honradez o de ser muy sinceros. Pero simplemente no es de que los tomes sino ya es uno como es, o sea, si ya eres sincero es porque ya eres sincero, si ya eres, si quieres libertad es porque ya la tienes. Pero es que si unos de plano están así de ¡ay! Sí hay que sacar cierta libertad, pero no sé, siento que eso de los valores como que es ya como uno los tome o al menos yo no los tomo así, no los retomo tanto así de que “no sí hay que hacer esto, simplemente yo voy a hacer esto pues porque pues ya, yo así lo creo posible o no sé” (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

La Moral. En relación con la percepción que los jóvenes tienen de la autoridad se encuentra la moral. Ya que, como se vio en el capítulo anterior, no es otra cosa que el horizonte valorativo y legislador que distingue entre lo “bueno” y lo “malo”. Bajo estas orientaciones morales califican las situaciones y las experiencias propias y ajenas.

En el caso de los jóvenes, su repertorio normativo está directamente relacionado con las primeras diferenciaciones que hacen respecto al “deber ser”, relatado tanto por sus padres como por sus profesores, la iglesia y medios de comunicación y, los primeros intentos por deconstruir tales relatos y construir los propios. Las valoraciones, las normas y la moral componen el horizonte de reconocimiento y calificación de los actos humanos. En este sentido, la sanción al transgredir las normas sociales vigentes se circunscribe al orden moral. Es decir, el quebrantar el “deber ser” social es razón de agravio por parte de los demás miembros de la comunidad. Al respecto, Beto distingue entre las morales de Azcapotzalco y Valle de Chalco Solidaridad, particularmente llama su atención lo que refiere a la concepción de la mujer y su forma de vestir en uno y otro lugar.

Allá [Azcapotzalco] creen que las muchachas no deben de..., cuando una muchacha lleva una blusa donde le descubre el pecho dicen que ya es una “mujer cualquiera”, bueno así dicen ¿pero qué es una mujer cualquiera? Este, por ejemplo cuando tienen pantalones pegados, algo así que no ven allá muy a menudo y que aquí es diferente, no sé, como que no les agrada la idea de que las muchachas se vistan así (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Evidentemente el horizonte normativo moral está conformado por el universo simbólico vigente en la sociedad. Es decir, cualquier valoración personal no puede ser una creación absolutamente propia, ya que tiene una historicidad enmarcada en un contexto de legitimidad, el cual media entre los deseos de cada persona y las prácticas simbólicamente construidas y aceptadas en el espacio público. El contexto social ofrece una amplia gama de posibilidades para actuar, pensar y reaccionar ante los eventuales sucesos, pero cada posibilidad lleva consigo implicaciones, las cuales también deben ser tomadas en cuenta por el sujeto a la hora de ponerlas en práctica.

A diferencia de lo que expresó Beto, para Mario, Valle de Chalco Solidaridad no tiene una sociedad suficientemente “liberal”. Él asegura que fue ésta una de las razones para cambiar de residencia por tres años. Las referencias que Mario tiene de un lugar no liberal y uno liberal son respectivamente Valle de Chalco y Nezahualcóyolt, ambos municipios del Estado de México.

El tema con que ilustra tal situación son las fiestas. Las fiestas son espacios de socialización en donde los jóvenes empiezan a configurar, sin la supervisión de adultos, sus primeras interacciones amorosas y amistosas. Las razones para reunirse con determinado tipo de persona viene de la afinidad en temas como la música, las formas de divertirse, la apariencia física, la concepción misma de la “fiesta”. De esta manera Mario piensa que uno de los indicadores de que Valle de Chalco no sea liberal son las fiestas.

[...] digamos, allá en Valle [...] cuando llegan a hacer fiestas son cuestiones que [...], no sé tan siquiera a las que yo llegué a ir eran como convivio de primaria, todos sentados así. [...] he llegado ir a fiestas de allá de Neza y era una onda más mejor, mucho mejor en cuestión de ambiente. Porque ya veías a personas bailando, veías personas platicando y allá en Valle no, era todo lo contrario, era estar sentado ahí en tu sillita, no sé, tomando tu refresco o ya muy ya muy avanzada la fiesta ya una cerveza. Pero pues ya, era muy diferente, bueno es muy deferente. [...] pues las formas afectivas, sociales, como quien dice pues, pues yo veo como que en Neza es un poco más liberal, más liberado. Por lo mismo de que digamos yo estuve conviviendo con los del Bachilleres 12, está ahí por el estadio Neza, y había mucha gente de muchos lados, por lo mismo esa diversidad y también por la escuela, este, conviví mucho con ellos, pues era una onda muy diversa muy padre, en comparación cuando iba a Valle un tipo de gente con la misma platica y pues a mi la verdad me llegó a aburrir eso. Prefería estar afuera con diferentes tipos de gente (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

En el proceso de construcción identitaria el horizonte normativo funciona en doble sentido: uno, da las pautas para encadenar las acciones propias respecto de las aceptadas socialmente; dos, revela las posibilidades para ensanchar los límites sociales. Con ambas, el sujeto puede establecer, según sus intereses particulares, líneas de acción en su vida cotidiana. Durante la adolescencia y la juventud se abre la posibilidad para no dar por sentado el cúmulo de ordenamientos sociales relatados en la familia y en la escuela. El sujeto joven va adquiriendo la capacidad para reconocerse o desconocerse en algunos de los planteamientos normativos que aprendió en los primeros años de su vida. Sin embargo, es obvio que las reformulaciones del horizonte normativo están mediadas, más que por cuestiones estructurales, por su capacidad de dislocación de lo “aprehendido” y, por ende, de su capacidad de reflexividad. Respecto al ejemplo que dio Beto de cómo son calificadas las mujeres en Azcapotzalco cuando visten con blusas escotadas o pantalones entallados, su valoración en términos morales es que está mal, pero en sus propias palabras lo expresa de la siguiente forma:

[...] Pues yo digo que..., pues como yo vivo aquí [Valle de Chalco] pues, yo diría que estaba mal pero, pues supongo que..., bueno sí, siento que está mal porque las personas deben de ser abiertas a nuevos cambios, a la forma de pensar de las demás personas, supongo que respetarlas la forma de pensar, por eso digo que está mal. No es porque sea de aquí [Valle de Chalco], a mi me parece eso, pero pues siento que sí, que está mal a mi parecer (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Autoridad: Fronteras y límites. Así pues, según lo discutido a este respecto, la construcción de la identidad debe tener referentes y referencias explícitas para ubicar el rango de acción del sujeto mediante las cuales construya, al mismo tiempo, ámbitos específicos de comportamiento en relación a los contextos de legitimación de los cuales participa. En la observación del proceso de construcción identitaria, la percepción con respecto a la autoridad es definitiva, en la medida en que el sujeto reconoce los límites de las prácticas sociales e individuales, de sus deseos y reflexiones sobre aquello que le rodea. La percepción de los límites y las fronteras en la interacción social es básica para construir referentes de lo “permisible” y de lo “prohibido”.

La comprensión y la imagen que el sujeto tiene de la autoridad permea en las formas de conducir su comportamiento con cada persona y en cada situación. De tal manera que el reconocimiento de la autoridad permite al sujeto crear distancias, límites o formulas de acceso ante las variadas situaciones y personas en su vida

cotidiana. La definición de autoridad bajo el contexto de los jóvenes vallechalquenses está básicamente circunscrita a los padres, hermanos mayores, profesores y autoridades escolares. El gobierno y la policía son vistos por los informantes como autoridad, pero su presencia es mínima en su contexto y experiencia inmediata.

Con respecto a la percepción que tienen de la autoridad los jóvenes entrevistados en esta investigación es de destacar que la consideran necesaria. Conciben como tarea de la figura de autoridad, cualquiera que ella sea, la de ordenar y controlar las situaciones. En este sentido Beto relata:

[...] pues, *yo* siento que, pues, está bien, porque todo debe de tener un orden. Porque si no, pues todo se saldría de control y no habría un orden. Y, bueno pues, en general, por ejemplo con mis papás *yo* siento que está bien para poner límites, para que no se excedan en algo [sus hermanos y él] y, pues en la escuela igual, bueno es casi el mismo tipo de autoridad (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

En general, la idea que gira al rededor de la autoridad es la de necesidad de marcos normativos para referirse a las experiencias de la vida. Para los jóvenes entrevistados es necesaria la autoridad porque “alguien” tiene que poner límites. Así, su percepción sobre la autoridad es positiva, dado que ven en ella la capacidad de “ordenar”, “orientar” o “dirigir” su forma de vivir. Para los informantes la autoridad, encarnada en padres y maestros, es necesaria. Ésta tiene la función de conducir y restringir las acciones de los jóvenes y la aceptan a partir del reconocimiento de la experiencia que los adultos tienen de la vida. Las sanciones, por tanto, están justificadas bajo la percepción de estos jóvenes.

Entonces, hay una clara aceptación de la autoridad, por lo menos discursivamente. Vanesa, por su parte, considera que la autoridad se tiene que respetar porque los límites son importantes. “Yo creo que sí se tiene que respetar, ahí sí hay un cierto límite. Ahí retomando otro valor, el respeto. Pues simplemente respetar que sí, sí es importante la autoridad” (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

5.5 *Mundo de la vida: papel en el proceso de construcción de la identidad.*

Según el planteamiento hecho en el capítulo anterior, el mundo de la vida se refiere al complejo cultural dado por descontado. En el entendido de que la cultura es el contexto en el cual los sujetos, en un proceso de definición intersubjetiva participan de la vida social. El mundo de la vida pertenece a aquellos agregados sociales

incuestionables establecidos históricamente. Aunque si bien es cierto que el sujeto participa de estructuras heredadas y que están instaladas en los diferentes ámbitos de sentido donde participa, también es cierto que tiene la capacidad de dislocarse de ellos y trastocar estos principios universales.

Como se viene argumentando en la presente investigación, los jóvenes se transitan con conceptos sociales aceptados. Pero es justo su nivel de reflexividad lo que les permitirá cuestionar estos preceptos. Ello no implica necesariamente que los transforme pero sí que tomen conciencia de ellos. Cabe destacar que la concientización de aquello dado por descontado depende de la capacidad de dislocación de cada persona.

En el caso de Vanesa es posible observar su capacidad para cuestionar el mundo de la vida ya que plantea situaciones anómicas en su entorno inmediato. Un ejemplo de ello es la concepción que tiene del cambio que ha experimentado en su vivencia. En torno al tema del cambio, ella remite a cierta movilidad y transformaciones en sí misma: a nivel psicológico, cognitivo y de proyecto de vida. Pero también observa cambios en la sociedad, en el ambiente, que se conjugan con los cambios internos para referirse de manera distinta en los diferentes momentos de su existencia. Cabe recordar que anteriormente había mencionado que no percibía cambios en su vida, con ello trataba de transmitir una sensación de continuidad en su vida. Pero al indagar y ahondar más en su experiencia de vida pudo acceder a una interpretación más fina de su propia biografía.

[...] cambias tú, bueno cambia uno porque dices así como que *yo, yo* pensaba que era esto o por qué no haces esto, y ya después dices: “no es que así es, sí tiene que ser así o tiene que ser de esta manera”. Cambias tú, en varias cosas. Sí, en cuanto a lo que piensas, en cómo veías algo y ahora cómo lo ves, en cuanto a tus propósitos también. [Antes] quería como que hacer esto, pero no, creo que es más conveniente hacer esto. Cambias, cambia uno, cambia uno y el ambiente digamos social. *Yo* creo más que nada que por las personas cambia uno, no, no, no así, pero también cambia el entorno se podría decir (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Mientras que en Vanesa hay ciertos momentos de desvinculación o cuestionamiento con el mundo de la vida y se percibe como constructora de su propia existencia, en Carla es más frecuente recoger sus comentarios en un sentido diferente. Para Carla la vida y los acontecimientos que ha experimentado son prácticamente circunstanciales y pocas veces se ubica ella misma como sujeto activo en los diferentes eventos que describe. Carla actualmente estudia en un CONALEP en el municipio Nezahualcóyotl, pero no fue una decisión suya, sino que sus padres le impulsaron

para estudiar ahí. Además, la carrera técnica que estudia en esta escuela tampoco le satisface “[...] yo me pensaba meterme a algo de computación, pero pues ya con esto [la imposición de sus padres por estudiar enfermería] ya no, ya no sé ni qué hacer [...]” (Carla, 15 años, estudiante de CONALEP).

Desde este contraste en las formas de asumir la existencia y el protagonismo del joven en sus decisiones, es posible observar las actitudes que tienen hacia los momentos considerados como definitorios en su existencia. Mientras que Vanesa se plantea los cambios que ha tenido a lo largo de su vida y puede identificar que los cambios son tanto externos como internos, Carla, aparentemente, se concreta a seguir las decisiones que sus padres toman por ella.

Complejo simbólico-cultural: roles sociales. En la medida en que el sujeto selecciona, jerarquiza y significa ciertos modelos o “roles sociales” tiene opciones para reconstruir y adecuar lo significativo según su capacidad de adaptación y según sus intereses particulares. En el mundo de la vida uno de los elementos más representativos es el rol social.

Los roles sociales son las formas especificadas para actuar según el estatus, el género, la situación, la edad, la religión. En otras palabras, los roles sociales refieren a las funciones específicas que han de seguir las personas de acuerdo a su lugar en la estructura social. Lo que se espera de cada sujeto, socialmente hablando. Cada modo de actuar está referido a una condición estructural, no obstante, en el análisis es posible observar el nivel de aceptación o desacuerdo que los jóvenes le otorgan a los roles sociales disponibles para cada persona en cada situación.

La referencia a los “papeles sociales” y a las “tareas específicas” que se deben cumplir deja ver la existencia de cuestionamiento, reproducción, sometimiento o flexibilización del rol social. En el caso particular de los jóvenes es muy relevante observar esta situación pues, en el proceso de construcción de su identidad, están comenzando a concientizar “el deber ser” como oportunidad para experimentar, transgredir o reafirmarse en su cumplimiento en la medida en que reconocen en su actuar un “actuar moral”.

Anteriormente, en el apartado referente a los centros organizadores de la biografía y al horizonte normativo salió varias veces a la luz las concepciones que los informantes externaron acerca de los que “es correcto” y lo que “no es correcto” en

términos de acciones y pensamientos de las diferentes personas con las que interactúan.

Para Mario, que sólo vive con su padre, los “roles” que juega cada uno en las interacciones cotidianas se trastocan con respecto al “ideal” socialmente estructurado. En ese entendido, su mirada acerca de los roles de padre y madre se han modificado con respecto al imaginario colectivo.

[...] con mi papá llevo una relación casi más como amigos porque, digamos, hubo un tiempo para que él y yo nos hemos, él y yo hemos tenido una, no sé, una confianza, una relación mucho más amena que como si fuéramos padre e hijo. Como que como que ya le tengo un poco más de confianza, ya convivimos un poco más. Cosa que antes igual y por lo problemas no teníamos. Y con mi mamá pues es una cuestión más o menos similar. Claro que con mi mamá no puedo llegar a hablar cuestiones o igual sí puedo pero por pudor no lo hago (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Mientras que los jóvenes informantes que viven en un seno familiar “tradicional” (madre, padre e hijos) tienen una imagen de sus padres como autoridad, pero también de “maestros” o “guías”. La interacción cotidiana convoca a conceptualizar los “papeles” o “funciones” que deben desempeñar cada uno. En ese sentido, la situación particular de los entrevistados muestra sus respectivas concepciones del “deber ser” y sus reacciones tanto prácticas como significativas.

Así pues, en la medida en que existen formas de actuar socialmente estructuradas, el sujeto relaciona directamente los roles de las personas con las características que deben tener sus acciones. Es decir, los padres deben ser proveedores, la madre tierna y comprensiva, el padre enérgico y el profesor un guía. Cada sujeto, según el contexto en el que se encuentre, debe desarrollar un papel específico. Lo cual implica hacerse cargo de las estructuras mentales simbólicas dispuestas socialmente y con las que cada uno se tiene que desempeñar.

La multiplicidad de papeles que desempeña el sujeto en la modernidad lo lleva a colocarse respecto de los otros y respecto a las circunstancias del momento. En el caso de los jóvenes, estos se mueven entre sus roles de hijos de familia, hermanos, amigos, alumnos, entre muchos más.

No obstante, los jóvenes aprenden a dislocarse de los papeles y reubicarse en otro según convenga a la situación. Vanesa por su parte, reconoce en su madre ciertos “valores” que le parecen dignos de retomar para sí misma. Sin embargo, asegura que no está de acuerdo con su madre en que la deje cometer sus propios errores, pues ya que ella tiene más experiencia en la vida debe decirle cómo y qué

hacer bajo determinadas circunstancias. Para Vanesa lo ideal es que su madre sea una “guía” que le ofrezca su punto de vista y así, ella misma, poder decidir.

[...] lo que nunca tomaría de mi mamá, porque me he dado cuenta que es de las personas que, por decirlo, le estoy comentando de algo y..., ella piensa que está mal tons me dice: “pues no sé, yo ya te dije pero entonces, o sea, tú sabes. Tú, tú lo tienes que vivir y no sé que”. Entonces, por qué no mejor decir “sabes qué, es que pasa esto, yo no quiero que hagas por esto, pasa esto, esto y esto”. O sea sí, ¿por qué no? yo creo que también yo sabré decirle no pues sí. [...] entonces yo creo que lo que no me parece es de que tengas que, o sea, que vivirlo [...] “para que me entiendas y para qué sepas entonces vívelo”. O esa, así como “allá tú si te caes al hoyo”. Entonces no, por qué [no] evitar eso, por qué no decir: “ira hija yo creo, o sea que, simplemente es esto porque pasa esto, pasa esto”. [...] y lo que tomaría pues de mi papá lamentablemente yo creo que nada, no tomaría nada. Pero de mi mamá sí, muchos sus, así como que sus valores que tiene en algunas cosas de que se reserva, sé que hay cosas que no se deben de reservar. Simplemente así expresarse y todo, pero yo sí tomaría muchos valores de mi mamá. No sé de que honradez, este, no sé la sinceridad que tiene, la inocencia también que a veces yo siento que tiene. O sea, de hecho ahorita estaba escuchando una canción que dice a dónde quedó la inocencia, que la inocencia es la palabra más ausente y sí es cierto porque..., por qué se pierden tantas cosas? y que sé que mi mamá todavía tiene algunas cosas lindas y eso es lo que yo creo que tomaría de ella (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Tanto para Vanesa como para Beto, una parte del rol de ser joven es el de ser aprendiz y el de los padres, enseñar. La experiencia de vida de sus padres debe servir para guiarlos con respecto a las fórmulas para “convivir mejor en sociedad”. Es decir, los padres, en general la autoridad, deben conducir a los jóvenes para socializar “mejor” y para reaccionar ante ciertas eventualidades en la vida cotidiana.

Hay que destacar que una tarea que deben desempeñar los padres, según lo enunciado por Vanesa, Beto y Carla, es transmitir la normatividad y las fórmulas sociales bajo las que se rige cada contexto. Tal situación se observa en el relato de Beto: “yo creo que como no hemos visto nada, este, como los papás ya conocen el mundo exterior cuando uno no, por ejemplo, ellos te pueden enseñar cosas como andar en la calle, cuando te asaltan qué debes hacer, no sé cosas para que no te lastimen o algo así, para que convivas mejor con la sociedad, para que no busques problemas en la sociedad” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Asumir la existencia de los roles sociales permite a los sujetos reconocer las situaciones y referirse a ellas de acuerdo a lo aprendido. De alguna manera, los roles sociales ayudan a construir fórmulas de acceso a cada circunstancia y, por tanto, dota de certidumbre necesaria para la acción colectiva e individual. Sin embargo, es necesario reconocer la eventualidad de los trastornos en las estructuras mentales que podrían llevar a modificar la visión del mundo. Cuestionar o resignificar los roles sociales es revolucionar una parte del universo simbólico. La movilización de las

estructuras simbólicas vigentes en la sociedad depende del nivel de reflexividad de cada joven. Entre los entrevistados en esta investigación es identificable que los roles sociales son parte de los elementos que incorporan a su subjetividad y, por lo tanto, con los cuales están construyendo su propia identidad.

Beto, por ejemplo, asegura tener más confianza con su madre, ya que ella es más comprensiva y le da consejos. Sin embargo, reconoce que existen cosas que ella no entendería porque es mujer, es entonces cuando tiene que recurrir a su padre, aunque la relación con él sea menos estrecha, pues él es más estricto. Beto expresa lo siguiente: “ah pues le platico [a su padre], bueno, se podría decir entre comillas cosas de hombres, por ejemplo no sé: que me pelee en la escuela, algo así que siento que entendería más que con mi mamá, si se lo platicara a mi mamá. Ese tipo de cosas”. En esta idea hay un elemento interesante cuando dice “entre comillas cosas de hombres” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN). De alguna manera Beto pone en tela de juicio esta noción sobre “cosas de hombres” y “cosas de mujeres”. Beto cuestiona, en cierto momento, el “deber ser” en el rol masculino y femenino, pero al mismo tiempo reproduce el rol al conversar de ciertos temas sólo con el padre porque, según su punto de vista, la madre no entendería tanto como el padre. La misma situación se puede observar en el extracto del relato de Mario citado anteriormente, donde expresa tener una buena relación con sus dos padres, sin embargo a su madre hay cosas que no le cuenta por pudor.

Los sujetos jóvenes están comenzando a desarrollar sus propias ideas en torno a las estructuras sociales que han visto e incorporado en su vida cotidiana. De pronto en este proceso de reconocimiento de los roles sociales se vislumbra una suerte de cuestionamiento al rol que le toca desempeñar. Aunque la incorporación de los roles sociales se hacen evidente ante casi cualquier referencia a las prácticas sociales e individuales. En el caso de Beto, como joven estudiante, lo más importante es terminar la preparatoria y una carrera para poder tener una “vida hecha y derecha”. De hecho su proyección hacia el futuro es una constante referencia a aquellos relatos que regularmente provienen de la familia, la sociedad y los medios de comunicación. Pensarse en diez años con una carrera concluida, con un trabajo, casado y con hijos. Además de propiedades como casa, auto, entre otras. “al acabar mis estudios pues obviamente, pues sí supuestamente, bueno sí ya tendría una vida ya hecha y derecha supuestamente también. Pero pues más *yo* creo que más que nada es eso de que la

satisfacción de haber acabado y decir “no pues ya acabé mi carrera, ya estoy trabajando y eso’ ”. ¿Pero qué significa tener una vida “hecha y derecha”? Beto contesta: “ah pues, para mi es por ejemplo acabar mi carrera, es casarme, tener un trabajo, tener hijos ¿qué mas? Y pues sí cosas materiales como una casa, algo así” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Los procesos de reproducción de las relaciones sociales implican regularidad en las formas de dar sentido; sin embargo, con la posibilidad de ruptura en la intersubjetividad la desviación y la incompreensión no quedan anuladas. De nuevo, estos procesos reflexivos son diferenciales en cada sujeto por lo que en el proceso de construcción de la identidad tendrán distinto impacto.

5.6 *Proyecto de vida: entre lo deseable y lo posible*

Tal como se argumentó en el capítulo II, la identidad en la modernidad no sólo se refiere a lo que se es en el tiempo presente, sino lo que se quiere ser. En ese sentido, es pertinente vincular la vida cotidiana con el proyecto de vida que los sujetos se plantean al formarse una idea de sí mismos. De este modo, la cotidianidad es constitutiva a la proyección a futuro en los jóvenes en la construcción de su identidad. Pues la repetitividad y la organización de la vida en actividades frecuentes permiten certezas al sujeto. La organización de las cosas se debe a que suponemos que mañana van a ser de la misma manera. Lo cual nos permite planear cosas a futuro sustentados en la idea de un presente más o menos estable.

Sin duda, en el proyecto de vida interviene el contexto social-estructural del que participa el sujeto. En términos de las condiciones que lo sitúan y que restringen sus proyecciones a futuro. Aunque si se planteamos en términos de lo “deseable”, el sujeto puede proyectarse en un futuro más allá de las posibilidades que vislumbra en el presente.

La presencia activa de todo el pasado del que es producto, es lo que proporciona a las prácticas su independencia relativa en relación a las determinaciones exteriores del presente inmediato. En ese sentido, las decisiones están constituyendo al mismo tiempo, pequeños y trascendentales momentos en la vida de las personas. Las elecciones cotidianas, “a pequeña escala”, tienen una importancia definitiva en la trayectoria de vida de cada persona. No sólo las grandes e importantes decisiones contienen componentes para la conformación de la imagen

y la proyección de sí mismo hacia el futuro. La proyección del sujeto en el tiempo requiere de operaciones, nuevamente, de dislocación.

Proyección al futuro: Plan de vida. El curso de vida se entiende como la existencia de razones que exigen la construcción de un plan de vida. En términos de tipo ideal, el sujeto proyecta un plan de vida y trata de hacerse de las herramientas para cumplirlo. Las herramientas son una suerte de motivaciones basadas en razones. Tanto los motivos como las razones están considerados en la vigencia de un sistema simbólico social. En ese sentido, los cursos de vida se relacionan directamente con aquello que es deseable, permisible, adecuado, correcto o todo lo contrario.

En tanto el curso de vida define los marcos de referencia dentro de los cuales los individuos dan sentido a su biografía, permitiendo que la aprehensión subjetiva de las propias experiencias esté en correlación con los significados sociales atribuidos a ellos, esta construcción puede ser conceptualizada como un esquema cultural que, al igual que la religión o que la ideología, se construye en una fuente extrínseca de información simbólica para estructurar la vida humana.

Así pues, los cursos de vida son socialmente creados, reconocidos y sancionados. Por ende, el tiempo biográfico puede ser visto como constreñido por estructuras históricas, culturales y sociales. Así como por otros procesos que definen cuánto devienen disponibles para los sujetos los varios roles, posiciones e identidades definidas por las estructuras convencionales de la vida social. Para Gleizer el curso de vida une tres dimensiones de tiempo, que registran horizontes normativos distintos pero relacionados (Gleizer, 1997: 126):

- 1) El tiempo de vida o la edad cronológica individual
- 2) El tiempo social o el sistema de clasificación por edades y las expectativas de edad que dan forma a las trayectorias individuales.
- 3) El tiempo histórico, o la sucesión de eventos políticos, económicos y sociales que moldean el contexto en el cual el sujeto nace y realiza su dinámica, fondo contra el cual su vida es vivida.

Así pues, en el entendido de que “la biografía constituye un proyecto elaborado que incluye a la identidad: no sólo se planifica lo que se va a *hacer* sino lo que se va a *ser*” (Gleizer, 1997: 37). Es decir, la proyección al futuro es fundamental en la autoconstitución del sujeto. Las consideraciones de los acontecimientos pasados se hacen evidentes en las formulaciones presentes, mientras el tiempo futuro se observa como las ensoñaciones o deseos de ser y hacer. Al mirar el discurso en torno a la

proyección del futuro es posible observar las expectativas que se tienen de éste. Situación que resulta interesante al analizar a los jóvenes en términos de posibilidades que ellos mismos observan en su vida futura. Estas posibilidades responden, en gran medida, al contexto cultural-estructural al que tienen acceso, en una suerte de “expectativas generalizadas”; es decir, lo que se espera de ellos. Incluso, no sólo lo que socialmente se podría esperar de ellos en un tiempo determinado, sino su propia construcción de expectativas en torno a aquello que “saben que sería lo ideal”.

En términos de los proyectos de los jóvenes es viable despegarnos de la noción de clase como elemento que determina las proyecciones. Pues, como asegura Enrique Martín Criado, “en la sociedad moderna, donde la estructura de clase ha dejado de organizar *formalmente* a la población, el proceso de juventud ha perdido su especificidad de clase, generalizándose, aunque continúen siendo muy distintas las circunstancias en que se desenvuelven” (Martín, 1998: 60)

En el caso concreto que ocupa esta investigación, cuando a los informantes se les que se solicitó que se proyectaran al futuro por medio de la pregunta: ¿cómo crees que va a ser tu vida en diez años? Casi todos se veían en una vida “normal y feliz”. Entiéndase, como consecución de los “ideales”: un trabajo estable, con buena remuneración, esposo (a) e hijos. Lo cual habla de la interiorización de los roles sociales en su propia visión de la vida. Al proyectarse en el futuro con referencia al cumplimiento del “deber ser ideal” también tiene algunos límites o fracturas que se muestran en el cuestionamiento o rechazo, en alguna medida, de los roles socialmente aceptables.

En ese sentido, uno de los entrevistados, Mario, asegura que sí se ve con un trabajo de acuerdo a la carrera que quiere estudiar o con negocio propio, pero que no quiere estar casado para ese entonces porque él no cree en el matrimonio. Así se hace evidente que hay niveles de aceptación, reproducción e incorporación de los roles sociales y, por tanto, de los universos simbólicos. La capacidad de cuestionamiento y de interpelación de la subjetividad, dada la experiencia personal, genera ciertos desapegos o cuestionamientos a dichos universos simbólicos.

Así pues, los planes de Mario se centran en concretar un negocio de cibercafé con su padre. Considera que la edad le permitirá una mayor capacidad de concientización. Su proyecto de vida en diez años está cimentado en el ámbito

profesional y laboral, mientras que en la parte personal, casarse no está dentro de sus objetivos, asegura no creer en el matrimonio.

¿Cómo me veo? Una persona conciente en mis acciones, este, bueno me gustaría ya estar en un espacio, en un local mío y ya atendiendo, ya sea de atendiendo computadoras, haciendo un cibercafé o algo o trabajando en una empresa ya, en una empresa bien en la carrera que haya elegido. Este igual y casado no, porque no soy muy de esa idea, este, pero pues sí, si también pues ya estar en una casa, ya sea allá en Valle o Coacalco (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Con la subcategoría “proyección a futuro” se refiere a los planes de vida como el contenido sustancial de la trayectoria reflejamente organizada del *yo*. Ya que la planificación de la vida es un medio de preparar una línea de acción futura activada en función de la biografía del *yo*, asegura Anthony Giddens (Giddens, 1997: 111). Como es obvio, en la toma de decisiones se revelan componentes que las restringen, las posibilitan y las potencializan. De ahí la importancia de tomar en cuenta las oportunidades que pueden condicionar las elecciones de vida.

Dado que uno de los centros organizadores de la vida de Beto es la escuela, su proyección hacia el futuro está básicamente referenciada en este tema. Sin embargo, él mismo advierte la existencia de contingencias que podrían cambiar sus planes, lo cual no le impide proyectarse en sus deseos y potencialidades: “[...] pues *yo* quisiera estudiar ingeniero en sistemas computacionales. *Yo* creo que, que bueno eso es lo que quiero ahorita, no sé si se pueda verdad, pero es lo que pienso que *yo* quiero ahorita acabando de la vocacional irme a estudiar” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Allí donde predominan los modos de práctica tradicional, el pasado introduce en el futuro una amplia banda de “práctica tradicional”. El tiempo no está vacío y un ‘modo de ser’ coherente relaciona el futuro con el pasado. Tal como se ve en la proyección a diez años que realiza Beto.

[...] pues *yo* siento que para esa edad ojalá *yo* ya haya acabado mi carrera, ya tenga pues un trabajo, ya tenga, pues sí, mi vida supuestamente ‘ya hecha’. Este, que ya tenga mis hijos, este, *yo* creo que tres voy a tener, dos hijos y una hija [...] como a los 24 más o menos. Pues este, *yo* siento que, pues, siento que eso sería de lo más relevante que podría haber en mi vida para esa época” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

En los siguientes párrafos se presentan algunos extractos que dejan ver las expectativas de vida que tienen los jóvenes entrevistados. Para Vanesa, por ejemplo, su proyecto a corto plazo ingresar a la universidad, cosa que no pudo hacer al salir de la preparatoria por falta de recursos económicos y lo explica en el siguiente párrafo:

[...] en los próximos meses, entrar a la escuela. Entrar a la escuela en el mes de septiembre ya voy a iniciar mis clases, voy a entrar a la universidad así con la carrera de ciencias de la comunicación. Este, pues estoy así como que bien emocionada y bien así, ya fui por el plan de estudios y ahorita es lo que quiero hacer en estos meses antes de entrar a la universidad, qué es lo que va a venir. Siempre creo que en ese aspecto he sido así como de ver bien lo que voy a hacer para que ya cuando esté [en la escuela] estar así al cien. Y esa es una de las cosas más importantes, entrar a estudiar en Ixtapaluca, se llama la escuela UPEM, Universidad Privada del Estado de México. Es pequeña, se ve agradable, bueno es muy pequeña la escuela, pocos compañeros pero, o sea, *yo* por lo que voy es por así ¡ay la carrera no! (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Mientras que los planes de Vanesa a largo plazo, en 10 años, están muy relacionados con su vida profesional y laboral, en el ámbito personal se proyecta casada y con hijos. Con una condición económica solvente y con una familia propia. Es decir, Vanesa se proyecta en una vida “ideal”.

[...] ¡Ay qué tal! pues dentro de 10 años me veo ya trabajando de acuerdo a mi carrera que voy a llevar, de acuerdo a mi profesión. Este, me veo con alguien a mi lado, con una familia, este, *yo* creo con un hijo o dos hijos a lo máximo. Más que nada con una familia y, en un estado económico espero más o menos, bien. Pues no sé así me veo, con un buen trabajo, disfrutando con mi familia y muy feliz y viviendo *yo* creo, no, por aquí no. No sé exactamente por dónde pero por aquí no creo, no viviendo por aquí (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Ahora bien, en lo que se refiere al territorio como espacio de construcción identitaria y sentido de pertenencia, es de resaltar que todos los informantes rechazan la idea de verse viviendo en Valle de Chalco. Todos mencionan que no está en su plan de vida permanecer en este municipio. Lo que advierte un sentido de pertenencia débil y, por ende una idea del territorio como algo espacio es sustituible. Esto es ilustrado por un segmento de la narración de Beto. “[...] *yo* siento que me gustaría ir a vivir a otros lugares para conocerlos. Porque como aquí [Valle de Chalco] ya conozco, bueno más o menos, este, me gustaría ir a conocer a otros lugares [...], por ejemplo Oaxtepec, que gustaría ir a conocerlo bien. Me gustaría vivir allá” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Del mismo modo, Vanesa y Mario en su oportunidad expresaron no desear continuar residiendo en Valle de Chalco, y Carla tiene la misma consideración al respecto, la cual salió a cuenta al proyectarse en los próximos 10 años.

[...] pienso que..., pienso *yo* que ya no voy a seguir estudiando, que..., es que *yo* sí quiero seguir estudiando pero no sé si pueda. *Yo* por eso me imagino. Y ya no voy a estudiar, voy a trabajar en la..., bueno pus en la carrera [técnica] ¿no? Así me imagino *yo* trabajando y ya no, ya no estudiando [en la universidad]. *Yo* creo que tendría ya una familia. En otro lugar, por decir en, en..., en un lugar que sea tranquilo, fuera de aquí. Como donde vivíamos antes, por Milpa Alta, en San Pablo, a mi me agradó mucho ese lugar (Carla, 15 años, estudiante CONALEP).

5.7 *Vivir la juventud en Valle de Chalco Solidaridad*

Ya se habló ampliamente sobre la categoría juventud en el capítulo III. Por lo tanto, en este apartado sólo queda recordar que la idea que fundamenta esta investigación con respecto de su objeto de estudio, los jóvenes, es que “frente a la edad biológica, hay que distinguir la edad social” (Martín, 1998: 24). Así pues, la juventud es una condición social que se distingue históricamente. Entonces, debe haber una concordancia entre el concepto social de juventud y el concepto de cada sujeto respecto de esta condición. Se espera que haya coherencia entre el concepto social y la acción de los sujetos jóvenes.

Como ya se ha dicho en esta investigación, la definición de “ser joven” se enmarca en ámbitos de sentido y contextos de legitimación específicos. De esta forma, es viable mirar las vivencias de la juventud de los sujetos vallechalquenses. Ello bajo la perspectiva de Enrique Martín Criado, la cual supone que la juventud debe ser definida en términos de la reproducción de agentes sociales (Martín, 1998: 58).

Los jóvenes “en tanto sujeto social, constituyen un universo social cambiante y discontinuo, cuyas características son resultado de una negociación-tensión entre la categoría sociocultural asignada por la sociedad particular y la actualización subjetiva que sujetos concretos llevan a cabo a partir de la interiorización diferenciada de los esquemas de la cultura vigente” (Reguillo, 2000: 50). En ese sentido, la propia conceptualización de “lo joven” y la juventud adquieren información relevante en el análisis de la producción de la identidad de los jóvenes vallechalquenses. Para referir a la juventud como unidad de análisis fue necesario construir un capítulo en torno a esta temática. Ello contribuye a desmembrar las discusiones académicas en torno a esta categoría de estudio. Sin embargo, resulta pertinente apelar a los jóvenes entrevistados acerca de su propia vivencia de la “juventud”. Las formas de explicar su concepto a partir de su experiencia revelan importantes elementos de autopercepción, además de dejar entrever la situación objetiva en la que viven esta etapa.

De manera general, Beto considera que la edad es un elemento que homogeniza comportamientos juveniles, aunque en algunas otras partes de la entrevista deja ver que los espacios de convivencia diaria son fundamentales en la conformación del yo. De acuerdo con Beto, los jóvenes de Valle de Chalco y los que

habitan en la Ciudad de México comparten rasgos en su pensamiento, formas de diversión y comportamiento porque tienen en común el mismo tiempo de existencia.

[...] los chavos de allá [de Azcapotzalco] pues obviamente son, bueno pues sí, se puede decir que son diferentes en lo social, porque, obviamente, como es un pueblo empezaron a crecer con la forma de pensar de las demás personas del pueblo obviamente. Pero pues, pues sí cuando por ejemplo *yo* voy allá [Azcapotzalco], este, sí, como que no me aceptan mucho por ser del Estado [de México], digo de otro, de otro lugar, que no sea de ahí mismo porque ellos así lo ven. Pues se visten como de un pueblo, este, piensan pues como, como en un pueblo. Obviamente, tienen las..., lo que les inculcaron, la tradición y la forma de pensar que les inculcaron (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

[...] ah pues, *yo* creo que, *yo* creo que no existe diferencia [en el comportamiento de los jóvenes que radican en Valle de Chalco y los que habitan en la Ciudad de México] porque como es la edad, bueno generalmente, los chavos piensan, pues, más o menos de la misma manera. No igual, pero como es la edad piensan más o menos de esa forma. Por eso siento que sí es igual. Es igual, bueno, en el Estado [de México] y allá [Ciudad de México], no, no hay ninguna diferencia. *Yo* creo que también es por la edad. Porque aquí se divierten, bueno cuando *yo* iba a la secundaria [nos] divertíamos, no sé, yendo al billar o al cine. Y ahora que estoy allá [estudiando en la Ciudad de México] es igual. Son las mismas diversiones (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Respecto a las vivencias que experimenta en esta etapa de la vida, Beto relaciona la edad con la falta de experiencia en temas como la amistad y la felicidad. Es como si al transitar la juventud no fuera posible experimentar algunos sentimientos. De ahí que asegura que la dificultad u obstáculo que tiene para “sentir” felicidad o amistad le vienen de su escasa edad. “[...] no sé, tal vez es por la edad pero *yo* siento que ahorita no soy feliz no sé por qué [...] pues sí, no es por cosas materiales [...] la verdad no me explico porqué no. No, no me explico. A lo mejor porque no he sentido en verdad lo que es la felicidad, a lo mejor por eso, no sé”.

En el mismo sentido formula otra idea en relación a tener un “mejor amigo” de su edad; sin embargo, este “otro significativo” lo reemplaza con la figura de sus padres. Beto: “no lo he tenido [un mejor amigo], claro nada más con mis papás. *Yo* creo que porque como somos tan jóvenes, *yo* creo que no conocemos bien lo que es la amistad, *yo* creo que es eso más que nada ¿no?” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN). A diferencia de Vanesa y Mario, Beto no deposita en los amigos la oportunidad de hablar “en confianza” y no tener que justificar ciertos actos. Mientras que para Beto sus padres destacan como centros organizadores de su biografía y los amigos aparecen muy poco, en el caso de Mario es lo contrario:

[...] [Cuando] alguien me cae bien *yo* le hablo normalmente como a cualquier persona. Ya con el tiempo se va dando, no sé, un lazo más de confianza de, no sé, algo un poco más ameno entre los dos o los que seamos y bueno ahí es cuando me doy cuenta cuáles son mis amigos, cuales son nada más compañeros. *Yo* lo veo así con el paso del tiempo porque ahora sí lo que se podría decir que son mis amigos, los conozco más de dos años y digamos a las personas que llego a conocer de un día para otro los considero nada más como compañeros o conocidos. Pues la mayoría, en mi caso la mayoría de mis amigos me han, este, me han ayudado, me han enseñado cosas igual que sí me han servido. Y por parte de los padres pues es lo mismo que digamos son cosas que ellos ya vivieron y que a uno le van ayudando. Bueno en mi caso sí me han enseñado mucho mis amigos (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Evidentemente el contexto de cada sujeto enmarca la definición y su propia vivencia de qué es “ser joven”. En el caso de Mario piensa:

[...] bueno por lo que *yo* he vivido y por lo que *yo* he estado con varios compañeros ¿no? es alguien que disfruta la vida, es alguien que disfruta ora sí que las oportunidades que vienen. No todo, bueno la mayoría, no todas la oportunidades. A veces o casi siempre hace las cosas sin pensar, que intenta corregir sus errores, que si no los corrige pues lamentablemente respetarlos, pero se me hace, *yo* digo que, ora si que, vive la vida, la disfruta. Bueno a mí se me hace eso (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Mientras Vanesa hace una retrospectiva para referir a su experiencia de “ser joven”, la que describe ampliamente en el siguiente extracto de la entrevista realizada:

[...] según *yo* es ¡ay! Estar muy feliz, estar..., querer hacer muchas cosas, muchos planes, que dices voy a hacer esto, voy hacer esto, voy a hacer y, pero a largo plazo. Así como que espero se realicen. Tener muchas, todavía aún así, ilusiones, propósitos. Simplemente es vivir, así como que vives al máximo y haces esto y si bailas lo disfrutas tanto, tanto, tanto y ser joven *yo* creo es estar haciendo lo que estas haciendo en este momento y que realmente estas disfrutando de hacer, de hacer eso. *Yo* creo eso es ser joven. Disfrutar. Disfrutar más que nada. Creo *yo*. O así lo veo (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Si la identidad es la configuración de una imagen subjetiva y objetiva de cada persona, ésta tiene un vínculo necesario con la capacidad de jerarquizar, construir y apelar a las diferencias dadas bajo diversos órdenes, por ejemplo entre las más elementales es ubicarse ordinalmente a sí mismo en el núcleo familiar. Dice Beto: “tengo tres hermanos, dos hermanos más, perdón. *Yo* soy el menor”. Hasta operaciones más complejas que permiten al sujeto posicionarse en relación con otras entidades. Tal como lo hace Beto cuando menciona:

[...] *yo* siento que un compañero pues solamente habla contigo porque es tu compañero, convives con él. Pláticas y todo eso, pero saliendo del nivel [escolar] en donde estés ya, se olvidan de ti, eso para mi es un compañero. Y un amigo pues, [...], se acuerda de ti a veces, te habla por teléfono, te va a visitar, no sé, te pregunta cómo has estado con tus problemas. Para mí eso sería un amigo” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Sin duda, una de las operaciones más relevantes para la conformación de la identidad de los jóvenes es la que realizan en torno a su autopercepción. El enunciador se refiere a su “yo”, separándose, en la medida de lo posible, del sí mismo para poder verse “desde afuera”. En este sentido, llama la atención la persona enunciativa en el relato de Beto, se refiere a sí mismo como “él”, en tercera persona. Lo cual da pautas para conceder en este ejercicio mental-discursivo su disposición de dislocación del sí mismo. Donde muestra “desde afuera” como se autodefine:

[...] *yo* diría que él es alegre, diría que es un poco inteligente, *yo* diría que es amigable, que le gusta convivir con las personas, diría que a veces es [...] un poco ¿cómo se podría decir? O sea que a veces hace algunas cosas inesperadas, algunas veces. Diría que es muy apasionado en lo que le gusta. Pues sí, diría ese tipo de cosas de él (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Así, mediante las características que utiliza para definirse a sí mismo Beto reconoce elementos propios que lo distinguen y con los que configura rasgos particulares de su personalidad. La idea del sí mismo permite constituir una imagen que muestra a los otros, pero que al mismo tiempo esta imagen la ha construido con las percepciones que los otros tienen de él. “[...] la verdad *yo* siento que no soy rencoroso, me gusta convivir con las personas, este, soy amigable y esos son aspectos que me gustan de mi. Me considero normal, o sea, como una persona normal que a veces piensa que se ve feo o a veces piensa que se ve normal o a veces piensa que se ve guapo. O sea, como la demás gente” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN). Es evidente que la distinción de sí mismo respecto a la autoimagen puede darse en varios sentidos. En los casos de los informantes en esta investigación se encuentran muy presentes las autoconcepciones en términos valorativos (positivos o negativos) y en dos dimensiones (física o sentimentalmente).

Como ejemplo de la primera distinción está la idea que desarrolló Beto en torno a este tema donde, anteriormente, se observa la parte positiva que ve en sí mismo, mientras que lo negativo lo expresa así: “[...] me enoja muy rápido, es de las cosas que no me gustan. Sí, que sí me enoja muy rápido de algunas, cuando en algunas situaciones, por ejemplo, cuando dicen algo entonces me molesta mucho y me enoja y [...] pues sí me altero mucho” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

En las operaciones de distinción que realizó Vanesa es posible observar el tipo de consideraciones valorativas. En varios extractos de la entrevista se ha podido constatar. Este apartado destaca particularmente cómo los jóvenes de Valle de

Chalco se distinguen a sí mismos y al “otro” significativo, bajo qué concepciones y sistema axiológico. Vanesa ejemplifica esto con la descripción que hace de la relación y los caracteres de sus hermanas, donde distingue claramente cuáles son las características que las define, el tipo de relación que puede establecer con cada una, así como el factor de la edad como elemento que hace diferencias en los temas o los momentos en que ellas, como hermanas mayores, tratan ciertos temas con Vanesa.

[...] tengo dos hermanas, la mayor tiene 25 años se llama Mónica Araceli, la mediana se llama Miriam Itzel y tiene 24 años. Y este, pues con las dos creo que es igual, hay una cierta diferencia en cuanto a carácter, digamos que la mayor tiene su carácter más tranquilo, más noble, más que nada más noble, más sensible y, la mediana también, pero tiende a cualquier cosa reaccionar más así furiosa, más agresiva o totalmente !no! En cambio la mayor siempre con tranquilidad, siempre no pues sí es que tal vez es un “no”, pero es que pasa esto, por esto y lo otro. Llega a ser más descriptiva en la decisión que toma que la otra solamente es un “no” y ya, se acabó. [...] o sea, con las dos, estoy bien y es la misma comunicación y les cuento las mismas cosas y ellas a mí, pero, pero siempre también tiendo a decidir más en ciertos temas en que le voy a decir a quién le digo primero. Esto primero se lo cuento a Miriam y después a la otra. [...] todo bien, excepto que por la diferencia de edad, este, digamos la mayor me lleva siete años y la mediana seis, entonces, confianza de mí para ellas la hay, pero de ellas para mí siento que a veces pues no, no logran contarme todo o me lo cuentan pero después, en determinado tiempo. A la mejor por mi edad o precisamente porque ya me conocen también cómo reacciono así que como qué puedo decir, pero pues creo que sí entre las tres hay buena relación. Aunque a veces con la mediana es un poco más de difícil por el carácter muy fuerte que lo tiene para algunas cosas y siempre como que quiere tener la razón y siempre es lo que ella dice, pero pues creo que entre la otra y yo sabemos ya cómo es y la toleramos y eso ya sabemos cómo es ella y después se le pasa y después ya nos pide disculpas, pero pues es buena la relación con mis hermanas (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Mario plantea muy claramente las diferencias que encuentra entre sus compañeros de la escuela, el municipio donde vive, sus padres y amigos a tras luz de su propia visión del mismo. Organiza, valora y jerarquiza diversas dimensiones en su biografía. Se reconoce a sí mismo como diferente o como similar a sus congéneres, pero lo más revelante de ello es que se ubica con referencia ante los “otros” significativos.

[...] mi escuela, bueno ahora que lo pienso como que dejaba mucho que desear en el aspecto de los maestros porque pues posiblemente no daban clase y a parte de no dar clase los alumnos, los compañeros sí eran muy, en ese tiempo sí éramos muy dispersos. Aunque no todos teníamos, como quien dice, la misma ideología como que no, bueno, en mi caso, no me llegué a llevar bien con ellos. Pero pues, la instancia en la escuela pues fue entre buena, por decir, entre buena y mala (Mario. 18 años, ayudante de albañil).

La distinción no sólo se refiere a la capacidad de diferenciar las características de uno mismo con respecto a los otros, también se refiere a las operaciones que los sujetos realizan para establecer puntos de comparación entre lugares, situaciones,

contextos, sensaciones, opiniones, vivencias, entre otros. Concebir rasgos o elementos comparativamente permite ubicarlos, jerarquizarlos y posicionarse con respecto a ellos. Las consideraciones reflexivas en torno a las situaciones enmarcan contextos y posibilidades de acción en eventuales sucesos. De esta forma, la distinción conforma parte del proceso de configuración identitaria.

En general puede ser difícil concientizar en las enunciaciones discursivas las propiedades de los objetos o sujetos que cada uno utiliza para relacionarlos. Lo cual permite mayor capacidad de juego de la subjetividad. En el caso de los jóvenes entrevistados en Valle de Chalco se observan, por lo menos, dos maneras de diferenciación: concientemente o inconcientemente. La primera es posible cuando el entrevistador les cuestiona acerca de las diferencias que observan entre dos entidades. La segunda, la realizan prácticamente sin darse cuenta de ello, al referirse a lugares, situaciones o personas construyen un punto de comparación, la distinción es parte inherente de la referencia a sujetos u objetos. Mario califica de “interesante” a su situación itinerante de residencia. De esta forma distingue la situación, los contextos espaciales y su situación particular con respecto a la “vida común” de sus primos o compañeros de escuela.

[...] *yo* estaba en la primaria a los..., saliendo de la primaria, este, bueno *yo* entré ahí en la secundaria que está ahí en la ¿cómo se llama?, en la calle Isidro Fabela o las torres como quieras decirle, este, ahí mis, en ese tiempo, en ese lapso mis padres se divorciaron. *Yo*, pasé ahí los tres años de secundaria, terminando la secundaria me fui a vivir un semestre a lo que era Neza. Pero era una cuestión, este, algo interesante porque según *yo* vivía en Neza y me la pasaba una semana allá una semana acá. Pero pues en sí *yo* me fui allá, a Neza ya después de la secundaria (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

En este mismo sentido, Mario refiere a las diferencias que encuentra entre Valle de Chalco y Neza. Esta distinción tiene relevancia en esta investigación dado que una de las indagaciones es precisamente en la cuestión de la territorialidad. En este extracto es visible que Mario valora negativamente a Valle de Chalco en comparación con el municipio de Nezahualcóyotl.

[...] las costumbres por decirlo así, en Valle se acostumbra mucho que así que cuando hay un sonido es un sonido para todos los que vayan. En Neza es un sonido que tiene su carpa y son únicamente los que están invitados entran, por decirlo así. Este, allá en Neza son como que un poco más formales, digamos, hacen algo pero sacan firmas de, no sé, por decirlo así, quiero cerrar la calle para hacer una fiesta tienen que ir a pedir firmas. En Valle no, en Valle es así de que voy hacer fiesta y pues los vecinos se aguantan el sonido y ya. En la forma física, pues ahí como que quemaría mucho a los paisanos, por lo mismo de que allá en Neza, bueno antes, allá en Valle antes, este, la mayoría se vestía muy informal, muy pandroso como quien dice (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

5.8 Territorialidad, Valle de Chalco Solidaridad como espacio de significación

Bajo la premisa de que “la pertenencia socio-territorial se articula y combina en un mismo individuo con una multiplicidad de pertenencias de carácter no territorial, como las que se relacionan con una identidad religiosa, política, ocupacional, generacional. La propia pertenencia socio-territorial tiende a fragmentarse, tornándose multifocal y ‘puntiforme’ para muchos individuos marcados por una prolongada experiencia itinerante” (Flores y Salles, 2000: 18). En el entendido de que la identidad individual es un artificio construido tanto a nivel macro como a nivel micro. Desde esta perspectiva resulta interesante comprender qué vínculos y qué tipo de relación establecen los jóvenes habitantes del municipio de Valle de Chalco Solidaridad con su espacio inmediato al construir su identidad.

Maffesoli plantea que el “sitio” es la cristalización del espacio y tiempo y, dicha cristalización es causa y efecto de una comunidad particular y, por tanto, la interacción espacio social-espacio físico y la producción del (o los) “nosotros” que les es correlativa (Maffesoli, 2000: 39-41). Bajo esta mirada, el proceso de constitución de la identidad en jóvenes tiene que tomar en cuenta el espacio de interacción donde se desarrollan cotidianamente. Para la presente investigación es fundamental observar y analizar las formas de apropiación e intercambio simbólicos que se llevan a cabo en el municipio Valle de Chalco. Particularmente los que respectan a los jóvenes, ya que la configuración de sus estructuras significativas y prácticas sociales se enmarcan en este espacio lleno de complejas dinámicas.

En ese sentido, la territorialidad, como unidad de análisis en el proceso de configuración de la identidad en los jóvenes vallechalquenses, requiere de observar las formas de distinción y apropiación del espacio. La noción territorialidad apela a un concepto de apropiación, sematización y resignificación del espacio por parte de los sujetos. De ahí la importancia de distinguir los diferentes “lugares” donde el sujeto interactúa y pone en juego su universo simbólico al tiempo que el “lugar”, en sí mismo, contribuye a la generación de dicho universo. De esta forma, la noción de territorio no se circunscribe a espacios físicos. Sino a sus implicaciones simbólicas y de sentido que le son inherentes. Tal como se señala más ampliamente en el capítulo I y IV.

Como parte de este análisis es fundamental reconocer la territorialidad en sus diversos sentidos: el cuerpo como territorio de construcción de la autoimagen y la incorporación de los significados tanto sociales como individuales, el espacio privado como construcción de un “lugar propio”, el espacio “exterior” o “ajeno” como la percepción del sujeto en torno a lo “externo” y el espacio local en términos de su percepción sobre el sitio inmediato de interacción.

El cuerpo. En la premodernidad la apariencia indicaba identidad social más que individual. Actualmente la apariencia y la relación con el cuerpo han adquirido una importancia trascendental. El mercado de la moda y los paradigmas de belleza han construido imágenes en torno a un moderno “deber ser del cuerpo”. Con la globalización estos macroprocesos han permeado en la vida de los sujetos, prácticamente sin importar la clases sociales, género y edad. Los medios de comunicación, en este sentido, son transmisores de las modas y de los paradigmas citados. Así, mientras se tenga un mínimo acceso a algún medio de comunicación es posible acceder a los universos simbólicos que proyectan en torno a la concepción de un cuerpo “ideal”. En términos de Giddens:

La apariencia corporal concierne a todas aquellas características de la superficie del cuerpo, incluidas las formas de vestir y acicalarse, que son visibles a la propia persona y a otros agentes y sirven habitualmente de indicios para interpretar acciones. El porte determina como utilizan su apariencia los individuos en ámbitos comunes a sus actividades diarias: se trata de la manera de actuar con el cuerpo en relación con las convenciones constitutivas de la vida diaria. La sensualidad del cuerpo se refiere a la manipulación dispositiva del placer y del dolor (Giddens, 1997: 128).

Como parte de su autoimagen y autoconfiguración, los jóvenes adoptan determinados formas de vestir e incorporar las modas a su particular visión del cuerpo. Los jóvenes entrevistados aluden a que su manera de vestir es producto de la búsqueda de la comodidad. Ello no les impide organizar a sus pares en torno a sus particularidades en la apariencia y de sus vestiduras. Mario, por ejemplo, dado su frecuente contacto con dos lugares que le parecen distintos en muchos niveles hace comparaciones. En el tema de la formas de vestir observa notables diferencias entre Nezahualcóyotl y Valle de Chalco. Una vez más asegura que en Valle de Chalco no se está lo suficientemente actualizado. Para Mario, los jóvenes vallechalquenses visten “pandrosos”, mientras que los jóvenes que viven en Neza son “más formales”. Al

cuestionar a Mario acerca de cómo se visten a los que llama “pandrosos” esto fue lo que dijo:

[...] alguien que trae su..., Bueno digamos sus playeras demasiado aguadas, pantalones rotos, sucios, tenis *converse* rotos o sus botas o depende pero algunos se visten así. Y allá en Neza se era como que algo más formal, por decirlo así, pero bueno ahorita como que ya cambió con eso de las modas que han entrado, ahorita ya como quien dice se ve un poco más que, este, pero la mayoría de la gente era así, la mayoría era pandrosos (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Pierre Bourdieu (1990) reconoce que el cuerpo social está incorporado al individuo: el mundo social está en el cuerpo. De ahí la relevancia de mirar en el cuerpo las marcas discursivas. Según Maffesoli, la apariencia es cualquier cosa menos individual. “Empíricamente es mi individualidad la que adopta esta o aquella apariencia, la que se muestra de tal o cual manera, pero cada vez se percibe con más claridad tanto cuando debe ese ‘mí’ empírico a su entorno” (Maffesoli, 2000: 39).

En ese sentido, el cuerpo es un sistema de acción, un modo de práctica, y su especial implicación en las interacciones de la vida cotidiana es parte esencial del mantenimiento de un sentido de la identidad del *yo*. Lo importante de este componente en la conformación de la identidad radica en que la experiencia del cuerpo es una manera de cohesionar el *yo* como una totalidad integrada que le permite al individuo reconocer: “aquí es donde vivo”. Es decir, el tratamiento, la disposición y la imagen que los jóvenes proyectan mediante el cuerpo tiene relación con los estilos de vida. El cual se define como un conjunto de prácticas más o menos integrado que un individuo adopta no sólo porque satisface necesidades utilitarias, sino porque da forma material a una crónica concreta de la identidad del *yo*.

De este modo, el mantenimiento de constantes en el porte a través de situaciones variadas de interacción es uno de los principales medios con que se preserva de ordinario la coherencia de la identidad del *yo*.

Para Carla, su apariencia física es muy importante, la cuida y se interesa por “estar a la moda”, es parte de la imagen que quiere transmitir a los demás. En esa medida construye una imagen para sí misma y para los demás. El maquillaje, las ropas, los peinados y demás arreglos corporales de permiten sentirse bien y gustarse a sí misma. “[...] sí, sí me gusta todo eso [arreglarse]. Me gusta estar a la moda, sí me gusta. Me gusta maquillarme, tener mis cosas, experimentar con mis cortes, este, no sé cualquier, no puse que sobre los cortes, esto no me gusta, esto no me parece, así

cosas..., Y, pus *yo* sí me considero bonita” (Carla, 15 años, estudiante de CONALEP).

Los arreglos personales proyectan características a los demás, pero también contribuyen a establecer y configurar una concepción sobre la propia apariencia. Carla toma de la moda ciertos elementos que la hacen explorar su idea de “belleza”. La cual está básicamente referida a lo que ve en las revistas, pero sobre todo en la televisión.

Beto por su parte tiene como referentes principales a la comunidad estudiantil de la vocacional a la que asiste. Su concepción de sí mismo, en relación con su imagen, la establece a partir de la comparación y observación de los diferentes estilos con los que diariamente interactúa en la escuela. En este ejercicio comparativo observa que las formas de vestir integran grupos con características particulares que los definen. La ropa y los accesorios forman parte de un conjunto de prácticas concretas que se contextualizan en los diferentes universos simbólicos. Otra característica que Beto destaca al respecto de los estilos de vestir referida en sí mismo tiene que ver con el lugar de procedencia. Ya que, como él vive en el estado de México y estudia en un contexto diferente, objetivado en el CECYT número siete en la Ciudad de México, percibe diferencias sustantivas. Para él su forma de vestir está relacionada con el lugar de procedencia puesto que ha observado que los que viven en este lugar comparten la forma de vestir.

[...] las personas de allá [escuela en el D.F.], bueno los chavos de allá, pues sí, algunos sí visten de otra forma porque pues obviamente cuando entran a la escuela pues quieren unirse, no sé, a banditas y sí se empiezan a vestir como ese tipo de personas. Por ejemplo los llamados “emos”. Son un grupo de personas, un grupo de chavos que supuestamente están apartados de la sociedad ¡supuestamente! Este, se visten de negro, los pantalones entubados, el cabello largo, les cubre medio, todo un ojo, les cubre en parte la nariz y parte de la boca. Ese tipo de cuestiones, pues sí se dan a veces y no nada más ese tipo, se dan a veces en la escuela [...]. Hay otros que, por ejemplo como *yo* que vengo de aquí [Valle de Chalco] pues me visto como, *yo* creo que como la mayoría de los chavos que vienen de... pues sí, del Estado de México. Porque he visto que casi todos se visten así. [...] mira: un pantalón de mezclilla, tenis, playera o una sudadera. Este, no sé pulseras en las manos, peinados..., bueno eso sí, variados en peinados, no siempre se peinan igual. Pero pues generalmente así, obviamente son de diferentes colores los pantalones, las playeras. Pero generalmente las personas de aquí [del Estado de México] se visten así (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

En términos de Charles Taylor para tener un sentimiento de quiénes somos, debemos poseer una idea de cómo hemos llegado a ser y de dónde venimos. Según esta perspectiva, la trayectoria del *yo* posee una coherencia que deriva de la conciencia cognitiva de las diversas fases del tiempo de la vida. De ahí la generación de “estilos

de vida”. Un estilo de vida implica un haz de hábitos y orientaciones, posee, por tanto, cierta unidad –importante para mantener un sentimiento continuo de seguridad ontológica– que relaciona opciones en un modelo más o menos ordenado. Aunque no pasa desapercibida la idea de que la selección o creación de los estilos de vida está influida por presiones de grupo y por la visibilidad de los modelos de rol, así como por las circunstancias socioeconómicas.

Espacio privado. La privacidad representa la oportunidad de reservarse pensamientos y acciones en su intimidad. Lo cual implica la posibilidad de seleccionar en quienes deposita sus intimidades. La confianza en este sentido adquiere un nivel importante de conformación de la subjetividad de los jóvenes. Generalmente, los centros organizadores de la biografía son los principales observadores de los mecanismos de privacidad de cada sujeto. Por ejemplo, Beto asegura tener una buena relación con sus padres, les confía una gran parte de sus experiencias, pero sabe que hay situaciones o temáticas que no discute con ellos, identificando así, un límite en su vida social y configurando su vida privada. “[...] yo generalmente con mis papás hablo de todos los temas a excepción de, por ejemplo, esos temas. Que por ejemplo no voy a tal lugar, no hice esto o hice esto, pero pues no se los digo. Sí hablo de temas, sí, sí, sí hablo de todo, de todos los temas pero a excepción de, ahora sí que los temas que me pueden afectar a mí” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

[...] por ejemplo cuando voy, por ejemplo, sí, cuando me voy de pinta no les digo que me fui de pinta, obviamente. Les digo que estuve en la escuela. Por ejemplo no sé, que me tomé una cerveza o dos con mis amigos, no les digo que me tomé una cerveza con mis amigos. Este, por ejemplo cuando, no sé..., me encantaron una película en mi mochila o algo así, no pues como que no. No (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

El discernimiento de los temas a tratar y las personas con las que se interactúa es parte de la construcción de las fronteras de la privacidad. Como lo ilustra el relato de Beto: “sí, con mi hermano el, se llama Fran, es el que sigue de nosotros. O sea, el de en medio, se podría decir. Pues con él tengo una relación más..., pues más amplia. O sea que a él, con él sí platico todo como si fuéramos amigos de la escuela. Sí, con él sí” ” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Para Beto, la edad está relacionada con la creación de este espacio privado, como si la búsqueda de la privacidad fuera una necesidad medida por la edad. Al respecto dice: “[...] yo digo que eso [requerir de un espacio de privacidad] es por la

edad, porque ahorita a esta edad en la que estoy, pues, es lo que pienso. Porque da pena, me da pena o algo así para mostrárselo a mis papás o a mis hermanos. Por eso, en ese tipo de cuestiones no, no accedo a mostrárselas a ellos” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

La diferenciación del espacio público y del espacio privado tiene implicaciones importantes en las maneras de socializar y configurar los lazos afectivos así como el ámbito de lo personal. Estar a solas con uno mismo tiene que ver con la búsqueda de reconocimiento del propio *yo*. Esto es posible si existe la intención y la conciencia de la soledad como espacio de autoreconocimiento. Mario intenta, según sus palabras, establecer un equilibrio entre el espacio privado y el espacio público. Lo cual le permite explorar ambos y reconfigurarlos continuamente en los contextos específicos. Esto se puede ver claramente cuando refiere: “[...] cuando estoy solo me gusta escuchar mucho la música, este, leo, intentaba aprender a tocar un instrumento. Me gusta ir a exposiciones. En grupo me gusta, no sé, convivir de todo tipo ya sea deportivas, sociales. Ya sea en una fiesta que vaya sólo a tomar o a bailar o algo pues es lo que a mí me agrada. Me agrada mucho eso” (Mario, 18 años, ayudante de albañil). Con la diferenciación de espacios que hace Mario configura su subjetividad al mismo tiempo que ésta le permite diferenciar y jerarquizarlos.

La creación de un espacio propio es parte de la determinación de las fronteras en las interacciones de cada sujeto. El espacio individual representa la apropiación de sus experiencias, sentimientos y pensamientos sin que sean expuestos a los demás. El espacio individual confiere poder y control sobre su propia vivencia. Al confiar parte de su individualidad hace uso de ese poder para seleccionar qué y a quién le puede confiar momentos específicos en su vida. Así como la necesidad de participar en grupos de amigos y en grupos sociales más extensos también los sujetos advierten la necesidad de construir un espacio reservado sólo para ellos.

Vanesa, aunque lleva una relación de comunicación con sus padres, como ella misma asegura, no necesariamente les tiene confianza. Entonces, hay temas y situaciones específicos que se reserva para ella misma o algunos más que decide contarles a sus amigas. Sin embargo, Vanesa tiene muy presente que el espacio privado le permite escapar de los posibles regaños u observaciones de sus padres, hermanas y amigas. Además, la privacidad es una forma de control de su propia vida.

Ella reconoce la existencia de ciertos temas que no debe tratar en su casa, pero además se considera capaz de tomar las decisiones pertinentes y poner sus propios límites a sus acciones.

La privacidad ayuda a reconocerse en las situaciones concretas o potenciales. De esta forma la capacidad de dislocación, de referencialidad y reflexividad coadyuvan en la configuración de sus referentes, horizontes normativos y su propia subjetividad. La selección de eventos que ponen a disposición de los “otros” está relacionada con las concepciones que los sujetos tienen sobre lo que forma parte de su intimidad y de las fronteras y bordes de su vida privada. En ese sentido, están en juego una serie de valoraciones y jerarquizaciones de temas, contextos e implicaciones de los distintos momentos en la vida de cada uno.

[...] llegué a probar la marihuana cuando iba a la prepa pero pues fue así nada más, o sea, que ni siquiera sé fumar, o sea, lo hice para a ver qué. [...] no les dije a ninguno de los dos [a sus padres], entonces, en cuestiones de hacerlo, de realizarlo como que es diferente de hablar a hechos, de hablarlo nada más, así de comentarlo así de ¿qué pasaría sí?... entonces se pondrían, bueno tal vez mi mamá sí, pero mi papá no creo que me diga, hasta *yo* creo que me preguntaría: ¿cómo sentiste? ¿Qué pasó? Pero pues *yo* digo ¡qué bien! pero, de todas maneras mejor no sé, decido, no hacer ese comentario digamos por mi mamá. [...] pues sí mi privacidad es que siempre va a haber algo que nadie va a saber, o sea, sí tu mejor amiga pero hay cosas que de plano sí. *Yo* tengo, por decirlo así, de que no quiero que nadie lo sepa, o sea, mis amigas pues ya, *yo* sé lo que pasó, simplemente es de que tú sabes lo que hiciste y ya. Y ¿para qué decirlo? O sea, como que tú vas teniendo tu límite, tú solita vas diciendo sí esto es hasta aquí. Tú solita te vas dando tus puntos de vista, tú solita vas viendo hasta dónde. O sea, por eso es de que por no decírselo ni a tu mejor amiga. O sea, ni a tu mamá ni a tus hermanas ni a nadie porque tú sabes como que tal vez es que llevas el control o esa como que sabes hasta donde limitarte, más que nada eso (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Los temas que frecuentemente los jóvenes no discuten abiertamente en la familia son básicamente dos: el consumo de drogas y su vida sexual. Tal y como es posible observar en el relato de Vanesa.

[...] siempre con ella [su madre] he platicado mucho desde que estaba más chiquita, de que iba a la primaria y *yo* que era siempre muy platicona llegaba y le decía: “¡ay esto o esto!” Y hasta la fecha lo sigo haciendo y sí me dice. Pero entrando a cuestión de sexualidad así como que sí me limito, porque ellos [sus padres] así como que todavía están como ¡ay no m’ija esto! o de plano llegar virgen al matrimonio y *yo* digo pues ¡qué padre no! *yo* creo que sí es bueno, pero pues digo siempre mi mamá fue de la idea de decir: “ay no es que cuídense mucho”, pero, o sea, [...] ¿a qué se refiere? *Yo* decía: “¿a qué?”. ¿A no tener nada? ¿A cuidarme qué? ¿Qué anticonceptivos hay o qué? O sea es para que dijera [su madre]: “no sabes que hija cuídate, hay esto y esto y tú sabes y así”. [...] no, de plano la abstinencia, entonces ahí es donde *yo* digo: “ay qué tarada ¿no?” O sea, sí te tienes que reservar, pero pues sí, o sea, de ahí en fuera todo de la vida social, con mi amistades, con mis conocidos, el novio, todo sí hay buena confianza, hay buena comunicación. Pero siempre como que sí, y hasta a veces, de hecho, con mis amigas hacemos la comparación y así como que todos los papis en cuestión de sexualidad siempre se limitan todavía, pero pues sí todo bien.

Territorio “externo”. El espacio macro como elemento constitutivo del proceso de socialización y construcción de referentes simbólicos, impacta en la producción de las identidades. Los sujetos que se inscriben en espacios determinados conjugan el repertorio de significaciones locales con las aquellas “externas” a las que tienen acceso. Cuando una serie de particularidades comunes a un colectivo, sirven para distinguirlos de los demás, crear premisas para el autoreconocimiento como parte integrante del sí mismo, los vínculos de interiorización grupal entre los miembros se hacen más sólidos y coherentes tanto dentro como fuera del contexto de referencia. Se establece pues, una identidad colectiva que traza y norma los mecanismos internos para la acción, la conservación y desarrollo grupal, así como para mediar las relaciones con otros grupos. Cada integrante entonces, se concientiza como sujeto de esos códigos intragrupal y se siente portador y representante del universo simbólico que recrea como grupo.

Esta peculiaridad relativa a la forma de adhesión a los rasgos distintivos de la identidad cultural, es el llamado sentido de pertenencia, que implica una actitud consciente y comprometida afectivamente ante el universo significativo que singulariza una determinada colectividad, en cuyo seno, el sujeto participa activamente.

En la modernidad el lugar ha quedado, más bien, invadido por mecanismos de desenclave que recombinan las nociones locales en relaciones espaciotemporales de ámbito cada vez más amplio. El lugar adquiere sentido en referencia con lo global o lo “externo”. En ciertos contextos culturales, lo local sigue siendo motivo de adhesiones al lugar. Sin embargo, dada la fragmentación y la movilidad social el lugar no constituye el parámetro de la existencia y tampoco ofrece la seguridad del carácter siempre familiar típicamente propio de las localizaciones tradicionales. Entonces, el lugar externo permea las dinámicas locales y lograr así una hibridación de estas dos dimensiones.

Cuando se hace referencia al espacio externo se apela a todos aquellos lugares que el sujeto conoce superficialmente. Ya sea porque concretamente los visita o porque accede a ellos mediante los medios de comunicación. De esa forma relaciona y compara entre el territorio inmediato y todos aquellos que están fuera de éste.

En la multiplicidad de referencias necesarias en el proceso de constitución del *yo* también se encuentra la concepción del espacio exterior. Éste representa puntos de

convergencia y de divergencia con respecto a la experiencia más inmediata. Por ello, la consideración de la percepción de los jóvenes vallechalquenses es relevante en este análisis. Mediante operaciones de traspolación y comparación, el sujeto se ubica con respecto a lo “externo” y a lo “local”. Procesos fundamentales en la configuración del espacio propio. En el relato de Beto, esta operación se ilustra bien.

[...] para empezar noté que la gente era muy diferente porque como allá [Azcapotzalco] era un pueblo, la gente actuaba como si estuvieras en un pueblo. Cuando llegamos aquí [Valle de Chalco] vimos, bueno *yo* noté, un cambio en la sociedad, aquí con las personas, porque ya no tenían esa forma de hablar, esas costumbres, ya no, pues sí, ya no tanto, bueno ya no tanto como un pueblo sino que como ya tiene la gente un poco más de educación, este, pues ya, pues vivía supuestamente mejor (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

El ejemplo de Beto tiene pertinencia en este apartado, específicamente cuando menciona que la escuela, como centro de interacción principal en su biografía, le otorga la posibilidad de conocer y relacionarse con diversos tipos de personas. Es entonces cuando resulta conveniente apropiarse de un espacio público y resignificarlo para configurar la propia biografía en términos de una relación espacial. Por ende, relacionado también con los contextos de legitimación. El encuentro de los jóvenes con el territorio externo permite que éste valore o interprete tanto los universos simbólicos como las dinámicas específicas que le son inherentes. Lo cual se puede ilustrar con los informantes, ya que todos salen de su territorio inmediato, Valle de Chalco, para estudiar o trabajar. De tal forma que establecen relaciones entre los lugares, las dinámicas y las personas con las que interactúan en uno y otro lugar, como se ve en el relato de Carla,

[...] bueno los de aquí [Valle de Chalco] son este..., como que más..., bueno ella [Diana, su amiga] es como que más sincera ¿no? como que casi no le interesan las cosas de fuera, sino que..., este, bueno los de allá [los compañeros del CONALEP] son muy materiales en cómo te vistes, en lo que traes, en lo que, como que son muy superficiales (Carla, 15 años, estudiante de CONALEP).

Dadas las condiciones estructurales de Valle de Chalco y el contexto de su integración como municipio oficial del Estado de México, ofrece una imagen de pobreza y carencia. Es la imagen de un lugar paupérrimo que influye en la representación que se tiene de él, tanto al exterior como al interior y, por ende, la representación de las personas que habitan dicho espacio. En el proceso de constitución identitaria la percepción tanto de lo “externo” como de lo “local” funcionan como referentes en la acción y en la significación de las cosas. Bajo esta mirada, en el análisis resulta pertinente observar las valoraciones, las comparaciones

y demás operaciones que otorgan sentido a los espacios “externos” y “locales” como elementos importantes en la conformación de referencias para los jóvenes.

Los jóvenes entrevistados tienen puntos de referencia distintos dada la trayectoria particular de su vida. Por esta razón, las operaciones comparativas o de conceptualización de los lugares, están hechos desde diferentes perspectivas. Para algunos es importante señalar las condiciones estructurales y compararlas con respecto al lugar donde viven, para otros el “ambiente” es lo que vale la pena resaltar como parte de la distinción entre espacios. Mario aborda el tema del espacio “externo” en comparación con lo “local” en términos políticos.

[...] Neza es mejor, pues así políticamente, porque digamos el presidente municipal de Neza tiene como que las ideas más concretas, digamos si pavimentan las calles, voy a dar despensas a tantos y allá en Valle no, allá para que te pavimenten una calle está como que esperarte unos tres, cuatro años, tienes que estar molestando ahí al presidente o a los que están de encargados. Este, allá [Neza] se me hace mejor porque digamos ya la bueno ya el 90% de lo que yo conozco ya está pavimentado. Y en Valle sólo el 30%. Eso es a lo que me refiero, porque digamos allá son más rutas de transporte público y ya no sé, hay más mercados, hay más sucursales de, hay más bancos. No sé, allá en Valle no, allá en Valle encuentras como tres cuatro sucursales de autoservicio, este, bancos algo lejanos y calles pavimentadas también como que son contadas (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Mario entiende y valora a Nezahualcóyotl en términos de “mejor” porque este municipio cuenta con servicios con los que Valle de Chalco aún no. Así como las percepciones del lugar local y del externo son variantes de acuerdo al mundo significativo de cada joven. La aprehensión y apropiación del espacio también es diversa. La territorialidad entendida como la objetivación de un determinado espacio en la vida cotidiana se hace presente en los jóvenes entrevistados. Ellos reconocen las características propias del lugar donde han vivido prácticamente toda su vida, pero también conceden las bondades y desventajas que tiene este lugar. Según las perspectivas de cada uno se proyectan en el futuro viviendo en otros lugares.

Las valoraciones, en este sentido, son mediadoras de jerarquizaciones y correlaciones que establecen entre mejores condiciones de vida y el lugar donde viven. Mario valora altamente los servicios públicos, la existencia de centros comerciales, la vegetación, la limpieza de las calles y el acceso al transporte público. Mismas que se convierten en razones para cambiar de residencia en un tiempo futuro. Sin embargo, reconoce en Valle un proceso de mejoramiento que aunque lento “promete algo”.

[...] bueno es que un tiempo estuve trabajando de aforador saliendo a varias partes del Estado y del Distrito. Una vez fui a allá ¿cómo se llama? Coacalco. Me gustó mucho, bueno la zona. Pues la verdad si tuviese la oportunidad yo sí me cambiaría allá a Coacalco. [...] Igual y sólo porque estuve ahí leve un leve momento, este, se me hacía, digamos, una ciudad así como que, bueno una estadía así como muy ¿cómo explicarlo? digamos, las calles estaban limpias, había muchos árboles, había mucha vegetación, no había tanto, digamos, tanta contaminación como se ve en varios lugares. Bueno se me hacía como un ambiente muy tranquilo, no sé, me gustó mucho el lugar. Había muchos cafés, había, este, estaban las plazas muy cerca, había rutas de transporte público, se me hacía muy bien, y a parte estaba creciendo, y va creciendo más. O sea que a mi me gustaría cambiarme para allá pero también Valle de Chalco como que se ve que promete algo (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

En lo que respecta a la percepción de Vanesa, a ella no sólo le gustaría cambiar de municipio o ciudad sino de país. Lo que valora de otros lugares es la perseverancia de las personas y el ambiente sin violencia.

[...] me iría a otro país, a Corea. Si pudiera hacer eso. Respecto a lo que estuve trabajando con coreanos y mis hermanas también trabajan también con coreanos, sus patrones de mis hermanas son muy agradables, entonces llegan a hablarles de Corea, de cómo es Corea y, o sea, que es súper limpio y las personas así bien ¡ay! Tranquilas, siempre cada quien a lo suyo, si tienen un negocio pues en su negocio y a crecer más todavía a ese negocio y si no lo tienen pues a ver qué pasa, hay que hacer algo. O sea, lo movido y por la tranquilidad que creo que hay. [...] tranquilidad [es que] las personas [estén] en lo suyo, o sea, que no empiecen así de chismositos o en el que si yo tengo esto a esto me dedico, o sea, muy dedicadas, más que nada muy dedicadas, exacto. Y de que también no hay tanta violencia, no hay tanto de que roban porque aquí, digamos, que hay un poco de eso. No sé, las personas más dedicadas más que nada (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Territorio “local”. En esta investigación el territorio local como espacio de construcción identitaria es unidad de análisis. Lo que se investiga al respecto es ¿qué papel tiene el espacio local en el proceso de construcción identitario en los jóvenes de Valle de Chalco? El supuesto es que en el contexto de la modernización y la globalización las identidades se construyen a partir de múltiples universos simbólicos. Por tanto, el espacio local ya no parece tan determinante como en otras épocas lo fue. Sin embargo, dada la situación particular de lugares como Valle de Chalco, es decir, los espacios emergentes, sin “tradicción” habitacional, receptores de migración interna, periferia de una de las ciudades más pobladas en el mundo, adquieren dinámicas sociales e individuales que complejizan el proceso de construcción identitaria en los jóvenes. De ahí la necesidad de mirar las percepciones que los jóvenes tienen con respecto a su espacio inmediato.

La desterritorialización es una noción que se usa para referir al poco arraigo y reconocimiento que los sujetos tienen con respecto a su lugar de residencia. El establecimiento de lazos afectivos con el espacio está condicionado por factores de historicidad y tradición que enmarcan la convivencia en los espacios. El

reconocimiento de los lugares se concibe como parte inherente al posicionamiento de sí mismo en un contexto concreto, pero el reconocerse como habitante de un lugar no indica un arraigo territorial, mucho menos la existencia del sentido de pertenencia. La territorialización se distingue del sentido de pertenencia en los lazos afectivos que vinculan al sujeto con el espacio que habita y construye cada día. Al ocupar un espacio no siempre es posible la apropiación del mismo. De ahí emerge diferencia entre la noción de “territorialidad” y la de “sentido de pertenencia” o arraigo socioterritorial.

En contextos como el ejemplificado en Valle de Chalco es patente que los jóvenes se pueden referir a él en la medida en que forma parte de la historia de su vida. Sin embargo, no establecen lazos afectivos con el espacio. Lo cual es posible ilustrar bien con las palabras que ellos mismos usaron para tratar de describir a Valle de Chalco. Mario durante la entrevista aseguro en repetidas ocasiones que Neza en comparación con Valle, está en mejores condiciones sociales, económicas y estructurales. Una de las características que destaca del municipio de Nezahualcóyotl es la posibilidad de acceder a la cultura más que en Valle.

[...] en forma cultural se me hace más culto allá en Neza, por lo mismo que allá, este, hay más, bueno he estado más cerca de más bibliotecas, de más exposiciones que allá en Valle. Allá en Valle puedes ir a una biblioteca y rara vez está abierta. Y pues, no sé, bueno me agrada mucho lo que es Neza porque está un poco mejor, como quien dice. Pero pues Valle ahí viví toda mi vida y no podría cambiarlo” (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Lo circunstancial de su residencia en Valle de Chalco, hace que Mario sienta aprecio por este lugar, pero en realidad le ve muchas situaciones negativas y en las comparaciones con algunos otros espacios que conoce, siempre sale perdiendo. No obstante, al solicitarle que describiera Valle Chalco para una supuesta persona que no conocía el lugar y que le gustaría saber cómo es, él dijo lo siguiente:

[...] Valle es un lugar donde vas a encontrar personas muy..., bueno vas a encontrar personas de un ambiente tranquilo. Más o menos tranquilo. Este, vas a encontrar lo que es un poco de entretenimiento. No sé. De entretenimiento allá está el deportivo, está no sé, el rodeo, están los cafés y cosas así. Puedes ir a visitar el palacio municipal es una construcción, bueno una construcción pues algo buena en cuestión arquitectónica, puedes ir a visitar “la hacienda”, un lugar histórico que tiene Valle. Puedes ir a visitar lo que es el “cerro del Márquez”. Bueno que ahorita ya está poblado pero bueno, este, no sé. Puedes ir a ver la laguna, los patos que están en la laguna (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

Por primera vez en su relato, Mario hizo observaciones positivas de Valle de Chalco, fuera del contexto familiar y amical que es lo que más aprecia de este lugar. Tal vez no se puede hablar de una desterritorialización en este caso pues, para haberla

primero tuvo que haber existido una territorialización o arraigo territorial, situación que no ocurrió. Mario, al igual que los demás entrevistados, es capaz de objetivar y describir conceptualmente el lugar donde se ha desarrollado casi toda su vida, sin embargo no existe un lazo afectivo con la tierra, con el lugar.

En todo caso, el aprecio hacia el lugar viene de que fue donde creció y tuvo buenos momentos con sus primos, pero no existe un sentido de pertenencia hacia este sitio, en términos de aprecio al lugar por sí mismo. Vanesa, ante la misma solicitud, describe el lugar desde las condiciones estructurales que se pueden observar a primera vista, pero también narra brevemente el proceso que ha tenido y tiene Valle de Chalco en su desarrollo y consolidación como municipio. La descripción de Vanesa se hace cargo de varios niveles pues no sólo identifica las condiciones estructurales y materiales de las distintas colonias del municipio, también pone de relieve las formas de interacción en la comunidad, adjetiva a los vecinos como “chismositos”, aunque “buenas personas”. Al final para Vanesa resulta “agradable Valle de Chalco”.

[...] sí pues, se divide por colonias, en las calles aquí también donde *yo* estoy la mayoría no están pavimentadas, son pocas las que están pavimentadas, todavía hay varias casas, de hecho por el mero centro ya empezaron a haber muchas casas departamentales. Este, pero aquí [en su colonia], o sea, son sencillas, muy sencillas las casas, algunas de dos pisos, tres pisos, unas de planta baja, unas con loza, unas con láminas. Las personas son..., muy, un poco chismosas, sí, algunas son buenas, bueno, todas *yo* creo que todas son buenas personas, pero siempre y por lo regular en todo lo que es la colonia sólo se la pasan hablando de entre los vecinos y no ven algo productivo, en algo que se pongan ahí todos a hablar con tal delegado y, no sé, pues vamos a hacer esto o pasa esto, sino [que] pierden el tiempo en estar hablando no sé de sus maridos y que ya las engañaron, y que fulanita está con un “miren anda con un chico que trae un carrazo o uno que de plano no tiene nada y ve su casa se está cayendo y la otra no, ya la cambió, quién sabe qué hizo, quién sabe con quién se metió”. Y eso no es muy agradable, pero pues bueno allá la gente sí sólo quiere estar hablando de eso, pero pues es tranquilo, chismosos pero tranquilo, sí este, pues digamos no se llevan tan bien en el aspecto de los chismes, pero tranquilo así en el aspecto de que no son agresivos, no buscan problemas, bueno sí buscan sus problemas pero tanto así de llegar a pelearse o así no, no hay mucha violencia. Ajá y, hay calles feas, pero pues es agradable Valle de Chalco (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

Por su parte, Carla expresa no sentirse orgullosa del lugar donde reside pues la inseguridad es un factor que no le permite tener este sentimiento hacia su territorio. Expresa: “orgullosa de aquí no, no me siento. Según ellos [sus compañeros de la escuela] sí se sienten orgullosos de donde están y todo, pero *yo* no, sino, bueno más que nada porque no, no me siento seguro ¿no? de aquí mismo donde vivo” (Carla, 15 años, estudiante de CONALEP).

La cotidianidad provoca la “naturalización” de las dinámicas sociales y locales, pasa desapercibido lo que para un “extranjero” podría ser digno de llamar la atención. Bajo esta perspectiva, para observar la relación que se establece entre el espacio local y la conformación de los jóvenes de Valle de Chalco, se apela a la conceptualización, al tipo de sentimiento que experimentan en relación a este espacio, a las formas de comprensión y aprehensión del mismo y a la comparación con respecto a otros espacios.

Por otra parte, significativamente la percepción entre un espacio y otro, en el caso de Beto está relacionada con los comportamientos que son “propios” de cada lugar. Para este joven, los habitantes de Azcapotzalco construyen su cotidianidad con distintos comportamientos con respecto al lugar en donde actualmente radica, Valle de Chalco. Es interesante en la percepción de Beto que “la necesidad de adaptación” que revela en su propia historia. Lo cual muestra operaciones de reflexividad y dislocación de los espacios para construirse a sí mismo según las condiciones que se le presentan. Lo relevante en la distinción que hace en torno a su capacidad de adaptación es que, por un lado, la movilidad le permitió tener puntos de referencia para contrastar espacios y comportamientos “propios” o “naturales” por otro lado, reconoce la necesidad de “adopción de nuevas formas” en relación con el espacio y con las personas que interactúan en dicho sitio.

[...] allá [Azcapotzalco], por lo poco que me acuerdo, bueno, es que obviamente trataba de adoptar lo que las acciones de las demás personas del medio, obviamente. Y cuando llegué aquí [Valle de Chalco] pues fue un cambio muy drástico porque ya las personas ya no estaban así, entonces *yo* traté de actuar como las personas de aquí. Entonces, también *yo* cambié drásticamente en las cosas que hacía y todo eso (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Dado que el municipio Valle de Chalco Solidaridad es un lugar emergente, ubicado a la periferia de la Ciudad de México y receptor de la migración interna de las últimas tres décadas del siglo pasado, como se explica ampliamente en el capítulo anterior, resulta en un lugar complejo, parece un estar dotado de sentidos “ambiguos” e “inasibles”. Es decir, difícilmente se percibe como un “pueblo”, pero tampoco tiene las características de una ciudad. La mancha urbana se extiende hasta su territorio y se lo reconoce como parte de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, sin embargo, no cuenta con los servicios básicos. Su dinámica social es compleja en al medida en que es un espacio donde convergen una multiplicidad de “tradiciones migrantes” que se transforman y adaptan a las nuevas circunstancias. Además, los

habitantes tienen contacto directo con las dinámicas de la Ciudad de México pues integran una parte importante de los obreros que tienen que desplazarse de tres a cinco horas diarias para llegar a las fábricas y demás lugares de trabajo o centros escolares.

De esta manera, los jóvenes se encuentran ante un crisol de referencias y dinámicas sociales que se combinan a veces y se contraponen en otras. En el proceso de creación del *yo* este fenómeno tiene relevancia incuestionable. Los jóvenes habitantes de Valle de Chalco, diariamente conviven con universos simbólicos cambiantes que tienen que, primero, reconocer en su contexto, segundo, seleccionar y jerarquizar los significativos y, tercero, reconstruirlos, adaptarlos e innovar para incorporarlos, hacerlos cuerpo, en su cotidianidad. Este proceso es fundamental para no perder el sentido de continuidad, la capacidad de referencialidad de sí mismo, la distinción, el reconocimiento de la “otredad” y de todas las operaciones constitutivas del proceso de construcción identitaria.

[...] es una zona [el municipio Valle de Chalco Solidaridad] donde ¿cómo podría ser? pues que..., es una zona también [como la Ciudad de México] comercial, no tanto pero sí. Este, tiene el aspecto de un pueblo ¿qué más podría ser? [...] la gente pues tiene las costumbres de la ciudad. No, no, o sea parece aquí [Valle de Chalco] una zona rural, pero la gente actúa como en una ciudad. Este ¿qué más? Pues, el ambiente es parecido al de la ciudad [de México] también, pero pues no, no en la misma cantidad pero pues sí, se puede decir que sí es una zona urbana por las cosas que hay, el tipo de gente, todo eso (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

En el párrafo anterior, es evidente la complejidad al conceptualizar su lugar de residencia. Su percepción se circunscribe al marco referencial que ha construido en su vida cotidiana, mientras habita en el municipio Valle de Chalco se desplaza diariamente a la Ciudad de México para estudiar en la CECYT número 7. De ahí que pueda reconocer las características de un lugar y otro, tal como lo hizo con Azcapotzalco y Valle de Chalco. Para Beto la gran semejanza del municipio con la ciudad se refiere a la dinámica social. Para él, ambos espacios comparten comportamientos y rasgos sociales mientras las diferencias estriban en el aspecto y la composición física de estos lugares. La falta de pavimentación y el tipo de árboles que existen en Valle lo hacen ver como un “pueblo”; sin embargo, parece ciudad en las dinámicas sociales.

[...] sí, muy parecido en lo social [Valle de Chalco con respecto a la Ciudad de México] porque en la zona no, pero en lo social sí. El lugar [Valle de Chalco] es un poco como que todavía no se habita totalmente, por lo tanto, obviamente, no están pavimentadas todas las carreteras, las, hay, pues sí hay polvo todavía, los coches como no es una zona muy..., una zona tal como está el DF, los carros son, pues no tan bonitos ni tan feos son los carros comerciales que en todos los lugares hay. ¿Qué

mas? Pues..., por ejemplo el tipo de árboles, todo lo que hay aquí son parecidos a los de un pueblo, por lo mismo como no está pavimentado, por eso adquiere la forma de un pueblo (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

En este sentido hay que observar el tipo de comparaciones que establece entre los distintos lugares en los que ha interactuado. Esta operación de comparación la construye a partir de escalas valorativas donde el axioma que determina parece ser el aspecto físico y concreto de cada lugar al tener en menor escala a aquél con aspecto de pueblo y, obviamente, calificado como mejor al lugar ciudadano.

[...] yo digo que sí está [Valle de Chalco], se podría decir, un poco mejor. Feo a comparación de por ejemplo el DF, las zonas que se encuentran en el DF que son muy ricas. Con Tlanepantla pues, todavía es más, este, Tlanepantla es más como que no está, o sea, todavía tiene la forma de un pueblo. Todavía no se..., todavía no se podría decir, no se urbaniza. Y por eso siento que aquí [Valle de Chalco] se me hace más feo que en el DF, pero Tlanepantla se me hace más feo que aquí [Valle de Chalco] (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

El sentimiento de pertenencia, entendido como un lazo sentimental de arraigo a la tierra, tiene menor o mayor importancia en el proceso de construcción de la identidad según el caso. En lugares con larga “tradición” familiar-cultural el ámbito local es constitutivo en la conformación del *yo* incluso en esta época de fragmentación y fluidez cultural; sin embargo, en los espacios “emergentes” o de reciente creación este fenómeno de lo “local” no tiene el nivel de impacto como en otros contextos. La recolocación de sentidos en los nuevos espacios modifica su relevancia en la biografía de los sujetos. Beto, por ejemplo, lo denomina “bonito” en tanto ya se acostumbro a vivir ahí. Su mirada y percepción del lugar tiene que ver con una construcción hecha por él mismo más que con una realidad fáctica. Esto se ilustra bien cuando dice: “[...] siento que es bonito [Valle de Chalco] porque como llevo un tiempo aquí viviendo ya me acostumbre y, al parecer *yo* lo hago ver bonito. Por eso siento que, que sí es bonito” (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Hay diferencias claras en las respuestas que ofrecen los jóvenes si se les pregunta qué piensan del lugar donde viven, qué sienten cuando alguien se refiere negativamente a este lugar y qué tipo de sentimiento les provoca Valle de Chalco como su espacio de intercambio cotidiano y referente explícito en la historia de su vida. Como ya se desarrolló con antelación, la percepción del lugar tiene variaciones con respecto a las operaciones de reconocimiento y comparaciones con otros lugares; así como, a los valores que tienen mayor relevancia en su propia subjetividad. Bajo esta mirada adquieren sentido las respuestas de los jóvenes entrevistados con respecto a sus percepciones y sentimientos hacia su lugar de residencia.

Al igual que Beto, Vanesa encuentra en Valle de Chalco algunos inconvenientes en lo que a comodidad y servicios se refiere. Otro aspecto negativo que encuentra Vanesa es que las personas se ocupan de hablar de los vecinos. Cabe señalar que tanto Carla como Vanesa se muestran a disgusto con esto, mientras que Beto y Mario no hicieron ningún tipo de referencia hacia sus vecinos en cuanto al calificativo que las mujeres utilizaron: “chismosos”. Pese a los inconvenientes que Vanesa le encuentra a su espacio de cotidianidad, lo aprecia porque es el sitio donde ha construido la red social con la que actualmente cuenta: amigos y compañeros. Donde se ha desarrollado y ha experimentado toda la vida hasta el día de hoy.

[...] pues sí, sí, sí me gusta vivir aquí. Y ese “pues sí” no fue muy convincente, pero es precisamente por la gente que te digo que se la pasa siempre hablando de algo, [...], no sé, por más que nada por el tipo de gente que siempre está así como que hablando de cualquier cosa y nunca así viendo algo más. Pero sí, y más que nada todavía las calles están como que un poco desagradables, no todas están..., y eso pero de ahí en fuera todo está bien, me ha gustado vivir aquí por los pocos lugares que hay aquí que me gustan, y por las amistades que he tenido y todo. O sea, siempre ha sido tranquilo, vivir por aquí por eso sí, sí me gusta (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

De los entrevistados, sólo Mario reconoció que en algún tiempo se avergonzaba de vivir en Valle de Chalco. Cuando en el bachillerato, ubicado en la Ciudad de México, le preguntaban que dónde vivía él contestaba que en Nezahualcóyotl. Sin embargo, después ya no le importo que sus compañeros supieran que vivía en Valle de Chalco. Ahora segura sentirse orgulloso de vivir en este municipio del estado de México.

[...] pues antes no lo hacía [no se sentía orgullo de vivir en Valle de Chalco]. Porque antes, antes hace unos dos años. Digamos es que antes *yo* [estudiaba] en Valle y entonces no había ningún problema, pero ya entré al bachilleros [en la Ciudad de México] y así como que “¿de dónde eres?” Y *yo* [contestaba] “vivo por Chalco”. Ellos así como “¿allá está medio feo no?” No pues sí. A veces por pena, la verdad *yo* decía: “no sabes que, *yo* vivo en Neza”. Pero pues, ya después me valió lo que pensaban. “¿Dónde vives?” “No pus, *yo* vivo allá en Valle de Chalco”. Está feo [me decían]. Pues sí, pero pus es porque no conoces [contestaba Mario]. [...] pues, digamos sí me siento orgulloso por lo mismo de que ahí viví toda mi infancia y conocí a las personas con la que ahora convivo. Sí me siento orgulloso por eso. Este, pero sí a veces, bueno, cuando platico con personas de afuera me platican de cosas que, no sé, pus me cuentan de cómo está el lugar, bueno en mi caso sí siento así como que ¡chale! pues sí vivo en lugar medio, medio feo, pero pues ni modo ahí vivo y pues así son las cosas. Pero sí me siento orgulloso por lo mismo que ahí viví y creo voy a vivir un buen rato ahí. Me siento orgulloso de estar ahí en Valle de Chalco, de ser vallechalquense o como se diga (Mario, 18 años, ayudante de albañil).

El sentimiento de pertenencia revela un lazo afectivo del sujeto con su espacio. Esta característica no es ubicable en los informantes. Su apreciación no deriva de las críticas y observaciones que hacen con respecto a su lugar de residencia, sino de la construcción y valoración que realizan al interpelarlos con respecto a su lugar de residencia. No hablan de un lazo afectivo sino de un acontecimiento circunstancial,

el estar viviendo en Valle de Chalco. El reconocimiento de algún sentimiento es en el sentido de construcción de amistades, pero no de apropiación y significación del espacio. En Vanesa, como en los demás entrevistados esta situación se hace evidente.

[...] de hecho a Valle de Chalco lo catalogan como, según la otra vez estaba hablando con un chico y que sí la zona más corriente, más naca, más violenta y más no sé qué. Sí tienen muy mal catalogado, pero pues es que *yo* digo hay de personas a personas. O sea, ¿sí lo hay? Quien sabe, uno no conoce por qué es así esa gente. Y pues se respeta ¡total! Pero a mí, *yo* siempre les digo “*yo* vivo en Valle de Chalco y me gusta vivir ahí en Valle de Chalco y, pues ni modo, un día te voy a llevar para que conozcas y veas que no hay tanta naquez”. [...] *yo* simplemente los dejo como lo vean, *yo* sé que vivo ahí y pues está todo bien y creo somos personas tranquilas, pero sí hay, *yo* creo que lo que hablan es porque lo han visto y sí hay parte de lo que dicen, pero mientras no te metas con las personas, tú a lo tuyo y ya, tú nomás a lo tuyo y ya (Vanesa, 18 años, ayuda en casa).

De la perspectiva de Beto, deriva el tipo de sentimiento que le provoca cuando alguien se refiere negativamente a Valle de Chalco. En el primer párrafo se encuentra lo que Beto ha escuchado de su lugar de residencia, particularmente con sus compañeros de escuela. En el segundo párrafo, Beto expresa su reacción ante los comentarios negativos respecto de su espacio de interacción cotidiana.

[...] en mi escuela con mis compañeros dicen que, pues generalmente siempre están diciendo eso, dicen que es un lugar [Valle de Chalco] donde hay mucha delincuencia, donde es un lugar muy feo, donde, o sea piensan que es, que todavía es un pueblo donde hay vacas y todo eso. O sea creen que, pues sí, que es como un pueblo y que hay mucha delincuencia y drogadicción en las calles, todo eso. Creen que es de lo peor (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

[...] este *yo* pienso que está mal [las referencias negativas hacia Valle de Chalco] porque como *yo* vivo aquí [Valle de Chalco] y como ya me acostumbre pues *yo* siento que..., pues a mí parecer está bonito, pues *yo* mismo siento que sea cierto lo que dicen que hay mucha delincuencia porque como *yo* vivo aquí pues no la veo, o sea, no veo lo que ellos dicen. Por eso siento que está mal lo que dicen. Eso, porque como *yo* vivo aquí [...] la verdad nada [no siente nada] porque, a veces sí me da un poco de coraje porque pues no conocen la zona y hablan sin conocerla. Por eso a veces sí me da coraje cuando dicen eso, pero pues, sí generalmente los tomo como si nada (Beto, 16 años, estudiante de CECYT del IPN).

Carla también ha escuchado en la escuela referencias negativas de su lugar de residencia: “[...] por decir que es parte del cerro, que quien sabe que, que está bien lleno de indios, pus varias cosas que..., que ni siquiera ellos saben ¿no?” (Carla, 15 años, estudiante de CONALEP). Mientras que su respuesta es prácticamente igual a las de los otros informantes, en realidad, no les causa mucho malestar el que se refieran de forma negativa al lugar donde han pasado toda su vida. En el caso de Carla su respuesta ante esta situación la expresa así: “[...] no los insulto, no les digo groserías ni nada, *yo* le digo que primero vean y conozcan antes de hablar porque pus cómo pueden decir algo de un lugar que ni siquiera han ido o conocen ¿no?”.

Sin duda, la tradición crea un sentimiento de solidez que combina típicamente elementos cognitivos y morales. Por ende, al trastocarse lo tradicional se trastoca la solidez y la certidumbre que se encontraba en ésta. Sin embargo, cuando se nace y se desarrolla en un medio poco tradicional y más bien en uno complejo, con una situación estructural de pobreza y carencias, con multiplicidad de universos simbólicos, configuraciones sociales e individuales diversas, fragmentación comunitaria y mínima historicidad en la comunidad, como es el caso de Valle de Chalco, los procesos cognitivos y subjetivos comprenden dimensiones caleidoscópicas. Donde el lugar es un elemento contingente en la conformación de la biografía de los jóvenes.

El arraigo al territorio como parte del reconocimiento de la “otredad” puede parecer no relevante dadas las características de este espacio. De ahí que el vínculo con los demás integrantes de la comunidad no sea percibido como elemento fundamental en la configuración y apropiación de un espacio. La cotidianidad no hace más significativo referirse y establecer lazos de cercanía con los vecinos.



Conclusiones



CONCLUSIONES

De la hipótesis

La hipótesis que se postuló al iniciar este proyecto de investigación se sustentaba en la idea de que el territorio incide fundamentalmente en el proceso de construcción de la identidad de los jóvenes. Esto parece obvio, pero no lo es tanto si la unidad de análisis se circunscribe a estudiar un caso límite, como son las llamadas “ciudades dormitorio”. En este caso la investigación se centró en el municipio Valle de Chalco Solidaridad, contexto en el cual se pensó que el proceso de construcción identitaria en los jóvenes se trastocaría por la incidencia del territorio, dado que es un espacio recién formado, donde aún no hay una comunidad en términos de construcciones simbólicas compartidas y el vínculo que los habitantes establecen con este territorio sólo pragmático.

Sin embargo, los resultados de la presente investigación ofrecen la posibilidad de falsear esta hipótesis. Ya que si bien el territorio representa un elemento importante en el proceso de construcción identitaria de los sujetos, éste sólo incide de forma contingente. Para ampliar la reflexión en torno a este tema hay que decir que esta investigación ha dado indicios suficientes para hacer una distinción entre la noción de *territorialidad* y la de *sentido de pertenencia*. Así pues, en este apartado de conclusiones, el lector encontrará i) un conjunto de conclusiones con las que se argumentará porqué la hipótesis resultó falseada, este es el objetivo implícito y, ii) el lector verá explícitamente el desglose de las conclusiones por tema.

Del territorio

Sin lugar a dudas la nueva complejidad social, es decir, la creciente gravitación de los procesos financieros, económicos, ambientales, políticos, sociales y culturales de alcance mundial trastoca los fenómenos de carácter regional, nacional y local. Frecuentemente se apela a la idea de que la migración y la movilidad (concreta o virtual) han producido procesos de *desterritorialización*. A decir, las relaciones y procesos sociales no se encuentran restringidas más a territorios particulares, desarrollándose una multiplicación e intensificación de relaciones *supraterritoriales*, que han llevado a cuestionar la permanencia de los espacios territoriales que configuraron la modernidad o a resaltar el efecto de las nuevas tecnologías de la

información y la comunicación en la configuración de relaciones sociales que pueden ser entendidas más allá de los espacios geográficos y fronteras territoriales.

Este fenómeno de trastocamiento del espacio trae consigo consecuencias evidentes en las formas de aprehensión del mundo y, por ende, en los procesos de construcción de las identidades individuales. Pero no hay que olvidar que en países en desarrollo, donde los fenómenos de globalización y sus implicaciones no se encuentran totalmente disponibles, el territorio local todavía tiene gran relevancia en la construcción de la identidad. En México, como en gran parte de América Latina, es posible observar la importancia que reviste el territorio local y sus tradiciones como formas de interacción y arraigo a un espacio y una “forma de ser y estar”. Aún en las grandes y complejas metrópolis, como la ciudad de México, se pueden reconocer casos específicos, por lo demás sumamente interesantes, de algunas localidades donde el territorio es algo más que un espacio habitable. Sólo por citar un ejemplo de esta situación podemos referir al pueblo de Xochimilco. Caso ampliamente estudiado por Julia Flores y Vania Valles en su texto *Arraigos, apegos y pertenencias: Identidades y territorio en Xochimilco*.

Con lo anterior se demuestra que los procesos de mundialización y las nuevas tecnologías de la información tienen cierta incidencia en las construcciones simbólicas y valorativas de los sujetos, pero esta incidencia depende de las características propias del contexto espacial al que estemos refiriendo. Por lo tanto, la relevancia de las nociones territorialidad y sentido de pertenencia atienden a distintas aristas de un mismo fenómeno, la relación e incidencia del espacio en el proceso de configuración de los sujetos.

El primer término, territorialidad, se refiere al vínculo utilitario que el sujeto entabla con el espacio que habita. En este sentido el territorio se vuelve un espacio con poca significancia e impacto emocional en la trayectoria de vida de los sujetos. Dentro de esta situación se encuentran las comunidades recién creadas, las zonas de paso migratorio, las periferias y las llamadas ciudades dormitorio. Así pues, la territorialidad implica el reconocimiento efectivo, práctico y objetivo del espacio que se habita. Es decir, la territorialidad es muestra de un vínculo *cuasi* circunstancial entre el sujeto y el territorio que lo habita. Aunque ello no niega que las condiciones y los rasgos del territorio inciden en la configuración del yo. Todo lo contrario, estas condiciones son parte de los referentes inevitables que el sujeto tiene para configurarse a sí mismo. Sólo

que las formas de incidencia son evidentemente menores con respecto a una situación de mayor vínculo con el espacio que se habita.

Los fenómenos de migración son claros ejemplos de una situación de territorialidad. En la medida en que la movilidad de los individuos los hacen participar del territorio de forma práctica y residual. En los nuevos asentamientos o en los llamadas ciudades dormitorio la territorialidad es el fenómeno presente por excelencia. Ya que el arraigo al espacio tiene una “utilidad marginal”. Fenómeno que fue posible observar en las entrevistas realizadas a los jóvenes de Valle de Chalco Solidaridad.

Las características propias de este municipio permiten observar que la movilidad y el tránsito de los habitantes por este espacio no tiene implicaciones emotivas y de arraigo a tradiciones heredadas. Pues la conformación de Valle de Chalco Solidaridad responde a los nuevos contextos sociodemográficos y de expansión de las zonas urbanas. Lo cual, evidentemente, adquiere una relevancia fundamental en los referentes y universos simbólicos con los que los jóvenes vallechalquenses constituyen su identidad, siendo éstos la segunda generación que habita este municipio.

La movilidad cotidiana, constitutiva de las zonas metropolitanas, los nuevos asentamientos y las ciudades dormitorios refuerzan el contacto de los sujetos con otros universos simbólicos y otros contextos de legitimación fuera de su lugar de residencia. Lo que genera oportunidades de acceso a espacios distintos, concepciones de límites y valoraciones diferentes y una ampliación de repertorios de interacción. Elementos que son una suerte de insumos para el proceso de constitución de su propia biografía. El acceso a diferentes contextos permite una mayor oportunidad de relacionar, comparar, jerarquizar y colocarse a sí mismo con respecto a la otredad.

Ahora bien, en cuanto a la noción de sentido de pertenencia se refiere al vínculo emocional que entabla el sujeto con el territorio que habita. Esta noción, a diferencia de la primera, se caracteriza por superar la visión del espacio en términos de pragmatismo y utilitarismo. El sentido de pertenencia se constituye a partir de la importante incidencia del territorio en la construcción identitaria, no así, en la noción de territorialidad. Así pues, el sentido de pertenencia tiene repercusiones más visibles y medianamente predictibles en la configuración de la identidad de los sujetos, ya que el lazo emocional que los une con el territorio y las tradiciones no sólo los vinculan sino también conforman universos simbólicos definidos que se convierten en referentes ineludibles en este proceso.

El sentido de pertenencia se explica a partir de un arraigo sentimental, emotivo, herencia tradicional que pervive en el espacio que habita el sujeto y que forma parte de su cotidianidad. Es cierto que en esta investigación sólo se observó un territorio de reciente creación y, por ende, con nulas tradiciones locales. Sin embargo, en alguna literatura a la que se acudió en el proceso de investigación hay estudios de casos con los que es posible hacer esta afirmación, específicamente el pueblo de Xochimilco y el barrio de Tepito. Aunque cabe reconocer que uno de los pendientes para profundizar en este tema sería un trabajo comparativo con alguna localidad que tenga características de tradiciones heredadas y arraigadas. Pero ese puede ser un tema para un trabajo posterior, por ahora se ha cumplido con el objetivo planteado al inicio de esta investigación.

Retomando, el sentido de pertenencia alude, pues, a una serie de factores que se inscriben en lo subjetivo de cada persona, pero que se adquieren en el marco de su participación en un contexto cultural fuertemente arraigado en la comunidad. Y que refiere a los valores y normas compartidas, convivencia y solidaridad, confianza en las instituciones y el los vecinos o próximos, participación en la comunidad y apropiación del espacio. Así, la identificación social de un individuo o de un grupo es la que se deriva del sentido de la pertenencia a un entorno, parece correcto pensar que los mecanismos de apropiación del espacio aparecen como fundamentales para este proceso de identificación.

Sea a través de la acción-transformación o bien de la identificación simbólica el espacio se convierte en lugar, es decir, se vuelve significativo. El mecanismo de apropiación facilita el diálogo entre los individuos y su entorno en una relación dinámica de interacción, ya que se fundamenta en un doble proceso: el individuo se apropia del espacio transformándolo física o simbólicamente y, al mismo tiempo, incorpora a su *self* determinadas cogniciones, afectos, sentimientos o actitudes relacionadas con el espacio y que resultan parte fundamental de su propia definición como individuo, de su identidad del yo.

Por ello es importante establecer las diferencias encontradas en esta investigación en cuanto a la incidencia del territorio en el proceso de construcción de la identidad se refiere. Donde el sentido de pertenencia socio-territorial resulta en un fenómeno altamente relevante en el proceso de la constitución del yo, en la medida en que las tradiciones y el horizonte normativo del territorio son componentes de gran influencia en dicho proceso. Dada la relación que establece el sujeto joven con el aprendizaje y la reproducción de las tradiciones locales, la identidad se constituye en

gran medida “cerrada” a este espacio simbólico. Es evidente que no se quiere decir que hay una clausura de sentidos o la absoluta negación a la permeabilidad de las sociedades tradiciones. Sino más bien, que la composición propia de las localidades fuertemente arraigadas en tradiciones y valores es menos franqueable ante los fenómenos “externos” en comparación con los territorios de nueva creación. Cabe destacar que ésta no es una categoría esencialista sino de doble referencialidad. Donde el lugar dota de historicidad el contexto en el que habita el sujeto y al mismo tiempo puede ser modificado y reinventado por el sujeto. Aunque dicha reinención está circunscrita al nivel de flexibilidad de las estructuras sociales, la normatividad existente, la posibilidad de interacción con novedades, así como la capacidad del individuo para dotar de nuevos significados aquello que suele presentarse como convenciones estables culturalmente.

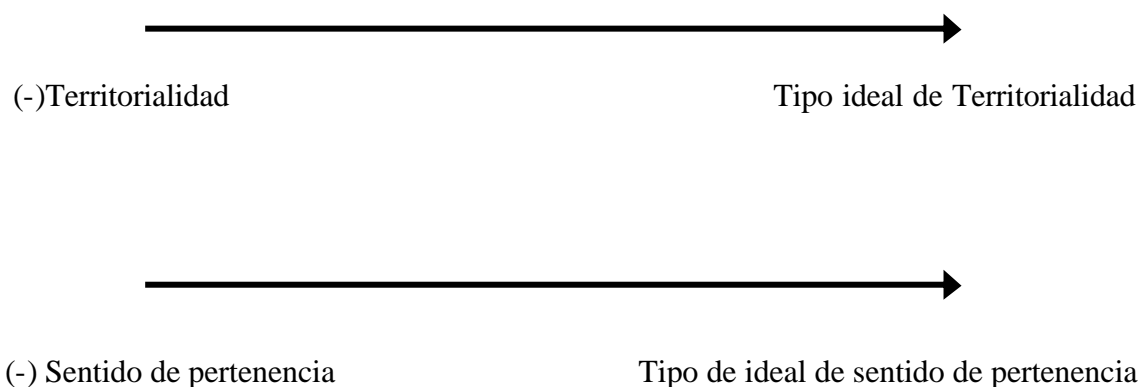
En localidades con características de arraigo socioterritorial los jóvenes se mueven poco fuera de ellas, por tanto, sus referentes y marcos normativos, así como los contextos de legitimación son restringidos por su dinámica cotidiana y el arraigo a sus tradiciones y formas de habitar el espacio. Siempre recordando que lo que une, en este caso, a los sujetos con el territorio no es meramente un interés utilitario, sino un lazo afectivo, un interés de pertenencia y reconocimiento como parte de una “comunidad”. Es de destacar que el sentimiento de pertenencia implica necesariamente la construcción del yo a partir del territorio y del universo simbólico que construye a la comunidad y que a su vez la comunidad construye. En cuyo caso la valoración del territorio se puede traducir en un sentimiento “orgullo” de pertenencia, la cual es una característica más del lazo emotivo que une a los sujetos con la localidad, situación que no se presenta en las localidades de reciente creación, como en el caso de Valle de Chalco Solidaridad.

Así pues, otra conclusión que deriva de las anteriores es que los lazos emotivos con respecto al territorio tienen que pasar necesariamente por la apropiación del espacio. Aprender el territorio, hacerlo propio, es indispensable para reconocerlo como parte constitutiva de la propia biografía. De no ser así, el territorio sólo funge como un espacio habitacional con importancia residual. Además, la apropiación del espacio proporciona seguridad ontológica, asociada al sentimiento de posesión, de pertenencia, de conocimiento, de control.

Con lo anterior no se niega la posibilidad de que cualquier territorio, con sus universos simbólicos concretos, sea de reciente creación o con tradición milenaria, pueda incidir en el proceso de construcción de la identidad en los jóvenes. No obstante,

el grado de incidencia y el nivel de las repercusiones que cada uno de estos universos tiene en el sujeto plantea condiciones y, por tanto, resultados diferentes. Por ello es importante conceder que tanto la territorialidad como el sentido de pertenencia son nociones que dan cuenta de distintos procesos y maneras de relacionarse del sujeto con el espacio físico, es decir, parten de diferentes supuestos en el estudio de la relación sujeto-territorio. En este sentido, la *apropiación del espacio* es un rasgo definitorio para analizar qué tipo de vínculo el sujeto crea con el territorio. Ya que el apropiarse del espacio permite al sujeto comprometerse emocionalmente, adquirir responsabilidad sobre éste y construirlo continuamente para imprimirle su propio sello, ya sea reproduciéndolo o inaugurándolo.

Ahora bien, este resultado no queda únicamente en la distinción pertinente entre territorialidad y sentido de pertenencia. Ya que si avanzamos en la reflexión es posible postular que ambas pueden analizarse en términos de *continuum*.



Este fluido *continuum* en los análisis permite establecer niveles de comparación y la posibilidad de situar casos concretos, ya que va desde un mínimo piso que caracteriza, define y circunscribe cada uno de estos fenómenos hasta plantear una suerte de “tipo ideal” que sea el parámetro que permita hacer las comparaciones y registrar los niveles de incidencia en casos concretos. En la modernidad es obvio que estos dos fenómenos no se dan puros en las sociedades. Más bien, estos se combinan aunque uno de ellos tenga mayor peso. De ahí que parezca interesante desarrollar una noción que complejiza este tipo de fenómenos, que para el caso que ocupa esta investigación se ha pensado en el término *arraigo dinámico*. El cual apela a un arraigo menos determinado por las tradiciones familiares, y atiende más las capacidades de apropiación del sujeto y la

relevancia que tenga el territorio en la construcción de su biografía personal, pero tampoco se circunscribe a lo meramente circunstancial de ocupar un espacio. De esta manera, el arraigo dinámico corresponde a las nuevas sociedades, pero sobre todo se piensa en las ciudades, grandes y pequeñas, ya que las comunidades más tradicionales se acercan más a la noción explicitada con el término sentido de pertenencia.

Cabe señalar que el arraigo dinámico no implica lazos afectivos emocionales demasiado fuertes como en comunidades más tradicionales, pero tampoco se considera al territorio meramente en términos utilitarios. Es decir, hay cierto nivel de apropiación del espacio que le permite al sujeto considerarse como parte de un entorno y de una comunidad. Nuevamente, esta aseveración puede ser analizada más profundamente a partir de un trabajo comparativo con otro tipo de territorios. Aquí sólo se pretende poner en la mesa una serie de reflexiones generadas a partir de la presente investigación.

En lo que respecta a Valle de Chalco Solidaridad hay que decir que los jóvenes entrevistados no tienen un arraigo dinámico y, mucho menos un sentimiento de pertenencia socioterritorial. Pues, más bien, las condiciones estructurales, políticas y constitutivas de este territorio sólo permiten la existencia de un reconocimiento del territorio. A decir, la territorialidad es el elemento que prima en los jóvenes habitantes de Valle de Chalco Solidaridad. Esto es así porque los jóvenes son apenas la segunda generación que habita este territorio, sus padres llegaron muy jóvenes con expectativas de acceder a una mejor vida y dejaron atrás sus lugares de nacimiento, su familia, sus tradiciones y costumbres. De tal suerte que los hijos de estos migrantes crecieron entre la posibilidad de alcanzar esas expectativas y la tarea cotidiana de construir un espacio tanto físico como simbólico-significativo.

Para que los jóvenes vallechalquenses tuvieran por lo menos lo que he llamado arraigo dinámico tendría que haber por lo menos un intento de apropiación del espacio. Sin embargo, esta situación no está presente en los jóvenes de Valle de Chalco. Por lo tanto su tránsito y habitar por el espacio es meramente circunstancial y desarticulado. Ante la mínima posibilidad de cambiar de territorio se rinden ante aquel que les proporcione mayores beneficios en cuanto a comodidades se refiere.

Así pues, la territorialidad de los jóvenes vallechalquenses los obliga a construir su biografía a partir de las dinámicas que se presentan en el municipio. Aunque éstas no son las únicas, pues ya que sus lugares de trabajo o centros de estudios están frecuentemente fuera del municipio tienen contacto con una gran variedad de universos simbólicos y ámbitos de sentidos múltiples, con los cuales conforman su identidad. La

movilidad de los jóvenes en Valle de Chalco complejiza más este proceso de construcción de su identidad. Es evidente que al no sentirse afectivamente conectado con el espacio que habita y con los otros con los que comparte dicho espacio, el joven vallechalquense tiene menos seguridades ontológicas y pragmáticas.

De esta forma, el proceso de construcción de la identidad en los jóvenes de Valle de Chalco Solidaridad tiene rasgos comunes con los jóvenes en tanto participan de un ámbito macro, pero las sutilezas que hacen las diferencias importantes se concentran en lo que se refiere a la habitación y tránsito por el territorio local. Con lo cual es posible asegurar que lo local en los jóvenes vallechalquenses constituye un componente poroso, donde el proceso de construcción identitario se realiza a partir de escasos asideros y certezas, poca o nula apropiación del espacio y, por tanto, sin el reconocimiento de sí mismos en el espacio lo que conlleva a una cierta volatilidad en la construcción de su propia biografía.

Aunque el objetivo no era construir una teoría del vínculo sujeto-territorio la presente investigación da algunos indicios para profundizar el tema en próximas investigaciones. También parece necesario complementar este estudio con un caso comparativo, es decir, realizar una investigación con jóvenes que vivan en un espacio con fuertes lazos afectivos hacia su territorio, una comunidad más tradicional. Ello permitiría ahondar en el tema y matizar algunas de las afirmaciones que se han hecho en este documento.

De la reflexividad

“La identidad del yo no es un rasgo distintivo, ni siquiera una colección de rasgos poseídos por el individuo. *Es el yo entendido reflexivamente por la persona en función de su biografía*” (Giddens, 1997: 75). El término reflexividad fue medular en el análisis de esta investigación. Sin embargo, aunque es un concepto de amplio alcance teórico es necesario admitir que está pensado para sujetos en sociedades diferentes, en muchos sentidos, a las latinoamericanas y mexicana en particular. Por lo que sería importante trabajar en la construcción de conceptos y teorías que den cuenta de nuestras realidades inmediatas. De este modo más que adaptar las construcciones teóricas ya existentes se intentaría elaborar explicaciones y conceptos pensados desde nuestros propios contextos. Aunque esta investigación no tuvo como objetivo conceptualizar una noción de “reflexividad a la mexicana”, es evidente que hay un hueco importante en las ciencias

sociales de la región, más cuando el objetivo es problematizar fenómenos sociales que tienen que ver con la acción individual y los rasgos particulares de contingencia de libertad y constreñimientos sociales.

La reflexividad es constitutiva en la construcción de la identidad. Más allá de los niveles de reflexividad que cada contexto estructural permita a los sujetos debe ser relevante el hecho de que todos los sujetos tiene potencialmente la capacidad de reflexividad. La cual podemos, según lo observado en el análisis de esta investigación, ubicar en tres niveles:

- a) *Nivel básico o elemental:* Lo aporta el contexto social, es la estructura estructurante como diría Pierre Bourdeau. El contexto social es siempre una mezcla entre el universo simbólico más inmediato y todo aquello que viene de fuera de este contexto local. Cabe destacar que la relevancia significativa de uno u otro ámbito (local-externo) tendrá importantes implicaciones en la configuración de esta reflexividad básica o elemental.
- b) *Nivel de dislocación o sobrecolocación:* Es la capacidad que tiene el sujeto para verse así mismo y a su espacio inmediato de interacción “desde afuera”. Es decir, la posibilidad de crítica, comparación y relación desde otro lugar o por encima de la experiencia más inmediata de cada persona.
- c) *Nivel creativo o de re-construcción:* se refiere a la capacidad del sujeto para resignificar lo percibido en el nivel básico a partir del proceso de concientización dislocada o sobrecolocada. En este nivel el sujeto puede re-valorar y re-semantizar los universos simbólicos de los cuales participa e incluso de aquellos que le llegan a través de los medios de comunicación.

El proceso de construcción de la identidad se presenta con mayor complejidad en la medida en que el sujeto es más conciente de dicho proceso. Es decir, la complejidad del proceso de construcción de la identidad está mediada por el nivel de reflexividad que el sujeto experimenta en su vida cotidiana. Si el sujeto se ubica en el nivel de la conciencia básica está sólo participando de los universos simbólicos sociales. La conciencia básica permite certidumbre, pues está relacionada esencialmente con la organización

interpersonal del tiempo y el espacio. En cuyo caso el nivel de reflexividad le permite al sujeto referirse a las entidades del mundo a partir de los valores y horizontes introyectados. Por tanto, la complejidad de este proceso abarca las formas de interpretar, relacionar y participar de los ámbitos de sentido y los contextos de legitimación en los que el sujeto transita.

Cuando el sujeto sobrepasa la conciencia básica, es decir, la confianza en los anclajes existenciales tanto cognitivos como emocionales, se abre su concepción de la vida propia y las posibilidades de cambio. Es entonces cuando la reflexividad ya no sólo es una potencialidad del sujeto sino es un hecho. Así, la dislocación y la creatividad aumentan la complejidad del proceso de construcción identitaria. Con los jóvenes vallechalquenses quedó demostrado que es posible compartir un mismo “ambiente social”, participar de ámbitos de sentido parecidos, reconocer prácticas sociales iguales y sin embargo, la capacidad de reflexividad es diferencial. Es decir, estos jóvenes comparten el lugar de residencia, todos fueron a escuelas públicas en el municipio, viven más o menos bajo las mismas condiciones económicas, culturales, políticas. No obstante ello, es evidente que cada quien organiza, jerarquiza, relaciona, decide, actúa con un nivel de reflexividad diferente.

La identidad individual no tiene que ver con desempeñar un rol social, sino que es un proceso que depende de múltiples repertorios culturales diferenciadores, como los círculos de pertenencia, la constelación de atributos, las redes de relaciones íntimas, el pequeño inventario de objetos a los que el sujeto se siente profundamente apegado, y, en fin, a su biografía incanjeable. Además, la identidad resulta siempre de una permanente negociación entre autodefinición y la asignación exterior de la identidad. Como decía Alessandro Pizzorno (2000), paradójicamente nuestra identidad está definida en lo fundamental por otros.

De la metodología

En este mismo sentido y en cuanto a la metodología se refiere, en esta investigación se usó la teoría fundamentada y las historias de vida como técnica de investigación, pero quizá sea pertinente para futuras investigaciones explorar otras propuestas metodológicas y combinar esta técnica de investigación, que es muy útil para el tema tratado, con otras para obtener mayor y mejor información. Incluso se podría aumentar la muestra para buscar mayor representatividad, aunque sin abandonar la línea de

análisis cualitativo, pues me parece que es la más adecuada para explorar el tema de la identidad en los jóvenes. De hecho, trabajar con un espectro más amplio de jóvenes enriquecería en mucho el análisis. Así como también pensar en otros barrios o municipios para estudiarlos y contrastarlos con respecto a los resultados obtenidos en la presente investigación.

En el mismo rubro que se refiere a la metodología, es necesario apuntar que quizá el resultado más importante del presente trabajo es la construcción de la matriz de análisis. Ya que ésta, aunque no pretende agotar las dimensiones que intervienen en el proceso de configuración de la identidad, da cuenta de categorías, subcategorías y dimensiones que bien pueden articular la complejidad de este proceso. Su extensión se puede combinar con un análisis profundo, tal como este tema requiere, más aún si consideramos que no es un esquema que sólo puede funcionar si se trata de explorar el proceso de configuración identitario en los jóvenes vallechalquenses, sino que puede ser útil para analizar otros casos.

Del análisis

Pese a que el análisis que se realizó es amplio, quedaron varios asuntos en el tintero. Sin embargo, queda como un primer acercamiento al tema, de ahí podemos extraer algunas conclusiones que a su vez resultan en insumos para un análisis más profundo. De entrada, salta a la vista que la complejidad de la construcción de la identidad de los jóvenes no puede ser fácilmente generalizable, pues aunque se recortó el campo de estudio, situando a los entrevistados en un contexto territorial determinado, se obtuvieron contrastes considerables entre los casos. Es decir, aun cuando los jóvenes entrevistados de Valle de Chalco comparten ciertos rasgos no sólo de edad sino de historia familiar, condiciones económicas, trayectorias de vida, recursos culturales, universos simbólicos, horizontes de legitimación y medio ambiente, no es posible verlos como un grupo homogéneo en términos de la producción de su identidad y perspectivas de vida.

Ello no niega la posibilidad de generar categorías mediante las cuales se conceptualicen los elementos fundamentales en la producción de la identidad, de tal manera que respondan a las necesidades científicas de generar conceptualizaciones de amplio alcance. De esta forma, las diferencias entre los casos analizados no se pueden minimizar, pero de cualquier manera se debe tener un piso teórico-metodológico que

permita construir análisis robustos de esta temática. Es decir, que posibiliten describir, explicar, comparar y problematizar este fenómeno en diversos contextos juveniles.

De hecho vale la pena rescatar brevemente algunos resultados del análisis, pero de forma comparativa. En cuyo caso hay que decir que, como ya se apuntó anteriormente, la incidencia del territorio en la producción de la identidad de los jóvenes entrevistados es diferenciada porque cada uno habita y aprehende de distintas maneras el espacio que ocupa. Sin embargo, se puede decir que el rasgo general es que ninguno siente un especial apego por el territorio, incluso es posible observar la nula noción que tienen de “comunidad”. De ahí que, más arriba se apuntaba, los jóvenes vallechalquenses entrevistados prácticamente construyen su identidad sin una mediación importante del territorio.

En lo que se refiere a las categorías que se incluyeron en el ámbito sociocultural es importante anotar si bien es cierto que los entrevistados comparten gran parte de los rasgos con los que definen su situación estructural también es cierto que hay algunas diferencias que se hacen significativas al momento de observar el proceso de configuración de su identidad. Por ejemplo, Mario tiene un capital económico y simbólico muy parecido al que tiene Beto, sin embargo, su capital cultural es mucho mayor. Lo cual puede contrastar si consideramos que ambos han recibido su educación en instituciones públicas. Entre las razones que pueden explicar esta situación es que los padres de Mario son profesionistas y los de Beto sólo tienen la secundaria completa. Y además, Mario desde muy pequeño se ha interesado por la lectura, las matemáticas, la computación y por la apreciación de obras artísticas, mientras que Beto sólo se ha concentrado en aquello que recibe de la escuela. Cabe destacar que ninguna de estas situaciones debe ser tomada como determinantes sino son que en conjunto ayudan a explicar la diferencia importante que hay entre una biografía y la otra.

En cuanto a las mujeres entrevistadas existe una situación parecida, pero ésta es respecto de las restricciones que han tenido en la familia para poder desarrollarse como ellas lo desearían. Cada una resuelve de diferentes maneras situaciones de constreñimientos culturales, sociales u económicos que se les presentan. Por ejemplo, Carla decide estudiar la carrera técnica que sus padres le sugieren, mientras Vanesa proyecta, con ayuda de su padre, estudiar la carrera que le gusta en una escuela privada. Esto aparentemente no tiene nada de extraordinario y, sin embargo es relevante dado que ambas se encuentran en situaciones estructurales muy parecidas: sus padres son obreros, sus madres no tienen la primaria completa, son las más pequeñas de la familia,

ninguno de sus hermanos ha estudiado más allá de la preparatoria, sus condiciones económicas son muy parecidas. En este sentido hay dos niveles de análisis que es posible hacer: el primero, que corresponde a la comparación entre los contextos, situaciones y resultados en el proceso de configuración de su identidad y; el segundo, la comparación de este mismo proceso entre mujeres, con el objetivo de reflexionar en torno a las diferencias de contextos y constreñimientos que tienen por el hecho de ser mujeres y la puesta en marcha de su reflexividad y toma de decisiones ante las diversas situaciones que se les presenta tanto a nivel social como personal. Por ello, es necesario admitir que esta es una gran deuda del presente trabajo, pero es un tema que puede formar parte de la agenda de las problemáticas que vale la pena explorar en futuras investigaciones.

Lo anteriormente mencionado sirve de insumo para apelar a las perspectivas de futuro que tienen cada uno de los jóvenes entrevistados. Este dato es interesante porque aunque hay algunas diferencias en cuanto a los recursos y capitales culturales, específicamente, en todos los casos el futuro se vislumbra como un estadio de consolidación y felicidad. En cuyo discurso abundan los estereotipos de “vida feliz” y de realización personal, es decir, los entrevistados refieren que lo deseable en el futuro es un trabajo estable, solvencia económica, bienes materiales y, excepto Mario, tener una familia compuesta por padre, madre e hijos.

Así como los ejemplos mencionados, puede hacerse un análisis comparativo que permita contribuir con algunos datos más sobre cómo producen su identidad los jóvenes vallechalquenses. Pero, insisto, este tipo de análisis es viable de hacer en otros jóvenes de diferentes contextos territoriales, y estructurales en general. Sin embargo, la relevancia de haber hecho el estudio con los jóvenes vallechalquenses permite partir de un caso límite, en el sentido de que el contexto espacial, cultural, político y económico concentra varias problemáticas de las sociedades contemporáneas.

BIBLIOGRAFÍA

Acha, Juan. (1996). *Aproximaciones a la identidad latinoamericana*. Facultad de Arquitectura y Diseño de la UAEM y Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. México.

Albrow, Martín (1997). Viajando más allá de las culturas locales. Paisajes sociales en una ciudad global. En: *Hijos de la libertad* (pp. 281-308). FCE. Argentina.

Alonso, Luis Enrique (1995). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En: Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (Editores). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.

Arditi, Benjamín. (2000). El reverso de la diferencia. En: Benjamín Arditi (editor). *El reverso de la diferencia* (99-124). Ed. Nueva sociedad. Venezuela.

Bauman, Zygmunt. (2002). Individualidad. En: *Modernidad líquida* (pp. 7- 99). FCE. Argentina.

Beck, Ulrich. (1997). Hijos de la libertad: contra las lamentaciones por el derrumbe de los valores. En: Ulrich Beck (coordinador). *Hijos de la libertad* (pp. 7-34). FCE. Argentina.

Bertaux, Daniel. (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Edicions Bellaterra. Barcelona. España.

Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. Martha Pou (Traductora). Grijalbo. México, D.F.

Bourdieu, P. (2003) *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Anagrama. Barcelona. España.

Bourdieu, P. (2002). *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Anagrama. Barcelona. España.

Brater, Michael. (1997). Escuela y formación bajo el signo. En: Ulrich Beck (coordinador). *Hijos de la libertad* (pp. 137-164). FCE. Argentina.

Brito, Roberto. (1998). *Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud*. En: Revista Última década. Número 009. Centro de Investigación y Difusión Poblacional de Achupalas. Viña del Mar, Chile.

Brito, Roberto. (2002). Identidades juveniles y praxis divergente; acerca de la conceptualización de juventud. En: Alfredo Nateras (Coordinador). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas* (pp. 43-57). Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Ed. Miguel Ángel Porrúa. México. D.F.

Brunner, José Joaquín. (1992). América Latina en la encrucijada de la modernidad.

En: *En torno a la identidad latinoamericana* (pp. 7-33). VII Encuentro Latinoamericano. FELAFACS. México.

CEPAL, Agencia Española de Cooperación Internacional, Secretaría General Iberoamericana. 2007. *Cohesión social. Inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. Santiago, Chile. pp. 13-28

Cocco, Madeline (2003). *La identidad en tiempos de globalización. Comunidades imaginadas, representaciones colectivas y comunicación*. En: Cuaderno de Ciencias Sociales #129 Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Costa Rica. San José, Costa Rica.

Ehrenfeld, Noemí (2003). Los jóvenes y las familias. Encuentros y tensiones entre filiaciones e identidades. En: José Antonio Pérez Islas, Mónica Valdez González, Madeleine Gauthier, Pierre-Luc Gravel (coordinadores). *Nuevas miradas sobre Jóvenes. México – Quebec* (pp.75-85). Instituto Mexicano de la Juventud. Secretaría de Educación Pública, Office Québec-Amériques pour la jeunesse, Observatoire jeunes et société. México. D.F.

Eisenstadt, S. N. (1969). Pautas arquetípicas de la juventud. En: Aníbal Leal (Traductor). *La juventud en el mundo moderno* (pp.68- 99). Ediciones Hormé, S.A.E. Buenos Aires, Argentina.

Encuesta Nacional de Juventud 2005. Instituto Mexicano de la Juventud. Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud. Secretaría de Educación Pública.

Erikson, Erik H. (1969) La juventud. Fidelidad y diversidad. En: Aníbal Leal (Traductor). *La juventud en el mundo moderno* (pp. 27-67). Ediciones Hormé, S.A. E. Buenos Aires, Argentina.

Fernández, Anna M. (2003). *Cultura Política y Jóvenes en el umbral del nuevo milenio*. IFE, SEP, INJUVE. México. D.F.

Espinoza, Atilio. Mi barrio es zona crema: territorialidad y conflicto en un grupo barrial de la trinchera Norte. En: Aldo Panfichi, y Marcel Valcárcel (Editores). *El significado de la juventud en las Ciencias Sociales* (223-271). Red para el Desarrollo de la Ciencias Sociales en el Perú. Pontificia Universidad Católica del Perú. Universidad del Pacífico, Centro de Investigación. Instituto de estudios Peruanos. San Miguel. Perú.

Esquivel, M. Teresa. (2006). Conformando un lugar: narrativas desde la periferia metropolitana. En: Patricia Ramírez Kuri y Miguel A. Aguilar Díaz (coordinadores). *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo* (35-49). Anthropos. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. México, D.F.

Flores, J. Isabel y Salles Vania. (2000). *Arraigos, apegos y pertenencias: Identidades y territorio en Xochimilco*.

Flores, J. Isabel. (2002). Tipos de identidad y generaciones en México. En: Ricardo Pozas Horcaditas (coordinador). *La modernidad atrapada en su horizonte*. Academia Mexicana de Ciencias. México.

García Canclini, Néstor, La antropología en México y la cuestión urbana. En: Néstor García Canclini (coordinador). *La antropología urbana en México* (11-26). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Autónoma Metropolitana, Fondo de Cultura Económica. 2005. México, D.F.

García, Maritza y Baeza, Cristina. (1996). A manera de introducción-conclusión. En: *Modelo teórico para la identidad cultural*. (pp. 9-53). Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana. Juan Marinello. Ciudad de la Habana. Cuba.

García, Maritza. (1996). La identidad como objeto de estudio sociológico. En: Maritza García y Cristina Baeza. *Modelo teórico para la identidad cultural* (pp. 54-60). Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana. Juan Marinello. Ciudad de la Habana. Cuba.

De Gaulejac, Vincent, Rodriguez, Susana y Taracena, Elvia. (2005). *Historia de vida. Psicoanálisis y Sociología clínica*. Universidad Autónoma de Querétaro. México.

Giddens, Anthony. (1997). *La modernidad e identidad del yo*. Península. Barcelona. España.

Giménez, Gilberto. (1987). La problemática de la cultura en las ciencias sociales. En: *La teoría y el análisis de la cultura*. pp. 17-75.

Giménez, Gilberto. (1993). Cambios en la identidad y cambios de profesión religiosa. En: Guillermo Bonfil Batalla (coordinador). *Nuevas identidades culturales en México* (23-52). CONACULTA. México. D.F.

Giménez, Gilberto. (1994). *Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional*. Revista: Estudios sobre culturas contemporáneas. Diciembre, año/Vol. VI, número 18. Universidad de Colima. Colima, México. pp. 165-173

Giménez, Gilberto. (1996). *Territorio y cultura*. Revista: Estudios sobre culturas contemporáneas. Diciembre, año/Vol. II, número 4. Universidad de Colima. Colima, México. pp. 9-30

Giménez, Gilberto. (1997). *Materiales para una Teoría de las Identidades Sociales*. Revista Frontera Norte. Volumen 9, #18, Julio-Diciembre, México.

Gleizer, Marcela. (1997). *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede México, Juan Pablos Editor, México, D.F.

Graizboard, Boris y Acuña, Beatriz. (2006). Movilidad residencial intraurbana en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. En: Adrián Guillermo Aguilar (coordinador). *Las grandes aglomeraciones y su periferia regional. Experiencias en*

Latinoamérica y España (235-273). Cámara de diputados. LIX legislatura. CONACYT. UNAM. Instituto de Geografía. Miguel Ángel Porrúa. México, D.F.

Gutiérrez, Alfredo (1998). No todo lo que se mueve y cambia es juventud. En: Jaime Arturo Padilla (compilador). *La construcción de lo juvenil* (pp. 16-26). Causa Joven, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud. México, D.F.

Habermas, Jürgen. (1989). *Teoría de la acción comunicativa I. racionalidad de la acción y racionalidad social*. Ed. Taurus. Argentina.

Habermas, Jürgen. (1998). Ciudadanía e identidad popular. En: *Facticidad y validez* (pp. 619-643). Ed. Trotta. Madrid. España.

Habermas, Jürgen. (2001). *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Ed. Cátedra. España.

Hermo, Javier (1998). Métodos e instrumentos de investigación. En: Jaime Arturo Padilla (compilador). *La construcción de lo juvenil*. (pp. 122-132). Causa Joven, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud. México. D.F.

Hiernaux, Daniel. (1995). *Nueva periferia, vieja metrópoli: el Valle de Chalco, Ciudad de México*. Universidad Autónoma Metropolitana. México, D.F.

Hiernaux, Daniel. (1999). *Los frutos amargos de la globalización: expansión y reestructuración metropolitana de la ciudad de México*. Eure, diciembre. Año/volumen 25. Número 075. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Lezama, José Luis (1998) *Teoría Social, espacio y ciudad*. El Colegio de México. , Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano. México, D.F.

Maffesoli, Michel. (2000). *Identidad e identificación en las sociedades contemporáneas*. En: Benjamín Arditi (editor). *El reverso de la diferencia* (pp. 37-45). Ed. Nueva sociedad. Venezuela.

Martín, Criado Enrique. (1998). *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Ediciones Istmo. España.

Melucci, Alberto (1994). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Colegio de México. México. D.F.

Mohanty, J. N. (1997). Capas de yoidad. En: León Olivé y Fernando Salmerón (editores). *La identidad y la colectividad* (pp. 23-35). Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM. México. D.F.

Navarro, Ramiro (2000). Cultura juvenil y medio. En: José Antonio Pérez Islas (coordinador). *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre la juventud en México 1986-1999*. (pp. 67-110). Tomo 1. México. D.F.

Núñez Estrada, Héctor R., "Crecimiento sin control o control del crecimiento.

Reflexiones sobre el Área Metropolitana de la Ciudad de México” en: Revista Gestión y estrategia, No 2 UAM-Azcapotzalco.

Panfichi, A. y Valcárcel, M. (1999). Prólogo. El significado de la juventud en las Ciencias Sociales. En: Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel (Editores). *Juventud: Sociedad y Cultura* (pp. 11-24). Red para el Desarrollo de la Ciencias Sociales en el Perú. Pontificia Universidad Católica del Perú. Universidad del Pacífico, Centro de Investigación. Instituto de estudios Peruanos. San Miguel. Perú.

Paoli, José Antonio. (2002). *Comunicación y juego simbólico: relaciones sociales, cultura y procesos de significación*. Umbral. México. D.F.

Parsons, Talcott. (1982). Orientaciones teóricas. En: *El sistema de las sociedades modernas* (pp. 12-40). Ed. Trillas. México. D.F.

Paz, Octavio. (1979). *El ogro filantrópico*. Joaquín Mortíz. México.

Piaget, J. (1968). *El Estructuralismo*. Buenos Aires. Proteo.
Plan Municipal de Desarrollo Urbano de Valle de Chalco Solidaridad, Estado de México. Mayo 2005.

Pizzorno, Alessandro (2000). Risposte e proposte. En: D. Della Porta, M. Greco y A. Szakolezai. *Identità, riconoscimento, scambio*. Roma-Bari. Editori Laterza.

Plummer, Ken. (1995). Life Store Research. En Smith, J.A.; Harré, R.; Van Langenhove (Editors). *Rethinking Methods in Psychology*. London: Sage.

Portal, A. María y Safa, Patricia. (2005). De la fragmentación urbana al estudio de la diversidad en las grandes ciudades. En: Néstor García Canclini (coordinador). *La antropología urbana en México* (30-54). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Universidad Autónoma Metropolitana. Fondo de Cultura Económica. México, D.F.

Reguillo, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Grupo Editorial Norma. Buenos Aires. Argentina.

Rodríguez, Jesús. (2001). Identidades, demandas de igualdad y estado de derecho. En: Francisco Colom González (Editor). *El espejo, el mosaico y el crisol. Modelos políticos para el multiculturalismo* (pp. 97-115). Ed. Anthropos. Barcelona. España.

Rokeach, Milton. (1979). *Understanding Human Values, Individual and Societal*. New York: Free Press.

Salazar Cruz, Clara Eugenia (1999). *Espacio y vida cotidiana en la ciudad de México*. El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano. Pp. 247

Strauss, Anselm y Corbin, Juliet. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Editorial

Universidad de Antioquia, Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia. Colombia.

Tamayo, Jesús, Ortiz, Sotero y Pott José Antonio. (2006). Las zonas metropolitanas en México hoy. En: En: Adrián Guillermo Aguilar (coordinador). *Las grandes aglomeraciones y su periferia regional. Experiencias en Latinoamérica y España*. (351-361). Cámara de diputados. LIX legislatura, CONACYT, UNAM, Instituto de Geografía, Miguel Ángel Porrúa. México, D.F.

Tapia, Medardo. (1997). El espacio íntimo en la construcción intersubjetiva. En: Hugo Zemelman y Emma León (coordinadores). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social* (pp. 153-170). Anthropos. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. UNAM. México.

Taylor, Charles. (1996). *Identidad y reconocimiento*. Revista Internacional de Filosofía Política, 7.

De la Torre, Carolina. (2001). *Las identidades. Una mirada desde la psicología*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana. Juan Marinello. Ciudad de la Habana. Cuba.

Touraine, Alain. (1994). *Crítica a la modernidad*. Fondo de Cultura Económica. México. D.F

Urresti, Marcelo (2000). Los jóvenes de sectores populares: una crisis dentro de otra. En: Laura Monetti, Eva Lorena Pierro y Elsa Sevilla (coordinadoras). *Los jóvenes hoy: ¿crisis de edad o de época?* (pp.13-32). UNICEF Argentina, Universidad Nacional de Cuyo, Red Nacional de O.N.G's de Educación Popular, Consejo de Educación de Adultos de América Latina – Cono sur. Argentina.

Valenzuela, José M. (1991). *Modernidad, postmodernidad y juventud*. Revista Mexicana de Sociología, Vol. 53, No. 1 (Jan. - Mar.). pp. 167-202

Valenzuela, José Manuel (2000). Las producciones culturales y el consumo cultural. En: José Antonio Pérez Islas (coordinador). *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre la juventud en México 1986-1999* (118-124). Tomo 1.

Vattimo, Gianni. (2000). Posmoderno. ¿Una sociedad transparente? En: Benjamín Ardite (editor). *El reverso de la diferencia* (15-22). Ed. Nueva sociedad. Venezuela.

Zemelman, Hugo. (1997). Sujetos y subjetividad en la construcción metodológicos. En: Hugo Zemelman y Emma León (coordinadores). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social* (pp. 21-35). Anthropos. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. UNAM. México.